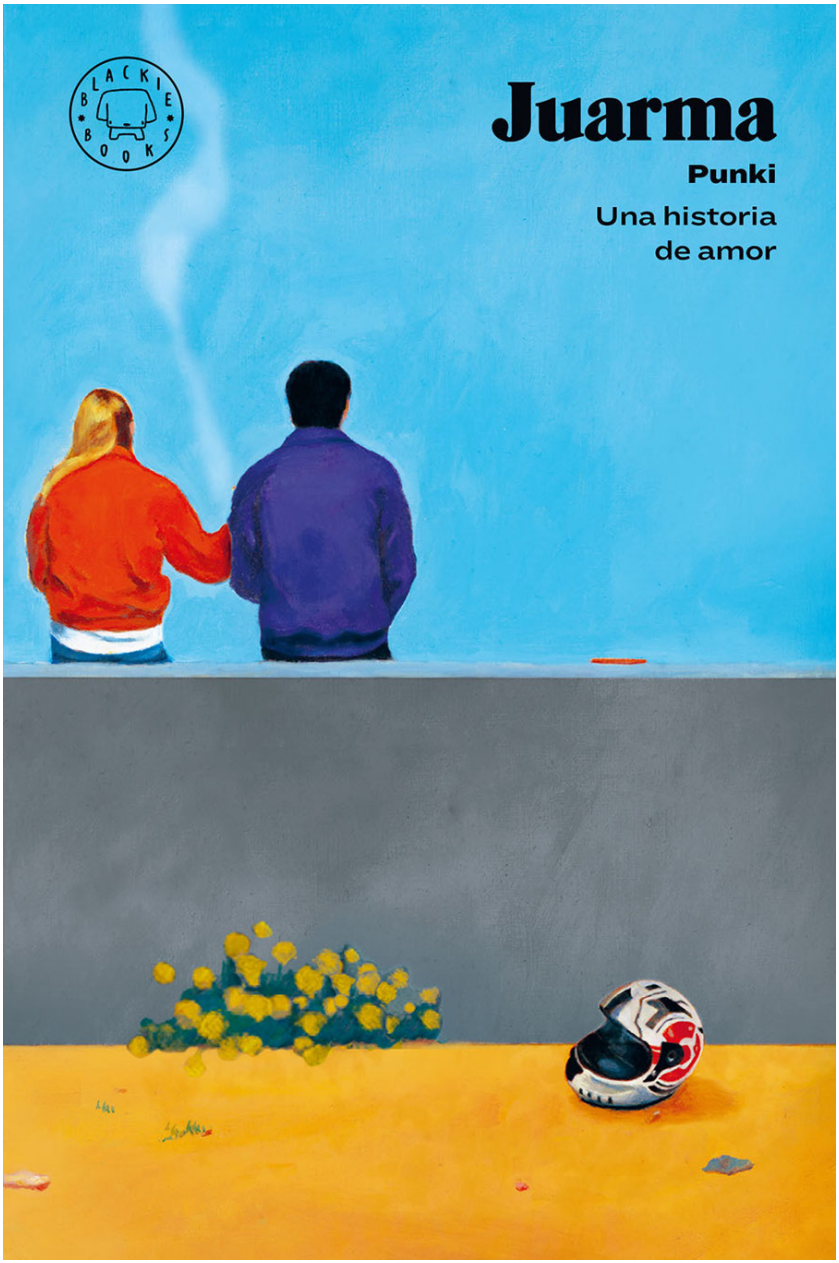
Juarma

Punki

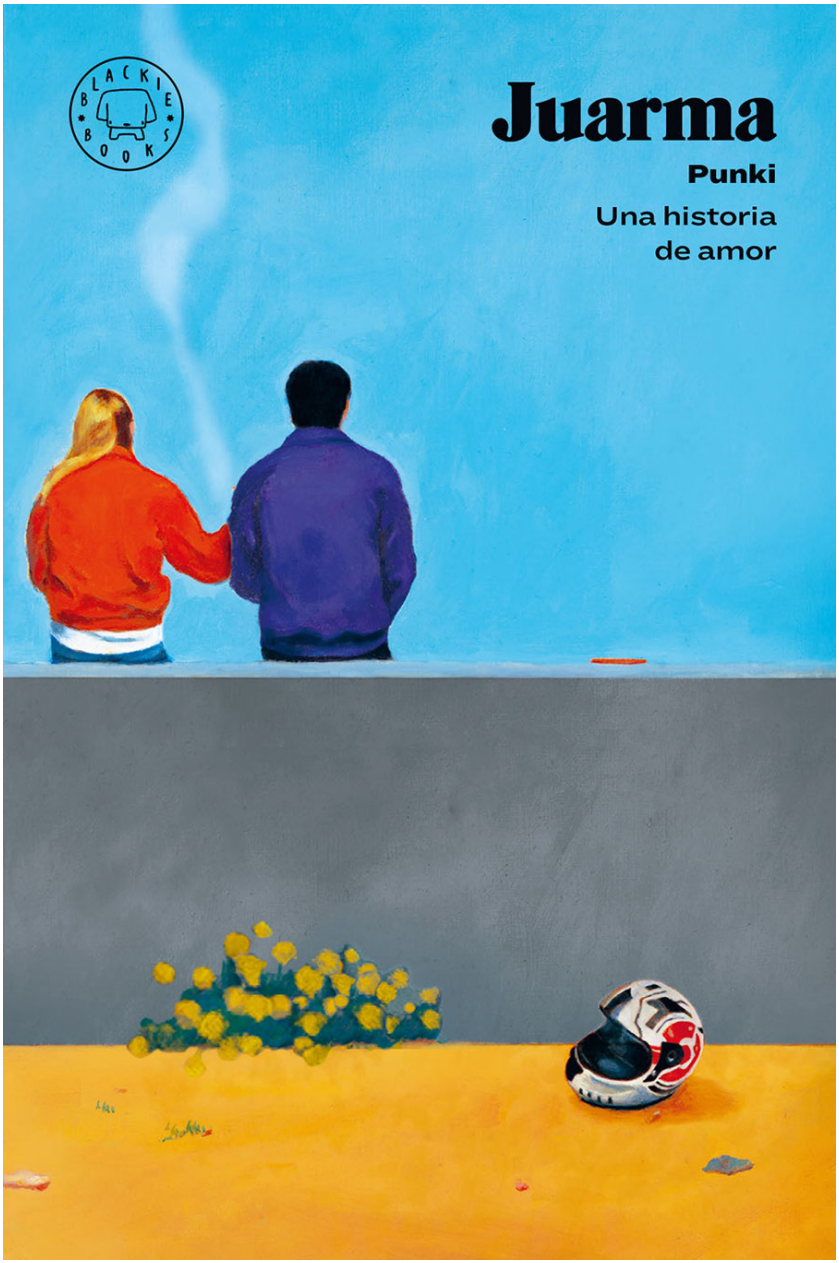
Una historia
de amor



Juarma

Punki

Una historia
de amor



El primer amor, solía decir la perrita Blackie, es como una canción de la que no recuerdas la letra, pero sí la melodía.

JUARMA

Punki

Índice

Portada

Punki

Créditos

La bolsa de cangrejos

Caras pixeladas

Nido de ratas

Paquita

El Entretenío

Pulgas

Los gusanos también comen

La floristería

Máscaras

Pajarillo

Serpientes

Solo sé arder

Trankimazín

Gatos callejeros

El loro mecánico

Los rotos y los descosidos

Los Soñadores

Papá

Enterrado vivo

Cicatrices

Bitxo raro

Selfi

Agradecimientos

JUAN MANUEL LÓPEZ, conocido como Juarma, nació en Deifontes, un pueblo en los Montes Orientales de Granada, en 1981. Desde los catorce años dibuja y escribe, aunque la mayoría de las cosas que ha escrito permanecen inéditas (aún) y sus ilustraciones están casi todas descatalogadas. Es, no obstante, un referente en el mundo del cómic underground. Ha publicado tebeos y fanzines como Estampitas de santos (autoeditado, 2022), Abrázame hasta que esta vida deje de dar puto asco (Autsaider, 2021), Me gustas pero dentro de un nicho (autoeditado, 2020), Historia inventada del punk, con guiones de Jorge B. Ortiz (Ondas del Espacio, 2017), Romance neanderthal (Ultrarradio, 2016), Amor y policía (Ultrarradio, 2014) o Libertad para lo mío (Ultrarradio, 2013), entre muchos otros. Ha trabajado como jornalero, obrero de la construcción y camarero, entre otras muchas cosas. Se licenció en Filología Hispánica. También autoeditó un poemario, Poemas escritos a navajazos (2017), casi dos décadas después de haberlo escrito. Al final siempre ganan los monstruos fue su primera novela. Fue escrita entre octubre y diciembre de 2017 en un club de lectura que él mismo creó en una red social. El éxito de crítica y público fue inmediato. Ahora vuelve con Punki, también emplazada en Villa de la Fuente, donde los personajes del universo de Juarma se encuentran y desencuentran. La segunda parte de un ciclo brillante, tan vertiginoso como conmovedor.

Diseño de colección y cubierta: Setanta

www.setanta.es

© de la ilustración de cubierta: Beatriz Lobo

© del texto: Juan Manuel López, 2023

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

www.blackiebooks.org

info@blackiebooks.org

Maquetación: Acatia

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-19172-89-1

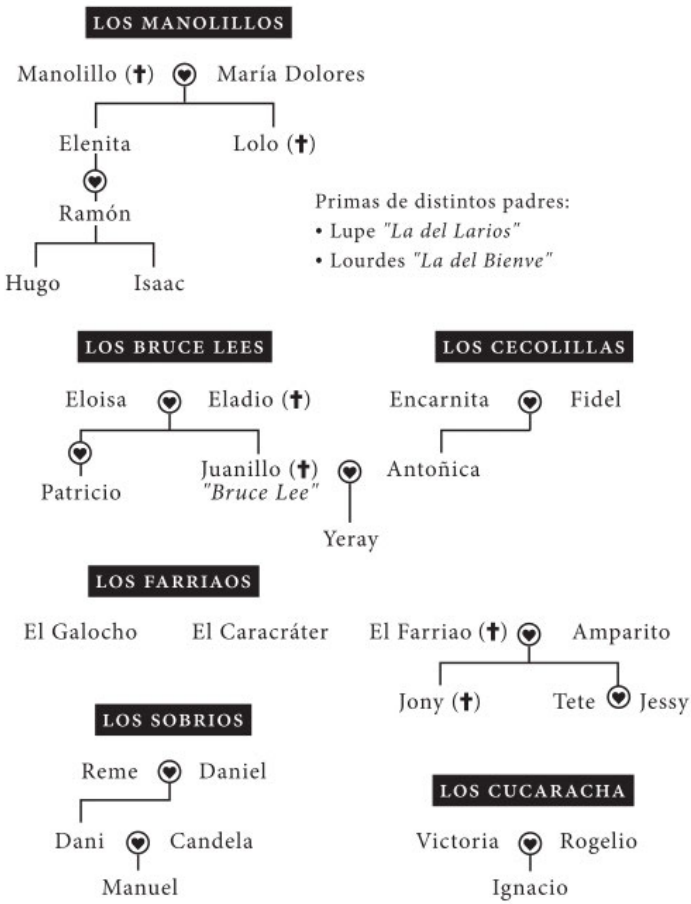
Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

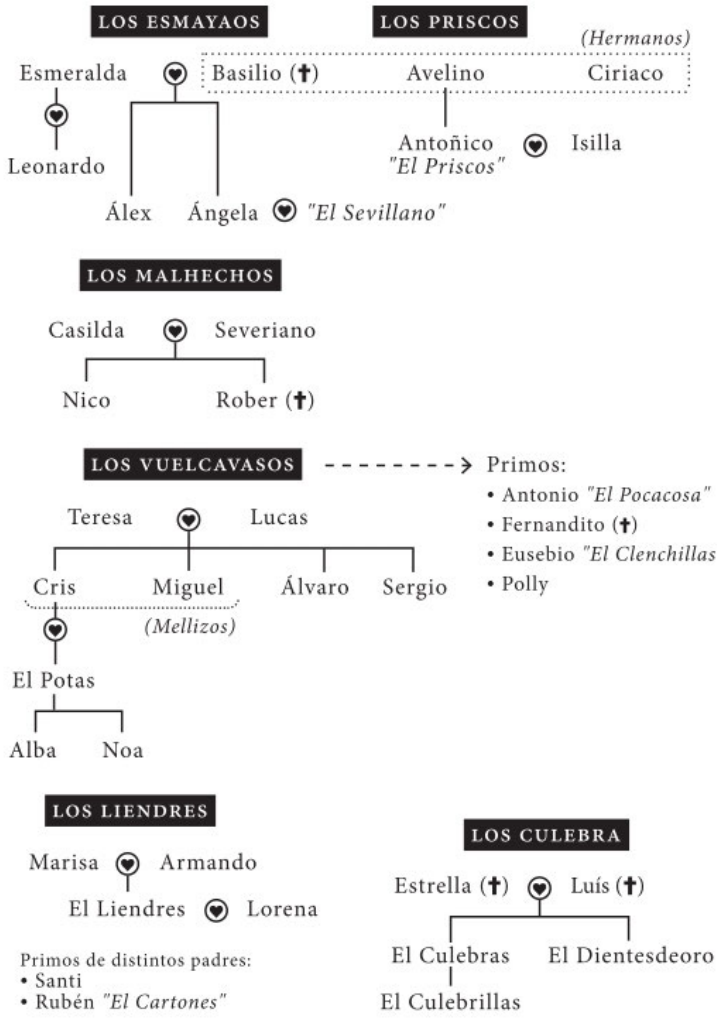
«Los recuerdos rebotando como pelotas de

ping-pong unos sobre los otros».

DAVÍN, El maravilloso mundo de Lucas Mondalindo

HABITANTES DE VILLA DE LA FUENTE




LOS ESMAYAOS
LOS PRISCOS
(Hermanos)
Esmeralda
Basilio (✝)
Avelino
Ciriaco
Leonardo
Antoñico
"El Priscos"
Isilla
Álex
Ángela
"El Sevillano"
LOS MALHECHOS
Casilda
Severiano
Nico
Rober (✝)
LOS VUELCAVASOS
Primos:
• Antonio "El Pocacosa"
• Fernandito (✝)
• Eusebio "El Clenchillas"
• Polly
Teresa
Lucas
Cris
Miguel
Álvaro
Sergio
(Mellizos)
El Potas
Alba
Noa
LOS LIENDRES
Marisa
Armando
El Liendres
Lorena
Primos de distintos padres:
• Santi
• Rubén "El Cartones"
LOS CULEBRA
Estrella (✝)
Luís (✝)
El Culebras
El Dientesdeoro
El Culebrillas

VILLA DE LA FUENTE
Estación de tren
CARRETERA HACIA LA CIUDAD
RÍO CUBILLAS
Bar Sbertura "El Cucaracha"
CALLE AGUSTINA DE ARAGÓN
El Lavaero
AV. ANDALUCÍA
Casa Cuartel
CAMINO DE LOS PRAOS
"Quejigo de Barrascales"
CALLE MARQUÉS DE CASABLANCA
La calle "Alante"
Las "Jamileras"
Cementerio Municipal

EL NACIMIENTO
Presa Vieja
"Rescalizo"
Vega donde montan carpas para San Isidro
Presa Grande
"Charca de los peces"
"Charca del Cura"
Estadio Municipal
CARRETERA HACIA SALINAS DE LA CUEVA
Ermita de San Isidro
Venta del Nacimiento
Camino de la Fuente del Colmenar
Almazara Vieja
AV. NACIMIENTO
Casa del Pueblo
Disco/Bar "La Chari"
Colegio Público San Isidoro
CALLE P. P. MUÑOZ
"El Olivar" y "La calle del mercadillo"
"Las escuelas viejas"
Ayuntamiento / "Casa del Palacio"
"El Anfiteatro"
Escaleras del Anfiteatro
Plaza Nueva
Bar del Cilorón
Pub Alta tensión / "Hocicoperro"
Iglesia
"Plaza Vieja"
Fuente de la Viña

La bolsa de cangrejos

Al poco de cumplir catorce años, recién terminada la EGB, papá me dio una paliza. Solía irme con Polly al Nacimiento. Allí nos juntábamos con algunos heavies y punkis de Villa de la Fuente, mayores que nosotros. Nos gustaba estar con ellos, escuchar sus batallitas, porque nos sentíamos menos raros que con la gente de nuestra edad. Esa tarde de verano de 1995, mientras estábamos sentados en los poyetes de la Presa Grande, apareció papá con mi hermana Ángela, que tenía nueve años. Venían de buscar cangrejos. Ángela sujetaba la bolsa de plástico con los cangrejos todavía vivos con asco y repulsión. Las tardes que papá salía a la calle, mamá le endosaba a Ángela, tal como hacía conmigo cuando era más pequeño, con la ingenua esperanza de que no se emborrachase y llegase a las tantas de la noche a la vivienda de protección oficial donde residíamos montando escándalos y amenazando con meternos un tiro con su escopeta de caza.

Papá y Ángela se acercaron al grupillo que formábamos. Ángela se sentó entre Polly y yo. Papá no me dijo nada. Con el resto fue simpático, contó algunos chistes, bebió a morro de sus litronas. Mientras papá fumaba y pimplaba con los heavies y punkis, Ángela permanecía seria. Le pregunté qué le pasaba y me dijo:

—Álex, ¿por qué te portas mal? Papá se ha enojado cuando te ha visto.

No supe qué responderle. Le pedí que me enseñase los cangrejos que arañaban la bolsa de plástico. Era demasiado pequeña para entender que papá se enfadaba o nos pegaba a mamá y a mí sin motivo alguno, que solo le hacían falta unas cuantas cervezas y cubatas para convertirse en un monstruo con los suyos. Las noches en las que pegaba a mamá me iba a la habitación de Ángela para que no llorase. Le tapaba los oídos, la abrazaba, intentaba que no tuviese miedo hablándole en voz baja. A veces, cuando la pelea terminaba, me quedaba junto a ella y le susurraba canciones de Eskorbuto o de RIP para que se quedase dormida. Las madrugadas en las que me tocaba recibir hostias a mí la oía llorar y quería morirme. Si alguna vez papá se acercaba a ella con intención de ponerle la mano encima, me metía por medio para que pagara su

borrachera conmigo y dejase en paz a mi hermanilla.

Aquella tarde, cuando se acabaron las litronas, Ángela y papá se fueron con la bolsa de cangrejos. Ya sabía que me habían tocado todas las papeletas de la rifa.

Papá y Ángela se presentaron en casa de madrugada. Papá entró borracho, pegando voces, acusándome de que me juntaba nada más que con putas, tiraos y camellos. Mientras mamá metía a Ángela en su habitación, papá me sacó a puñetazos de la cama y me arrastró dándome patadas en la barriga hasta la puerta del dormitorio donde ellas lloriqueaban, llamándome drogadicto, apaleándome y humillándome delante de las dos. Cuando se cansó de golpearme se bajó al salón, encendió la televisión y se quedó dormido. Mamá me acompañó a mi cama. Me limpió la sangre de la boca, de la nariz y de las magulladuras que me hizo en el cuerpo, mientras lloraba y juraba por lo más sagrado que algún día le iba a rebanar el cuello con un cuchillo a ese desgraciado. Ángela se quedó conmigo esa noche, abrazándome con todas sus fuerzas, pidiéndome hasta que se quedó dormida que por favor dejase de portarme mal para no disgustar a papá.

Nunca había probado un triste porro. Pero en cuanto pude volver a ir al Nacimiento con los heavies y los punkis, cuando ya no se me notaban las heridas y los moratones, empecé a fumar hachís, beber litronas y meterme farlopa. En una semana, sin tener todavía pelusilla en el bigote ni casi pelos en los huevos, ya había probado todos los tipos de drogas que tenía a mi alcance.

Gracias, papá.

Caras pixeladas

14 de diciembre de 2017. Unos chavales fuman porros y beben litronas en el parque que hay delante del Centro Provincial de Drogodependencias y no son más de las doce de la mañana. El cielo está despejado y hace un frío que pela. Paro la Kawasaki Ninja 650 de tercera mano junto al muro del CPD y frente a ellos, que se quedan observando lo guapa que es. Me quito el casco y los guantes y los guardo en el portaequipajes. Tarareo Canción de amor caducada, de Melendi. Miro el reloj y saco el paquete de tabaco. Enciendo un cigarro y me lo fumo allí, con la suela de un zapato apoyada en la pared del CPD. Todas las semanas tengo que venir desde el barrio de las Delicias, más de media hora en la moto, a este pueblo del Valle del Guadalhorce porque la psicóloga privada a la que fui después del accidente de coche se empeñó en que me debía tratar el médico de este CPD porque era el mejor, el único que podría ayudarme, el que me iba a arreglar los cables pelaos de la cabeza. Si me hubiese mandado a un CPD en la misma Málaga no gastaría tanto dinero en gasolina, pero no me habría tomado tan en serio mi rehabilitación. Fijo que conocería a la mitad de los pacientes y ya me habría desmadrado. Un par de niñacos con gorras de visera ancha, plumones y ropa estrafalaria se acercan a ver mi Kawasaki y les digo de mala manera que se aparten. Ni rechistan. A pesar de la parca y el traje con corbata, porque vengo de un juicio rápido, la cara de supuesto exdrogadicto, los tatuajes que se dejan ver en mis puños reventados o la mirada de psicópata, como me dice Katja, deben imponerles respeto. Apuro el cigarro y lo tiro contra el asfalto mientras echo el humo por la nariz. Bajo el par de escalones que hay antes de entrar al CPD, llamo al timbre, miro la placa donde pone CENTRO DE TRATAMIENTO DE ADICCIONES y bufo. Nunca quiero entrar, pero si cierro los ojos me empujan adentro mi hija, mamá, mi mujer y el juez que me quiere chupar hasta el tuétano. La otra opción es dejarme caer del todo.

Me abre la puerta Paquita, la psicóloga. El Centro Provincial de Drogodependencias suele estar desbordado de trabajo, falta personal y se sustenta y funciona gracias al esfuerzo y el entusiasmo de unos profesionales que no sé cómo hacen para aguantar a todos los mentirosos, pordioseros y delincuentes que acabamos aquí. Lo

mismo tratan tu adicción a la cocaína o tu recaída en los opiáceos, que te abren la puerta de la entrada, atienden el teléfono o esperan con paciencia en los aseos sin quitarte un ojo de encima mientras meas en un bote, vigilando a través de un cristal espía que no traigas la orina de otra persona escondida vete a saber dónde. Paquita me sonríe. Me invita a que pase y me siente en la sala de espera, porque Javier está ocupado con otro paciente. Merche, la trabajadora social, sigue de baja. Paquita se ha olvidado de cerrar la puerta de la entrada y pienso que quizás han cambiado las normas o yo qué sé. Me cuesta entenderla cuando me habla porque lo hace bajito. Le doy las gracias y ella se vuelve a su consulta, donde veo a una chica y un chico sentados frente a la mesa donde Paquita intenta sacarnos todos los demonios y los trapos sucios de nuestras cabezas. Sus caras me resultan familiares. De nada bueno, seguro. Pero no los ubico. Cuando Paquita se acomoda en su silla parlotean sobre el tratamiento que están haciendo ambos para frenar su adicción a la perica y que les ha acarreado perder la custodia de su hijo.

Me apalanco en la sala de espera, dejo la parca sobre una silla y me miro los zapatos. Resoplo, giro la cabeza hacia los ventanales que dan a la calle y me siento imbécil. El imbécil n.º 1379. Porque aquí soy el n.º 1379, como bien indica mi número de historia y mi carné de citas.

En la sala de espera del CPD hay una mesa con un puñado de revistas del corazón. La ¡Hola!, la Diez Minutos, la Lecturas... Las paredes están adornadas por unos murales hechos por los pacientes con cartulinas de colores. Me da un parraque cuando pienso que igual Javier me manda como tarea hacer un mural en una cartulina, porque hemos hablado en alguna ocasión de que tatúo, hago dibujos y tengo casi mil seguidores en Instagram, desde que Paquita me sugirió que probase a abrirme una cuenta. Me contó que una sobrina suya ponía sus manualidades en las redes sociales y tenía miles de seguidores que se las compraban. Dibujar me distrae, me agrada y me alivia, aunque no me considero buen dibujante. A estas alturas no me veo bueno en nada, supongo.

EL ALCOHOL ES LA DROGA MÁS CONSUMIDA Y LA QUE MÁS PROBLEMAS SOCIALES Y SANITARIOS CAUSA, dice en uno, con

las letras pintadas con lápices de colores. Hay un muñeco con el pelo rojo tirao al lado de una farola, sujetando una botella de J&B, con un brazo imposible que le sale del pecho. Los otros dos también son sobre el alcohol y el tabaco. Mirarlos me ha provocado un ansia enorme por fumar. Es compresible que no hayan decorado las paredes del CPD de murales con referencias a la coca o la heroína, porque mientras esperamos al médico, a la psicóloga o a la trabajadora social acabaríamos subiéndonos por las paredes con los colmillos tan largos como un elefante.

Alguien se acerca a la entrada. Javier sigue encerrado en su consulta con algún paciente y Paquita está en medio de un drama familiar. Como Paquita no cerró la puerta, pasa dentro sorprendido por encontrar el CPD abierto de par en par. Las pintas que trae el tipo no anuncian nada bueno. Me otea con las pupilas dilatadísimas y me saluda marcando las distancias, mientras echa un vistazo rápido hacia donde están ubicadas las consultas y se repanchiga en la bancada de sillas, visiblemente encocao. Viste una chaqueta de camuflaje militar con la banderita de España, una camiseta negra, un pantalón de chándal y unas zapatillas con los logos de los laterales arrancados. Es delgado, no muy alto, con el pelo rapado y algunas marcas en la cara, que su barba de pelopolla apenas pueden tapar. Debe rondar los treinta años y se le nota en la mirada o en las manos que ha tenido una vida, digamos, entretenida. En eso nos parecemos todos. Ha dejado un par de sillas entre medias y me examina pasmado, como si nunca hubiese visto a alguien con un traje. Resopla mientras no puede estarse quieto y los músculos de su cara se convulsionan. Agarra una de las revistas del corazón, pasa algunas de las páginas, mira las fotografías y vuelve sus ojos hacia los míos. Mis ojeras, los tatuajes en los puños y las facciones de mi rostro delatan que no estoy en el CPD para repartir folletos, por lo que coge algo de confianza y, como no puede mantener la boca cerrada, me da conversación:

—Hermano, cusha, ¿está el carapapa del don Javier?

Me sorprende que en un par de minutos ya me haya incluido en su Hermandad, a pesar de la cautela con la que se quedó fichándome cuando entró. Pero estoy acostumbrado a tratar con gente así. Ni me asustan ni me inquietan lo más mínimo. Le respondo con

indiferencia:

—No lo he visto, pero Paquita me ha dicho que está ocupado.

—Ah, foé. Dabuten. Gracias, hermano.

Vuelve su mirada agitada hacia la revista y pasa páginas del ¡Hola!, observando las fotografías y gesticulando de un modo exagerado. Imagino que el consejo de redacción de la revista ¡Hola! no tiene en cuenta a los pacientes de Centros Provinciales de Drogodependencias como lectores potenciales de su revista.

—Hermano, ¡no vea, vieo! ¡Fite! Los empanaos estos. Vendiendo sus chuminás. Qué negocio pollúo tienen montao y nosotros qué pechá de trabajar pa cuatro duros mal ganaos. Guarníos que estamos. Cusha, hermano. Pos les tapan las caras a sus chaveas pa que no se las guipemos. Pero cuando se pongan grandes... A vender sus chuminás, a enfangarse como sus viehos. ¿Eonoé? Cusha, hermano. Les pichelan las caras a los chaveas.

Mueve el culo como una serpiente a través de los dos asientos que nos separan y se queda a mi lado, señalando con vehemencia una página del ¡Hola!, donde una familia de famosos que no sé quiénes son pero que ojalá se mueran, posan en la playa. Los hijos o lo que sea de los famosos tienen las caras, efectivamente, pixeladas. El de la chaqueta militar de camuflaje no deja de dar golpes con el dedo en la fotografía y me está fastidiando. Le respondo en tono amistoso:

—Claro. No pueden sacar fotos de menores de edad en esas revistas, por temas legales o yo qué pollas sé.

Le hablo con educación, aunque experimento impulsos de golpear la testa cien veces contra la pared. Son ya cuatro meses en este CPD y medicado, estoy en la fase de privación y abstinencia, pero todavía me cuesta mantenerme cuerdo cuando veo a alguien puestísimo de coca a menos de un metro de mí. Me pasa en el restaurante del hotel donde trabajo. Los perros policía de narcóticos están bien, pero no pueden competir en olfato con un enganchao a la cocaína calando a alguien que ha esnifado una raya. De no ser porque en un rato tengo que mear dentro de un bote para que me hagan un test

rápido y ver si he consumido sustancias, le diría que cerrase la boca y me pusiera una puta loncha.

Pero el notas sigue con su ida de olla, columpiándose en su palicazo, con unos ojos que parecen las luces largas de un coche. Escucho incluso el rechinar de sus dientes cuando me habla. Sigue a mi lado, pasando páginas de la revista de un modo mecánico, sin interés alguno por culturalizarse.

—Hermano, ¿has estao ancá el Primark? Cusha, esa tienda es tó perita. Aro, que no veas la achuchaera que se monta. Estuve ayer con mi mujer y pillamos ropa pa nosotros y mis chiquillos. Jerséis, pantalones, tenis. Camisetas towapas. Que semos mú piripis tós, illo.

Me dan arcadas, calor y comienzo a sudar. Me quito la chaqueta del traje y la corbata. Me remango la camisa intentando mantener la compostura. No deja de ser jodido que cuatro meses alejado de la coca se tambaleen por este bocachancla de puestazo a mi lado. Solo puedo volver a suspirar, con cara de pocos amigos. Y él lo nota. Clava esas pupilas que tiene como linternas en los tatuajes de mis puños y mis brazos y me dice, intentando bajar la velocidad con la que escupe palabras por su boca:

—Hermano, cusha. Fite. Estoy más ennerviao que el jopo de una chiva.

Tira la revista de mala manera contra la mesa y luego arrastra las palmas de sus manos por el pantalón de chándal mientras se sorbe los mocos o la pelota de coca que debe tener en la nariz. Lo miro queriéndole explicar con los ojos que no se trata de algo personal. Lo que me cabrea, querido puto subnormal desconocido, es que estoy intentando desengancharme de la cocaína porque me he pasado más de media vida consumiendo, estoy en un puto CPD en mi día libre después de que me jodan en un juicio rápido, obligado por Katja y mamá, que amenazan con alejarme de Sarah, de mi niña, que es lo más importante para mí. Y por muy empastillao que esté, sé que no estoy curado y que en cualquier momento puedo sufrir una recaída y no me apetece que un idiota puesto de coca hasta las cejas me haga pensar en mandarlo todo a tomar por culo, subirme a la Kawasaki e ir a buscar dinero, porque no me dejan

disponer ni de una tarjeta de crédito, y pillar toda la farlopa que pueda y metérmela de una sentada. Pero al puto tarado se la suda todo y no se puede meter la lengua en el culo. No me deja ni pie ni pisao.

—Ay, los nervios, hermano. Cusha. Ven pa' cá. Estoy jiñao. Vengo a ver al carapapa por una urgencia. Qué pechá. ¿Tú tienes cita, hermano?

—¿Qué pollas crees que hago esperando aquí, capullo?

—¡Foé! No te embales, hermano, que estoy de güenas. Cusha, que me la juego. Que me quieren de meter en el trucho, empanao. ¿Pos por qué te crees tú que tengo tanta bulla? Aro, tú tó nique de señorico qué vas a entender. ¡No vea, vieo! He venío a hacer el changüai, malaje. Cusha hermano, que es por mis chaveas. M'a dicho mi abogao que me apunte en lo del carapapa y me firme el papelico de que me estoy quitando del revuerto y la cartulinica pa la metadona, y que así se aplaza el ingreso en el trucho o con chorra me rebajan la condena y ya no tengo que entrar. Dos días llevo dándole a la blanca pa quitarme el mono, hermano. Me lo tomo en serio. ¿Eonoé?

Me descompongo. Mi boca está seca, pero le ruego que se calme y que deje de tocarme los huevos, a pesar de que amansar a alguien que va puesto de coca sin Diazepam o Alprazolam o una pistola de dardos para dormir animales del zoológico es complicado. Su método para dejar el revuerto no creo que sea el más adecuado, aunque sé que los que están enganchaos al mezclaíllo le pegan a la base o a la farlopa para rebajar el síndrome de abstinencia de la heroína del rebujao, pero qué voy a saber yo que no soy científico. Mientras discuto con él sin alzar la voz e implorándole que cierre su puta bocaza, por fin sale Javier, con el otro paciente, que se despide dándole las gracias y huye del CPD al vernos a los dos tan airados en la bancada de sillas. Cuando Javier se acerca, ignora al de la chaqueta militar de camuflaje, todo lo que está pasando entre nosotros dos, y me dice:

—Disculpa por el retraso, Álex. ¿Cómo estás? ¡Qué elegante vienes hoy! ¿Por qué te has quitado la chaqueta? Ya puedes pasar a mi consulta.

Me deja perplejo, ni sé qué decir y me quedo sentado. El encocao aprovecha para abordarle, a pesar de que Javier ni ha hecho por mirarlo:

—Don Javier, ¡qué dice er tío! ¡Foé! Cushe usté, he venío a tó meté porque se m'a presentao una urgencia.

A Javier se le pone cara de mala hostia. Le pregunta cabreado que quién le ha abierto la puerta y luego me examina a mí como queriéndome cargar la culpa.

—Illo, estaba abierta. ¡Foé!

No es la primera vez que veo a Javier así. Suele hacer de poli bueno y poli malo al mismo tiempo y a veces dan ganas de abofetearlo. Me pasó cuando tuve el primer encuentro con él, la Cita de Acogida. Hubo momentos tensos, en los que quise levantarme y salir de ahí. Otros en los que quise golpearle. Otros en los que solo deseaba llorar.

—Jesús, ¡esto no funciona así! Esto no es un locutorio ni una frutería. Debes pedir hora por teléfono. Tú me llamas, te asigno un día y nos vemos. Esta mañana voy con demora y ahora es el turno de Álex. Voy a coger un papel y te apunto el teléfono. Te vas, llamas, fijamos una cita y te recibo sin problema alguno. Y ¡jamás! vuelvas a entrar si nadie te ha dado permiso. Si te encuentras la puerta abierta, tocas el timbre. Y si podemos, te invitaremos a pasar. ¿Te enteras, Jesús?

—¡Usté está chalao, don Javier! ¡Que me van a enchironar, me cagüen tó! ¡Qué m'a mandao mi abogao con toa la bulla! ¡Que tengo dos chaveas, carapapa! ¡Le meto un bocao a la puta puerta y arramblo con ella!

—¡Jesús, que no me alces la voz! ¡Respétame como yo te respeto a ti! Aquí no estamos solo para cuando tú quieras. Tenemos más pacientes. ¡Le explicas a tu abogado que aquí las cosas se hacen pidiendo antes día y hora por teléfono! ¡No estamos solo para cuando a ti o a él os interese!

—¡Me cagüen Dibé, carapapa! ¡Que se me va la pinza! ¡Fite! ¡Qué le

vuerco una lata de gasolina al CPD como no me haga el changüai! ¡Me cagüen vuestros muertos! ¡Lo juro que le prendo fuego con tós dentro!

—¡Jesús, o te tranquilizas o aviso a la Guardia Civil! ¡Que te comportes, coño! ¡Deja de decir tonterías! ¡Que tienes que pedir una cita! ¡No sigues ningún tratamiento y no te dejas ayudar, solo vienes cuando te manda tu abogado a pedir papeles de que estás desintoxicándote y tomando la metadona, con la que luego trapicheas, para que te rebajen las penas! ¡Y esto no funciona así! ¡Aquí el que entra por esa puerta pide cita y se lo toma con seriedad! ¡No vuelvas a faltarme el respeto después de todo lo que he hecho por ti!

La situación se ha puesto tensa. Me pongo en pie y me quedo en medio de Javier y el tal Jesús, por lo que pueda pasar. Uno de los mil defectos que tengo es meterme donde no me llaman, sin tener en cuenta las consecuencias. Así soy de espabilao. Javier se muestra decidido. Tiene alrededor de cuarenta y cinco años, es delgado, rubio, con barba. Es encantador la mayoría de las veces y cercano. Sus ojos claros y achinados son bonitos y miran con severidad al tal Jesús, mientras se mantiene firme en su postura. Hace bien y no le queda otra. Paquita ha abierto la puerta de su consulta, con el teléfono en la mano por si hay que llamar a la Guardia Civil. No lo hacen todavía por no meter en más aprietos al tal Jesús, porque en el fondo a los médicos les da lástima la situación y empatizan con él, pero no pueden permitir que haga lo que le salga de la polla y se tome el CPD como si fuese unos recreativos. Los médicos que nos ayudan no están pagados. El tal Jesús se quita la chaqueta de camuflaje y la tira contra el suelo, con violencia. Como queriendo imponer miedo o respeto. Como un león que quiere marcar su territorio. Como un perro que se mea en una esquina. Pero el escarchao comienza a sollozar.

—¡Don Javier! ¡Cusha! ¡Que me van a enchironar! ¡Que mi mama está esmorecía! ¡Foé! ¿No te da lastimica de mis chaveas? ¡Que el robo fue hace siete años! ¡Que yo no asujetaba la pipa! ¡Que solo necesito la cartulinica pa la metadona y un papelico que ponga que estoy apuntao a quitarme del revuerto, que me lo dijo mi abogao anteayer!

—¡Jesús! ¡Serénate! Vamos a hablar, por favor. A ver qué podemos hacer. Pero así no funciona esto. Y no te voy a permitir ni una falta de respeto más. Te inscribo ahora mismo en el programa de rehabilitación, pero solo constas en la base de datos. Debes pedir cita y venir de nuevo como tantas otras veces. Y tomártelo en serio, porque esto no es un papelito. Ese papelito no significa nada. Que se entere tu abogado, que no está mirando por ti. Si tan urgente es y te lo dijo tu abogado el martes, ¡¿por qué te has esperado a hoy jueves para venir?! A ver, explícamelo.

Javier no es tonto y se ha dado cuenta de lo enchufao que viene el tal Jesús. Todos esperamos su respuesta. Hasta el chico y la chica que han perdido la custodia de su hijo observan incrédulos el espectáculo que se ha armado en la sala de espera.

—¡Don Javier, illo, me cagüen tó lo que se menea! Ayer estuve malo y no pude de venir.

Javier no dice nada. La justificación ha resultado tan poco creíble que el tal Jesús ha pateado la bancada de sillas. Me da lástima porque la cárcel no se la deseo a nadie. Me acerco y le pido otra vez que se modere. Debe ser la medicación lo que me enternece. Pero entonces se revuelve y me da un manotazo en la cara. Sin que me dé tiempo a reaccionar, me suelta un arañazo en el cuello con la otra mano. Noto sus uñas como si fuesen la hoja de un cúter y sé que esa herida va a sangrar. Paquita y Javier comienzan a gritar, pero se me va la cabeza y le meto un empujón contra la pared. El tal Jesús va tan puesto que ni ha debido sentir dolor, y con la vena del cuello hinchada vuelve a por mí, a manos descubiertas, tras intentar arrancar sin éxito un extintor. Forcejeamos y consigo tirarlo al suelo sin golpearlo. Luego le clavo las rodillas en el pecho y le sujeto los brazos entre mis pies y mi mano izquierda. El puño derecho lo alzo para reventarle. Sé que no debo pegarle a nadie en la cara y menos aún con los nudillos, pero estoy ardiendo. Javier intenta apartarme y Paquita, que conoce bien mi historial médico y delictivo, brama:

—¡Cálmate, Álex! ¡Cálmate, por Dios!

El tal Jesús no puede moverse, a pesar de sus intentos. Me cuesta controlar las ganas de hundirle el cráneo a puñetazos, pero no

quiero atizarle. Cuando le parto la boca a alguien todo se complica. Por un instante se apacigua el fuego que me quema desde las sienes hasta la punta de los dedos de los pies. Respiro por la nariz porque necesito relajarme. Su sudor huele a cocaína. El tal Jesús se ha librado de una paliza, pero no sé cuándo lo voy a soltar. Sigue gimoteando, apretujado contra las baldosas de la sala de espera. Abre su bocaza, donde faltan varios dientes y los que quedan amarillean, y me suelta:

—Hermano, no me pegues. Solo estoy nervioso. Ere un papafrita, ¿entiende o nolo? Tú no sabes lo que es estar en la cárcel.

Entonces pierdo el control y le endiño un puñetazo. Y luego otro. Cuando le voy a soltar el tercero varios brazos me sujetan y me separan de él, entre chillidos que me piden calma. El tal Jesús sangra y llora mientras jura que me va a matar.

Nido de ratas

Mirar cicatrices, las de fuera y las de dentro, se parece a rebobinar un casete con un bolígrafo.

A Paula todos la llamábamos Pauli de niña. Luego, cuando se hizo fan de Nirvana, se empeñó en que la llamásemos Polly, como su canción favorita. Y con ese mote se quedó. Éramos amigos y vecinos. Nos criamos juntos. No hay ningún buen recuerdo en mi niñez y mi adolescencia donde no esté ella.

En preescolar me corté el flequillo con unas tijeras de punta redonda y me pinté las uñas con rotuladores de colores. El tutor me castigó cara a la pared en una esquina y el resto de la clase se empezó a reír de mí, coreándome: «¡Mariquita, mariquita!». Polly se cortó el flequillo, se pintó las uñas y la cara con los rotuladores y el tutor la sancionó a mi lado. Los demás niños cerraron la boca.

En 3º de EGB, Polly le prendió fuego a una papelera en clase y nos desalojaron del aula. Cuando nos alinearon en el pasillo para encontrar al culpable, Polly gimoteó y dio un paso al frente. Al verla, también di un pasito valiente y nos castigaron a los dos a un mes sin recreo.

En 5º de EGB, Polly y yo nos sentábamos juntos y nos pasábamos cartas perfumadas durante las clases. Con un pintalabios, las llenábamos de besos, cada carta con su boca correspondiente. Un día el profesor nos pilló una y quiso humillarnos leyendo en voz alta el contenido. La cara le cambió cuando abrió el sobre y vio una caricatura suya, ahorcado en un árbol, con la picha por fuera y un letrerito que decía: DON JOSÉ LUIS ES GILIPOLLAS. Nos castigaron y nos prohibieron sentarnos juntos el resto de la EGB.

En 7º de EGB, mientras amontonábamos palés, maderas y ramas de la tala de los olivos, arbulagas... para la hoguera de Las Candelarias, me caí de boca en Cuesta Colorá cuando arrastraba un hatillo con un hierro y una cuerda. Me hice polvo la cara. Al día siguiente en el colegio Polly me preguntó si me lo había hecho papá e hizo planes para que nos escapásemos juntos de Villa de la Fuente, con 500 pesetas que le regalaron por su cumpleaños.

Cuando teníamos quince años, compramos unos litros de tinto de verano en el bar de La Chari. Nos fuimos al Nacimiento y encontramos una papelina con restos de farlopa al lado de la Charca del Cura. No habría más de dos o tres rayas y pensamos que, para que nos durase más, nos la podíamos fumar. Fuimos a sentarnos en el desnivel de cemento del resculizo de la Presa Grande y nos pusimos ciegos con el vino y los nevaditos. Al oscurecer tocaba regresar a casa. Cuando me levanté del resculizo perdí el conocimiento. Polly se asustó, me alzó los pies y me dio algunas bofetadas. Cuando abrí los ojos, ella estaba llorando y me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Aturdido aún, le dije:

—Pichiflú.

Quería hacerla reír, pero Polly empezó a chillar, pidiendo auxilio. Cuando reaccioné le dije:

—Álex, me llamo Álex, pollas. Soy el hijo del Esmayao. ¿Por qué gritas?

Polly no me tiró a la presa por yo qué sé.

Por Polly sentía una mezcla de emociones intensas, cosquilleos y complicidad que no entendía, aunque con el paso del tiempo pude ponerle nombre. Pero los malos tratos de papá y la situación que teníamos en casa me hacían cada vez más débil, torpe e inseguro. Estaba convencido de que jamás una persona como ella podría enamorarse de mí.

Polly se compró la cinta original del Dookie de Green Day. A mí Green Day no me gustaba demasiado, pero los prefería a Nirvana, Pixies, R.E.M. o The Smashing Pumpkins, que era lo que ponía cuando nos encerrábamos en su habitación a beber lo que tuviese su padre por casa. Para convencerla le dije que Green Day tenía una canción que me parecía preciosa, «She». Era la primera de la cara B. La pusimos. Estábamos sentados en su cama. Cogí el libretillo de la cinta y nos preparamos para escuchar con atención mientras cantábamos la letra. She... she screams in silence... Luego la letra se

complicaba y nos reímos. Entonces Polly me cogió de la camiseta por el pecho, tirando hacia ella, con los labios plantados frente a mi cara para besarme. Para mí ese instante fue como estar en el cielo. Pero empecé a temblar y cuando nuestros labios iban a unirse por primera vez, me aparté y le puse la mejilla. Ella se ruborizó y me sentí un idiota. No volveríamos a estar tan cerca como aquel día cuando sonaba «She» en su habitación, rodeados de sus pósteres de Kurt Cobain.

—Foh, deja ya la murga de que a Polly no le gustas y prefiere tontear con chicos mayores que la saquen del pueblo y la paseen en coche. ¿Chas, piensas que es un llavero o qué? ¿Alguna vez te lo ha dicho ella? ¿Le has preguntado si tú le gustas? Foh, Álex. Eres muy inseguro y tímido cuando a ti te conviene. Cuchi, si estás cómodo pensando eso, ahí no me meto. Pero Polly a ti te quiere mucho. Chas, a ver si espabilas.

Tal vez el Potas tenía razón, pero la euforia que sentía al escuchar sus palabras me duraría lo que el THC del porro que nos fumábamos. Cuando iba sobrio me paralizaba el miedo. Cuando me juntaba con Polly todo era más hermoso, pero estaba aterrado al mismo tiempo. Me esforzaba por que no se notase lo que sentía por ella, porque me daba pánico perderla como amiga y no sabía bien, ni lo sé todavía, cómo se ama a una pareja. De adolescente me habría gustado ser tan echao pa' lante como era el Potas.

El Potas era el tío más punki de Villa de la Fuente. Al menos para los que sabíamos de qué iba eso. Para el resto supongo que no era más que otro matao, como los demás greñúos que había, que se vestía raro para llamar la atención y escandalizar a las viejas. Era el día de San Isidro de 1998 y el Potas lucía sus mejores galas, pues la ocasión lo merecía. Pulseras de pinchos en sus esqueléticas muñecas, una camiseta de los RIP llena de agujeros, un colgante con una hoja de marihuana, un pendiente de un crucifijo en su oreja derecha, salpicada de sabañones. Se había rapado el pelo casi al cero a ambos lados de la cabeza, como solía hacer, dejando encima algo parecido a una cresta, ni levantada ni encerada. Vestía unos pantalones morados, coloreados con Lava y Tiñe, con las rodillas destrozadas, una riñonera donde guardaba todos los tipos de drogas ilegales y pastillas de farmacia que puedas imaginar y

unas botas militares agrietadas por las que cuando llovía le calaba el agua. En su cara, con unas facciones que reflejaban su extrema delgadez y rematada con unos ojos azules como un Antalgin, brillaba una radiante sonrisa. Y en su boca era raro que no hubiese un porro, mientras soltaba alguna fantasmada.

Nos sentamos juntos en uno de los poyetes del Nacimiento, abrimos una litrona bien fría a pesar de que no eran más de las diez de la mañana y le puse un auricular de mi walkman, el que mamá me regaló cuando hice la primera comunión. Sonaba un casete de Distorsión. Una TDK de 60 minutos, con «Ké buen Dios» en la cara A y «En esta mierda de vida» en la B. Mientras el resto de la pandilla montaba las sillas, las mesas y preparaban el tinglao para disfrutar de la romería de San Isidro, a nosotros nos tocaba descansar. Ya habíamos hecho nuestra parte del trabajo. Desde las siete de la mañana merodeábamos por el Nacimiento para pillar sitio junto a la Presa Grande, el mejor lugar para hincharnos a fumar porros sin que nadie nos viera.

El Potas meneaba la cabeza con «Bugi Kojonudo» de los Distorsión y daba una calada a un porro, antes de pasármelo. A su lado yo seguía pareciendo un niño, con el pelo largo y negro, una camiseta desgastada de Metallica con diseño de Pushead, unos vaqueros rajaos de viejos y unas zapatillas con las suelas erosionadas de parar mi bicicleta heredada pisando la rueda de atrás, porque los frenos estaban rotos. Escondía mi timidez, mis problemas y mis canguelos tras mis granos y mi melena. Me costaba relacionarme con los demás de forma sana. Tartamudeaba. Pedía perdón por todo. Era inepto y vulnerable. Cuando iba de golismeo con Polly me tropezaba con ella porque ni tan siquiera era capaz de andar en línea recta. Le decía que tenía la espalda desviada para excusarme, pero era mentira. Me costaba coordinar mi propio cuerpo debido a mi inseguridad. Se lo soltaba también a mi profesora de Educación Física del IES Montes Orientales porque me avergonzaba ir a clase con el chándal de algodón que parecía un pijama que mamá me compró en el mercaíllo. Intentaba adornar una realidad fea con embustes que se adecuasen a mis necesidades y fantasías. Era un desastre absoluto. Escondía todo lo bueno que tenía y no sabía sacarlo.

Para mí el Potas era un ejemplo. No era fácil tener ejemplos en los que fijarse en Villa de la Fuente. Tal vez el Potas no era el tipo más sano ni el más limpio ni el más deportista, pero al menos era coherente, honesto y con buen gusto para la música. Además, era algunos años mayor que nosotros, trabajaba de lunes a viernes en la construcción y manejaba dinero, por lo que solía comprar todos los meses discos y cintas en los catálogos de Tipo, Discos Suicidas, Oihuka o Discoplay, que luego pasaban de mano en mano y nos grabábamos unos a otros hasta que todas las canciones, de la primera a la última, se convertían en himnos de nuestras borracheras. Ningún maestro, ningún adulto y, mucho menos el desgraciado de papá, podía competir con la influencia que el Potas y su parafernalia punki ejercían sobre un adolescente tan apocado, perdido, menospreciado por los demás y vejado por las circunstancias como yo.

Ser punki en Villa de la Fuente era peculiar. Escuchábamos punk del mismo modo que heavy metal, rumbas o a Camarón de la Isla. Algunos nos dejábamos el pelo largo porque era una forma de rebeldía barata y así nuestras mamás se ahorraban unos dinerillos. La mayoría vestíamos con ropa heredada de otra gente y prendas del mercaíllo. Las camisetas que adquiríamos en la Tipo haciendo pedidos entre tres o cuatro para ahorrar gastos de envío, nos las poníamos para salir. No éramos punkis de los que provocaban temor, vaya. La estética nos la sudaba porque preferíamos gastarnos lo poco que pillábamos en porros, litronas o cintas vírgenes que alardear como punkis genuinos. Nos definíamos como punkis porque pintábamos la A de anarquía en las paredes, destrozábamos mobiliario urbano, nos entusiasmaban los Eskorbuto y odiábamos a la Guardia Civil. Solo el Potas daba el pego. Nuestros enemigos en Villa de la Fuente no eran ni los picoletos ni los fachas, para los que solo éramos unos greñúos a los que señalar con el dedo y mofarse, sino las abuelillas. Cada vez que te cruzabas con alguna te daba un repaso, se santiguaba o criticaba tus pintas. Si sucedía algo en el pueblo, éramos sus sospechosos habituales. Luego, eso sí, si veías a una abuelilla cargada con las bolsas de la compra se dejaba ayudar. Era el único momento de tregua que nos daban.

Nadie tenía claro por qué lo apodaban el Potas, aunque no era un secreto que agarraba unos pedos monumentales a diario. No

recuerdo si fueron dos o tres accidentes los que tuvo con su Ford Escort L, conduciendo colocao, durante el tiempo que viví en Villa de la Fuente. Pero eso no le hacía diferente a la mayoría de los hombres adultos del pueblo. El exceso de porros, alcohol, cocaína, pastillas con receta o cualquier sustancia a la que le pusiera la mano encima le hacían ser más fantasioso de lo que ya de por sí era, así que mi teoría es que David, que ese era el nombre que aparecía en el DNI con el que preparaba las rayas, se puso a sí mismo el Potas para que los demás dejásemos de llamarlo por su otro mote, el que heredó de su familia, que sonaba menos punki: el Orejachoped.

Entonces, mientras seguíamos compartiendo litrona, porros y auriculares, se entusiasmó con algo que le acababa de pasar por la olla, abrió su riñonera mágica, sacó un trasto, volvió a cerrarla y me lo enseñó, poniendo cara de fumeta misterioso. Como si fuese Doraemon, el puto gato cósmico. Y yo el parguela de Nobita.

—¿Dónde vas con el pastillero de tu abuela, David?

—No me seas cateto, Álex. Foh. Cuchi, es un grinder.

—¿Un kinder?

—Un GRIN-DER, pavo. Foh, dos mil pesetas me ha costado en El Candil. Cuchi: macizo, metálico, de los que no se oxidan. ¡Le endiño con esto a alguien un meco en la boca y se la reviento! Foh. Está guapo, ¿eh? No hay otro como este en el pueblo, Álex. Todos van a querer pillarse uno cuando lo vean. Chas, ya sabes que son unos culo veo, culo quiero.

Nunca había visto un grinder de cerca. Aunque cuando el Potas lo abrió y vi la parte donde se picaba la marihuana, me sonó de haber guipao algo semejante en las últimas páginas de algún catálogo de la Tipo.

—¿Y para qué quieres tú eso, David?

—Es muy práctico, chaval. Foh, esto es un invento más guapo que una ruea. Y además te quitas de guardar la yerba en un chivato del tabaco, que eso da canteo. O ir cargando con las tijeras de punta de tu mama, como haces tú, pa desmenuzarla. Cuchi, metes el cogollo

en la parte de arriba. Por aquí. ¿Lo ves? Lo cierras y lo giras unas cuantas veces. Y foh, ¡magia! Se queda picadita la yerba. Voy a liarme un porro pa que notes la diferencia. Y flipa, tío. ¿Ves? Aquí abajo del todo. Desenroscas con cuidado. Y cuchi, se queda todo el polen. Mira cómo huele. Foh, a alegría pura. Mejor que un coño, Álex.

A mí me sacabas de fumar porros y meterme toda la coca que pudiese pagar, que no era mucha, o comebolsear, que sí era mucha, y no sabía demasiado sobre drogas, más allá de que ya con dieciséis años me gustaban más que nada en esta puñetera vida. Así que le pregunté, con inocencia:

—¿Y qué vas a hacer con ese polen? ¿Una infusión?

—Ja, ja, ja. ¡Foh, qué escarchao estás! ¡Tíos, venid! ¡Cuchi lo que dice el Esmayao! Mae mía, estás más crúo que el verde con el que visten las carrozas del San Isidro.

Como las risas del Potas denotaban escarnio, se acercaron mi primo Antoñico el Priscos, siempre deseoso de presenciar humillaciones ajenas, Miguel el Vuelcavasos y Rober el Malhecho. Miguel y Rober eran mis mejores amigos. Mis compañeros en Trankimazín, nuestra banda, en la que el Potas hacía de vocalista y me prestaba el bajo. Ensayábamos en una cochera en la casa del Malhecho, parando cada cinco minutos para bebernos una litrona, fumarnos algo o calentarnos el culo en la chimenea cuando hacía frío. También participaban en el fanzine que andaba haciendo con Polly y que estábamos a punto de sacar, Pueblo Podrido #1. Hacer fanzines o tocar en una banda punk era mejor que estar por ahí rompiendo mobiliario urbano o apedreando perros. Rober era grandullón, el mayor fan de los AC/DC. Tocaba la batería, que se la robamos a Nico, su hermano mayor, de la chiquera donde tenía los animales, porque cuando se cansó de la música usaba los bombos como nido para sus conejos. Rober el Malhecho falleció unos años después, al caer desde un tejado mientras trabajaba en la construcción. Murió con veintiún años. Se echó novia formal, dio la entrada para un solar y planeaba construirse su propia casa: esos eran sus únicos propósitos y ambiciones. Era un buen tío, aunque su madre solía pararnos por la calle a Miguel y a mí para decirnos que éramos pobres, con malicia y regodeándose, como si no nos hubiésemos

dado cuenta por nosotros mismos.

Miguel el Vuelcavasos era delgado y de piel morena. Tocaba la guitarra en Trankimazín. Se la regaló con un amplificador alguno de sus primos. Era un tipo común y corriente, pero si se colocaba perdía el control y se ponía agresivo. A unos les da por bailar. A otros por cantar. A otros por sacarse la polla y mear en mitad de la pista en la discoteca de La Chari. Miguel, no. Su pasión cuando iba ciego era destrozar mobiliario urbano, reventar tiestos de macetas, cabinas telefónicas, ventanas, espejos retrovisores, volar buzones con petardos de mecha gorda... Era un peligro de sábado por la noche. Él no lo sabe, pero le apodábamos el Jarrai y nos descuajeringábamos a sus espaldas. Escribía las letras de Trankimazín. Una vez de tripi nos contó que había formado un ismo literario él solo. Lo llamaba Poética de la autodestrucción o algo así. Consistía en que nadie lo leyese y que cuando se matase, porque estaba obsesionado con la muerte, quemaría todos sus poemas. Nos lo tomábamos a pitorreo, claro.

Y de la escoria de mi primo Priscos, qué voy a contar. Me da pereza que una persona así exista. Pero luego también tiene su corazón.

En fin, que los cuatro se despollaron de mí por no ser un experto en drogas como estos aprendices de narcos, que se creían que pertenecían a un cártel colombiano porque sabían cómo funcionaba un grinder de dos mil pesetas de El Candil. Siempre hay alguien que tiene que hacerse el más listo, mear desde arriba y dárselas de entendido en todo. Y en Villa de la Fuente el experto en saber-más-sobre-asuntos-en-los-que-nadie-lehabía-pedido-su-puta-opinión, solía ser mi querido primo del alma.

—Mira pri, te voy a enseñar a hacer chocolate. Cosas de mayores. Potas, ¿me dejas coger polen?

—Claro, Priscos. Pero te lo doy yo, que tú tienes la mano muy ligera. Foh, me fío menos de ti que de un picoleto.

—Macho, qué mala fama me dais, mierdecillas. No sabéis aguantar las bromas, joer. Putos greñúos de los cojones, con el resentimiento metío en las entrañas... ¡Miguel, dame un pedacillo de plástico de esos para envolver los bocadillos! Tan grande no, palurdo. A ver si

te crees que vamos a hacer una tableta de turrón.

Mi primo Priscos se puso el trozo de plástico en la palma de la mano izquierda y se la acercó al Potas. El Potas le volcó una buena cantidad de polen de la parte baja de su flamante grinder.

—Con esto ya hay para un canuto, Priscos.

Con la mano derecha mi primo Priscos amontonó el polen en el centro del pedazo de plástico que sostenía en la palma de su mano izquierda. Lo envolvió y luego giró varias veces el cierre, para dejarlo apelmazado. Entonces comenzó a apretarlo con fuerza entre los dedos índice y pulgar, mientras con la otra mano le daba un trago a una litrona. Una y otra vez. Entretanto, todos observábamos ese ritual, como si mi primo Priscos fuese un miembro de una secta satánica que estaba a punto de sacrificar a una gallina. Me observaba haciéndose persona y me ponía la bolita cerca de la cara para que viera el proceso. El polen fino y de color verde se iba transformando en una sustancia marrón y pegajosa que se parecía al chocolate que fumábamos. Tras un buen rato pellizcando, mi Priscos quedó contento con el resultado. Desenrolló el plástico y sacó una bolita de chocolate, que alisó entre sus dedos con facilidad. La textura entraba por los ojos. Luego echó mano al cigarro y al papel, deshizo el chocolate entre el tabaco que había volcado en la palma de su mano sin usar siquiera un mechero de lo blandito que estaba y lo lio con una habilidad asombrosa. Mi primo Priscos no sabe ni apartarse, pero liando porros podría dar charlas TED. El Vuelcavasos, el Malhecho y yo lo mirábamos con ansias, deseando probar ese polen. Mi primo le sacó la boquilla al cigarro de un mordisco, la partió por la mitad y la volvió a meter, mientras escupía el resto al suelo. Sacó el mechero y le dio unas pasadas al papel. Se puso el porro en los labios y lo encendió. Luego se hizo er longui, se dio la vuelta y se puso a hablar con Lupe la del Larios, que ponía platos con panecillos rellenos de tomate y atún sobre una de las mesas plegables, y nos soltó en toda la cara y sin rubor alguno:

—Ahora vengo, greñúos.

Y se largó con el porro que no era suyo en la boca. Porque así es mi primo Antoñico el Priscos: un aprovechao y un caradura. Te la va a

jugar si no estás alerta, y en la situación que sea te va a querer hacer la pirueta de la cabra. El Potas se enfadó y maldijo en voz alta mientras prometía no volver a invitarlo a drogas. Pero no sería la última ocasión en que mi primo Priscos se aprovechase de nosotros. Cuando se quedó medio calvo con veintipocos años algunos pensaron que no fueron causas naturales, sino una necesaria intervención del karma.

El Potas se pillaba unos rebotes extraordinarios con estos feos que le hacían, pero se le olvidaban enseguida. No aprendía y seguía confiando con los ojos cerrados en cualquier drogata de Villa de la Fuente. Y se la volvían a jugar. Una y otra vez. Miguel y Rober se sentaron junto a nosotros a comerse un bocadillo y seguir bebiendo litros mientras se reían, aunque también habían formado parte del grupo de tontos del culo tangados. Saqué un taleguillo de chocolate que guardaba en el bolsillo, mordí un pedacito y se lo ofrecí al Potas para que se lo liase. Hacer porros delante de los demás, aunque fuesen mis amigos, me daba vergüenza y no lo hice hasta tiempo después. A escondidas me los liaba, pero si me observaban me temblaban las manos y no daba pie con bola.

—Gracias. Foh, tú sí que eres es un buen tío, Álex. No como todos estos asquerosos. Chas, qué asco de primo tienes. Que me saquen los ojos si lo puedo ver. ¡Puto Priscos! Cuchi, por mis muertos te juro que tú no has heredado la basura de genes de ese rebañaorzas. Foh, hay que tener valores, Álex. Aunque seamos unos tiraos.

—Lo que tú digas, David. Pero esconde el grinder en la riñonera, que te lo van a quitar.

El Potas sonrió y se lio el porro.

No puedo olvidar esa fecha: 15 de mayo de 1998. Romería de San Isidro. Me faltaban menos de dos meses para cumplir diecisiete años. El pueblo estaba de celebración. Los jóvenes hacían carrozas con ramas, mantones, flores y verde en los remolques de los tractores, muchos se vestían de rocieros, muchas se ponían sus trajes de gitana, otros iban con caballos, se trasladaba el santo a la ermita del Nacimiento entre ¡vivas! y cohetes y todos lo celebrábamos bebiendo, comiendo y poniéndonos hasta el culo, fuésemos creyentes o no, en el sitio más bonito de Villa de la

Fuente, al lado de manantiales donde veías levantarse la arena por donde nacía el agua, bajo la sombra de mimbres, catalpas, álamos blancos, olmos y chopos enfermos de grafiosis. Las tuberías que afeaban el Nacimiento las destrozaron nuestros mayores para que los cabrones de la Confederación Hidrográfica no robasen el agua que nacía en los manantiales y lo dejasen seco.

Cargábamos sillas y mesas de nuestras casas. Poníamos dinero entre todos y comprábamos cajas de litronas, tinto de verano, refrescos, botellas de güisqui, ron, ginebra y vodka. En las tiendas, en los bares, en los pubs, en las discotecas o echando jornales en el campo nadie te preguntaba la edad. Ni para beber ni para trabajar. Nuestras madres nos ayudaban a preparar comida. La abuela de Cris y Miguel nos hacía una olla de sangría, que nos emborrachaba en nah de tanto azúcar y fruta madura que le echaba. También teníamos acceso a todo el chocolate y la coca que pudiésemos pagar gracias a que había algunos que ya se dedicaban al menudeo, sobre todo en los días grandes, como el Golosinas o el Culebras. Poder comprar drogas en el mismo pueblo era más cómodo que ir a pillar al Polígono de Almanjáyar, algo que se complicaba todavía más cuando eras menor de edad. Por suerte el Potas estaba disponible para pasearnos a Rober, a Miguel y a mí por el Polígono, aunque temíamos que nos estampara contra la mediana de la autovía, o peor aún: que se enterase Cris.

También era arriesgado entrar en según qué sitios del Polígono con nuestras pintas de punkis pajilleros menores de edad. Una vez nos atracó con un destornillador un mocoso con gafas que no debía tener más de once años. Otra vez fui a pillar un gramo con el Potas a mediodía. El Tranchetes, que era el camello al que le comprábamos, tenía reunida a toda su familia comiendo garbanzos. Nos preguntó si queríamos caballo o coca. El Potas se lo pensó, pero pidió farlopa. Entonces una de las chiquillas que estaba sentada alrededor de la mesa se levantó de la silla. Me agarró de la camiseta roñosa y comenzó a darme tirones, mientras gritaba:

—¡Papa, papa! ¡El melenúo es mú guapo! ¡Lo quiero pa mí!

Salí aterrorizado de aquel piso, mientras el Potas se descojonaba y me decía que lo pensase, que cortejar a la pequeña Tranchetillas no era mala idea. Y que con mi suegro Tranchetes trabajo no me iba a

faltar.

Nos lo montábamos bien en San Isidro. Nos juntábamos al fondo del Nacimiento, aprovechando los poyetes de la Presa Grande y el cauce del manantial, que usábamos como frigorífico natural. Nos solíamos agregar, porque les daba lástima que no tuviésemos a nadie con quien hacerlo, a Cris, Belén, Elenita, Lupe, Lourdes, Polly... Las chicas tenían más luces que nosotros y consideraban que había que disponer de suficiente comida cuando nos reuníamos para la romería. Si por nosotros hubiera sido, nos habríamos fundido toda la pasta en alcohol. Así de espabilaos éramos. Lo pasábamos genial con ellas, seguros y protegidos en su compañía. Si se acoplaba alguno de sus novios o ligues, les reñían cuando se mofaban de nosotros y les paraban los pies, porque todas sabían que éramos más raros que un carnaval y nos costaba relacionarnos con los demás. Nos hacían sentir bien, aunque nos apartábamos de ellas para fumarnos los porros por yo qué sé. Hace veinte años en Villa de la Fuente los tíos podíamos hacer lo que nos saliera de la punta de la polla por ser tíos, pero si a una chica la veían fumarse un porro o esnifar una raya la ponían de puta para arriba y tenía a todo el pueblo chismorreando sobre ella y señalándola. A ellas les gustaban los porros y la coca tanto como a nosotros, pero debían esconderse.

El Nacimiento fue llenándose de gente y comenzamos la fiesta, bajo un nido de gallinetas. La sangría, los bocadillos, las bolsas de patatas fritas... volaban, entre risas y conversaciones a grito pelao. Algunos conocidos se unían un rato a nosotros. Ayudaba que se nos arrimasen que el Potas se trajo un radiocasete con pilas. Iba a poner mi cinta de Distorsión, pero Cris le dijo que ni de coña. El Potas protestó en voz baja mientras se cagaba en su estampa. Pero no le quedó otra que fastidiarse y tragar con las sevillanas mientras fumaba porros y bebía cerveza con mi walkman puesto resistiéndose, como buen punki, a la opinión de la mayoría. Elenita nos preguntó si no nos importaba que se quedasen con nosotros su hermano Lolo y sus amigos. Así estaría pendiente de que Lolo no la liara. A todos nos pareció genial, qué íbamos a decir después de lo bien que nos trataban, y a media tarde se nos unieron Lolo, Jony el Farriao, el Liendres y Dani el del Sobrio, que tonteaba con Belén. Buena pandilla de alicates los cuatro. Lolo es el tío más macarra y

pordiosero que me he echado a la cara, y eso que he pasado por la cárcel. Le gustaba ir con la cabeza rapada, no solía hablar y la vida le fue dibujando muchas cicatrices en el rostro. Tenía acojonao a medio pueblo sin tener edad para votar y no había nadie con el valor suficiente para manejarlo. Hasta ese día todavía no éramos amigos, pero aquella madrugada nos hicimos inseparables. Aunque me daba pánico, nunca me había hecho nada malo, ni me había humillado, ni se había burlado de mí, como hacían todos los chicos de mi edad en el pueblo o en el instituto. Le respetaba por eso y fantaseaba con que me gustaría ser tan valiente como él. Lolo era noble, pero sus amigos... unos falsos y aprovechaos. Y no es ningún secreto que algunos, como el Farriao, se aprovechaban de Lolo todo lo que podían y más. Jony solía dárselas de lo que no era. El más listo o el más fuerte o el más guapo. Fuente: él mismo hablando de sí mismo, con su pelo claro, sus rizos y sus camisas de cuadros. Era grande e imponía, pero jamás lo vi enzarzarse en una pelea si no estaba Lolo por el medio partiéndose la cara por él. Ahora dicen que es el ricachón del pueblo, que todo le ha venido roao.

Polly, Belén, Lupe la del Larios, Lourdes la del Bienve, Miguel el Vuelcavasos y su hermana melliza Cris, Rober el Malhecho, Lolo, Jony el Farriao, Dani, el Liendres, Edén, Isilla, Jose el Maricón, Rubén el Cartones, Santi, yo... somos de la misma Quinta, la del 98. La Quinta de La Pelleja. Aunque en Las Quintas nos acompañaban las chicas cuando nos medíamos en el ayuntamiento y luego para canturrear por las calles o bailotear en la discoteca, era un evento centrado en los chicos, que al cumplir la mayoría de edad nos iríamos a hacer el servicio militar obligatorio. De mi Quinta solo dos o tres hicieron la mili, y porque quisieron, porque podías pedir prórrogas y ese mismo año, o el siguiente, no me acuerdo bien, dejó de ser obligatorio. Cuando don Alfonso, el médico que nos tomaba el peso y la altura en una báscula en el salón de plenos del ayuntamiento, me preguntó si quería echar una prórroga por estudios, le dije que no, porque quería declararme insumiso. Pero don Alfonso me echó una prórroga de dos años y me dijo que luego hiciera lo que me saliera de los cojones. No la renové y unos meses antes de joderme la vida me llegó una carta del Ministerio de Defensa, en la que me comunicaban que estaba en la reserva del ejército. La reciclé como boquillas para porros.

La Quinta del 98 éramos zagalillos del pueblo, nacidos en 1981, con dieciséis o diecisiete, dependiendo del mes en que cumpliésemos años. Nos compraban o prestaban trajes, imprimíamos camisetas conmemorativas, sacábamos fajos de tíquets de cubatas, todos los que tus padres pudieran pagarte, contratábamos a dos músicos, uno con guitarra y otro con acordeón y cantábamos por las calles y nos pasábamos las horas en los bares, en casas de otros quintos o en la discoteca de la Chari. Con dieciséis o diecisiete años tenías carta blanca de la sociedad para demostrar tu hombría bebiendo como un descosido. Unos se iban de putas al Paradise, otros se hinchaban a cubatas y porros, otros le daban a la farlopa, a los éxtasis, a los tripis... y algunos le pegaban a todo a la vez. Cinco días con sus noches. Así te hacías un hombre.

Rober, Miguel y yo decidimos pillarle un gramo de farlopa al Golosinas en honor a San Isidro Labrador e hicimos un mocho. A regañadientes y casi obligado, le tocó a Miguel el Vuelcavasos ir a buscar la coca, porque era el más echao pa'lante de los tres. Qué gusto daba pillar farlopa a esa edad. Qué emociones tan tontas y qué bien te sentaban esas rayas. Cómo se te atravesaban en la garganta como si fuesen puñales. Cuando te envicias con la farlopa vas buscando esas sensaciones de las primeras veces, pero ya te puedes meter cuatro gramos durante un fin de semana empalmando las noches con los días, que no vas a percibir lo mismo.

Jony y sus socios también habían pillado farlopa por su cuenta y se enchufaban las rayas allí mismo, con disimulo. Uno volcaba coca sobre una billetera y, mientras los otros tres hacían un corrillo como si charlasen de algo importante, hacía unas lonchas en unos segundos con un DNI que ni soltaba para, justo al terminarlas, agarrar un billete, enrollarlo y esnifar una. Luego se pasaban la cartera y el turulo, con tal manejo que no te coscabas de lo que hacían. Luego se dispersaban y si seguías fisgoneando se te acercaba Dani, con su carita de no haber roto un plato, preguntando alguna imbecilidad como para cambiar de tema:

—¿Esa camiseta de qué es, Esmayao? ¿Metallica son un grupo de música? Está chula, pero yo no me la pondría.

Miguel, Rober y yo paseamos hasta la Presa Vieja con la excusa de que necesitábamos mear. Allí, después de apartar las zarzas y

asegurarnos de que no había nadie, nos pusimos una loncha cada uno con la que aguantamos un buen rato. Joder, qué buenísima estaba entonces la coca y qué bien te sentaba. Cómo no me iba a enamorar de ella. Cómo no se iba a convertir en el amor de mi vida. Cuando volvimos al Nacimiento nos sentíamos mil veces más seguros de nosotros mismos, con nuestra armadura de mentira. Por unos instantes nos creíamos menos pringaos. Desconocíamos lo mentirosa que era la farlopa y cómo te podía joder la puta existencia entera.

Cuando regresamos a nuestro sitio nos encontramos allí a Juanillo el Bruce Lee, y a Ignacio el Cucaracha, que había salido a dar una vuelta y descansar un rato de su trabajo. Fue maravilloso juntarnos allí con todos, como si fuésemos uno más, y que otros chicos del pueblo nos aceptasen tal cual éramos, aunque solo fuese durante un día de feria. Las drogas y el alcohol exaltan la amistad y por un rato te crees parte de algo. Ya cuando la gente empezaba a recoger para continuar la fiesta en la carpa que los Cucaracha habían montado frente al restaurante, al Potas se le calentó el hocico, abrió su riñonera y sacó cinco éxtasis. Estaba colocao y se la sudaba todo, así que decidió repartirlas entre el grupito de tiraos que pimplábamos cubatas sentados en los poyetes de la esquina de la Presa Grande. Me dejé el medio éxtasis debajo de la lengua, ensalivando hasta que se deshizo. Me gustaba el sabor amargo de las pastillas y bajarlo después con un trago de cubata cargado. Fue el único momento en el que mantuvimos unos instantes la boca cerrada. Enseguida volvieron las risotadas, las puyas, los cigarros y los porros, el sonido de los hielos en los vasos de plástico, el cancaneo de las gallinetas, los chistes del Bruce Lee. El Potas se acercó al resto de la pandilla, quitó del radiocasete la cinta de sevillanas, la tiró a la presa sin pensarlo dos veces y sacó de su riñonera mágica el Sol y rabia de Reincidentes. Cris iba tan borracha que le sudó el coño. Comenzó a sonar «Jartos d'aguantar». Al Liendres se le fue la pinza, se quitó la ropa y se quedó en calzoncillos, esmirriao como estaba, con sus pelos de punta, y saltó a la Presa Grande. Entre los Reincidentes, las carcajadas y los chapoteos en el agua del Liendres, se nos oía hacer el tonto desde la Presa de Barcinas o el Cortijo de Mitagalán.

A nuestro lado había una familia de fascistas y pijos, de las que

atesoraban olivos. Los hijos de quienes poseían tierras eran unos holgazanes y fantasmas que ni estudiaban ni servían para trabajar, pero ya tenían la vida resuelta y se creían más que nadie. Huroneaban qué hacíamos para luego darle a la lengua. Dos idiotas vestidos de rocieros y borrachos nos gritaron:

—¡Sinvergüenzas! ¡Os tendrían que echar del Nacimiento!

Entonces el Liendres, todavía empapado por el chapuzón que se acababa de dar, se bajó los calzoncillos, se agarró la polla y les dijo:

—Oye, pues yo qué sé. ¿Pues por qué no hacéis como que os caéis y me la coméis?

Nos dolían las mandíbulas de carcajearnos y el bruxismo que nos provocaban las pastillas lo acentuaba. Un rociero ebrio amenazó con avisar a los Municipales o la Guardia Civil porque olía a porro. Lolo, que unos meses antes le había dado una paliza al Golosinas —que le sacaba como diez años—, se levantó del poyete, se acercó al rociero con el vaso del cubata en la mano y le preguntó que si por ir vestidos de payasos El Nacimiento era de ellos. Al ver a Lolo los rocieros beodos cerraron el pico y se sentaron en sus sillas. Nos descojonamos de nuevo, aunque la situación no resultaba tan divertida para Elenita, la hermana de Lolo, que lo sujetaba y le pedía por favor que se fuera a los poyetes. No he vuelto a ver a nadie infundir tanto terror a los demás del modo en que lo hacía Lolo. Joder, ese mismo verano le tiró a un gilipollas un escúter a la Presa Grande, que estaba yo delante. Y los cuatro o cinco tíos que había no fueron capaces de decirle nada.

La situación se calmó y los que nos increparon recogieron los bártulos para irse. Nosotros en nuestro rincón seguíamos dándoles a los cubatas y los porros. El Bruce Lee no paraba de soltar sobradas y las lágrimas de risa se apelotonaban en nuestros ojos. Parecía que no podríamos desternillarnos más, pero se nos acercó la mujer que vendía papeletas para rifar el último choto de la romería de San Isidro. No se le ocurrió otra cosa, entre toda la gente que había allí, que pedirle al Juanillo que fuera la mano inocente de la rifa. El Cucaracha le dijo a la de la rifa que la mano de Judas después de vender a Cristo estaba más limpia que la del Bruce Lee. Joder, los que conocemos a ese tío no tenemos fe alguna en la Justicia ni en la

humanidad. Pero la de la rifa extendió una baraja de cartas como si fuese un abanico.

—A ver, flacucho. ¡No cascurrees tanto! Hay que elegir un número para ver quién se gana el choto. Coge tres cartas. Y no hagas el tonto, que me juego el pan.

El Bruce Lee sacó las cartas, la de la rifa cantó el número en voz alta y alguien desde lejos gritó:

—¡Mío! ¡Premio!

Juanillo vociferó:

—¡Tontodoble, la mitá del choto pa mí, que soy el mano inocente!

La mujer de la rifa se fue a buscar el choto del premio. Juanillo se fue hacia las mesas de los Tontodobles y, al rato, asomó con una guitarra. El Potas bajó a por la última botella de refresco fresca para los cubatas, que manteníamos atada con unas cuerdas al fondo del manantial. Volvimos a sentarnos en las sillas con el resto de la pandilla, hicimos un corrillo y el Bruce Lee se arrancó a tocar. No lo hacía mal. Estuvo de chavea en la tuna que montó don Servando, el cura. El Bruce Lee sujetaba con gracia la guitarra, y lo mismo tocaba «Smoke on the Water» que «Stairway to Heaven». Algunos le acompañaban tarareando las canciones. Polly se sentó frente a mí. El Potas le había dado también éxtasis a ella, a Cris y a Lupe. Polly estaba preciosa, con unos vaqueros rotos, unas botas militares, una camiseta de L7 y el pelo suelto, brillante y amarillo como el as de oros. Era auténtica y rebelde. Cuando reía, su flequillo le tapaba los ojos marrones con las pupilas dilatadas, y ella lo apartaba con las manos. Cuando me pillaba observándola se reía y su cara se pintaba de ternura. Estaba enamorado de Polly pero ella no lo sabía, a pesar de que le grababa cintas recopilatorias con canciones que escupían todo aquello que no me atrevía a decirle, como «A tu lado» de Agua bendita o «Ni kontigo ni sin ti» de Kgüentó o «Estoy muy bien» de Extremoduro o alguna balada cursi de los Ángeles del Infierno.

Aunque Polly se hacía la dura delante de otras personas, era tan insegura y frágil como yo o cualquier otro adolescente. Polly estaba más integrada en el pueblo y me relataba cómo eran en realidad

todas esas personas a las que deseaba parecerme. Me advertía de que cuando alguien se daba la vuelta todos empezaban a criticarle y sacarle defectos, creándoles complejos. No se libraba ni Dios. Todo era falso, nadie estaba tranquilo y ni sabían quién iba de buenas o quién de malas. Me contaba como ella y sus amigas aprendieron a vomitar después de comer porque una de ellas les había dicho que así podían adelgazar. Años haciéndolo y no sabían ni que eso se llamaba bulimia y era una enfermedad. Las chicas sufrían presión social con el físico. Polly decía que lo peor de todas esas hipocresías e inseguridades era que aparte de volverte una acomplejada y no fiarte de nadie, te cambiaba el carácter, te modificaba el comportamiento y hasta la postura. Si a alguna le decían que tenía pocas tetas, se quedaba erguida, así con la chepa, para que no se notase. Si a otra le decían que igual sus orejas eran grandes, ya se dejaba siempre el pelo suelto. Si cerraban las piernas y se les quedaban un poco separadas es porque habían follado y cuanto más separadas las tuviesen, era porque más lo habían hecho. Como nadie les explicaba las verdades pensaban que la gente creía que eran unas putas. Cuando se encontraban con alguien, sus amigas y ella se colocaban en mil posturas diferentes, cruzaban una pierna, se ponían de puntillas, lo que fuese con tal de que no se les viera el hueco ahí. También me refería que las compresas eran muy malas, un algodón delante y otro detrás y se manchaban. Todas las chicas iban con camisetas o chaquetas atadas en la cintura. Les agobiaba que se les acercara alguien. Se ponían la ropa de sus hermanos porque era más ancha. Igual Polly se hizo grunge por eso. Si se juntaban con tíos les decían que eran marimachos o lesbianas, como si acaso eso fuera algo malo. No era fácil ser chica a finales de los noventa en Villa de la Fuente.

El Bruce Lee interpretaba «Jamming» de Bob Marley mientras el Potas lo acompañaba cantando, compartiendo subidón de éxtasis con Cris. Seguía comiéndome con los ojos a Polly, haciéndome el interesante y el intriguillas, sintiéndome no tan tonto como de normal gracias a las drogas y el alcohol. El Bruce Lee, que sabía que yo follaba con hombres porque él también lo hacía, se dio cuenta de lo embobao que estaba con Polly. Se le dibujó una sonrisa venenosa en la cara y me preguntó si me sabía alguna canción. Y le dije, como si fuese verdad, que «Señor Troncoso», de Triana.

El Bruce Lee comenzó a tocar «Señor Troncoso» y me puse a cantarla, con un porro en la boca, metido en el papel. Todos se descojonaron porque de normal les chocaba mi retraimiento y Polly se tapó la cara con las manos, entre risotadas. Lo recuerdo como un momento bonito. Cuando terminé de cantar me fui a mear e inhalar unas rayas con Miguel, Rober, Lupe y Polly. Nos sentamos en la Presa Vieja. Tras soltar unas risas y hacer algunas bromas, Polly me dijo:

—Álex, hoy estás que te sales, ¿sabes? Pero cantas fatal.

Cuando algunos años después me encerraron en el Centro Penitenciario de Albolote compré con la tarjeta del peculio un radiocasete en el economato. Mamá me trajo algunas cintas, entre ellas una de Triana. Un día la puse y al sonar «Señor Troncoso» me puse a canturrearla, tumbado en la litera del chabolo. Y sí, Polly tenía razón, cantaba de puta pena.

Paquita

La primera vez que tuve una cita con Javier en el Centro Provincial de Drogodependencias, ya como paciente, me pidió que le dijese algo que me relajase la ansiedad. Le hablé de Sarah, de cuando me pide que le dibuje tatuajes como los míos con sus rotuladores. Katja sonreía al verla con los brazos adornados con calaveras, ataúdes, serpientes, gatos y unicornios de colores, pero le cambiaba la cara cuando la chiquilla decía que cuando fuese mayor se iba a tatuar todo el cuerpo como yo. Cuando vuelvo a meter la pata, intento pensar en mi niña. A los traumas de niño y los de adolescente luego he añadido los de mayor. Mi cabeza es una coctelera con complejos y nitroglicerina.

Sarah solía entrar a la habitación donde me gustaba estar encerrado escuchando música para esconder las bajonas, las abstinencias y las ganas de matarme. Miraba las portadas de los discos y me pedía que le pusiera alguno de Lana del Rey.

—¿Cuál ponemos, Sarah?

Sé que su canción favorita es «Dark Paradise». Pero me hacía gracia que me la pidiera ella.

—Álex, pues la de Oh-oh-oh-oh-hah-hah-hah-hah.

Ponía el disco y la cantábamos juntos. Eran los instantes más hermosos mientras estaba en el infierno. Sarah bailaba y canturreaba. Yo volvía a ser un niño a su lado. Una vez me preguntó qué significaba la canción.

—Creo que habla de que ha perdido a alguien y echa de menos a esa persona, le cuesta permanecer en un mundo donde no está, se siente ahogada en un océano y cuando cierra los ojos ve un paraíso oscuro, por eso se titula así.

—¿Ya no la ve porque se ha dormido para siempre, como le pasó a mi tortuga?

—Sí. Y Lana del Rey tiene miedo de que cuando ella se vaya, esa persona no esté esperándola en el otro lado.

—¿El otro lado qué es, Álex?

—No sé, Sarah. Supongo que donde todos vamos cuando nos dormimos y dejamos de estar aquí. Pero no creo en eso. No se lo digas a mamá, por favor.

—Vale, Álex. Prometo no decir nada. ¿Pero por qué no crees? Allí podrías ver a tus amigos que se durmieron.

—Ya, Sarah. Pero también habría personas a las que no me gustaría encontrarme.

Esto no se lo he contado a Javier en ninguna cita. Me lo he guardado. Como tantas otras cosas.

Javier ha confinado al tal Jesús en su consulta, después de pararle la hemorragia de la nariz y ponerle algodones en las fosas nasales mientras lloraba, maldecía y amenazaba con darme mil puñalás y lincharme junto a sus misteriosos primos chungos. Espero que se acuerde bien de mi cara durante los próximos días, cada vez que se vea la suya en un espejo. Y que cuando note el dolor en los pómulos, en la boca y en el ojo morao que le he puesto reflexione sobre lo que le ha ocurrido por bocazas y por tocarle los cojones a quien no debe. Hay que saber cuándo tienes que ponerte chulo o cuándo debes callarte. Si no lo ha aprendido en la cárcel, como hice yo, pronto tendrá su reválida. Cuando vas encocao te la sudan los golpes y puñetazos, vas tan enrabietado y anestesiado que ni experimentas dolor. Eres Superman y llevas los calzoncillos por fuera. Me gustaría poder verlo cuando tenga la bajona, para reírnos juntos.

A mí me han encerrado en la consulta de Paquita, suplicándome que me calmase, que recuperase el control, que dejase de arder. Jesús sangraba, tirao en mitad de la sala de espera, y Javier me reprochaba lo sucedido, como si hubiese sido mi culpa. Me han entrado ganas de hostiarle también. Me he sentado en una silla y me he apaciguado pensando en Sarah, aunque cuando reparo en el escozor del arañazo del cuello y el del golpe que me ha soltado en la cara deseo volver a por él, pegarle patadas hasta reventarlo y que escupa el corazón por la boca. Odio cuando se va apagando el fuego, porque las llamas se transforman en vergüenza y culpa. La

vergüenza me pinta la cara como a un payaso y la culpa es un palo con la punta afilada que se hunde en mi pecho, provocándome escalofríos en las entrañas.

A ver cómo le explico ahora a Katja qué me ha pasado en el cuello y en el rostro y por qué hay manchas de sangre en mi camisa. Justo hoy, después de que me condenen en un juicio rápido a pagar una multa con un dinero que no tengo, por lo menos hasta que cortemos la yerba o venda la Kawasaki, porque con la nómina de camarero no me alcanza. Rachid, el Polilla, el Rencoroso y yo tenemos desde hace años una plantación de interior en una casa vieja, con la luz pinchada, en un pueblo a unos kilómetros de la ciudad. De ahí he sacado mucho dinero para luego metérmelo por la nariz. Ahora que quiero dejar la droga cuento con ese dinero para posibles emergencias, como que mi mujer me eche a la calle o que un juez me ponga una multa ejemplarizante.

Ojalá en lugar de moler a palos al puto Jesús pudiera haberle pateado la cara al juez. Encima debo estar agradecido por provocar solo daños materiales y no pasar de nuevo por la cárcel. Es un delito grave, ha repetido hasta la saciedad. Debe ser mi día de suerte hoy, señor juez. Ya me quitasteis cinco años, cuatro meses y un día en el Centro Penitenciario de Albolote, más tres meses de tercer grado en un Centro de Cumplimiento y un año en libertad condicional. Ya he pagado. Cerrad la boca y meteos por el culo vuestro paternalismo si habéis tenido una posición tranquila y cómoda con los dineros de vuestros papás. Porque eso es lo que nos diferencia a unos de otros. Lo que nos hace ser lo que somos. Pásese por un Centro Provincial de Drogodependencias, señor juez, charle de un modo distendido con el tal Jesús o con la pareja que ha perdido la custodia de su hijo y luego me hace un croquis de lo que se consigue con esfuerzo y con trabajo, sin papás como los vuestros. Señor juez, como dijo Iosu de Eskorbuto: «Empezamos en la ruina, seguimos en la ruina y acabaremos en la ruina».

Quiero cambiar. Lo he intentado muchas veces, pero no he podido. Si ahora estoy seguro de lograrlo es por Sarah, porque no quiero que me alejen de ella, porque ya va entendiendo lo que sucede, porque quiero estar a su lado mientras crece y ser el mejor padre posible. Quiero empezar de cero. Controlar la agresividad y la

impulsividad. Dejar de consumir alcohol y cocaína. Dejar de follar con cualquiera y robar por vicio. Dejar de comportarme como un idiota. Dejar de mentir a las personas que me quieren. Pero vuelvo a romperme por dentro y es una sensación que me asfixia y a la que jamás seré capaz de acostumbrarme. Todo estalla en mil pedazos una y otra vez. Siempre ha sido así. Intento juntar las piezas de nuevo, pero vuelvo a resquebrajarme y saltar por los aires, como los cristales de la cabina telefónica de la Plaza Vieja que Miguel el Vuelcavasos destrozaba a pedradas cuando éramos menores de edad. No sé ni cómo desenmarañar el caos en el que me arrastro, soy incapaz de quitarme de encima esta angustia y los malditos sentimientos que lo nublan todo, en un espectáculo nauseabundo que no acaba por más que lo intente. Nunca he sido capaz de decirle la verdad a nadie. Me he escondido en mentiras. Tal vez por eso no puedo escapar del agujero donde me pudro.

La he vuelto a fastidiar por no saber controlarme y por alterarme tanto al ver a alguien puesto de cocaína. Porque ese es el resumen de lo que ha ocurrido: he deseado consumir farlopa y todo el trabajo que he realizado en estos cuatro meses no ha servido pa nah. Ni la medicación. Ni los coloquios con Paquita, Javier y Merche. Ni las amenazas y ultimátums de Katja. Ni el dolor que le causo a mamá y a Ángela. Ni que un juez me haya condenado a pagar todos los destrozos del accidente, que no me cubrirá el seguro por ir conduciendo el coche de otra persona que alega que lo hacía contra su voluntad y por dar positivo en tres tipos de droga y alcohol en los test posteriores. Nada ha valido la pena. Sarah es lo único que me ata a esta pantomima. La razón por la que no salto desde un quinto piso.

Mientras me desmorono en una silla de la consulta de Paquita, con un nudo en la garganta, ella no para de hacer llamadas para anular las citas que quedaban para la mañana de hoy, pidiendo disculpas, haciéndose la misteriosa y argumentando que ha habido un problema en el Centro Provincial de Drogodependencias y se han visto obligados a cerrar. «Un problema en el CPD», como si acaso fuese una novedad. Cuando deja de hacer llamadas coge un folio blanco y los rotuladores de colores con los que nos hace esquemas para que aprendamos a controlar la ira, por ejemplo, y prepara un cartel: EL CPD PERMANECERÁ CERRADO. DISCULPEN LAS

MOLESTIAS. Agarra cinta adhesiva, unas tijeras de punta redonda y brinca de su silla. Cuando está a punto de salir de su consulta, se da media vuelta para guardar su bolso y su teléfono en uno de los armarios bajo llave. Vuelvo a irritarme y ponerme de mala hostia. El supuesto vínculo que construimos Paquita y yo en estos cuatro meses se rompe con el ruido que hace al cerrarse el pestillo de una cerradura. Sale de la consulta y se oye como abre y cierra la puerta de entrada, empujando además la segunda puerta metálica de protección. Vuelve a entrar. Está airada y ni me dirige la palabra. Se oye a Javier y al tal Jesús vociferar en la habitación contigua. Paquita abre el armario y saca de su bolso un paquete de tabaco. Vuelve a cerrar con llave, a dar otra patada a mi confianza. Ahora está muy espabilada y no se deja ninguna puerta abierta, la hija de puta. Se acerca a la ventana, abre el cristal y se enciende un cigarro, echando el humo hacia fuera, dando caladas con ansia, cada vez más sofocada. No sé si la táctica psicológica de Paquita es hacerse la tonta y pasar de mí hasta que la culpa me gangrene el pecho, así que agarro el teléfono y wasapeo a Katja, diciéndole que regresaré tarde, que van con retraso en el CPD. Me responde con un escueto OK, sin preguntarme qué ha pasado en el juicio. Si le hubiese puesto un wasap diciéndole que me iban a encerrar otra vez en una cárcel, también habría respondido OK. Si le escribiese que me he dejado el gas abierto y el piso va a estallar por los aires, me respondería OK. Si le escribiese que ya no puedo más y voy a tirarme desde un puente, me respondería OK. Resoplo, me cago en todo y aprieto los dientes. Paquita me mira y tira la colilla por la ventana, sintiéndose una rebelde por fumar donde no debe. Se digna a sentarse frente a mí y me suelta:

—Álex, es probable que te expulsemos del CPD. Lo que has hecho constituye una falta grave y es una conducta que no podemos permitir de ninguna de las maneras. No tiene justificación alguna. Cuando Javier acabe de hablar con Jesús avisará al 112, para que lo comunique a la Guardia Civil, que actuará en consecuencia, pudiendo levantar atestado, recoger pruebas y, si procede, detenerte por agresión. A Jesús lo trasladarán a un ambulatorio, donde le harán un chequeo y emitirán su correspondiente parte de lesiones. Javier está obligado a seguir el protocolo pertinente.

—Me parece de puta madre, Paquita.

—No seas cínico, Álex. Te hablo con honestidad y me duele decirte todo esto. Habíamos trabajado bien durante estos cuatro meses y has conseguido avanzar. Debes estar orgulloso por lo que has logrado y continuar esta lucha, pase lo que pase. No lo abandones, Álex. Puedes salir de la droga. Puedes cambiar.

—¿Que no sea cínico, Paquita? ¿Me sueltas todo este rollo legal después de esconder tu bolso con llave en el puto armario? ¿Después de todo lo que hemos conversado y de que te cuente asuntos personales que nadie más sabe? Joder, la semana pasada charlamos sobre Luci, lo del aborto... que ni lo saben mamá, Ángela o Katja. ¡Nadie lo sabía y confié en ti! ¡Te conté también mi historia con Adrián! ¿Crees que sería capaz de robarte? ¿Que lo he pensado acaso? Tú también puedes estar orgullosa de la puñalá trapera que me acabas de soltar, Paquita. Píntame una cartulina con flechicas de colores y caritas sonrientes y me lo explicas, que igual soy gilipollas y no me he enterado bien.

—Álex...

—Tú te dejaste la puta puerta abierta. Y Javier lo tenía que haber echado a la puta calle en cuanto alzó la voz. Me he metido en este lío por vuestra puta culpa, para que no os partiesen la boca. Os creéis que la gente os respeta y se ríen de vosotros. Aquí solo se viene a hacer farsas. Y ese payaso me agredió primero a mí. Mírame la puta cara y el cuello. Iba a coger un extintor para golpearme. ¿Tú no lo has visto? Nos lo puede explicar la pareja a la que estabas atendiendo. Hay testigos. ¿Crees que me vas a asustar con la película que te estás montando? Que te jodan, Paquita. Que os jodan a todos. ¡A mí nadie me pone la puta mano encima, joder! ¡Porque ya de niño me la pusieron demasiado! ¡No intentes asustarme con esa basura legal cuando la habéis cagado el inútil de Javier y tú!

Paquita se ruboriza. En una situación normal la mandaría a tomar por culo, pasaría a la consulta de Javier, le endiñaría más puñetazos al tal Jesús y dejaría fotocopias de mi DNI para que me pusieran las demandas que quisieran. Pero estoy sin un duro. No tengo acceso al dinero y ni sé cómo voy a hacer frente a los gastos del accidente. No puedo permitirme pagar un centro privado. Ni tan siquiera una psicóloga. Estoy hasta la polla de trabajar y solo tengo dinero para

tabaco y echar gasolina a la moto, que voy a tener que vender. En el restaurante no puedo echar más horas y he jurado por mi hija que no volveré a robar. Y a la yerba focos más potentes para que crezca más rápido no se le pueden poner. Este CPD es la única forma que tengo de cambiar y no perder a Sarah, de convencer a todos de que he dado un paso recto. Me tienen cogido por los huevos, pero no me voy a callar. No me van a engatusar y no voy a ser el único responsable de todo esto. Este CPD es mi esperanza y no lo voy a soltar. Me agarro a él como un perrillo a un hueso.

—Javier debe estar informando a Jesús, porque es su obligación, de la posibilidad de interponer denuncia penal contra ti y de las consecuencias que conllevaría su actuación. También deberá ser informado de la posibilidad de ser resarcido mediante la vía civil y administrativa. Jesús puede emprender acciones judiciales, Álex. O bien penales: persiguiendo la imposición de pena contra ti y el reintegro económico mediante indemnización o Civiles: buscando solo el reintegro económico. Aun en el caso de que Jesús, con su historial delictivo y su drama humano, no quiera denunciar, el propio CPD se vería forzado a ello.

Me encabrona que me amenace, sabiendo que tengo antecedentes policiales, que esta mañana temprano tuve un juicio rápido y que volver a la cárcel, de lo que me he librado de milagro, no es mi mayor ilusión.

—Bájate del alicóptero, Paquita. No me machaques más con ese puto subnormal y con tus fantasías. Si me planta una denuncia, le pongo otra a él y otra al CPD. ¿Queréis eso? ¿Me lo he buscado yo? ¿Me has visto cara de tonto o qué pollas te pasa, asquerosa?

Paquita se levanta de la silla gimoteando y sale de la consulta. Imbécil no es, sabe que el error es mérito suyo y no va a persuadirme y engañarme con su palabrería. Me pongo en pie, doy vueltas por la consulta, vuelvo a arder y golpeo con el puño derecho la pared hasta que sangro. La rabia me ahoga y solo puedo aliviarla haciéndome daño. Si me echan del CPD, estoy jodido. No tengo otra alternativa. Podría buscar otro CPD, pero no quiero volver a dar explicaciones. No quiero contarle a un médico o a un psicólogo otra vez mi pasado. Ni me planteo reiniciar este proceso. Intento no pensar en nada y se me mete en la cabeza «Cierra los ojos», de

Melendi. Puto Melendi. Todas las canciones de Melendi hablan de mí. Y mientras tarareo «sal ya de mí, que todo vuelva a ser igual que antes de ti», pienso en cómo me ha engañado la coca, en cómo me la ha metido doblá, en cómo me ha convertido en alguien peor que papá.

Vuelvo a sentarme. Me amedrenta perder a Sarah y sangran mis nudillos. Quizá sería un mejor padre si estuviese muerto. Si me dejase caer del todo de una puta vez. No puedo controlar los impulsos. Me callé durante mi niñez y mi adolescencia, hasta que espabilé. Opté por defenderme y golpear primero para sobrevivir, para que nadie volviera a causarme dolor, aunque me haya metido en demasiados problemas. Sarah sabe que no soy un padre como el de los otros chiquillos.

El año pasado a Sarah le pegaba un niño en el colegio. No había forma de que el niño la dejase en paz, por mucho que Katja fuese cada día a exigirle a la profesora que parase la situación. Cuando Katja se encontró con los padres del niño se lo recriminó, pero los padres estaban orgullosos de que su niño de siete años fuese el malote de clase y se la tomaron a pitorreo. Unos días después fui a buscar a Sarah. Salió llorando del colegio y le pregunté, sabiendo la respuesta, qué le había sucedido. A lo lejos vi al niño de la mano de su padre y fui a por ellos. Le dije al padre con educación que quería charlar con él, debajo de una palmera. Le metí cuatro o cinco bofetadas con el dorso, una detrás de otra, delante de Sarah y el puñetero niño, que empezó a gimotear. Cuando me cansé de darle guantadas le advertí al niño que si volvía a acercarse a Sarah vendría yo al colegio cada día a zurrarle a su padre. Funcionó. Sarah se sintió orgullosa de mí, aunque Katja me montó una escena en el piso, casi me denuncian y nos expulsaron del grupo de WhatsApp de padres del colegio.

Vuelve a abrirse la puerta de la consulta. Esperaba a Paquita para darme otro sermón, flipándose a sí misma por saber tanto de leyes. Pero no. Javier se sienta frente a mí con la cara desencajada. Mis ojos están enrojecidos por la rabia y el asco. A él no lo he visto nunca tan descompuesto. Temo que abra la boca y me expulsen del CPD. Javier se queda mirándome y los segundos pasan lentos. Igual Melendi le canta «Cierra los ojos» al médico de su Centro de

Tratamiento de Adicciones.

—¿Cómo estás, Álex? ¿Ya más sosegado? Vamos a solucionar esto y te lo voy a explicar con claridad. Lamento lo ocurrido y me abochorna. Todos hemos actuado mal y debemos asumir cada uno nuestra responsabilidad. Paquita ya te ha expuesto las consecuencias. Podemos dar parte a las autoridades y que todo se complique más. O podemos solucionarlo nosotros. Jesús no debería haber entrado al CPD en ese estado y he sido iluso confiando en que nada de esto iba a pasar. Asumo mi desliz, como Paquita asume su error al no cerrar la puerta con llave. He convencido a Jesús para que olvidemos este doloroso asunto. Jesús tiene trabas con su adicción y la Justicia. No ha sido difícil. Todos perdemos si lo que ha sucedido sale de aquí. Tú deberías haberte mantenido al margen, pero entiendo que hayas intentado mediar para evitar que nos agrediera a nosotros, que lo has hecho con buena fe. Ya todos tenemos bastantes contrariedades y la situación excepcional de esta mañana te garantizo que no se va a repetir.

Ni siquiera puedo responder porque estoy a punto de llorar. Asiento con la cabeza y los ojos enrojecidos. Javier es consciente de que ya no puedo caer más y de que no tengo un puto duro si me engarzo en más marañas judiciales. Y ni siquiera me ha preguntado por el juicio que tuve hoy ni voy a ser yo quien saque el tema. Noto su incomodidad por tratarme con adustez.

—¿Cómo tienes la cara y el cuello? ¿Crees que vas a necesitar asistencia médica? Tu mano está ensangrentada, Álex. ¿Qué has hecho? Deja que le eche un vistazo.

Javier se pone en pie y se acerca a la silla donde estoy sepultado. Extiendo el puño, dócil, vulnerable, mudo e indefenso. Javier lo sujeta entre sus manos, mientras va chequeando con los dedos. Los nudillos no paran de sangrar y me duele cuando los muevo, pero no hay rotura. Lo sé porque me he roto la mano un par de veces. Javier sale de la consulta y regresa con agua oxigenada, gasas, un rollo de papel, yodo y unas vendas. Limpia la sangre que chorrea, cura las magulladuras y me venda el puño. Luego se ocupa de mi cuello. Me da una tableta de Nolotil, para que me trague un par de comprimidos cada ocho horas e insiste en que me ponga hielo en cuanto llegue a casa. No puedo hacer más que darle las gracias,

muerto de lache.

—¿Cómo te has hecho esto, Álex? ¿Has golpeado la pared? ¿La puerta de la consulta? No creo que haya sido solo por pegar a Jesús, antes no sangrabas así. Te podrías haber roto la mano. ¿Y qué ganarías con eso? Debes hacer un esfuerzo cuando experimentes esos impulsos, porque solo vas a conseguir hacerte más daño. ¿Qué te ha hecho a ti una pared o una puerta? No puedes seguir reaccionando del mismo modo. Debes actuar de otra manera. Cambiar esa conducta estúpida y pensar en tu hija antes de perder el control. ¿Sigues con ideas negativas, pensando en autolesionarte? ¿Sí? Es normal. Y más cuando algo se descontrola. Estás esforzándote y no es raro que flaquees, estés triste o te falte la energía. Vamos a cambiar la medicación. De los estabilizadores del ánimo, que te van bien para controlar la impulsividad, mantenemos la misma dosis de Pregabalina, pero vamos a subir el Topiramato. Tómate 50 mg más por la noche durante cuatro o cinco días y después aumentas otros 50 mg más por las mañanas. Ya te expliqué que te puede dar hormigueo, sobre todo en las manos y los pies o sabor metálico con las comidas. Al incrementar la dosis, puedes volver a notar esos efectos secundarios. Y quizá deberíamos subir el antidepresivo. Vas a añadir otro Citalopram por las mañanas. Te encontrarás mejor y más animado. Los antidepresivos actúan primero sobre la ansiedad; el efecto en ese sentido lo hacen más rápido. Los efectos antidepresivos tardan un poco más de tiempo en apreciarse, en torno a dos semanas. Vas a seguir tomando el Disulfiram. Además, te voy a poner 2 mg de Rivotril. Ve a tu médica de cabecera y le entregas este documento para que te cambie la receta. El Rivotril lo vas a tomar en momentos puntuales, cuando te alteres o en situaciones que te desborden.

No digo nada y sigo callado, moviendo la cabeza para responder que sí a todo lo que me dice.

—Te voy a dar cita para la próxima semana. Lamento que hoy no hayamos podido atenderte.

Javier se pone a trastear con el ordenador, que va lento. Se desespera y despotrica contra la Administración.

—Es terrible cómo están de obsoletos los ordenadores. Y a nadie le

importa. A la Administración le da igual que no tengamos los recursos suficientes. Vaya mañanita, eh... Perfecto. Ahora sí. ¡Maldito ordenador! Dame tu carné de citas para que te apunte el día y la hora. Primero te verá Paquita y luego yo. Quizá Merche esté ya de vuelta. ¿Te viene bien esa hora o tienes algún compromiso?

Me combina con la jornada de descanso en el trabajo. Vuelvo a asentir.

—Pues ya está, Álex. Vamos a olvidar lo sucedido, a manejar esta tesitura con sensatez y a seguir trabajando juntos. Pero por favor, debes hacer algo más cuando sientas arrebatos de agredir a alguien y encauzar ese lastre emocional de querer hacer daño a los demás o a ti mismo de otra forma. Piensa en tu hija, en tu esposa, en tu hermana o en tu madre, en lo que están sufriendo por tus actos irracionales. Además del dolor que te provocas, has de tener en cuenta el que le ocasionas a ellas. Ya no eres un niño. Estás aquí porque tú lo has decidido. ¿Crees en Dios, Álex? No, ¿verdad? Lo suponía... Yo soy creyente. Es bueno creer en algo, Álex. El nihilismo nos hace estar perdidos. ¿Ves ese póster de la Virgen de las Flores? A mí me ayuda confiar en ella. Disculpa, estoy desasosegado y no quiero embalarme con mis convicciones religiosas. Pero piénsalo. Es sano y liberador tener fe y esperanza. Espera, te acompaño a la puerta.

No sé por qué pollas me habla de Dios y de la Virgen de las Flores, pero me alegra poder salir de la consulta y perderme de aquí. Javier me incomoda a veces, porque está acostumbrado a tratar con tantos mentirosos y a oír tantos embustes que estoy seguro de que me los pilla casi todos. Salimos y enfilamos el pasillo. Me bajo las mangas de la camisa, me pongo la chaqueta, la corbata la dejo en un bolsillo. Paquita debe estar escondida debajo del mostrador de recepción, porque no la veo en la sala de espera. Le pido a Javier que se disculpe con ella de mi parte, que le diga que me arrepiento de lo que le he dicho, que me ayuda y no se merece que la haya insultado. La mentira que acabo de soltar tiene la misma fuerza que un globo deshinchándose, pero Javier insiste en que esté tranquilo y deje de pensar en eso. Cojo la parca de la silla donde la solté y me la pongo. Ya en la calle, Javier me estrecha la mano izquierda y me

desea que me recupere pronto de las heridas. Le doy las gracias. Me acerco a la Kawasaki. Javier pregunta si puedo conducir y respondo que sí, que no se preocupe. Creo que lo dice por el puño que me acaba de curar y vendar, pero luego caigo en que sabe que no iba a librarme de que me retirasen el carné tras el accidente y no debería coger la moto. Javier debe pensar que disfruto metiéndome en problemas, pero no me da una charlita paternalista porque ya bastante tensa y complicada ha sido la puñetera mañana. No le pagan para que sea mi Angelico de la Guarda. Abro el portaequipajes y saco el casco y los guantes. Javier vuelve dentro, tras despedirse con cariño. Es un buen médico, aunque me dé la murga con sus rollos cristianos. Necesito fumarme un cigarro y procesar alguna buena mentira para Katja. No debería hacerlo, pero no quiero más discusiones hoy. Los chavales siguen con sus porros y sus litronas, apalancaos junto a los columpios, con todo el futuro por delante. Los gorriones saltan de los árboles a los cables de los postes del tendido eléctrico. Me pongo el casco y los guantes, arranco y salgo despacio de la calle. Bajo la cuesta para salir a la avenida principal. Antes de acelerar una litrona pasa volando a centímetros de mi casco. Se estampa contra una pared y los cristales saltan por todas partes. Doy un frenazo, pierdo el equilibrio y casi me caigo. Detrás de mí está el tal Jesús.

—¡Cusha hioputa! ¡Mal dolor te dé, foé! ¡Penica te tengo, esgraciao! ¡Muerto morío estás, carapapa, dejuro por lo más sagrao!

Intento poner la patilla, pero echo fuego y doy trompicones. Algunas señoras mayores se asoman a las ventanas. Una chica joven que pasea a un perro está espantada en la esquina, mientras habla por teléfono, retransmitiendo la acción en directo a su contertulio. Jesús continúa gritando, con un ojo a la virulé y la voz apitufada por los algodones en la nariz:

—¡Apaguatao! ¡Voy a de arrancarte el espinazo y atrancarle la puerta de la casa a tu mae con él! ¡Me cagüen tus muertos, caballomaera!

Consigo bajarme de la moto. Sin quitarme el casco salgo corriendo tras él, para molerlo a hostias en cuanto lo pille. Pero el cabrón se escabulle por una callejuela, mientras vocifera y amenaza con matarme. Le grito:

—¡Para si tienes cojones!

Pero Jesús debe tener otros planes y lo pierdo de vista, pese a que sigo oyendo sus insultos, sus bramidos y maldiciones. Quiero reventarlo a puñetazos otra vez. Dejarlo sin dientes. Incrustarle en las costillas los trocitos de cristal de la litrona que me ha tirao a la cabeza. Pero el cobarde es más rápido que una liebre y en un arrebato de lucidez pienso que ya me he metido en suficientes embrollos y que será mejor subirme en la Kawasaki y esfumarme de Castillo de la Cuesta antes de que aparezca la puta Guardia Civil.

El Entretenío

En el pueblo lo llamaban el Entretenío. Algunos también le apodaban Stoichkov, porque se parecía al futbolista, pero con más cara de bruto todavía. Tenía treinta y tantos y solía estar en los bares, rodeado de borrachines que le reían las gracias y se desternillaban con las historias que contaba. Tener mujer y tres críos, igual que para otros, no era un impedimento para pasarse los días y las noches poniéndose hasta el culo de alcohol y cocaína pegado a una barra. Vestía camisas o polos, pantalones de pinzas y zapatos. Siempre iba hecho un pincel para mostrar seriedad, porque por entonces era empresario de la construcción. Una docena de personas trabajaban para él. No se manchaba las manos más que para contar el dinero. Tampoco sabía de albañilería. Cuando estalló la crisis inmobiliaria quebró la empresa, lo embargaron y ahora tiene un bar frente a la iglesia, en la calle Picasso. No era un secreto que se aprovechaba de los empleados a su cargo. No remuneraba las horas extras, a la mayoría no les daba de alta en la Seguridad Social y jamás pagó ni dio unas vacaciones. Como mucho, sus empleados paraban en las fiestas patronales en honor al Cristo de la Veracruz y la Virgen del Milagro y les soltaba cinco mil pesetas para que se convidaran y con eso ya cumplía y compensaba los derechos que no pagaba. Empresario del año, el Entretenío. Así ganaba dinero a espuertas, exprimiendo a la gente, que además debía estar agradecida por tener trabajo. A veces dejaba colgados con impagos a sus albañiles y peones para que no se fueran a otras empresas, para tenerlos cogidos por los huevos, excusándose en que no había cobrado tal o cual factura, mientras él cambiaba de cochazos con frecuencia, se fundía un pastizal en vicios o reformaba una y otra vez su casa grande en el Camino del Vado. Un emprendedor, vamos. El típico empresario de pueblo, hecho a sí mismo con herencias familiares. ¿Cómo acabé con él esa noche de San Isidro de 1998? Follábamos desde que empecé a salir por las noches. Me seducía fácil con la coca y le daba igual que fuese menor de edad.

Desmontamos el chiringuito y arrastramos los cachivaches al coche del Potas para soltarlos en el pueblo. Teníamos tantas ganas de seguir con la juerga que pensamos que lo mejor sería dejarlo todo en el patio de Cris y Miguel el Vuelcavasos y, ya al día siguiente,

limpiar y devolvérselo a sus dueños. Los cuatro mataos de Trankimazín nos ofrecimos a recoger para que las chicas disfrutaran de la feria. Era la forma de agradecerles que nos aguantasen cuando nadie lo hacía. El Potas puso la maqueta de Ni Por Favor Ni Ostias en su Ford Escort L y esquivando tractores, caballos y verde tirao por el asfalto aparcamos en casa de Miguel y Cris, en la calle Agustina de Aragón. Cuando terminamos de amontonar las mesas, las neveras y las sillas en el patio les dije que me iba a casa para darme una ducha. Protestaron y se rieron de mí por ser tan presumido, pero no pusieron objeciones. Nos subimos de nuevo al coche del Potas y me dejaron en casa de mis padres, al lado de las escuelas. Quedamos en encontrarnos en la carpa de los Cucaracha.

He sido callado desde niño y nunca le he contado a nadie lo que hago o dejo de hacer. Ni siquiera a mis amigos o a mis parejas, hombres o mujeres. Me cuesta abrirme a los demás, mostrar mis sentimientos, jamás he sido capaz de decir un simple te quiero. Es mi mecanismo de autodefensa. Tus errores, tus debilidades o tu pasado son herramientas para que otras personas te hagan daño. Pero a la larga, esto ha sido como poner microexplosivos en mi organismo que estallaron todos a la misma vez. Cuando era adolescente mis amigos tenían tantos problemas como yo, no hablábamos de nosotros, no nos preguntábamos unos a otros ¿cómo estás? Estar puteados y callarnos el sufrimiento era el pegamento que nos unía. Sé que a veces sospechaban cosas, o había situaciones que no era capaz de explicar u oían rumores. Pero si mirabas para otro lado, las preocupaciones parecían desaparecer. Ni tan siquiera a Polly, a quien se suponía que se lo contaba todo, podía decirle la mayoría de mis secretos porque temía que se fuese de la lengua. Era un anarquista menor de edad, atrapado en mis contradicciones, maltratado por papá, que follaba con fascistas a cambio de droga. Como para haber ido a ver a don Alfonso, el médico de cabecera, a punto de cumplir diecisiete años para explicarle por qué estaba deprimido.

Mamá se había quedado en casa con Ángela, que todavía no tenía edad de pindonguear. Ni en un día de feria papá era capaz de salir con mamá a la calle y tomarse algo juntos, no fuera a ser que alguien la mirara. Estar en la cárcel es horrible, pero ahí no tienes elección. Es lo que hay. Pero ser mujer y acabar atada a un tarado

celoso y posesivo como lo era papá se debe parecer a estar en prisión. Aunque no haya barrotes, tus hijos y no tener un puto duro ni expectativa alguna de escapar de ahí ya te atan demasiado. Mamá tuvo una mala vida hasta que decidió escapar de Villa de la Fuente. Se crio sin padres. Con dieciséis años tuvo la gran suerte de conocer a papá, al que le había tocado servir a la patria en Burgos, donde ella vivía con la abuela que le quedaba. Dieron algunos paseos, luego papá le escribió cuatro cartas con versos de canciones italianas y se enamoraron o algo así. No hay que fiarse de un romántico, suele decir mamá. Cuando acabó la mili raptó a mamá, que era lo que se estilaba, y se la llevó a Villa de la Fuente. Sin conocerse de nada ni tener mucho en común, nací yo. Había que jugar a las casitas como proyecto vital. A papá se la sudaba todo y se pasaba los días y las noches en los bares del pueblo. Mamá no tenía a nadie. Para que papá fuese a trabajar en el campo, debía ir mamá también. Si papá se emborrachaba y no salía de la cama, ese día no entraba ningún jornal en casa. A papá le daba igual. Por la noche ya se bebería el poco dinero que hubiese, aunque eso significase que no quedara nada para comer. Sin mamá echándole los cojones que le faltaban a papá, no sé qué habría sido de nosotros.

Mamá, sentada frente al televisor, me preguntó que si ya me había cansado de la romería. Le dije que no, que me iba a duchar. Me gustaba estar aseado porque sabía cómo acababan las noches en las que salía. Pasar por casa también era una excusa para robarle dinero a papá. Conocía su escondite. Iba tan borracho siempre y era tan manirroto que ni sospechó que me pasé años desvalijándole cuanto podía. Me puse una camiseta limpia, una de la marca Abanderado de color negro, con el bolsillo arrancado, que era lo segundo más punki que tenía, los vaqueros nuevos y las mismas zapatillas comidas de roña y casi sin suela. Le di un beso a mamá y otro a Ángela. Mamá me pidió que no bebiera y que tuviese cuidado. El medio éxtasis seguía haciendo su magia y casi me pongo a pegar saltos en mitad del salón. Le dije que se quedase tranquila, que confiase en mí, con las pupilas dilatadas y bruxismo en la mandíbula. Salí de casa limpio y apestando a la colonia Brummel de papá, con dos mil pesetas más, sin barruntar que esa noche todo cambiaría. Me fui andando para el Nacimiento por mi calle, hasta la cuesta que bajaba a la avenida. Crucé por la vereda del barranco

frente a la vaquería para recortar. Me hice un porro mientras caminaba junto a la Presa Vieja. Ya en el Nacimiento subí las escaleras de la Presa Grande, apurando el porro, casi a oscuras. Dani me gritó desde los poyetes:

—¡Espera Esmayao, me voy contigo a la carpa!

Estaba enrollándose con Belén y supongo que tenía ganas de otro tipo de fiesta. Dani era el tío más guapo y encantador del pueblo. Su familia manejaba dinero. Igual fue el único de los hijos de los que poseían tierras que aprovechó para estudiar y acabó de director de una sucursal bancaria. Vestía con ropa de primera mano y su sonrisa embaucaba a cualquiera. Todas las chicas estaban encaprichadas de él, era el partidazo de nuestra Quinta. Acompañamos a su novia transitoria hasta la ermita, donde la esperaba Lupe la del Larios para ir a cambiarse de ropa y aparcar hasta el próximo año el vestido de gitanas. Cuando nos quedamos solos me preguntó:

—¿De dónde venías, Esmayao? Pensaba que andabas con estos.

—He ido a casa a por dinero.

—Vale, tío. Vente conmigo y te convido a farlopa.

Fuimos hasta uno de los chiringuitos abandonados, aquel donde de pequeño papá me llevaba para ponerse doblao de cerveza y comer caracoles, cerrado desde hacía años, frente a la charca de los peces. Pasaba gente, pero la oscuridad nos protegía de sus ojos curiosos. No éramos los únicos que nos ocultábamos allí para meternos coca o liarnos un porro con disimulo. Dani puso el DNI sobre la barra oxidada, después de limpiarla con el antebrazo, sacó una papelina y preparó unas lonchas, mientras yo alumbraba con un mechero.

—Dos para cada uno, que no me he enchufao nah en tres horas. A Belén no le va este rollo. No veas, Esmayao. Me dio el subidón de la media pastilla que nos dio el Potas y casi follamos en los poyetes de la Presa Grande. Estaba más caliente que una patá en la oreja.

A mí nunca me gustó llamar a la gente a la cara por su mote.

—Gracias Dani, luego te pongo alguna, que mi farlopa la guardan el Vuelcavasos y el Malhecho.

—No te rayes, Esmayao. No hace falta, te invito porque me apetece. Si no quisiera, no lo haría.

Nos metimos las lonchas, le di un cigarro y nos fuimos para la carpa que los Cucaracha habían instalado en un descampao al borde del río Cubillas, frente al restaurante del Nacimiento. Los Cucaracha eran los reyes montando fiestas. Rogelio el Cucaracha estaba en los huesos, tenía bigote y pelazo y era un liante. En lo de liante era en lo único en que se le parecía su hijo Ignacio, que era un mazacote de carne y ya se le veía el cartón cuando éramos chavales. Cuando entramos sonaba el «A bailar» de Los Cantores de Híspalis. Fuimos directos a la barra para sacar tíquets y encontrarnos con los demás, acoplados en una de las esquinas. El Potas bailaba sevillanas con Cris. Envidio que ambos hayan sido capaces de quererse tanto y estar uno al lado del otro, en las buenas y en las malas, desde que eran unos niños. No conozco a muchas parejas así. Había un gentío que pa qué en la carpa. Dejé a Dani y me acerqué a Rober el Malhecho que, sin yo decirle nada, me pasó lo que quedaba de nuestro pollo común.

—Échate tres lambreazos, que son los que nos hemos metido el Miguel y yo. Le hemos puesto un par al Potas y a Cris, que nos habían invitado antes.

—Gracias, tío. Me vuelco dos y le pongo una al Sobrio, que me acaba de conviar.

—Claro, Álex. Queríamos hacer otro ejcote y pillarle medio gramo más al Golosinas, pero ha visto al Lolo y le han faltado pies para irse de la carpa.

—Joder, si pillamos más no me va a quedar ni para cubatas.

—No pasa nah, nos apañamos con lo que tenemos. El Miguel está tieso de pasta también. Y oye, sobre los cubatas. Ignacio el Cucaracha nos ha dicho que partamos los tíquets por la mitad y se los demos enrollados y con disimulo y así nos sacamos dos consumiciones con cada uno. ¡Como nos pille su pae nos descalabra

a todos!

Le dije que me parecía bien lo de partir los tíquets si ellos sacaban los cubatas. Rober sonrió. Le di mis tíquets. Mientras Rober buscaba a Miguel para ir a por cubatas, me acerqué a Dani y le dije que saliese conmigo para invitarle a una loncha.

—Esmayao, máquina. Nos acabamos de enchufar dos tiritos. Relaja, tío. No te preocupes por mí. Te he invitado porque me apetecía y me caes bien. Que no te dé regomello.

Me dio corte ser tan torpe e insistente. Para mí pasarlo bien con gente de mi edad que no fueran mis amigos de Trankimazín era extraño, no estaba acostumbrado y no sabía cómo manejar con normalidad esa situación nueva. Le di otra vez las gracias y me fui junto al Potas y Cris, que ya se habían cansado de bailar. Miguel el Vuelcavasos me trajo un cubata y me dijo que los tíquets los guardaba Rober el Malhecho. Estábamos cómodos en la carpa y se notaba a la legua que Rober y Miguel disfrutaban tanto como yo. Brindamos con los vasos de tubo de plástico. El disyóquey puso «Smack my bitch up» de los Prodigy y nos vinimos arriba, por mucho que nos la pelara y odiásemos la música electrónica. Me crucé con Polly, que iba con unos forasteros, pero pasó de mí. A veces me daba la impresión de que Polly me evitaba cuando estaba con otra gente y solo me buscaba cuando no tenía a nadie con quien salir a la calle.

Algo típico de Villa de la Fuente, más que la portería de los penaltis de las Eras, el aceite de oliva o las tortas de Las Horneras, era liarse a mantimplazos en días señalados, como las fiestas patronales, las navidades o San Isidro. Bastaba con que todos estuviesen pasándolo bien para que algún idiota montase una movida o mirara mal a quien no debía para que volasen vasos y puñetazos. No tardó en suceder y el que armó el guirigay fue Jony. Por esa época Jony y sus amigos trapicheaban con taleguillos de chocolate. Ya había en Villa de la Fuente varios camellos. Uno de ellos, el Culebras, mosqueado con el éxito de Jony con sus taleguillos, aprovechó para recriminárselo cuando coincidieron en la barra y lo amenazó con darle una puñalá por no respetarle. El Culebras iba cocido de bebida, estaba rodeado de su gente y era un tío chungo, que había pasado por los juzgados en alguna ocasión. Vestía un pantalón de

chándal con una camiseta de tirantes, para que se le vieran los tatuajes talegueros que se hizo en la mili. Que un mocoso de diecisiete años le hiciera la competencia con el costo no le hacía ninguna gracia. Cuando Jony le respondió que se fuera a tomar por culo, con una chulería que el Culebras no esperaba, golpeó la barra con una ram calí de madera con borlas, mientras gritaba:

—¡No sabes con quién estás hablando, Farriao! ¡O te najas o te meto una patá en el pecho que escupes las higaillas por la boca, niñaco! ¡Te lo tienes muy creío! ¡Te voy a poner en tu sitio, so mierda!

Todos se dieron la vuelta a fisgonear. Había tres o cuatro tíos ya hechos y derechos con el Culebras, entre ellos su hermano, el Dientesdeoro. Rodearon a Jony y al Liendres. La gente que bailaba en la pista dejó de hacerlo y se arremolinó en la barra, deseosa de ver una pelea. Rogelio el Cucaracha, con una borrachera que no se tenía en pie, farfulló que iba a avisar a la Guardia Civil si seguían jodiendo la fiesta, que allí no quería líos y debían comportarse. El Culebras se encaró con Jony, a un palmo de su nariz, invitándole a acompañarlo fuera para solucionar el asunto como hombres, si era capaz de no cagarse encima. En ese momento asomó Lolo, dándole un trago a su cubata como si tal cosa. Sin soltarlo se metió por medio y le golpeó la cabeza al Culebras contra la barra. El Culebras se quedó medio grogui por el golpe y la borrachera y porque además no imaginaba que un niñaco le iba a soltar esa pedazo de hostia. Suponían que el niño del Manolillo no se iba a meter en la pelea, porque ellos ya eran unos hombres y le daría miedo. Te tienes que reír. Los tíos que acompañaban al Culebras se quedaron quietos, sin saber qué hacer o cómo reaccionar. Además de Lolo, los rodeábamos diez o doce niñacos, aunque algunos como yo acojonaos y solo para hacer bulto. Estar en primera línea era el peaje a pagar por el hecho de que nos aceptasen ese día entre ellos. Hubiese sido cobarde y rastrero pirarnos, a pesar del terror que sentíamos. Aunque algo de valentía sí que nos daba la coca, en verdad. Me asustaba además la perspectiva de acabar en una pelea multitudinaria, faltándole el respeto a personas mayores, pensando en las consecuencias de que alguien se lo chivase a papá. Optaron por levantar al Culebras del suelo, sujetándolo para que no se tirase a por Jony y sacarlo de la carpa. No creo que lo hicieran por peleles, solo quisieron evitar problemas si asomaba la Guardia Civil

porque llevarían perica, chocolate y dinero encima. Al Culebras lo podían encerrar otra vez en la cárcel y a la mayoría de los niñacos todavía no.

Sin más leñazos la marabunta se dispersó, volvieron a la pista y a sus bailes y cubatas. El Culebras vociferaba fuera, pero ya no volvió a entrar ni esperaba cuando salimos después. Lolo siguió a lo suyo, mientras Jony se reía, creciéndose en la barra, sintiéndose el puto amo. El conato de trifulca nos puso paranoicos a la mayoría. Me salí a mear en el río porque había cola en los baños portátiles instalados en la carpa. Cuando subí de mear, el Potas, Rober y Miguel compartían un porro con el Entretenío, en uno de los poyetes del arroyo del Desfilaero. El Entretenío me saludó con su enfermiza simpatía y las pupilas brillando como purpurina. El Potas me dijo:

—Foh con los colgaos estos. Cuchi, dicen que el Culebras ha ido a por una escopeta. Chas, el Jony y el Lolo no tienen luces. Nosotros nos vamos al pub del Hocicoperro. ¿Te vienes con nosotros?

Miré al Entretenío, que me devolvió una sonrisa y le dije al Potas que no, que me quedaría un rato más porque quería convidar a Dani para devolverle un favor, que luego nos veríamos en el pub. Rober me dio algunos tíquets y nuestra ya menguada farlopa. Volqué un poco en un chivato del tabaco, para repartirnos entre los tres la miseria que nos quedaba.

—Vale, Álex. Nosotros nos piramos en cuanto salga Cris. Stoichkov, échale un ojo a mi colega. Cuchi, que no se meta en movidas que no van con él.

—No te preocupes, Potas. Luego lo subo al pub para que no se vaya andando. Me quedan unos cuantos tíquets también.

Sabía que no iba a decir que no. Entramos juntos a la carpa. El Entretenío iba pasadísimo y se acercaba demasiado para hablarme. Me horrorizaba que me plantara un beso en la boca delante de todos en mitad de la romería de San Isidro. Me aterraba que en el pueblo se enterasen de que follaba con algunos hombres casados a cambio de coca. Le dije que se calmara, que me incomodaba y que me quería ir. Entonces el Entretenío me rogó que me relajase, que confiara en él. Solo nos íbamos a tomar unos cubatas y luego me

acercaría al pub del Hocicoperro. Me guiñó un ojo y añadió que le quedaba bastante farlopa para compartir, si me apetecía. No tuvo que decir nada más. Me apetecía seguir esnifando coca y guardarme la mía para otro día. También deseaba comerle la polla y que luego me follase, porque iba ya muy colocao y era consciente de que ni a Polly ni a ninguna otra chica o chico de mi edad le interesaba. Al mismo tiempo que me espantaba que alguien descubriese lo nuestro, me ponía cachondo.

Cuando se nos acoplaron un par de borrachines, el Entretenío les dijo que iba a acompañar al greñúo al pub, como si fuese un juguete que no quería que le quitasen. Los borrachines se rieron. Salimos de la carpa. Le di los tíquets que me sobraron a Dani, que me miró con mala hostia por ser tan pesao. Buscamos el Mercedes 300 del Entretenío. Teníamos poca conversación. Se las daba de enrollao y me hablaba de rock, sin puñetera idea. Puso una cinta con las baladas de Scorpions y arrancó. En lugar de enfilar la Avenida del Nacimiento en dirección al pueblo, cogió el camino contrario. Antes de llegar a los Cajorros subimos por la cuesta hacia la Fuente del Colmenar y aparcó en la explanada de olivos de la primera curva. Me dio un pollo y me pidió que preparase unas lonchas mientras él se entonaba. Lo volqué sobre la funda de plástico donde guardaba los papeles del coche, mientras él se acariciaba la polla, jugueteaba con mi pelo y jadeaba en mi oído. Cuando preparé las lonchas, dejé el gramo a la vista, me metí una y le pasé el guisote, con un turulo hecho con un cupón de la ONCE. Se enchufó una raya generosa y se bajó los pantalones hasta las rodillas. Dejé la coca ya volcada sobre el salpicadero, el pollo a mano para choricearle luego y empecé a chupársela, porque era lo que tocaba. Cuando empezó a sonar «Always somewhere» ya follábamos sobre una manta en los asientos de atrás.

Acabamos y me apartó de él con desconsideración, sin abrazarme o decirme algo bonito siquiera, cabreado por si se habían manchado los asientos. Se quitó el condón, le hizo un nudo y lo tiró por la ventanilla. Solía ser así y aprovechaba esos instantes de despechado para meterme toda la coca que podía y ratearle un poco o mucho de la papelina, dependiendo de lo puesto que estuviera, cuando salía a mear. Luego me vestía y él me contaba alguna payasada que no me apetecía escuchar de la mili, sobre cazar zorzales o sobre cuánto

odiaba a su mujer. Me gustaba echar un polvo, pero no soportaba los ratos de después. Le pedí que me acercara al pub. Se ofreció a acompañarme porque le apetecía continuar la fiesta. Me juró que no se iba a acercar más a mí para no dar cantazo. Arrancó el Mercedes 300, sintonizó en la radio Mundo Evassion, bajamos la cuesta y subimos al pueblo. Todavía se oían sevillanas en la carpa de los Cucarachas. El Entretenío aparcó en la calle Marqués de Casablanca y caminamos hasta el pub por separado. Cuando entrábamos al pueblo en su Mercedes 300 después de follar me pedía que me agachara para que nadie me viera con él y eso me dolía.

En el pub me esperaban Cris, el Potas, Lupe, Rober, Miguel... Me extrañó no ver a Lolo y a estos, pero supuse que se habían escondido por si acaso al Culebras le daba por asomar al pub con una escopeta y liarse a tiros. Lupe me dijo que Polly se había quedado en la carpa de los Cucaracha besándose con un chico de Salinas de la Cueva. Me dolió también. Me senté lo más lejos posible del Entretenío y le pedí al Hocicoperro un cubata, que pagó mi amante secreto. Solo sonaban Dire Straits o Bob Marley en el pub. El Hocicoperro no invertía en compact disc. Han pasado veinte años y todavía me entran ganas de esnifar coca cuando escucho en alguna parte a los putos Dire Straits o al Bob Marley de los cojones.

Hablábamos del guantazo que le había endiñado Lolo al Culebras, hasta que Cris nos cortó diciendo que no tenía gracia, porque Elenita sufría cuando su hermano se ponía agresivo. Yo estaba puestísimo y despechado. Me pasé el rato charlando de discos punk con Miguel el Vuelcavasos, pensando en canciones para Trankimazín y discutiendo si debíamos sonar a esto o a esto otro. Cuando se me aguachaba el cubata, el Entretenío me pedía otro y mis amigos me miraban raro porque luego cogía una brocha y un bote de pintura y pintaba en la Venta del Nacimiento, por ejemplo, FACHA BUENO EL FACHA MUERTO. Pero iba tan enchufao que me la sudaba. De vez en cuando me escapaba con él al baño para que me invitase a farlopa y ya de paso magrearnos. Deseaba que la noche no se acabara nunca. Me daba algo de confianza sentirme deseado al menos por el Entretenío e ir encocao. Pensaba en qué es lo que tenían todos esos tíos que besaban a Polly que no tuviera yo. Lupe, Rober y Miguel decidieron irse. El Potas y Cris se besuqueaban en los sillones de la pista del pub. Le dije al Entretenío

que me largaba a casa. Él dijo que también. Sonaba «Hand in hand» cuando salimos. Bajando las escaleras del pub el Entretenío preguntó si me apetecía una última raya. Le dije que sí, sintiéndome como la hormiguilla de la fábula de la cigarra, guardándome para otra ocasión la que me quedaba y la que le había choriceao. Cruzamos la Plaza Nueva y paseamos hasta el anfiteatro. Nos sentamos en los poyetes frente a la parte de atrás de la iglesia y la Casa Grande, donde después construirían el Centro de Salud. Las farolas del palacio estaban encendidas y así me aseguraba de que el Entretenío no pensara en echarme otro polvo. No había ni perros por las calles, pero los bares seguían abiertos y podría pasar alguien y vernos. Los mosquitos revoloteaban bajo la luz amarilla de las farolas mientras el Entretenío preparaba un par de lonchas sobre su cartera. Esnifé la mía y le pregunté si podía hacerme un nevadito con los restos. Dijo que sí. Lamí el cigarro, lo empapé con los grumos de coca, lo sequé con el mechero y me lo planté en la oreja. Cuando me puse en pie para irme, el Entretenío deslizó su mano entre mis vaqueros para sobarme la polla. Le pedí por favor que parase, porque nos podrían ver y él me besó y me metió la lengua hasta la garganta. Insistí en que me dejase en paz. Me apretaba los huevos y ya se desabrochaba sus pantalones cuando oímos un ruido y se detuvo. Le volvió la sensatez y se marchó, aunque iba más caliente que la rosca de un Clipper cuando te fumas una papela. Suspiré cuando su sombra se perdió a lo lejos. Escupí media boquilla, encendí el nevadito y me fui hacia las escaleras. La noche estrellada resaltaba la belleza del Olivar, de la calle donde ponen el mercaíllo, del anfiteatro, de Sierra Arana, Peñón Grande, Cabeza del Asno, Cerro Gordo, Cerro del Espino, Cerro de la Atalaya y el Peñón de la Mata a lo lejos. Bajé un par de escalones mirando al suelo para no caerme, haciendo ruido con las suelas reventadas de las zapatillas porque iba pedo, riéndome solo y pensando en lo bonito que había sido el día, repasando momentos de la romería de San Isidro hasta asegurarme de no haber hecho el ridículo y de haberme comportado como una persona normal con Lolo y sus amigos, sin que se notase la emoción por haber sido capaz de relacionarme con otros chicos de mi Quinta. Unos cuantos escalones después oí pasos tras de mí. Creía que era el Entretenío con la polla tiesa. Pero no. Cuando ladeé la cabeza para ver quién era oí sus sollozos de borracho mientras me decía sin alzar la voz:

—¡Maricón! ¡Eres un puto maricón! ¡Y un drogadicto asqueroso! ¡Lo sabía! ¡Con ese pelo de niña! ¡Te lo debí haber cortado con una navaja mientras dormías, maricón! ¡Me das asco! ¡Tú no eres mi hijo!

Por el sobresalto me quité el nevadito de la boca y lo lancé como a cien metros de allí. Olía a cocaína quemá desde el Cerro de la Cruz. Me asusté. Me estremecí. No podía ser real, era una paranoia de la farlopa. Encontrarme a papá con una jumera tristona en las escaleras del anfiteatro era lo último que podía esperar para rematar un día tan hermoso. Tenía que aparecer para joderlo todo. Me había confiado. Me dijo llorando, como si le hubiese clavado una estaca en el corazón, que estaba en el bar del Cilorón jugando a la tragaperras cuando me vio salir con el Entretenío, que ya sabía lo de maricón y drogadicto, pero que era una vergüenza que me entrometiera para romper el feliz matrimonio de una persona noble y trabajadora. Como si la polla del Entretenío acabara por accidente en mi boca, sin él darse cuenta. Ya sus amiguetes le habían advertido que solo me juntaba con maricones. Pero que me iba a enderezar o me echaría de su casa como a un perro. Lo decía todo gimoteando, haciéndose la víctima, compungido. Yo estaba bloqueado. Temía que se agarrara a puñetazos conmigo en mitad del anfiteatro. Me daba pudor que alguien que no fuese mamá o Ángela viese como me pegaba. Porque los malos tratos, los gritos, las palizas, las humillaciones y el dolor que nos causaba no podían salir de la intimidad del hogar. Era nuestro secreto.

—¡La culpa es de tu madre! ¡Te ha convertido en un maricón, en un vicioso y en un blandengue! ¡Y a ti solo se te corrige con jarabe palo, maricón! ¡Vamos para la casa! ¡Se lo vas a explicar a tu madre, maricón! ¡Juro que esta noche agarro la escopeta y os quito de en medio a tu madre, a tu hermana y a ti! ¡Solo sabéis joderme la vida, asquerosos! ¡Maricón, maricón, maricón!

Disfrutaba hiriéndome y denigrándome. Y lo de sorprenderme de lambreazos y comiéndome la boca con un hombre casado mientras me magreaba la polla, era una carta blanca para hacerme más daño. Iba borracho como una cuba, pero lo sabía. Le había dado un buen motivo para legitimar sus abusos y sus palizas. Quizá no me había pegado los suficientes puñetazos cuando se emborrachaba. Empecé

a llorar. Iba muy drogado. Tenía miedo de que cogiera su escopeta de caza y nos matara a mamá, a Ángela y a mí. Ni por asomo podía haber un maricón en su familia. ¡Qué iba a pensar y decir la gente! ¡Cómo podría estar en un bar y que lo señalaran por tener un hijo mariquita! Lloraba y rezaba a no sé bien quién para que nadie pasara por el anfiteatro y escuchase los reproches e intimidaciones de papá. Apreté los dientes y le grité que se callase, por favor. Le pedí perdón. Pero él me lo recompensó con un menosprecio nuevo para celebrar mi nuevo estatus oficial de maricón. Cuando me escupió a la cara quise morirme allí mismo. Saqué fuerzas de donde no las había y se lo recriminé, me revolví contra él y vociferé que era un cerdo, que no me había querido ni tratado como a un hijo, que nos tenía amargados con sus borracheras, que ojalá se muriese. Él se limitó a cambiar sus sollozos de borracho por risas y me respondía a todo con «¡maricón!», mientras hipaba. Le solté:

—¡Prefiero ser maricón antes que un mierda como tú, hijo de puta!

Papá se sintió dolido por mancillar la honra de su madre, porque para según qué era un hombre muy familiar, e intentó darme un puñetazo. Iba tan mamao que no apuntó bien, su peso se fue hacia delante y tropezó por las escaleras. Su cuerpo alcoholizado se giró. Hubo un instante en que nuestros ojos se cruzaron, justo cuando él flotaba en el vacío, con la espalda a centímetros del suelo. Entonces se oyó un crujido acompañando al golpe. Su cabeza chocó con las baldosas y se desnucó. Ni siquiera gritó o se movió. Fue tan solo unos segundos. Balbuceé:

—Papá...

Pero papá no me respondió. Me meé encima. Ni me acerqué a socorrerlo. Miré alrededor, temiendo que alguien nos hubiese visto o escuchado. Me aseguré de que no había ni un alma cerca. No sabía qué hacer y me aterraba que acabasen culpándome a mí, porque cómo iba a explicar lo sucedido. El Entretenío ni loco iba a defender mi versión de los hechos, por lo que eso implicaba. Me recogí el pelo con una goma, salté por encima del cuerpo inerte de papá, con cuidado de no pisar el charco de sangre que salía de su cabeza y corrí escaleras abajo, dando zancadas imposibles. No sabía dónde ir. Solo quería estar lejos del hombre que minutos antes me había soltado un lapo en la cara.

La gente chismorrea y se inventa historias, pero no hay más. Así fue como murió papá.

Pulgas

Solo he tenido trabajos precarios y temporales, cada vez más precarios y temporales. De ahí nunca he podido salir. He trabajado en negro por necesidad. Estoy quemao y ni siquiera me he permitido tener sueños. Vivir al día no es compatible con tener una buena salud mental y más si ya vienes con la cabeza hecha polvo desde niño. Mi relación con Katja se deterioró por mi inestabilidad laboral, la depresión y el no ser capaz de imaginar un futuro. Por eso acabé estos dos últimos años consumiendo cocaína a diario, buscando el dinero como fuese. Sobrevivir en la precariedad es un infierno, cada vez te cuesta más encontrar trabajo porque vas cumpliendo años, y cuando encuentras uno, las condiciones son peores, hay una carga de trabajo mayor que la última vez, te pagan menos, todos los días te toca pelearte con tu jefe, con tus compañeros, con la gentuza a la que sirves. Cuantas más labores sepas hacer, más te perjudica para encontrar otro trabajo. Mi currículo es un desastre, con agujeros y vacíos difíciles de justificar. Aguanto en los trabajos temporales y precarios hasta que me harto, hasta que la ansiedad no me deja dormir y la depresión es un perro en lo más profundo del pecho que no para de soltar dentelladas. Dejo un trabajo de mierda y me busco otro en un bucle infinito. A veces, para sacar dinero, me meto en asuntos ilegales con los que puedo acabar de nuevo en la cárcel.

Cada mañana que abro los ojos he de ingeniármelas de alguna forma, mientras me siento un despojo por no poder darles una vida mejor a mi hija y a mi mujer. He procurado que Katja no se enterara de lo que hago para costearme los vicios y meter dinero en casa, aunque al final siempre lo descubre todo de la peor manera. Antes de las infidelidades nos amábamos, nos respetábamos, nos reíamos y disfrutábamos juntos. Pero Katja no me quiere desde hace tiempo. Le pasa como a mí. Nos une y nos mantiene juntos Sarah y el amor incondicional que le tenemos. Para Katja soy una pareja provisional mientras encuentra algo mejor. Ni siquiera tenemos nada a nombre de los dos. Ni las líneas de teléfono. Ni el contrato de alquiler del piso. Ni los seguros del coche y la moto. Solo un papel que dice que una mañana nos casamos por lo civil.

Sé en qué momentos dejamos de querernos. Una noche venía de la

casa donde Rachid, el Polilla, el Rencoroso y yo montamos la plantación de interior. Habíamos estado limpiando y embalando la yerba para la venta. Se me olvidó echar una muda limpia para cambiarme. Volviendo al piso me paró la Policía Nacional. Al abrir la ventanilla el pestazo a yerba los puso alerta. Como tras registrar el coche de Katja no encontraron nada, me acompañaron con amabilidad hasta la vivienda que indicaba mi DNI, tras pedir una orden de registro. La policía puso el piso patas arriba, delante de mi hija y de mi mujer. No encontraron nada, pero dejaron el primer clavo en el ataúd de mi matrimonio. Katja no sabía hasta qué punto estaba enganchao. Suponía que era algo ocasional, que lo hacía cuando me iba mal en los trabajos, que lo controlaba. Luego descubrió que consumía cocaína todos los días, que andaba metido en rollos raros para costeármela. Intentó que lo dejara, porque una vez me amó y nos casamos, pero no le hice ni puto caso y todo acabó desmoronándose como un castillito de arena.

Otra tarde pasé por el piso, muy puesto, para ducharme, cambiarme de ropa y seguir de fiesta. Llamé al Rencoroso para que me trajera al portal tres camisetas y media. No me di cuenta de que Katja escuchaba tras la puerta. Cuando salí de la habitación estaba de morros y me dijo algo en alemán, tal como suele hacer cuando la enfado. Bajé al portal, el Rencoroso me despachó la farlopa y me fui con la Kawasaki al pub al que solía ir. Cuando regresé al piso, dos días después, Sarah y Katja no estaban. Le puse un wasap, como si no hubiese pasado nada y ella me respondió:

—No aguanto más, eres un mentiroso. No quiero a un drogadicto al lado de mi hija.

Le solté, como si ella no tuviese razón:

—Ahora es cuando voy a ir de verdad y hacer lo que tanto dices.

Katja me dijo:

—Vale Álex, perfecto. Nosotras estamos en casa de una amiga. Cuando volvamos, no quiero que estés allí. Agarras tu ropa, tus discos y te marchas. ¿De dónde sacaste el dinero para comprar las «tres camisetas y media»? Me lo has robado a mí, ¿no? Voy a contárselo a tu madre, porque ya que yo no he podido ayudarte que

lo haga quien pueda. Voy a buscar al cabrón que te trajo en moto al portal «las camisetas» para decirle que es un sinvergüenza por arruinar familias. Pero más sinvergüenza eres tú por meterte droga.

Fue la primera vez que quiso echarme. Unos meses después me estrellé contra el escaparate de una floristería, me juzgaron y en consecuencia ahora tengo que ir a un Centro Provincial de Drogodependencias todas las semanas a hablar con Paquita, Javier y Merche, me apetezca o no.

Katja ha sido la relación más larga que he sido capaz de mantener, si no cuento como noviazgo el que he tenido con la cocaína. A un metro de ella y de Sarah todo encajaba, y fuimos felices hasta que perdí el control y ya solo estaba contento dependiendo de la cantidad de farlopa que me enchufase por la nariz. He consumido cocaína desde muy joven. Ha habido rachas de meses y años en las que he estado limpio o solo la he tocado ocasionalmente. Antes de embalarme y rodar sabía controlarme, frenar y ocultar a ojos de mi familia el vicio. Los cinco años, cuatro meses y un día en el Centro Penitenciario de Albolote también me vinieron bien para poder donar sangre. Los dos últimos años han sido los peores. Se me ha ido la cabeza del todo. Intentaba solucionar mis problemas, mis frustraciones laborales y mis angustias con lonchas. Necesitaba drogarme para funcionar. Volví a follar con cualquiera. No me importó tener una mujer y una hija maravillosa ni una mamá que me sigue queriendo después de haberla decepcionado un millón de veces. A veces faltaba el dinero y Katja y yo discutíamos. Otras veces entraba demasiado dinero en casa, del que no podía explicar la procedencia, no había nómina que lo justificase y reñíamos. Con mentiras y promesas falsas logré que Katja no me pusiera de patitas en la calle ni se lo contase a mamá. Intentaba que no volviera a pillarme en ningún embuste y que mientras caía hasta el fondo del abismo todo a mi alrededor aparentase normalidad. Hasta que tuve el accidente y todos mis engaños se plantaron delante de su cara, uno detrás de otro, sin filtros y sin tiempo para asimilarlos. Además de las consecuencias penales y económicas, Katja se enteró de que lo de la farlopa era más grave de lo que creía, de mi afición a follarme a todo lo que se me ponía por delante sin distinción de sexo, de que el dinero quizá lo conseguía robando y delinquiendo por ahí. Pero nada comparable a cuando un puto policía la puso al

corriente de mi pasado y descubrió que, desde los diecinueve a los veinticinco, entre un grado y otro, estuve en prisión. Se volvió loca. ¿Qué clase de persona le oculta a su pareja algo así, después de siete años y pico de convivencia? Pero ¿cómo iba a contarlo? Pasó, pagué y ya está. No quiero que nadie me juzgue por un error que cometí meses antes de cumplir veinte años.

El pasado es como un trozo de film alveolar. Cuando revientas una burbuja no puedes parar y haces estallar una y otra y otra. Escondo tantos secretos que tal vez no me cure. Soy un mentiroso. Me obsesiona el pasado porque intento encontrar la respuesta ahí, en los años que pasé en Villa de la Fuente y donde me jodí tanto la vida. Me recreo pensando en el instante en que se torció todo como si fuese posible volver allí para arreglar el destrozo. Y las drogas te ayudan a olvidar por un rato, pero no por mucho tiempo.

Si después del accidente Katja no me echó a la calle fue porque a pesar de todo le doy pena, porque una vez se enamoró de mí y le cuesta asimilar el fracaso, o tal vez porque ese amante mejor situado con el que tiene una aventura la engaña más que yo con falsas promesas. Lo mío le ha venido tan grande que necesita digerirlo. Le prometí que lo iba a arreglar y ella sintió lástima porque tiene buen corazón, y yo me aprovecho. Estos dos últimos años Katja se los ha pasado amenazando con dejarme, dejándole caer a mamá que era un caso perdido, que me daba por imposible, que se arrepentía de haberme conocido y de que me hubiera convertido en alguien tan importante para ellas. Estaba cansada de convivir con una persona sin esperanzas, sin ilusiones y sin motivación alguna por el futuro. Estaba harta de mis juergas, de mis cambios de humor, de que me metiera en peleas, de mis trapicheos, de las personas con las que me relacionaba y me maleaban, cuando Satanás era yo. Estaba harta de no saber a qué me dedicaba. De no saber qué hacía con el dinero ni de dónde venía.

Cuando Katja supo que estuve preso se sintió traicionada por mi propia mamá, por mi padrastro, por Ángela y mi cuñado, que eran también su única familia en este país. Pese al enfado, entendió que nadie se lo contó a mis espaldas porque no quise. Después de enterarse de todo me puso como condición para no echarme a la calle que se lo contase todo a mamá, aunque ella ya la había

avisado de que me había hostiado con un coche, antes de descubrir todo lo demás. Inmiscuir a mamá en mis asuntos era una situación comprometida. Pero le eché valor y fui, para demostrarle a Katja que quería cambiar, que iba a hacer todo lo que estuviese en mis manos para que Sarah y ella siguiesen a mi lado.

Tenía un cascarón amarillo de un huevo Kinder con algunos gramos de farlopa que me había dado el Polilla al salir del calabozo tras el accidente. Cogí uno de los pollos y me fui en un autobús urbano hasta la barriada de Segalerva, donde residen mamá y Leonardo. Entré a un bar para reunir las fuerzas suficientes, ayudado por la coca y los cubatas.

Llamé al portal. Leonardo me esperaba en la puerta del piso y me invitó a pasar, sin mencionar el accidente y la noche en comisaría, porque suele ser discreto y como padrastro e hijastro mantenemos las distancias. Mamá me increpó por provocar un accidente y pasar la noche en una comisaría, pero le dije que se callase, que no había ido por eso. Le pedí que hablásemos en privado. Nos encerramos en su dormitorio y le rogué que se sentara en la cama, mientras ella no podía disimular su inquietud y preocupación. Se interesó por si me había hecho daño físico en el accidente y le dije que solo me había golpeado la cara con el puño cuando saltaron los airbags y me sangró la nariz. Mamá suponía que me iban a enchironar de nuevo por provocar un accidente borracho, porque salía mucho de fiesta y me colaba con la bebida, como para recuperar todas las juergas que me perdí de joven por estar encerrado, «ay, mi pobre Álex», según solía justificarme ella. Ni sabía qué decirle y lo primero que hice fue darle mi tarjeta de crédito. Renunciar a la tarjeta de crédito era una buena forma de cortar por lo sano con la coca. Era una prueba de que esta vez iba en serio. Katja y yo no tenemos el dinero juntos. Me resultaba más cómodo que cada uno administrase su dinero para no dar explicaciones del dineral que me gastaba, cuando todavía podía aclarar de dónde salía.

—¿Para qué me das esto, Álex? ¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho, mi niño?

Se me hizo un nudo en el estómago cuando comenzó a llorar, sospechando que algo malo vendría después de darle la tarjeta de crédito, pero reuní el valor suficiente para balbucear, como pude:

—La vas a guardar tú y no me la vas a dar, aunque te la pida de rodillas. Estoy muy enganchao a la cocaína, mamá. No sé cómo pararlo y temo seguir haciendo daño a Sarah y Katja. Necesito ayuda.

Mamá no dejaba de sollozar.

—¡Otra vez, Álex! ¡Me prometiste que no lo ibas a hacer más! ¡Eres un mentiroso como tu padre!

Me reprochó muchas cosas, se enfadó, me dio una bofetada. Cuando lo asimiló y se calmó, me preguntó si lo sabía Katja.

—Sí. Sabe que consumo, pero no imaginaba hasta qué punto. Se ha enterado también de que estuve en la cárcel. Un puto policía se lo ha chivateado.

Mamá me soltó otra bofetada

—¡Se lo debías haber contado desde el principio! ¡¿Qué va a pensar de mí, por haberlo ocultado?! ¡Qué vergüenza, Álex! ¡Eres peor que tu padre!

La tranquilicé diciendo que Katja me culpaba solo a mí y que podría seguir viendo a la niña.

Mamá lloriqueaba, recriminándome que no pensase en Sarah cada vez que me drogaba.

—¿Te va a dejar, Álex?

—No lo sé, mamá. Pero ellas estarían mejor si desapareciera. No se merecen a alguien como yo a su lado.

—¿Desde cuándo lo haces, Álex? Dime la verdad, por favor. No me mientas más, es lo único que te pido.

—No sé, mamá. Desde que vivíamos en Villa de la Fuente. Siempre lo he hecho, te mentí cuando me detuvieron y escondía coca encima. Pero estos dos últimos años se me ha ido de las manos.

Mamá me abrazó, con la cara descompuesta. Sus lágrimas caían por

mi cuello y me abrasaban. Intentaba no derrumbarme, manteniéndome firme y dando la cara delante de ella una vez más, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, la coca atravesada en mi garganta y los dientes apretados y rechinando. El abrazo de mamá se parecía al que me dio cuando me condenaron a prisión.

—¿Ibas drogado cuando te has estrellado con el coche?

Le di algunos detalles así por encima sobre el accidente, sobre mi promiscuidad sexual y sobre de dónde sacaba el dinero, estando desempleado.

Me endiñó cinco bofetadas del tirón. Aguanté las cuatro primeras porque me las merecía, una detrás de otra, pero a la quinta le di un manotazo y la empujé. Quise meterle un puñetazo. Empezó a chillar.

—¡Eres como tu padre, Álex! ¡Igualico a él! ¡Un sinvergüenza!

Querer agredir a mamá hizo que me despeñase en mi propia miseria. Jamás se me había pasado algo parecido por la cabeza. Me tiré al suelo y me tapé la cara con las manos, incapaz siquiera de llorar. Quería morirme ahí mismo, cerrar los ojos y no abrirlos más. Leonardo entró al dormitorio, exigiendo explicaciones sobre el jaleo. Abrazó a mamá, intentando consolarla. Temía que si mamá le decía que quise pegarle íbamos a acabar mi padrastro y yo a golpes. Me levanté para salir de la habitación, pero mamá se incorporó y me agarró de un brazo con fuerza. Me dijo que no dejaría que siguiera haciéndome daño, que le prometiera que iba a pedir ayudar, que ella me acompañaría a donde hiciera falta y estaría conmigo, como lo estuvo cuando me encerraron. Que era su niño y siempre lo sería, a pesar de todos mis desbarres. Que era consciente de que había pasado por situaciones que nadie merece y de las que no me había recuperado. Que quizá todo era culpa suya por permitir que papá me hiciera tanto daño. Le dije que no soltara más tonterías y que el único responsable era yo. ¿Cómo podría expresarle lo que me gustaba la coca, la obsesión, la forma en la que llenaba todos mis vacíos? ¿Qué excusa puedo poner a eso?

Mamá me obligó a sacar el teléfono y pedir cita por internet a mi médico de cabecera, al que jamás había visto, porque en el Centro

de Salud me ayudarían y me indicarían los pasos que debería seguir. Antes de salir me hizo prometer que no volvería a drogarme. Le dije que no se preocupase, que me quería ir y que ya no tenía la tarjeta de crédito ni dinero encima para pillar más cocaína. Mentirle a mamá en una situación así define bien el tipo de escoria que soy.

Cuando regresé al piso no había nadie. Katja me había dejado una nota en la nevera diciendo que Sarah y ella se habían ido a casa de una amiga y que ni se me ocurriera llamarla porque necesitaba aclararse las ideas. Me quedaban algunos gramos en el cascarón amarillo del huevo Kinder que me trajo el Polilla, más lo que guardaba en el bolsillo, y me alegré por estar solo. Me di una ducha, descargué de internet un puñado de películas de Arnold Schwarzenegger, las metí en una USB y la conecté a la televisión. Estuve volcándome rayas hasta que se acabó la farlopa, cuarenta y ocho horas después, porque no sé hacer otra cosa, sudándomela la promesa que acababa de hacerle a mamá y las mil que le había hecho a Katja, fumando un cigarro tras otro, bebiéndome hasta el agua de los floreros, intentando evadirme con Terminator 2, Commando, Depredador o El último gran héroe, desconectando de vez en cuando para echar unas partidas al FIFA o poner un disco, sin pegar ojo ni hablar con nadie, sin saber de Katja y Sarah, con las persianas bajadas y el teléfono apagado.

Cuando me quedé sin coca apreté los dientes y me prometí que no volvería a consumir, yendo hasta el culo. Pero iba en serio. La abstinencia apareció a las dieciocho horas de la última raya que esnifé y me duró una semana, con un deseo de consumir muy intenso a los tres días. Me asfixiaba la ansiedad, la irritabilidad, las emociones desagradables, la fatiga. Sufría hipersomnia, agitación, culpa y me planteé tirarme por la ventana desde el quinto piso donde residimos para acabar con todo. No podía ni comer. Al encender el teléfono, mamá y Ángela me llamaban cada cinco minutos. Estaba hecho polvo, pero había dado un paso importante. No tenía dinero encima para comprar coca, no había pasta donde la solía esconder Katja y mamá no me iba a devolver la tarjeta de crédito por mucho que la chantajease. Rachid no me fiaría, aunque se lo pidiese de rodillas. Si salía a la calle acabaría buscando droga así tuviese que matar a alguien para robarle. Mi esperanza era la cita con mi médico de cabecera. Mamá y Leonardo vinieron a

verme. Hacía varios años en que no había pasado tanto tiempo entre una loncha y la siguiente. Pese a la desconfianza de mamá y Leonardo, insistí en que quería dejarlo, en que no volvería a drogarme. Ya no podía caer más. Katja y Sarah regresaron. Mamá convenció a Katja de que me diera una última oportunidad, porque había pasado el síndrome de abstinencia y estaba decidido a dejar la coca.

No quise que mamá viniese conmigo al médico. Leonardo y ella me acompañaron al Centro de Salud y se marcharon a la barriada de Segalerva. Lo quería arreglar solo, sin presiones, quería recuperar el control por mí mismo. En la sala de espera ni las abuelillas se sentaban a mi lado del asco que daba. Estaba famélico, con la cara chupada y semana y pico sin afeitarme. La noche anterior no pude pegar ojo. No tenía ganas ni de vestirme y lo solucioné con una camiseta roñosa y un pantalón de chándal. Me dolía tanto el cuerpo que solo pensar en la sensación de ponerme unos vaqueros o una camisa me provocó arcadas. Esperé mi turno con ganas de salir corriendo a cada instante. Estaba asustado y angustiado, pero albergaba esperanza. Quería demostrar a todos que podía curarme.

Llegó mi turno.

No tenía ni idea de cómo pedir ayuda, pero el médico de cabecera sabía menos que yo. Me juzgó con la primera ojeada que me echó. No le di importancia a la animadversión dibujada en sus ojos, me tragué el orgullo, me senté en la silla e intenté ser amable y educado. Después de escuchar tres o cuatro frases con las que pretendía explicar lo que me ocurría, lo primero que hizo fue ponerse tenso y hacerme preguntas que no venían a cuento sobre mi vida en pareja. No entendía por qué razón ese médico se inmiscuía en asuntos personales que no eran el problema por el que había acudido a su consulta, hasta que caí en que estaba aplicándome el protocolo de malos tratos. Me derrumbé, le expuse lo mejor que pude que no estaba allí por gusto, que no le había puesto la mano encima ni a mi mujer ni a mi hija, que la podíamos llamar por teléfono en ese instante si no me creía. Entonces me preguntó si mantenía relaciones sexuales con otras personas que no fuesen mi esposa. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y titubeé. Ni había respondido cuando me sacó un volante en la impresora para que me

realizaran las pruebas del sida y la sífilis. Casi me vomito encima y no pude hacer más que cerrar la boca y callarme. No había sido consciente de que podría haber puesto en peligro a Katja ni de que mi irresponsabilidad pudiese tener esas consecuencias. Me aterró la posibilidad de haberle contagiado alguna infección de transmisión sexual a mi esposa.

Cuando pensaba que la situación no podía empeorar más, y sin asimilar todavía el volante que agarraba en mis manos temblorosas, el médico me soltó que lo que me hacía falta era metadona. Me dejó noqueado. No podía ser real lo que acababa de decir. Ese médico no tenía ni idea y me hizo dudar de que supiera algo sobre la coca. La metadona se prescribe como sustituto de los opiáceos y aunque a veces he fumao revuerto, ese no era mi problema. Los médicos de cabecera no pueden prescribirla, eso lo hacen los médicos de los CPD, tal como me explicó Javier cuando se lo conté. Dudé y me puse a la defensiva. Nos enzarzamos en una discusión absurda. Me costaba mantener el control. Le rogué que por favor me ayudase, insistí en que estaba allí por mamá, mi hija, mi hermana y mi mujer, que estaba desesperado, que quería curarme. Entonces el médico descolgó el teléfono para llamar a una Clínica de Desintoxicación y pedirles que me internaran ya. Era otra cosa sin sentido, porque la lista de espera para las comunidades terapéuticas es indecente, de meses, y para la Unidad Hospitalaria de Desintoxicación, también.

De malas maneras le dije que o soltaba el teléfono o no respondía de mí. Al médico se le puso la cara del color de la bata. A mí la próxima vez que me encierren será en una caja dentro de un nicho. Le grité que me pusiera en un papel todo lo que había dicho, pero se negó. El médico amenazó con llamar a la policía para denunciar la situación de supuestos malos tratos hacia mi esposa e hija que él suponía en su imaginación. Me sentí ultrajado. Le insulté. Avisaron al vigilante de seguridad por el escándalo dentro de la consulta para echarme del Centro de Salud. Al verme salir de la consulta con los ojos llorosos y sin oponer resistencia, mientras me sujetaba el segurata, el médico dijo que no introduciría mi visita en la base de datos para que no constase. Como si me estuviese haciendo un favor y todo aquello no hubiese ocurrido. Nadie me cree si cuento lo que me pasó con ese médico. Pero juro por mis muertos que fue así.

Después de pasar por el CPD sé que cuando acudes a un Centro de Salud o a Urgencias por problemas ocasionados por las drogas, es difícil que te ayuden, porque no saben sobre adicciones. Te van a tratar como a basura y no solucionarán nada. Un electro, Alprazolam o Diazepam y una charlita paternalista. Lo ven como un asunto en el que si te has metido, pues te jodes y te las apañas solo, porque para ellos es una enfermedad que al contrario que otras te has buscado tú mismo.

Salí del Centro de Salud con la idea de tirarme contra un camión, pero pensar en Sarah me lo impidió. Paseé con la cabeza a punto de estallarme y a los diez minutos entré al piso. Katja me sorprendió hurgando en los cajones, buscando dinero para robarle, después de haber roto la hucha de cerdito de Sarah, de la que saqué unos cuarenta euros en monedas. Discutimos. Nos gritamos. Acabé gimoteando, tirao en el suelo por la impotencia. Katja llamó a mamá, que en media hora se presentó otra vez allí con Leonardo. Lo único que salía de mi boca era que iba a matarme y que ya no aguantaba más. Preguntaban qué había sucedido en el médico y lo único que podía responder era sollozar más, porque el mundo se me cayó encima. Katja me abrazó, sin yo esperarlo, y quise morirme en ese instante entre sus brazos, pensando que le había contagiado algo. Me avergonzaba contarles la verdad y que se enterasen de que el hombre convencido en recuperar el control sobre sí mismo salió del Centro de Salud expulsado por un segurata y con un volante para las pruebas del sida y la sífilis.

Mamá me zarandeó para que le relatase lo acontecido con el médico, pero no pude. Leonardo se entusiasmó y se acercó para sonsacarme, pero amenacé con partirle la cara como volviese a ponerme un dedo encima. Katja quiso llamar al 112 pero mamá le suplicó por favor que no lo hiciera. Oía llorar a mamá y Katja y sentía que había superado en asqueroso a papá. Leonardo dijo que iba al Centro de Salud. Katja y mamá me metieron en la cama, medio ido, con la ropa puesta. Por la mañana mamá me despertó. Katja, con su pelo rojo recogido en un moño, vestía la misma ropa tras pasar la noche en vela. Mamá hablaba como si se le hubiera olvidado el barullo del día anterior. Leonardo permanecía serio, pero se esforzaba en mostrarse cariñoso y comprensivo. Cuando lo miré a la cara entendí que lo habían puesto al corriente del lío que

tuve en el Centro de Salud, que también lo sabía mamá, pero no le habían dicho ni una palabra a Katja. Me abochornó pensar en cómo lo había tratado y cómo había querido hostiarlo. Ya le había devuelto el dinero pero Leonardo, al año de relación con mamá y sin conocerme a mí siquiera, nos ayudó a pagar la indemnización y las costas judiciales a las que tuvimos que hacer frente tras el juicio en el que me condenaron. Me abochorna tratar mal a las personas que me quieren y luego estar de bromas y risas con malnacidos con los que nunca me he comido un puchero, que no se merecen nada de mí y que solo se me acercan para aprovecharse todo lo que pueden. Cuando dejas la droga descubres quiénes son tus amigos y te sobran dedos para contarlos. Leonardo solía preguntarme de dónde sacaba el dinero porque no le cuadraba que, trabajando en la hostelería, en alguna chapuza, tatuando con una vieja máquina casera o pasando largas temporadas desempleado, pudiera permitirme una Kawasaki, seguir pagando a medias el alquiler del piso y los gastos de los tres, o pegarme tantas fiestas. Pero miré a Katja, con el sufrimiento reflejado en sus ojos verdes, y me mordí la lengua. Mamá nos habló a Katja y a mí. Me habían pedido una cita con una psicóloga privada especializada en adicciones que alguien le había recomendado a Leonardo en el Centro de Salud. Le dijo a Katja que cogeríamos algo de ropa y me instalaría con ellos hasta que fuese capaz de comportarme como un padre y un marido responsable. Katja solo respondió:

—Bitte, ich kann nicht mehr. Deja de hacerme daño, Álex.

Quise abrazarla, pero me apartó de su lado. Mamá preparó mi maleta. Salimos del piso y nos subimos al coche de Leonardo, en dirección a la consulta de la psicóloga. En la consulta los pasillos eran fríos y grises. Me plantaron delante de la puerta y temía que se tratara de una encerrona para ingresarme en un centro de desintoxicación de régimen interno en contra de mi voluntad. Mamá quiso pasar conmigo, pero le dije que no y discutimos. La psicóloga salió al pasillo y le pidió a mamá que me dejase entrar solo. Antes de hacerlo, mamá me rogó:

—Habla, por favor, Álex. Inténtalo. Hazlo por Sarah, por Katja, por Ángela y por mí. Cuéntale la verdad, por favor.

La consulta era pequeña, con viñetas de Forges y de Mafalda en las

paredes, algunas macetas de plástico, estanterías de libros y un ventanal. La psicóloga vestía una blusa blanca y unos vaqueros. Yo llevaba una camiseta que apestaba, un pantalón de chándal y barba. Celia se presentó. Cada palabra suya era amable. La serenidad que transmitía me apaciguó, pero no quería hablar. Lo hacía solo ella. Cuando me atreví a decir algo fue para dejarle claro:

—No quiero que me encierren en un centro de desintoxicación.

—¿Por qué, Alejandro? Hay momentos en los que debemos tomar decisiones drásticas, en los que es saludable dar un paso atrás para dar dos hacia delante y...

Alcé la voz:

—¡No quiero que me vuelvan a encerrar! ¿Lo entiendes? ¡No voy a pasar por ahí, me mato antes! ¡Estuve cinco años y pico en la cárcel, joder!

Celia sacó un folio en blanco y un papel. Golpeó un par de veces con el bolígrafo sobre la mesa, antes de decirme:

—Nadie va a encerrarte si tú no quieres, Alejandro. Pero debes contarme qué te pasa. Estoy aquí para ayudarte. ¿Por qué has venido?

Pffffff. Por dónde empezar. Pensé en Sarah y en Katja sufriendo por mi culpa. En mamá y Leonardo en el pasillo. En Ángela a doscientos kilómetros. Todavía me aterraba lo sucedido en el Centro de Salud. Pero comencé a responder a las cuestiones que me planteaba con las pupilas clavadas en el ventanal de la consulta. Me costaba, pero Celia me escuchaba, sin juzgarme, sin mirarme con repulsión, sin entrometerse en mis silencios. Necesitaba ayuda. Quería desengancharme. Haría lo que fuera por Sarah, por tenerla a mi lado. Repetí varias veces que no quería separarme de mi niña. Me daba fuerzas articularlo. Sentía náuseas y no podía dejar de rascarme los brazos.

—¿Desde cuándo consumes cocaína? ¿Cuándo la probaste por primera vez?

—A los catorce años.

Me dio vértigo y agaché la cabeza.

Celia me dijo:

—Alejandro, te voy a recomendar a un médico que puede ayudarte. Es un especialista muy importante que trabaja en un centro público de la Seguridad Social en Castillo de la Cuesta. No supondrá ningún coste para ti ni para tu familia. Es la mejor opción si no quieres ingresar en un centro de régimen cerrado. Este médico es el mejor que hay en toda Andalucía. Lo conozco en persona y sé que va a ser bueno para ti. Voy a exponerle tu caso.

Le telefoneó delante de mí y consiguió que me dieran cita en un Centro Provincial de Drogodependencias, que ni sabía en ese momento lo que era. No estaba en la misma ciudad y le pregunté a Celia si es que en Málaga no había de eso o qué. Ella insistió en que valía la pena desplazarme una vez a la semana, porque ese médico sacaba del agujero a personas como yo y que, con esfuerzo, el apoyo de mi familia y confianza podría curarme. Tendría una Cita de Acogida para evaluarme. Era un centro abierto. Me describió su funcionamiento. Lo de que no me encerrasen por un tiempo indefinido me hizo estar receptivo ante la idea de Celia. Le di las gracias y ella me dio una tarjeta con su número de teléfono. Me dijo que la llamase a la hora que fuese si me encontraba peor, si quería hablar o sentía deseos de volver a consumir o hacerme daño.

—Si me necesitas, voy a estar las veinticuatro horas para ti. Prométeme que vas a intentarlo. Y por favor, avísame cuando tengas la cita con Javier.

Después del incidente en el Centro de Salud me chocó que alguien que podría conformarse con cobrar y ya está me mostrase algo de empatía. Antes de salir de la consulta se interesó por si había charlado antes de todo esto con un profesional y le dije que estuve en el médico, pero que prefería no recordarlo. Insistió, pero me negué. Me dijo:

—Alejandro, por favor, debes hacerte las analíticas del sida. Debemos tener en cuenta todos los escenarios posibles y esto es

serio. Los médicos están para ayudarnos. Si consideras que no te puede auxiliar tu médico de cabecera solicita los papeles para cambiarlo por otro.

Me puse de mala hostia al pensar que le contaron a Leonardo en el Centro de Salud conversaciones que se supone que son privadas. Los médicos o enfermeros no pueden desvelar información así como así a cualquiera. Podría haber denunciado a ese médico de cabecera, pero ¿quién pollas me iba a creer? Me dio la paranoia y estaba convencido de que tenía el sida y se lo había contagiado a mi esposa. Tuve miedo hasta que mi nueva médica de cabecera me dio los resultados, diez días después de hacerme las analíticas en el Centro de Salud. Negativo. Katja se enteró por mamá, pero no me dijo nada. Estaba ya curada de espantos.

Leonardo y mamá me acompañaron al Centro Provincial de Drogodependencias en Castillo de la Cuesta para la Cita de Acogida. Antes de comenzar a tratar mi adicción, Katja me advirtió de que era la última oportunidad que me daba y añadió:

—Ya podrías haberme querido tanto a mí como a la cocaína. Nunca has sido capaz ni de decirme «te quiero».

Porque soy peor de lo que fue papá y ni me había dado cuenta.

Javier, Paquita y Merche son mi esperanza y gracias a ellos, al apoyo de mi familia y a la medicación cumplo cuatro meses sin meterme farlopa. El daño que le he hecho a mi hija, a mi mujer, a mamá y a mi hermana no voy a poder perdonármelo. No sé cómo podré convivir con ello si me recupero. Aunque bueno, todo esto es como quitarle las pulgas a un perro. Si te cargas a treinta pulgas, no solucionas el problema, porque es casi seguro que tenga treinta pulgas más. Pero no es lo mismo tener treinta pulgas que sesenta.

Los gusanos también comen

Eskorbuto es mi banda favorita, la que más me obsesiona y a la que suelo volver. Sus canciones canalizaban mi nihilismo adolescente. Antes de internet era difícil acceder a según qué información. Sabíamos que uno de los Eskorbuto falleció y todos apostábamos a que era Iosu. Éramos todavía niños cuando pasó y nos gustaba pensar que solo era una leyenda urbana, que todos seguían vivos. Una tarde Polly vino a casa a buscarme, conmocionada.

—Tío, Álex. Esto es muy fuerte. Tienes que leerlo.

Traía el compact disc de Akí no keda ni Dios. Sacó la carpetilla y me la dio. Leer el relato de Pako sobre la muerte de Jualma y Iosu, ambos en meses, me noqueó. Polly y yo nos dimos las manos y recitamos como si fuese una plegaria «¿Dónde está el porvenir?». Luego pusimos el disco y nos gustó, a pesar de la tristeza y de que ya no fuesen los mismos. Era abrumador aquel verso del primer tema que decía los gusanos también tienen que comer.

La noche de San Isidro de 1998 bajé tan rápido por el Olivar que se me olvidó que por allí se paseaba suelto el dóberman loco del taller del Caracráter. Cerca de las escuelas el perro salió corriendo tras de mí, sin ladrar siquiera. Pude escapar de él y saltar la valla del colegio. Entre unas cosas y otras iba a escupir el corazón por la boca. Me acerqué a la fuente y bebí agua. Me mojé la cara y el pelo. El dóberman loco seguía apoyado a dos patas en la verja. Reaccioné huyendo espantado del lugar de los hechos, sin tener en cuenta que en caso de que alguien me hubiese visto podrían acusarme de asesinato. Porque a pesar del morao y el miedo estaba seguro de que papá se había desnucado. Ni de puta coña iba a ponerse en pie, a pesar de que era duro como el lomo de una rata de río y ya se lo habían encontrado muchas veces tirao por el pueblo lleno de magulladuras después de una borrachera, un accidente o por haberse metido en alguna pelea. Papá era resistente. Una vez volcó un Seat 127 por la autovía conduciendo borracho. Iba embalao y el coche dio varias vueltas de campana. El 127, siniestro total. Papá, unos cuantos rasguños. Otra vez se tropezó ajumao por las escaleras del pub del Hocicoperro y cayó de boca. Diez escalones rodando hasta que chocó con una pared. La gente, aterrada. Papá, unos

cuantos puntos de sutura en la cabeza. Otra vez volteó un tractor sin cabina trabajando en la aceituna por ir mamao y hacer el tonto, porque no podía evitarlo ni cuando se ganaba el jornal. De normal, la gente moría aplastada. Varias personas la diñaron así en Villa de la Fuente. El tractor, con las ruedas hacia arriba. Papá, cagándose en Dios con el hocico manchado de barro.

Era un tipejo con suerte, con más vidas que un gato. Pero esa noche ya no se pondría en pie, aunque por momentos dudaba, sudaba frío por la farlopa y temía que volviese desnucado tras mis pasos gritándome: «¡Maricón, maricón!». Qué otra cosa podía haber hecho. Me faltaba poco para cumplir diecisiete, iba hasta el culo de porros, cocaína y alcohol. Me había comido media pastilla. Estaba en trance por lo sucedido. Solo quería encerrarme en mi habitación, fumarme un porro por la ventana, ponerme la banda sonora de El Día de la Bestia y descansar. Menuda suerte encontrarnos en las escaleras del anfiteatro. Cómo podría explicar los porqués sin meterme en mil líos más. Esclarecer el asunto sería complicado y ya no era solo mi familia la perjudicada, sino que arrastraría a la aparente familia feliz: mujer y tres hijos, del Entretenío. Escabullirme y callarme fue el plan más inteligente.

Lancé una piedra y el dóberman loco del Caracráter correteó tras ella y desapareció de la valla, lo que me apaciguó. Caminé por la banda de la pista de futbito de las escuelas y me senté en las escaleras al fondo, debajo de una de las canastas, donde ninguna persona me podría divisar. Me fumé un porro que ni sé cómo pude liar con mi temblor de manos. Me aterraba encerrarme en casa a esperar a que la Guardia Civil viniese a detenerme. Se me ocurrió que podía tirar para El Nacimiento y que la gente me viese merodeando por la carpa de los Cucaracha para tener una coartada. Igual Polly seguía allí con su nuevo ligue y me podía acoplar con ellos. El único cabo suelto era que el Entretenío me dejó en el anfiteatro y el cadáver de papá estaba allí. Pero el Entretenío tenía motivos para cerrar la boca. Era la relación más sólida y duradera que construí con los hombres adultos con los que me acostaba a cambio de farlopa. Ese no iba a hablar. Volví a saltar la valla de las escuelas para salir por el callejón que hay debajo. Desde ahí pude ver que las luces de casa seguían apagadas. El colocón no me ayudaba a aclarar las ideas y digerir la desgracia. La noche lo

envolvía todo. El trecho que separaba el final de mi calle de la vereda por donde vagaría hasta El Nacimiento me acobardaba. Podría tropezarme con alguien en coche y que me reconociera, pero con el pelo recogido igual podía confundir al gilipollas que me viese. Me armé de valor y comencé a andar, subido a la acera y pegado a las viviendas de la Avenida del Nacimiento. Si me cruzaba con algún coche podría saltar las barandillas de alguna casa y esconderme ahí hasta perderlo de vista. A unos quince metros veía la bifurcación con las zarzas y la oscuridad de la vereda. Pero justo antes de desaparecer de la carretera oí la voz de alguien y volví a mearme encima. No me atrevía a mirar. Lolo fumaba en el porche de su casa.

—Álex, compae. ¿Dónde vas a estas putas horas? Ya no queda nadie en el Nacimiento. Vete a sobar ya, quinto.

Soltó una carcajada, pero debió alucinar con mi cara desencajada y mis temblores. Se puso en pie y se acercó hasta la verja. Sin decir nada abrió la cancela, me agarró y me encerró dentro. Quería que nos sentásemos en el soportal tal como estaba él antes de vernos, pero le pedí por favor que ahí no, que nos escondiéramos. Me obedeció sin rechistar. Cuando cerró la puerta y los dos atravesábamos el pasillo comencé a lloriquear. Solo pude abrir la boca para preguntarle si había alguien en su casa.

—No compae, estoy solo. Mi mae está en la cereza en Francia y nos quedamos mi hermana y yo aquí solos, para terminar las clases. Pero Elenita ni ha asomado todavía, estará durmiendo con alguno. Pero quinto, ¿qué te pasa? ¿Qué te has metido, Álex? ¿Quieres que avise a alguien y vamos a Urgencias? Cálmate, tío. Joer, te has meado encima y todo...

Me sonrojé por los pantalones mojados. Con la voz trémula y tomándome unas confianzas que en otro momento no me hubiese cogido, empecé a musitar entre dientes:

—Lolo, se ha matado, tío. Te juro que yo no he sido. Se ha caído solo. ¡Me he buscado una ruina!

Me derrumbé. Las lágrimas me hincaron de rodillas en el suelo.

—Álex, joer. Vamos al sofá y te tranquilizas. ¡Tú vas ciego, quinto! No sabes lo que dices, te ha dado una paranoia.

Me dejé llevar. Tuve suerte de encontrarme con Lolo, porque si hubiera seguido dando tumbos por el pueblo todo habría sido más complicado. Iba muy drogado y necesitaba paz. Las palabras se atropellaban en mi boca y el discurso que le soltaba era en su mayor parte ininteligible. Pero él, acostumbrado a meterse en problemas, intuía que yo había liado una espectacular.

—Habla más despacio, quinto. No me entero de nada. Si no quieres contármelo, no lo hagas. Pero joer, desahógate, respira. ¿Te ha visto alguien así? ¿No? Pues mejor, Álex. Seguro que no es para tanto. ¿Te has comido un tripi, compae?

Intentaba decirle algo coherente, pero sonaba atribulado. Lolo insistió en que me callase y me serenase. Me dijo que me quedara en su casa, que confiase en él. Prometió no dejarme tirao. Era un tío que no solía hablar, pero esa noche se soltó conmigo. Mientras me arrastraba hacia el salón me contó que acababa de llegar porque había estado follando con Pili, una niña pija y rica del pueblo, con novio formal. Lolo iba tan encocao que no dormiría. A veces me echaba el brazo por encima del hombro en lo que para él debía ser algo parecido a un abrazo. Yo seguía lagrimeando, sudando y tiritando. Me trajo unos vaqueros, unos calzoncillos y una toalla e insistió en que me diera una ducha. Me acompañó al baño. Luego se fue a la cocina a por unas latas de refresco. Cuando salí, agarró mi ropa meada y la toalla para poner una lavadora. Los retratos de la primera comunión de Elenita y Lolo presidían las paredes del salón. Me dio una lata de refresco. Antes de sentarse husmeó entre sus discos y puso el Fear of the dark. Se paró a mi lado y se hizo un porro, mientras comentaba las canciones de Iron Maiden.

—«Be Quick or Be Dead» es la polla, Álex. A ti te va más eso del punk, ¿no? Yo soy muy fan de los Iron Maiden. Luego vamos a mi habitación y te enseño mi póster de The Trooper. Lo cogí de la basura cuando murió Fernandito y su mae tiró todas sus cosas. ¿Te acuerdas del Fernandito, quinto? Pobrecillo, qué bueno era.

Como veía que escuchando sus paridas gimoteaba menos, siguió dándole a la lengua:

—¿Viste el guantazo que le endiñé al Culebras en el Nacimiento? Quinto, no se la esperaba. Y dice que va a pegarme un tiro con una escopeta. ¡Dos me va a pegar, el tontopollas! ¿Quieres una raya, Álex? Igual te relaja. Pero si tú quieres, no te obligo, vaya.

Volcó un par de lonchas y me pasó un turulo. No titubeé y esnifé una. Lolo volvió a levantarse, asomó con un tarro de marihuana y se puso a liar otro porro, que nos fumamos juntos. Saqué de dentro del paquete de tabaco que había dejado sobre la mesa el chivato del tabaco arrugado con la coca que acumulé esa puta noche y la volqué. Ni me preguntó de dónde la había sacado. No quería incomodarme o agobiarme. Me sorprendía su amabilidad, con la mala fama que tenía. Medio atontao de tantas sustancias, le conté lo que ocurrió en las escaleras del anfiteatro.

—Joer, qué fuerte, Álex. ¿Estás seguro? A ver si se te ha ido la pinza con tanta droga, quinto... Compae, tú no has hecho nada. Pero claro, explica la puta movida a los picoletos... Pensaba que eso de que te ibas con tíos eran habladurías de la gente. Pero vaya, que a mí me da igual con quien folles. Qué cabrón el Entretenío. Lo que hace no es legal, Álex. Eres menor de edad y se aprovecha de ti. Confía en mí. No tratamos mucho, pero eres de la pandilla, joer. Y no te voy a dejar tirao. Encontraremos una solución, quinto.

Hasta que amaneció estuvimos dándole vueltas y vueltas a los discos de Iron Maiden, levantándonos solo para mear, metiéndonos coca, fumando yerba y temiendo que asomase Elenita. En ese estado nos pusimos de acuerdo para que yo tuviese algo razonable que contar si alguien hacía preguntas.

—A ver, Álex. Tú saliste con el Entretenío del pub del Hocicoperro. Pero no te acompañó al anfiteatro. Ese no va a decir nada por la cuenta que le trae. Tiraste para tu casa por la calle del cuartel de la Guardia Civil, porque habías bebido y por el anfiteatro no hay apenas luz. Yo venía andando justo donde está la tienda de la Encarnita y el Fidel y nos saludamos. Te pregunté si había fiesta en el pub y me dijiste que no, que ya quedaban nada más que cuatro escombros. Como estábamos de San Isidro pues nos vinimos a mi casa a tomar unos cubatas y escuchar música. Tú te quedas con esta historia y ya vamos improvisando, porque igual todos piensan que tu pae se ha esnoclao borracho, quinto. El Potas, Cris y estos van a

apoyarte, porque son amigos, y yo estaré contigo. Te acompaño a tu casa porque me vas a prestar unas cintas y ya vemos si han avisado a tu madre. ¿Estás seguro de que se ha matado? Igual nos lo encontramos en tu casa con la cogorza, que los alcohólicos son más duros que el turrón de oferta. Mi viejo era así.

A las ocho y pico salimos a la calle. El sol iluminaba desde detrás de Sierra Arana y la mañana de sábado era preciosa. Estaba cansado, colocao y atontao. Lolo repetía que todo saldría bien. Decidimos ir a mi casa por la Avenida del Nacimiento. Cada vez notaba la boca más seca y la deshidratación de tanta droga y tanta bebida. Quería vomitar hasta echar las entrañas. Subimos la cuesta de mi calle. Al pasar por el colegio Lolo señaló hacia una de las ventanas de la segunda planta y me dijo:

—¿Te acuerdas de que aquella era nuestra clase? ¿De que una vez el Liendres tiró una silla por la ventana? Cómo odiaba la puta escuela, joer.

Al girar la esquina frente a la pista de futbito me descompuse al ver el Nissan Patrol de la Guardia Civil en la puerta de casa. Lolo me apretó el hombro y volvió a rogarme que me serenase, que todo iba a salir bien, que él estaba conmigo. Se oía gritar a mamá. Un guardia civil me dijo «buenos días» y confié en que el plan que habíamos trazado ayudados por la yerba y la coca funcionaría. Le pregunté al guardia civil, más colocao que nervioso:

—¿Qué hacen en mi casa?

El guardia civil nos examinó con ganas de escupirnos en la cara. No le gustaban los greñúos ni el conflictivo de Lolo.

—Lamento comunicarle que su padre ha sufrido un accidente.

Que estiró la pata, vaya. Confirmación oficial. A papá se lo había encontrado hace media hora Eusebio el Clenchillas. Fue a notificárselo a los hombres que desayunaban copas de anís y coñac en los bares y a la Guardia Civil, en ese orden. Papá estaba cubierto con una manta en las escaleras del anfiteatro, por donde suponían que rodó y se desnucó. Avisaron a una ambulancia, los enfermeros esperaban al juez para el levantamiento del cadáver y ellos

aprovecharon para avisarnos antes de que nos enterásemos por otros. Con lo cabrón que había sido papá se merecía que una vez muerto lo arrojasen a un contenedor de basura, pero intentaba poner cara de sorpresa y mostrarme apenado ante lo que me relataba el guardia civil. De vez en cuando Lolo soltaba un: «Joder, qué putada, lo lamento mucho, Álex». Era imperturbable como una piedra.

Pasé dentro. A mamá, todavía en pijama, la abrazaba otro picoleto. Creí que me había salido un teatrillo congruente y que había mantenido la coherencia de lo que estaba haciendo, con mis alas de THC y farlopa, improvisando con soltura y sintiéndome arropado por Lolo. Alguna lágrima resbaló por mi rostro, más por la tristeza de ver hundida a mamá que por el subnormal al que debíamos enterrar. Ángela sollozaba. Me acerqué a ella y la abracé, prometiéndole como si de verdad yo mismo me lo creyera que todo saldría bien. Comenzaron a llegar vecinos, familiares y curiosos. No cabía un alma más en el pasillo de casa. Me camuflaba en el dolor y la compasión de los demás y me sentí aliviado por que nadie sospechase en esos momentos iniciales que tuve algo que ver.

Pero el picoleto que antes abrazaba a mamá se dio cuenta de que apestaba a farlopa y yerba, y que mis ojos brillaban como las luces del módulo que instalan en la Plaza Nueva durante las fiestas patronales. Me pidió sin tacto que saliese a la calle. Me acojoné y ya me veía pasando la resaca y el resto de mi juventud en un calabozo. Los vecinos entraban y salían para consolar a mamá y ofrecer su ayuda. Lolo, sentado junto a la cancela de la entrada, se puso en pie para abrazarme, esta vez como se hace de verdad. Volvieron los temblores. Necesitaba hidratarme. Le pedí permiso al picoleto para ir a sacar una botella de agua de la nevera. Estaba atribulado. La botella de agua tiritaba en mis manos. Intenté beber a morro y el líquido me resbaló por la garganta. El guardia civil que consolaba a mamá unos minutos antes detuvo mi esperpento con la botella y me soltó:

—Voy a hacerle unas preguntas por pura formalidad. Sé que no es el momento oportuno por las circunstancias terribles por las que nos hallamos en su domicilio, pero usted está bajo los efectos de alguna sustancia estupefaciente y no puedo hacer la vista gorda. Su

madre me ha dicho que usted tiene todavía dieciséis años, ¿es así, señor?

Me quedé en blanco. Dije que sí, pero que en julio cumplía diecisiete, mientras mis dientes sonaban como una bolsa de canicas cayendo al suelo. Me faltaba tener escrito en la frente con un rotulador voy drogao. No sabía qué decir. No quería joderlo todo. Di otro trago a la botella de agua. Permanecí callado y el guardia civil me repitió la misma pregunta tres veces, enfatizando que yo era menor de edad. Sí, no le faltaba razón. Pero ya estaba hasta la polla de trabajar en la aceituna, por ejemplo, y ahí no venían a pedirle los papeles a los fascistas que me explotaban. Vi el cielo abierto cuando Lolo se entrometió en el coloquio:

—Ayer fue San Isidro, señor agente. Pues normal que vayamos achispaos.

—¿Usted quién es y por qué se mete en esta conversación que no estoy teniendo con usted?

En el cuartel de la Guardia Civil las paredes debían de estar empapeladas con fotografías de Lolo acribillado con dardos, pero el picoleto se quiso hacer el enigmático, usando el vocablo usted, que cuando lo pronuncian ellos con ese tonillo de perdonavidas es como si te clavasen un punzón entre las uñas y los dedos. Lolo no se cortó y con su chulería habitual le dijo que era mi amigo, que éramos quintos, que había venido a acompañarme porque le iba a prestar un casete de Todos tus Muertos y nos encontramos esta desgracia.

—Usted y su amigo están bajo los efectos de alguna sustancia y son menores de edad. Vamos a cachearles.

Cachearon a Lolo y a mí no, por consideración o vete a saber. Me dieron náuseas y temí cagarme encima, delante de todos. El sol de la mañana era una hoguera de La Candelaria ardiendo en mis sienes. A cada palmada en el cuerpo de Lolo sentía un retortijón más grande. De un paquete de tabaco le sacaron un porro ya liado. El guardia civil lo sujetó en sus manos, lo olió e inspeccionó como si fuese un cromo de Panini de Francia 98 que le faltaba en su colección. Con severidad le dijo a Lolo que le confiscaba ese «cigarro sospechoso» para enviarlo a que lo analizaran en un

laboratorio. Seguro que se lo fumaría él luego, pero disfrutaba haciéndose el duro, vacilándonos y ejecutando la ley, sobre todo con los más indefensos, como suelen hacer.

En lugar de sofocarse, Lolo soltó unas risas.

—¿Me vais a detener por un porro? ¿Tú nunca te has fumao uno? El pueblo es muy chico y aquí uno se entera de todo, agente. Ponme las esposas si quieres, cabo Cizañas. Y me dais un paseíllo en el Nissan Patrol, para que me vean los colegas y luego vacilar en el pub del Hocicoperro. El espectáculo que estáis montando y aquí mi amigo Álex jecho peazos. Y su mae y su hermana llorando. Sois unos canallas.

Los guardias civiles se encresparon, como cuando azuzan a un rottweiler con una barra de hierro para las peleas de perros, pero no eran tan imbéciles como para armar más escándalo. Lolo también lo sabía y se creció. Algunos vecinos, indignados con la actitud de los picoletos, exigieron explicaciones, asombrados porque no era el momento ni el lugar. La madre de mi vecino Jony dijo:

—Los niños han estado de San Isidro, ¿qué culpa tienen ellos?

Lolo disfrutaba, para qué voy a decir otra cosa. Me aterraba que acabase a mantimplazos con la pareja de guardias civiles. La discusión subía de tono, salpicada por diálogos estúpidos que incluso hacían reír a mis vecinos en mitad de la fatalidad. Como cuando le preguntaron que dónde había comprado las sustancias estupefacientes y Lolo respondió:

—En la tiendecilla del Fidel, me la ha vendido la Antoñica, la niña esa que está malita.

Los agentes, abochornados ya y siendo conscientes de la pelotera excesiva por un porro y dos niñacos colocaos, en mitad de un drama con defunción, le pidieron a Lolo que se marchase a su casa.

—Me iré cuando no le haga falta a mi quinto. No lo voy a dejar colgao después de morirse su pae. ¿Es que no lo entendéis, enteraíllos? Se le ha muerto el viejo. Y me iré cuando él me lo pida o a mí me salga de la punta de la polla.

Mi tío Avelino el Priscos, hermano de mi difunto papá, se abalanzó sobre el corrillo que formábamos con los picoletos, nos agarró a los dos y nos metió dentro de casa. Cuando nos quitó de en medio salió a encararse con los guardias civiles. Les gritaba, enfadado y triste:

—¡Fuera de aquí ya! ¡No tenéis vergüenza!

Otros vecinos se unieron a la protesta espontánea hasta que consiguieron que los agentes de la Ley se fueran por donde habían venido. Antes de largarse se pavonearon desde su Nissan Patrol, diciendo que «los niños» pasarían por la Casa Cuartel a prestar declaración y que «al chulillo ese», refiriéndose a Lolo, ya le tocaría pagar su correspondiente sanción por posesión de estupefacientes. Se dirigieron de malas formas a la madre de Jony para decirle que cerrase la boca y que si no nos habían detenido para hacernos unas analíticas era por respeto al dolor de la viuda. Que éramos menores de edad y habría consecuencias. Ahí ya todos canturrearon:

—¡Fuera! ¡Iros a tomar por culo!

Mamá y Ángela estaban sentadas en las escaleras de casa, rodeadas de los vecinos y la familia de papá. Los tres nos fundimos en un abrazo. Mamá ni siquiera preguntó qué había pasado con los guardias civiles. Cuando volvió a entrar en casa mi tío Avelino el Priscos, me sujetó de la pechera con agresividad, como hacía papá, y me rogó que dejase de hacer el gilipollas, que por favor me comportase como un hombre y me diese una ducha, porque apestaba a porros. Me salí al patio y lloré como un imbécil. Lolo estuvo conmigo y siempre se lo agradeceré. Unas horas después trajeron el ataúd a casa para velar a papá en el salón. No tenía ganas de ver a nadie ni hablar. Me despedí de Lolo, que se iba a descansar, y me tiré en la cama. Estuve durmiendo hasta que Ángela me despertó. En un par de horas había que ir al cementerio a enterrar a papá y ni podía moverme. Al rato, Polly entró a mi habitación y me abrazó. Se sentó a mi lado. Pusimos un casete para que nadie nos escuchase hablar.

—¿Cómo estás?

—Bien, pero me duele la cabeza. Me colé ayer.

—Álex, no me da ninguna lástima lo de tu padre.

—A mí tampoco, Polly.

—Sé que el día va a ser duro, pero ya no volverá a poneros una mano encima. Todo va a ir mejor, Álex. Y estaré contigo.

Cuando volvió a abrazarme, mientras sonaba «En el país de los sueños» de 713avo Amor, me habría gustado detener la rotación del planeta en ese justo instante.

—Álex, ¿qué hacías con Lolo? Me ha contado Jony que las tuvisteis tiesas con los guardias civiles.

—Estuvimos juntos por la noche y me acompañó a casa. Le iba a dejar unas cintas y nos encontramos a los picoletos aquí.

—Álex, ¿Lolo y tú prestándoos casetes?

—Sí, Polly, ¿qué pasa?

—No, nada.

—Tengo que ducharme y vestirme para el entierro. ¿Nos vemos después?

—¿Me estás echando, Álex?

—No, Polly. Pero necesito estar solo.

Me di una ducha y me puse el traje que me prestó mi primo Antoñico el Priscos para las Quintas y que todavía no le había devuelto. Bajé al salón. Alguien dijo:

—¡Ay, qué pena, con lo bueno que era, que iba a todos los entierros!

Me entraron ganas de coger un cuchillo y clavárselo en la yugular. La única vez que papá estuvo cinco minutos sin alzarle la voz a su mujer e hijos en esa casa fue porque estaba dentro de un ataúd. Me salí al patio con Ángela y hablamos de cómo sería la vida sin papá. Aunque el féretro estuvo abierto en el velatorio y en la iglesia fui

incapaz de acercarme a él, no fuera a ser que papá resucitase solo para estrangularme y gritarme: «¡Maricón, maricón!», delante de todos. A mamá la atiborraron de ansiolíticos. Las perspectivas de futuro no eran buenas para nosotros, aunque ella seguiría sacando adelante a sus hijos y su casa. Eso no cambiaría. Solo me preguntó, medio ida, cuando mis tíos y primos introducían el ataúd de papá en el coche fúnebre, qué hice con mis vaqueros nuevos, porque por la mañana vestía unos que no eran míos y ni recuerdo qué patraña le conté.

Tuve que cargar con el féretro por la calle Alante con los hermanos y sobrinos de papá. Me tocó empujar el ataúd dentro del nicho y esperar frente a él a que el albañil lo sellase. Cuando lo enterraron sentí alivio y paz. Nos habría matado con su escopeta esa misma noche de San Isidro. Lo juró en las escaleras del anfiteatro antes de diñarla. Polly permaneció a mi lado en la iglesia y en el cementerio, sujetando mi mano durante horas. Miguel el Vuelcavasos, el Potas, Rober el Malhecho, Lupe la del Larios, Cris, Lolo... nos acompañaron todo el santo día.

Una vez sellado el nicho me pusieron en una de las tapias del cementerio, bajo unos cipreses, junto a mi tío Avelino el Priscos y el otro hermano de papá, para que los asistentes al entierro nos dieran el pésame. Era el hombre de la casa desde hacía algunas horas y no pude escaquearme. Unos y otros se acercaban a manifestar sus condolencias, me abrazaban, me besaban, elogiaban al gran tipo que para todos los demás fue papá. Me daban la mano o dos besos o una palmadita en el hombro y debía poner cara de que todo aquello me dolía y me importaba. A pesar del miedo confiaba en que nadie se enteraría de lo acontecido. Solo me rompí por dentro cuando entre la multitud de manos y besos que intentaban consolarme aparecieron las del Entretenío. Después de fundirse en un abrazo con mi tío Avelino, miró al suelo antes de estrecharme la mano con frialdad y decir:

—Lo siento mucho, niño.

Unas horas antes, en las escaleras del patio de casa, le prometí a Ángela que protegería y cuidaría de mamá y ella siempre, que jamás nadie volvería a hacernos daño. Ángela me abrazó y me dijo:

—Álex, tienes los ojos rojos como cuando papá está cansado, pone la televisión y deja de chillarnos y pegaros a ti y a mamá.

La floristería

El 10 de agosto de 2017, a las dos de la madrugada, estampé un Peugeot 308 que no era mío contra una floristería en el barrio de la Trinidad. Destrocé el murete, el escaparate y los arreglos florales, centros, columnas, estantes, las flores preservadas y otros productos para la venta con el que estaba decorado. Podría haberme estrellado con Eidna, Camilo, Ximena, Thiago o cualquier desconocido con el que me fuera a follar esa noche, pero me tocaron las tres cerezas de una tragaperras con Óscar, el compañero de trabajo de Katja.

Óscar es como ese señor familia del novio, en apariencia serio, que se acaba acoplando a una despedida de soltero y termina bañándose desnudo en una fuente, cantando la canción de El Rey León e insultando a los policías municipales a las nueve de la mañana. No soy un santo, pero me cuesta, cuando conozco a alguien, alejar de mí a los aprovechaos y los caraduras. Confieso que me hacía gracia observar cómo intentaban engañarme o sacar de mí todo el provecho que pudieran, sin éxito. Me pasó una vez con Óscar, intentando robarme coca. Cuando quería invitar a alguien que se suponía que era mi amigo a una raya, le daba el pollo. Era así de manirroto con la escoria con la que salía de juerga. Óscar arrimó el ascua a su sardina y me quitó algo de coca, como si yo fuese idiota y no me diera cuenta. Me reí y fui al aseo a drogarme. Volqué lo que quedaba del pollo en un chivato y raspé la pared del baño con una llave, hasta rellenar con yeso la papelina. No le metí un lametón a la bolsita para dar más el pego. Cerré la papelina de yeso y me la eché al bolsillo. En la barra pedí otro cubata. Óscar, altanero y chulo, se debía creer el más listo del pub por choricearme farlopa a la que yo le había invitado, con generosidad y confianza. Le podría haber convidado toda la noche, porque él iba pelao, o pillar la que hiciera falta a buen precio cuando se me terminase. Pero él eligió gorronearme. Le dije:

—Joder, qué buena está la perica que me ha traído el Rencoroso. Ve a echarte otro lambreazo, porque apenas le meta un tiento al cubata voy a enchufarme otra. Toma el pollo.

Óscar me devolvió una sonrisa y se fue al baño con el pollo de yeso de la pared. Creía que se iba a coscar y me podría burlar de él por

rata, para darle una lección. Pero regresó trasteándose la tocha, como si le picara. Me dio el falso pollo, del que había vuelto a choricear un poco. Ni notaba lo que se había metido por la borrachera. Hasta que amaneció, Óscar estuvo esnifando lonchas de yeso de una pared, sin advertir que solo le hacía efecto la bebida, con la nariz escocida, mientras yo me descojonaba.

Óscar es compañero de Katja en la inmobiliaria, lo que enrevesaba todavía más el asunto. Cuando Óscar se incorporó a la empresa tras el accidente, Katja tuvo que aguantarlo y mirarlo a la cara cada día. Antes hacían buenas migas y quedábamos en familia, porque los niños de Óscar son más o menos de la edad de Sarah. Al principio no soportaba esas reuniones. Pero la mujer de Óscar me hacía desprecios, aprovechaba cualquier situación para lanzarme una pulla o criticar mis tatuajes, recordándome que no tenía futuro y era un paria y me odiaba mucho por yo qué sé. Entonces empecé a disfrutar lo de socializar con ellos. Era divertido putearnos con educación, pese a las regañinas que luego me echaba Katja por ser tan borde. Katja no la soporta. Y Óscar se mostró más cercano porque igual ni aguanta a su propia esposa y debió ver en mí una especie de aliado de vete a saber qué. Óscar y yo descubrimos que compartíamos aficiones: los cubatas y la coca. Así que aprovechábamos para escaquearnos cuando podíamos y desfasar. Una noche en una discoteca al lado de la Plaza del Carbón me puse a tontear con un tío al que acabé besando. A esas alturas ya me sudaba la polla que Óscar me viera liándome con cualquiera. Óscar no dijo nada. La siguiente vez que quedamos nos piramos a un pub y nos hinchamos de cubatas y coca, para variar. Óscar estaba raro, inquieto, y pensaba que se sentía incómodo por verme liándome con un tío. Pero qué va. A Óscar le dio la paranoia de que quería probar lo que era follar con un hombre. No me lo tomé en serio, hasta que estando los dos con unas tías en la misma habitación acabamos montándonoslo los cuatro juntos. Estuvo bien. A nuestra rutina de alcohol y coca añadimos lo de follar juntos o con otras personas a la vez de cuando en cuando. Pero Óscar comenzó a encapricharse y a ponerse pesao. Había descubierto con treinta y cuatro años que le atraían los hombres y que igual su vida anterior era una farsa. Me agobiaba. Le bloqueé del WhatsApp, lo eliminé como amigo en Facebook y evitaba los garitos en que podía cruzármelo. No quería saber nada de él hasta que, la noche que nos

estrellamos contra una floristería, nos encontramos en un pub por las callejuelas de Marqués de Larios. Le ignoré y seguí con el Rencoroso y unas amigas, a mi aire. Pero lo veía a lo lejos colocao. Se puso estúpido con alguien y tuve que mediar para que no le partiesen la cara. Lo arrastré al aseo, le introduje la cabeza en el lavabo, abrí el grifo, le di unas bofetadas y lo saqué a la calle para que se fuera a dormir. Le dije que llamara a un taxi pero él se encabezonó, porque necesitaba el coche para ir al trabajo por la mañana y le caería una bronca si asomaba a las tantas de la noche sin él. Como no podía conducir de lo mamao que iba, me suplicó que lo hiciera yo, que había salido de fiesta sin la moto. Me dijo que si lo acercaba a casa me daba el pollo sin apenas tocar que había pillao y me pagaba el taxi para la vuelta. En fin, que me lio. Le puse un wasap al Rencoroso para decirle que regresaría en cuarenta minutos porque iba a acercar a un estúpido a su casa. Buscamos su Peugeot 308. Yo iba puestísimo, pero me daba igual. Encendí el motor, pisé el embrague, metí primera y salimos del aparcamiento. Óscar me manoseó, lo aparté y le dije que pintase unas rayas. Estaba tan colocao que ni podía abrir el cierre de la papelina. Temía que la tirase toda, porque tiene menos luces que una narcolancha. Esa coca era mía por hacer de taxista, me irritó y le grité que me diese el pollo y un compact disc. Puse en el salpicadero la carcasa del Deltoya de Extremoduro y volqué y piqué dos rayas para mí mientras conducía. Me guardé en el bolsillo el pollo de Óscar que acababa de cambiar de dueño. Me daba igual soltar a veces el volante. Aspiré una loncha mientras él se agachaba y restregaba su cara contra mis vaqueros. Me empalmé. Óscar me desabrochó el pantalón, me sacó la polla y comenzó a chupármela, mientras yo conducía y cantaba «Relación convencional» de Extremoduro. Óscar es guapo, se esmeró con la mamada y me corrí en su boca, esperando a que se pusiera en verde un semáforo. Se incorporó para limpiarse mientras yo me abrochaba los pantalones con una mano. Sacó un clínex de la guantera y escupió sobre él. Me observó con ojillos de cordero degollao y me dijo:

—Álex, te quiero.

Lo miré horrorizado, volví los ojos hacia la carretera y la loncha que quedaba sobre el compact disc me cantaba con ritmillo de Extremoduro: «inhala y olvida». Me agaché sobre el salpicadero

para esnifarla. Cuando levanté la cabeza después del lambreazo me sorprendió una rotonda, excedía el límite de velocidad, me atribulé, no me dio tiempo a pisar el freno y pegué un volantazo. Mi capacidad de reacción era nula por la mezcla de sustancias y me estampé contra el escaparate.

Los transeúntes y los cotillas de las ventanas y balcones curioseaban en el desastre, a pesar de que eran las dos de la mañana de un día laborable. Se abrían persianas y se encendían luces de los pisos por la escandalera de la alarma de la floristería. Ni quería mirar el Peugeot 308, con el morro salpicado de flores y cristales, hundido en el escaparate. Nos hallábamos en un lío, y por mucho que Óscar hipase o me culpara, sabía que él no estaba allí teletransportado por algún azar mágico del universo. Los policías nacionales aparcaron encima de la acera y brincaron del coche, con las manos cerca del cincho de la pistola, sospechando que se trataba de un alunizaje. Las luces del coche de la policía hacían que el destrozo en el interior de la floristería con el Peugeot 308 dentro pareciera más aparatoso. Nos pusieron de espaldas contra el coche patrulla y nos cachearon con agresividad. Todavía iba empalmado cuando me toqueteó uno de los policías y me dio lache. Algunos idiotas aplaudían desde sus ventanas. Si protestaba solo conseguiría que los policías se pusieran más chulos y enteraos, pero ante la insistencia de que se trataba de un alunizaje le dije al que me cacheaba:

—¡Ha sido un accidente, me comí la rotonda, joder! ¡El coche es del que está llorando!

El policía calvo, con barba y mazado que me registraba se interesó por mi estado porque me chorreaba sangre por la nariz. Me dio un clínex. Me puse un trozo de papel en el orificio que sangraba. El policía me olisqueó e insinuó que mi ropa olía a cocaína quemá. Pensé:

—Joder, el calvo es una puta arrepentía.

Solicitaron nuestra documentación, nos inspeccionaron los bolsillos, nos pidieron que nos quitásemos los calcetines y las zapatillas y nos dejaron descalzos sobre la acera. No hallaron nada. Si me hubiesen pillado el gramo y medio que tiré al verlos, igual les habría amenizado su ronda nocturna. El policía joven, alto y en apariencia

más profesional que estaba con Óscar le rogó que se templase y explicase lo acaecido, por favor. Óscar no tardó treinta segundos en venderme, reiterando que cogí su vehículo en contra de su voluntad porque habíamos bebido y él quería llamar a un taxi, pero yo era muy mala persona e insistí en que no. Menos de media hora antes, este Judas me había comido la polla como si nunca hubiera chupado una y me había dicho «te quiero» parados en un semáforo. La farlopa me hizo cometer otro desliz y le grité, queriéndome abalanzar sobre él y molerlo a palos antes de que me sujetaran los policías, que lo de chuparme la polla mientras conducía igual influyó en lo de no estar concentrado en la carretera. Los policías se miraron y sonrieron. Se equilibraron en estupidez y chulería. Disfrutaban de la comedia y de ahí en adelante lo único que hicieron fue menospreciarnos y hablarnos con muchos usted esto, usted lo otro, como si todas esas formalidades reafirmasen su hombría. Óscar, asumiendo la ruina que le caería con su mujer, optó por hacer como que se desmayaba, sin pasión, sin alma y sin credibilidad. Su policía lo agarró antes de que se desplomase al suelo y lo apoyó contra una pared. Avisaron a una ambulancia. La grúa del seguro y el propietario de la floristería venían de camino. El policía calvo me preguntó si consumí alcohol o sustancias estupefacientes y le dije que dos o tres cervezas con limón.

El policía calvo dijo que cerrase la boca, mientras su compañero sacaba el material para hacerme los test rápidos de alcoholemia y drogas. Ya solo quedaba que se me apareciera la Virgen del Milagro para que en las pruebas no saliera todo lo que me había metido, que alguna sustancia diera error, que los materiales estuviesen defectuosos. Tomé unos tercios de Victoria, unos cuantos cubatas, cocaína a espuertas, me había fumao unos porros y una papela de basuco. Puede que dos, no lo recuerdo con exactitud. No era mi día de suerte. Me dieron la boquilla desechable con la que soplar en el etilómetro. Di positivo en alcohol, cuatriplicando la tasa permitida. Luego me cogieron una muestra de saliva para la prueba de sustancias estupefacientes. Di positivo por cocaína y THC. Se me requirió para una prueba evidencial a partir de una segunda muestra de saliva, que mandarían a un laboratorio. Ni pensé en que podía haber matado a alguien o que estaba cometiendo un delito grave contra la seguridad vial, porque cuando eres adicto solo piensas en ti, en quitarte el ansia y no mides los peligros o riesgos

que tu búsqueda patológica del alivio a través del alcohol y la cocaína puede ocasionar en otros. Eres incapaz de controlar tu conducta, reconocer los problemas que causas o puedes ocasionar a los demás y tus respuestas emocionales son disfuncionales. Noté cuando a los policías les dijeron desde centralita que tenía antecedentes policiales y había pasado por prisión. Tras ponerme los calcetines y las zapatillas me esposaron y chulearon con un «no oponga resistencia», innecesario y fuera de lugar y me subieron a la parte de atrás del coche patrulla, mientras me aconsejaban que esperase a hablar con mi abogado y bla, bla, bla. A mi acompañante, pronunciado con un tonillo homófobo, lo iban a acercar a un hospital porque seguía haciendo su teatrillo, como si se fuese a librar. Estuve por gritarle:

—Oye, que han saltado los airbags y no te has hecho ni un rasguño.

Pero me callé. Aparcaron en el pifostio un par de coches de la Policía Nacional e intercambiaron impresiones con los policías que nos auxiliaron. El policía calvo y el joven entraron al coche patrulla donde me habían metido, arrancaron y me trasladaron a una comisaría en la Avenida de Andalucía. Allí me quitaron el teléfono, el tabaco, la documentación, las llaves del piso y me encerraron en un calabozo. Luego me sacaron para realizar una llamada a la que tenía derecho. Me dio la bajona y mis pies se hundieron un metro en el suelo, porque solo podía avisar a Katja. Las otras opciones eran telefonear a Ángela, que vive en un pueblo de Sevilla, o a Rachid, al Rencoroso o al Polilla. Iríamos juntos hasta la muerte, pero pedirles que se presentasen por voluntad propia en una comisaría me pareció excesivo y yo no lo haría por ninguno de ellos, por más que los aprecie. Ni estando ante las puertas del infierno habría sido capaz de avisar a mamá a las tres de la mañana. A los policías les resultó divertido que estuviese casado. Hice la llamada. Katja estaba medio dormida y no entendía nada.

—Soy yo, Katja.

—¿Desde dónde me llamas? Es tarde, ven al piso ya, por favor.

—Estoy en una comisaría en la Avenida de Andalucía.

—¿Qué? ¿Es una broma, Álex?

—No, he tenido un accidente.

—¿Estás bien?

—No lo sé.

—¡No cogiste la moto!

—Ha sido con el coche de un amigo. Necesito un abogado.

—¿Por qué? ¿Qué coño has hecho?

—Es largo de contar, Katja. Lo lamento.

—Me visto, dejo a Sarah con la vecina y voy a por ti.

Me devolvieron al calabozo. Se me cayó el alma a los pies cuando cerraron la puerta. Tenía claro que me cortaría las venas antes de volver a prisión. Me volvieron a sacar cuando vino Katja. Nos llevaron a un despacho, acompañados por un agente. La vi llorar y pensé que ojalá me hubiese matado. Ya habíamos tenido alguna discusión por las drogas, pero a ella le costaba entender la gravedad de la situación. El policía le dijo que pasé cinco años, cuatro meses y un día en la cárcel, sin contar el tiempo en tercer grado y con la condicional. Ella le respondió que debía haber un error, que su marido no había estado en prisión. El policía le confirmó que estuve preso de los diecinueve a los veinticinco. Añadió que cogí un coche sin la conformidad de su propietario y que di positivo en drogas y alcohol. Al policía le pareció apropiado darme la última estocada y añadió que antes del impacto contra el escaparate mi acompañante, varón, me estaba haciendo una felación.

Katja no se merecía pasar por eso. Estuve a punto de levantarme y estamparle al policía una silla en los dientes. Katja me gritó:

—¿Quién eres, Álex? ¿Qué es eso de que has estado en la cárcel y te la estaba chupando un tío?

—Ahora no es el momento de hablar de eso.

—¿Cómo que no es el momento?

—Pueden encerrarme otra vez.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Lo sabía tu madre? Oh Gott, ich kann es nicht glauben! ¿Quién coño eres, Álex?

—No metas a mi madre, ella no tiene culpa de nada.

—Que te jodan, Álex. ¿Te llamas así o no? Me tienes harta, quiero que te vayas. ¡Esto es imposible, no puede estar pasando! ¡Dime que es una broma!

Vuelta al calabozo. Estuve encerrado el resto de la noche, mirando el techo. Katja llamó a un abogado a primera hora de la mañana. Me soltaron, aunque debería presentarme por los juzgados cuando me diesen fecha y faltaban los resultados del segundo test de saliva, que pasaría varios procesos en un laboratorio para determinar qué cantidad y cuántas sustancias psicoactivas estaban presentes en mi organismo cuando colisioné contra el escaparate. Katja me acercó al piso, sin hablarme ni mirarme. Me dejó en la puerta porque debía ir a trabajar. Le dije:

—Perdóname, Katja.

Ella me respondió:

—¿Tú consideras que eres un buen padre? Pide ayuda, porque ya no reconozco a la persona de la que me enamoré. No sé quién eres. Ya hablaremos muy en serio cuando vuelva y ni se te ocurra ir a recoger a Sarah al colegio en el estado en que te encuentras. Estoy harta de ti, no eres más que un delincuente, un vicioso y un mentiroso y si sigo aguantándote es por lástima y por la niña.

Katja desconocía en esos momentos que mi acompañante era Óscar. Cuando arrancó el coche y se fue pensé en que estuvimos enamorados. Pensé en nuestra complicidad, en que nos pasábamos los días riéndonos, poniéndonos motes cariñosos. En que cuando salíamos juntos todos nos miraban porque parecíamos una pareja perfecta. Dejábamos las copas de balón en el suelo de algún pub e inventábamos e improvisábamos bailes alrededor de ellas, sin importarnos nada más. Algunos conocidos nos llamaban La Guiri y El Quinqui, y nos hacía gracia. Pensé en cuando nos mudamos

juntos y nos casamos tan rápido. Pensé en cuando al poco de empezar nuestra relación, Puyol marcó de cabeza un gol en la semifinal del Mundial y la selección eliminó a Alemania y Katja y yo nos pintamos las caras con los colores de la puta bandera de España y nos hicimos fotografías que subimos a Facebook y encabronaron a un suegro alemán que todavía no conocía. En cuando Sarah comenzó a andar y solo quería estar conmigo, lo que hacía que Katja llorase hasta quedarse seca. Pero todos esos recuerdos hermosos se esfumaban, porque volvía a mi cabeza el más obsesivo y el que más me preocupaba en esos instantes: no tenía cocaína encima.

Subí al piso, me quité la ropa, puse la lavadora y me di una ducha. Al mirarme en el espejo sentí asco y no me quedaba una triste raya encima para sacarme del pecho la angustia. No solía consumir cocaína en el piso por respeto a Sarah, pero esa mañana hice una excepción, porque me aterraba la posibilidad de que me encerrasen otra vez. Mi única certeza era que me mataría antes. Solo podía aliviarme la farlopa. Llamé a Rachid para que mandase a alguien a traerme unos gramos. Ni a él, mi mejor amigo en Málaga, fui capaz de contarle el embrollo en el que me acababa de meter. A los quince minutos asomó el Polilla con su motillo. Le esperaba en la puerta, con ansia, porque la última vez se confundió de bloque. Me trajo un cascarón amarillo de un huevo Kinder con cuatro pollos de farlopa y sin ni siquiera preguntar qué me había pasado en la nariz, cogió los dineros y se largó. Subí al piso y me encerré en la habitación donde amontono los discos. Hasta que Katja y Sarah regresaron, estuve metiéndome lonchas y escuchando a Melendi, intentando dejar la mente en blanco. Después de almorzar Katja mandó a Sarah a hacer los deberes. Estaba cansado, pero no iba a dormir. Pensar en comer me daba náuseas. Me encerré de nuevo en la habitación de los discos, hasta que Katja entró gimoteando y gritando que apagase la puta música, que odiaba al puto Melendi. Me chilló si era Óscar quien me la estaba chupando, porque no había ido a trabajar por sufrir un accidente de tráfico. Me pidió que le explicase qué había sucedido y por qué. Me preguntó que, si me gustaban los hombres, qué pintaba con ella. Insistió en que le contase la verdad de por qué estuve en la cárcel y por qué no se lo había dicho. No tenía ganas de hablar, su voz era un taladro atascado en mi lóbulo frontal, pero tocaba echarle huevos y asumir

todo lo que vendría después, por duro que fuese. No sabía ni por dónde empezar, tragué saliva, la cocaína hacía una bola en mi garganta. Y me arranqué, tan enchufao que no medía mis palabras. Se me escaparon más verdades que mentiras. Me embalé, no podía parar, daba saltos en el tiempo, de Villa de la Fuente a un barril en la calle Pedro Antonio de Alarcón o a un concierto de Piperrak. Sé que no debería haber dicho esto, que no debería haber contado lo otro, pero solo quería soltar lastre y que me dejase en paz. Sabía que me arrepentiría por parlotear tanto del tirón y que a Katja le costaría asimilarlo. Ella no me interrumpía, mientras lloraba, sin decir nada ante las barbaridades y datos desordenados cronológicamente que se atropellaban en mi boca. Fue la primera vez que le conté que estaba muy enganchao a la coca y que me follaba a todo lo que se movía, hombres y mujeres, sin tener claro por qué. Que quizás era porque la farlopa me ponía muy guarro y que cuando era menor de edad me acostaba con hombres adultos a cambio de droga. Que no pude superar lo que pasó con papá, que eso me fundió la cabeza, que era un peso que arrastraba y no podía soltar. Luego le relaté por qué estuve en la cárcel. En sus ojos verdes solo era capaz de vislumbrar espanto. Rematé narrándole la relación ocasional que mantenía con Óscar. Katja estaba en shock. Le dije que no podría vivir sin ella, que a un metro suyo todo tenía sentido. Katja aseveró que era un embustero y me reprochó todas mis estupideces. Yo solo deseaba que se callase, que saliera de la habitación y me dejase en paz, porque necesitaba más coca. Era lo único que sentía: necesito más farlopa, quiero que te vayas, me hace falta volcar más lonchas porque si no me voy a tirar por la ventana. No me importaba el dolor de Katja después de escucharme. No pensé en Sarah. Solo visualizaba el cascarón amarillo del huevo Kinder con la farlopa, escondido en un cajón, pensaba en las ganas de esnifar una raya y dejar de padecer miedo.

Le rogué que me dejase solo. Ella me dijo que todo se acababa, que cogiera mis chismes y me largase del piso. Entonces me alteré y le grité que si me separaba de Sarah me quitaba la vida, que el alquiler y los gastos del piso los pagamos entre los dos y que no tenía ningún piso de una amiga a donde ir. Me comportaba como el cobarde, manipulador y chantajista que era papá. Le pedí por favor que me diese una oportunidad, solo una, para volver a querernos y ser fuertes juntos como antes. Prometí que pediría ayuda, que

necesitaba tiempo, que todo se arreglaría. Katja salió de la habitación dando un portazo, diciéndome que me las apañase para dormir ahí y que si no era capaz de estar sobrio en el piso me fuera, que le daba igual si me suicidaba o no, que era un puto enfermo, que le contase a mamá todo lo que le había dicho a ella, si tenía cojones. Cuando salió, lo primero que hice fue volcar coca sobre la portada de un disco. Me estuve metiendo lonchas todo el rato, mientras escuchaba llorar a Katja y todo me daba igual. Solo podía esnifar rayas, y más rayas, y más rayas.

Pusieron una fecha para el pleito. En el juicio me condenaron a pagar los daños materiales que provoqué, tanto en el automóvil de Óscar como en la floristería. Me retiraron el carné de conducir durante cuatro años y me sancionaron por dar positivo en cocaína, pasta base, THC y cuatriplicar la tasa de alcohol permitida. Además de la sanción económica, por vía penal solicitaban de tres a seis años de cárcel. También me cayeron sesenta días de trabajo para la comunidad que a saber cuándo cumpliré, porque solo libro un día en el restaurante del hotel. Pero el abogado era bueno, enérgico y consiguió que no me ingresaran de nuevo en prisión, porque me comprometí a pedir ayuda, mantener el trabajo y continuar la rehabilitación en el CPD. El abogado usó a Sarah para dar lástima. Su defensa la enfocó en que no había derecho a que una persona ya reinsertada en la sociedad volviese a la cárcel por destrozar flores, unas cristaleras y un coche cuyo dueño me imploró que cogiera, sin tener en cuenta mi estado, porque él iba peor. Arguyó la dificultad de encontrar un trabajo estable y que eso hacía que su cliente se refugiase en las drogas y el alcohol. No tenía multas de tráfico ni había dado positivo en controles de alcoholemia y drogas desde que salí de la cárcel. No había delitos demostrables que pudieran usar en mi contra, solo una orden de registro en mi domicilio donde no se halló nada, y reiteró el esfuerzo que había hecho por reinsertarme en esta mierda de sociedad. Fueron duros conmigo y las sanciones fueron ejemplarizantes, pero se compadecieron. Si tengo una recaída, me juzgarán de nuevo con menos amabilidad. El juez me lo dejó claro en varias ocasiones.

Cuando tuve el accidente estaba desempleado. El dinero para pagar el alquiler, los gastos en casa y los vicios lo sacaba vendiendo yerba con mis socios y menudeando coca con Rachid en salas de

conciertos, pubs y discotecas. Buscaba el dinero para evadirme como podía. Cuando eres adicto no haces números porque no te importa, no tienes más planes que huir de la realidad durante unos instantes, solo tocándome el Euromillones podría haber dado la entrada de un piso para Katja y Sarah y como te da igual todo, incluso morirte, consumes lo que te alivia esa falta de expectativas, vives al día, te engulle el presente mientras el pasado te zancadillea. Para dar la entrada de un piso necesitas que te avalen, para pillar un gramo, no. Consumir me desconectaba de todo, de la incesante e imposible búsqueda de un trabajo estable y de los fantasmas y traumas de mi niñez y adolescencia. La poca dignidad que me quedaba la perdí en una floristería. No me justifico ni espero compasión o empatía. No lo merezco. Merche, la trabajadora social del Centro Provincial de Drogodependencias, me ayudó a encontrar trabajo. Con Javier, Paquita y mi convicción por salir de la cocaína, he pasado la fase de crash, la de privación y abstinencia y ahora estoy en la fase de extinción, que se caracteriza por un deseo compulsivo de consumo ante estímulos condicionados como, por ejemplo, entrar a mear al aseo de un bar y donde tiro más de antidepresivos y de psicoterapia con Paquita. Me queda un largo camino por delante, pero seguiré esforzándome. Si no consigo hacer un cambio drástico acabaré tirao en la calle, entre rejas otra vez o en un ataúd. El apoyo de mamá y Ángela también me da fuerzas. Cuando hablo con ellas les pido perdón por causarles tanto sufrimiento. Mamá suele decirme que si ella o Ángela estuviesen enganchadas a la droga, yo haría lo mismo por ellas y me ocuparía de cuidarlas, protegerlas y darles todo mi cariño. Sin el sostén de mi familia todo sería más difícil.

Javier insiste en que hay que mirar hacia delante, aprender a perdonarse a uno mismo, que el pasado no se puede cambiar y debo pensar diferente y actuar de otra forma. Cuando conversamos sobre Katja o Sarah me parto en dos porque asumo que las he perdido. Solo van a estar conmigo mientras hago la rehabilitación y cuando termine este sainete de médicos, terapias y pastillas me apartarán de su lado. Katja y yo haremos ocho años juntos en la primavera de 2018 y, aunque me duele, asumo que lo nuestro acabó hace tiempo. Me ha dado una oportunidad que no merezco, porque no tengo donde ir, porque no estoy preparado y sé que va a pasar página. Porque ya ni Sarah puede ser el pegamento que nos una. He tocado

tantas veces fondo que solo estoy cómodo y vivo ahí.

Máscaras

Los guardias civiles dictaminaron que lo de papá se trató de una muerte accidental. Debido al estado de embriaguez tropezó en uno de aquellos escalones y se desnucó. Con una violencia inusitada, eso sí. Pero las míticas cogorzas de papá cerraban cualquier vacío en las investigaciones de los dos picoletos más vagos y atontaos que pisaron la Casa Cuartel de Villa de la Fuente desde que pusieron el primer ladrillo hasta hoy. El Ayuntamiento ofreció a mamá una cantidad de dinero para que no interpusiese una denuncia por la nula iluminación del anfiteatro y con eso fue tirando hasta que encontró faena, reciclándose y echándole coño a lo que se le pusiera por delante. A Ángela hasta le cambió la cara cuando desaparecieron las voces, las jumeras, los malos tratos y los llantos.

Creí que con papá se enterraba también el nuevo secreto que escondía. Ya callaba demasiados, pero lo de papá implicaba un riesgo excesivo. Desde niño me escondía de los demás porque los chismosos convertían cualquier cosa que hiciese en un asunto que debía saber papá para tomar represalias. Antes de que se muriese ya era el rey de las mentiras en Villa de la Fuente. Los secretos que ocultaba eran una bomba que, en caso de estallar, salpicaría a otros que tapaban lo que sentían por el qué dirán. Pero la gente no era tonta. Sabían cubrirse unos a otros las espaldas en asuntos de folleteo y drogas. Ni yo mismo tenía claro si me gustaban los hombres o no. Las primeras veces sentía curiosidad. Quería probarlo todo y luego quedarme con lo que me gustase, sin estar condicionado por las ideas y los prejuicios de otros. Pero pronto aprendí que podía conseguir algo de esos hombres adultos a cambio de sexo. Ellos se aprovechaban de mí, pero yo les sableaba toda la cocaína que podía. Asumo que muy normal no era, pero nadie me ponía una pistola en el pescuezo. Me gustaba follar, pero en circunstancias normales ninguna chica del pueblo ni mucho menos un chico de mi edad me habría tocado ni con un palo.

Bueno, una vez me enrollé con una chica, cuando ya había follado con varios hombres. Me gustó porque fue cariñosa y no estaba acostumbrado a eso. Esta chica me vio una noche en los poyetes de la Plaza Nueva con unos discos que me había prestado el Potas. Tenía un programa en la radio municipal, además de dar clases de

catecismo, y me invitó a pasarme por la Casa de la Cultura para ponerlos algún día. Me ilusioné y preparé una hora punk a conciencia, con un puñado de cintas y vinilos para deleitar a ni un solo oyente. RIP, Negu Gorriak, Eskorbuto, María del Mal, Soziedad Alkoholika, Karajo... Cuando estuve en el programa empezamos a poner discos y mientras sonaba «Colgado por ti» de Cicatriz, me besó. Me pareció bonito que me pillase tan por sorpresa y me empalmé. Me dio corte, pero la chica lo notó y me echó mano a la polla para pajearme. Luego sacó un condón del bolso y me folló sobre la mesa de mezclas de la radio. Cuando terminamos me pidió que no se lo contase a nadie porque tenía novio. Su chico era un bruto que me aterraba cuya única ocupación era pasearse por el pueblo haciendo caballitos con una Yamaha Jog con el tubo de escape trucao, mientras me insultaba. Me puse los pantalones, agarré el Nevermind de Nirvana en vinilo y le dije:

—Lo voy a mangar, no se lo cuentes a nadie.

Y supongo que pensó que era un imbécil, porque no volvió a invitarme a poner punk en Radio Cubillas.

Con hombres era más fácil follar. Surgió y ya está, sin planearlo. En el pueblo había algunos hombres que se casaban y formaban familias, mortificándose por no ser capaces de asumir su condición sexual y se escondían en las drogas y el alcohol. Rafaelito el Labriego era el jefe de papá, mamá y mío en la aceituna. La primera Nochevieja en la que entré a la discoteca de la Chari me invitó a un cubata. En Villa de la Fuente nadie te pedía el DNI y si tenías callos en las manos de trabajar en el campo ya eras un hombre, para lo bueno y para lo malo. Rafaelito el Labriego me vio fumando un porro con el Potas al lado de la salida de emergencia de la discoteca, me guiñó un ojo y me dijo que fuese al baño con él, que no le diría nada a mis padres. Me puso una loncha. Luego me trajo un cubata. Yo llevaba el dinero justico y estaba encantado por caerle tan bien a mi jefe, que valoraba además mi trabajo. Me pidió que saliéramos de la discoteca y le convidara a un porro, porque le daba corte fumar dentro y la gente tenía la lengua larga. Nos fuimos al Lavaero. Le di una china. Rafaelito lio un canuto y nos lo fumamos. Me invitó a unas lonchas más y yo me sentía agradecido por su generosidad y complicidad. Había probado la coca muchas

veces, pero no podía permitírmela. Le decía gracias todo el rato, poniéndole ojitos. Cada vez nos acercábamos más y yo qué sé. Me quedé pasmado cuando me besó. Fue raro. Nunca me había besado nadie. Me convenció para irnos del Lavaero por si nos veía alguien, prometiéndome que me invitaría a más coca. Nos subimos a su coche y empezamos el año follando, metiéndonos rayas y escuchando un directo de Los Suaves en un Renault 21 en las jamileras.

Repetimos en alguna ocasión. Debió contarlo por ahí y cada vez que salía de juerga se me acercaban el Labriego, el Entretenío o el Churretes para invitarme a coca, porque las lonchas eran el tíquet para subirte a un Gusano Loco en el que acababas follándome. Tampoco les decía que no porque así me salía gratis la droga y solía pasarlo bien, aunque todo era confuso.

Mis amigos nunca me preguntaron por qué le caía bien a esos hombres casados, mientras el resto del pueblo me ridiculizaba, me trataba mal o se burlaba de mí. Polly fue la única que me preguntó a la cara si eran verdad los cuchicheos sobre mi orientación sexual, unos meses antes de morir papá. Me soltó que si no pensaba echarme novia o algo, mientras bebíamos litronas en la estación de tren, sentados sobre las vías. Creí que podría ser una declaración de amor por su parte, pero no. Había oído el rumor de que me acostaba con tíos y me sonsacó una confesión de mis propios labios, prometiéndome que no se lo iba a decir a nadie. Confiaba en ella y nos lo contábamos casi todo. Me pilló en una noche tonta y estaba tan perdido que necesitaba poder hablarlo con alguien. No se sobresaltó y escuchó con paciencia. Solo me dijo, cuando acabé:

—Álex, esos tíos son unos asquerosos y unos hijos de puta, además de unos fascistas de mierda. Se aprovechan de ti, por mucha coca que les comebolsees. Eres menor de edad. Si alguien que no debe se entera, esto va a ser muy fuerte.

—Joder, Polly, no le gusto a nadie. Y me gusta probar cosas nuevas.

—Qué poco te valoras, Álex. Vales más de lo que te crees. A más de una le gustaría estar contigo.

Yo estaba convencido de que no valía nada y de que jamás nadie se

enamoraría de mí, pero bueno.

—¿Sientes placer cuando lo haces?

—Claro, ¿por qué iba a hacerlo si no? Follar drogado me desbloquea. Es como un desahogo, como cuando escucho un disco de Eskorbuto o cuando voy a un concierto y me pongo a saltar como un loco. Me evado, disfruto y ya está. Ojalá pudiese tener siempre la mente en blanco.

—Solo lo haces por la coca, Álex. No te engañes ni lo justifiques, porque eso no es así. Esos hombres tienen mujer e hijos, son unos cabrones.

Qué iba a decir yo. Mi vida era un desastre, mi casa un infierno, papá me maltrataba, ansiaba morirme todos los días. Solo me aliviaba evadirme como fuera, con las quinientas pesetas que me daban para salir no podía hacer milagros y me sentía menos desdichado cuando me drogaba o alguien me deseaba y quería follarme. Aunque no hubiera nada parecido al amor, eso me lo dejaban claro desde el principio con gestos feos o menosprecios, mis amantes ocasionales me costeaban cocaína que yo no podía pagar. Me sentía más seguro de mí mismo. Iba contra todo. Follar me liberaba.

Mi pueblo no era normal. Si fui capaz de subsistir allí se lo debo al punk. El punk era la herramienta con la que sobreviví a todos esos años de malos tratos, carencias y humillaciones. Toda la rabia, todo el miedo, toda la angustia que me producía pensar en el futuro, la canalizaba actuando como si fuese un punki, escuchando cintas y discos, dibujando, haciendo pintadas o reventando cabinas telefónicas con mis amigos, tocando en Trankimazín el bajo que me prestaba el Potas, rebelándome de un modo idiota y poco efectivo contra todo aquello que me oprimía. El punk era la máscara con la que tapaba mis aflicciones. Intercambiaba con mis amigos cintas grabadas mil veces con celo en los agujeros de la carcasa para usarlas de nuevo, escuchaba todas las canciones, me aprendía las letras, dibujaba las carátulas con el logo del grupo y los títulos de las canciones o le pegaba la portada recortada de la Tipo. Guardaba mis cintas por orden alfabético en una caja de zapatos como si fuesen un tesoro, al lado de siete u ocho vinilos que fui robando o

cogiendo de aquí y de allá.

Me gustaba dibujar. En la mesa del instituto pintaba al monstruo de los Iron Maiden en todas las posturas y quedaban tan chulos que la mujer de la limpieza no los borraba. No había leído ningún fanzine, pero eso no importó para hacer el nuestro. Pueblo Podrido #1 lo sacamos en septiembre de 1998 y en él entrevistábamos a bandas punk, hacíamos artículos sobre brutalidad policial, el EZLN, Eskorbuto, dibujábamos historietas... Con el dinero que sacábamos vendiéndolo nos pillábamos litronas o taleguillos de chocolate. Escribíamos con faltas de ortografía puestas a propósito para imitar la forma en que hablábamos. Todos los dibujos los hacíamos Polly y yo. Ella sí sabía dibujar bien y se encargó de la portada. A mí me gustaba hacer las entrevistas porque me mandaban merchandising. En el fanzine salieron Manolo Kabezabolo, Kalean, Boikot, Eskorzo, Sin Dios...

Solo tenía una banda punk, un fanzine, cintas y discos, ganas de «hazlo tú mismo» o pocas ilusiones, dependiendo de lo que bebiera papá. Necesitaba mostrar mi verdadera cara, con gritos de rabia y los puños al aire, pero me llovían las hostias por todas partes. Al final toda la rebeldía me la fue absorbiendo la cocaína y de mis ganas de cambiar la sociedad o a mí mismo, en una lucha que parecía más fácil, no quedó nada. Quería derribar el sistema, pero acabé echándome abajo el tabique nasal, que casi me sale el dedo por el paladar si me lo meto en la nariz.

Después de enterrar a papá todo cambió. Había que espabilar y ayudar en casa. Terminaba 3º de BUP y me faltaba hacer COU para acabar el instituto. No quería estudiar, necesitaba un trabajo. Mamá se opuso a que lo dejara, intentando convencerme de que ya nos las apañaríamos, que me darían una beca y todo saldría bien. Pero no era tan fácil. La beca en el instituto no llegaba hasta final de curso. La de 3º de BUP nos la ingresaron a finales de junio, cuando más falta nos hacía. Pero ni me podía plantear esperar una beca o a la temporada de aceituna para aportar otro ingreso en casa. A la uva ya no podíamos ir, porque el patrón no quería a una mujer sola con un hijo adolescente y nos dejó colgados al causar baja papá. No había dinero ni para una emergencia. A los pocos días de morir papá, mamá y Ángela fueron casa por casa por el barrio pidiendo

ayuda para poder comer. Estábamos tiesos de dinero, mamá no tenía trabajo ni familia que pudiese socorrernos y la pensión de viudedad tampoco daba para muchas alegrías. Mamá me parió con diecisiete años y enviudó con treinta y cuatro. Cuando vi a mamá y Ángela entrar a casa con una garrafa de aceite y bolsas con briks de leche y verduras que les habían dado los vecinos, supe que no merecía la pena hacer el esfuerzo. Éramos pobres como ratas y estudiar no iba a resolver nada. Muchas personas del pueblo que habían estudiado luego acabaron trabajando en la aceituna o yéndose a Francia, porque la urgencia del dinero no les permitía opositar ni salir de los trabajos temporales. Al final mamá cedió, noté que aliviada, y acordamos que cuando mejorase la situación me prepararía las pruebas de acceso a la Universidad. No tardé en encontrar empleo gracias a la solidaridad de nuestros vecinos. Mamá tuvo que pedir una autorización a un inspector de trabajo porque yo todavía era menor de edad y firmé un contrato de tres meses, que luego se amplió, como peón de albañil en Construcciones El Galocho, la cuadrilla del tío de mi vecino Jony, justo después de finalizar con buenas notas 3º de BUP y cumplir diecisiete años.

Me adapté rápido a la construcción. Era callado, diligente, ordenado, puntual y formal. Fui aprendiendo a preparar las hormigoneras, a organizarme para sacar el cascajo y subir materiales con el montacargas aprovechando cada viaje, a que no les faltasen calderetas de mezcla ni ladrillos a los albañiles, a limpiar en cuanto encontraba un hueco, a controlar la cantidad de cemento para que a la hora de irnos la hormigonera estuviera ya vacía, y fregada con una manguera y sacos vacíos. Los albañiles estaban encantados conmigo y todos me querían a su lado, porque les cundía más la faena. Ese verano me pusieron de compañero a Jony, que hacía ya faenas de albañil en las vacaciones, y aprendí con él. El Galocho aprovechaba cualquier ocasión para decir delante de los demás empleados que pocas personas como yo habían pasado por su empresa. Ya era un hombre. Me enorgullecía poder ayudar a mamá. Trabajábamos construyendo casas adosadas en Salinas de la Cueva. Cuando empecé estaban haciendo los tejados. Teníamos el horario de verano, pero hacía un calor terrible ahí encima y me corté la melena. Cuando me vieron los albañiles con el pelo corto empezaron a reírse y decir que me parecía a papá, que con el pelo

largo no se notaba tanto. Pero que ahora sí: mi padre el Esmayao y yo éramos dos gotas de agua. Es algo que me ha costado aceptar. Porque en el fondo papá y yo hemos acabado siendo la misma basura, más allá del parecido físico. Vale que yo no le he puesto la mano encima a una pareja o a mi hija, pero estoy convencido de que le he superado en escoria en casi todo. Menuda broma genética. Alguna vez me he mirado en un espejo, con las mandíbulas chirriando y las pupilas fundidas en negro y he visto en el reflejo a ese puto borracho que me jodía la vida. Me sonreía con ironía porque por mucho que lo negase o me empeñase en lo contrario, he sido un digno heredero suyo.

Pasear por el pueblo con la ropa sucia del trabajo y el pelo corto hizo que los demás dejasen de verme como un perro verde y hasta a gilipollas que antes me humillaban les dio por saludarme. No me fiaba de nadie, pero disfrutaba dándomelas de persona medio normal. Mejoró algo mi autoestima, ya no me veía tan feo y que algunas chicas del pueblo tonteasen conmigo los fines de semana en la discoteca de la Chari me agradaba. Dejé de follar con hombres adultos. Daba el dinero que ganaba a mamá, pero me guardaba algo para mí y ya podía comprarme algún disco o pillar coca cuando me apetecía, sin tener que comerle la polla a nadie. No era la primera vez que trabajaba, pero sí la primera que estaba dado de alta en la Seguridad Social. Desde los catorce años hacía temporadas en la aceituna y cortaba uva en Francia, con menos papeles que una liebre. Del dinero que ganaba entonces no veía ni un puto duro. Se lo quedaba papá. Él decía que era para cooperar en casa, pero luego se lo gastaba todo en putas, alcohol y tragaperras. Mamá no podía comprar nada sin que le montase una pelea por tirar el dinero, según él. Comprarnos a Ángela o a mí unas zapatillas que no estuviesen agujereadas era un drama para él, pero luego lo veías en los bares invitando a cubalibres a todos.

Nadie en casa añoraba a papá. La familia paterna le dio la espalda a mamá, como si ella tuviese la culpa de que se precipitase por unas escaleras o de las peas que agarraba. Nos costó salir adelante, pero lo conseguimos. Mamá no dejó de batallar por encontrar un trabajo que sustituyese a las temporadas en Francia y las de aceituna, donde ya tampoco querían a mujeres porque no se recogían las solás, y acabó limpiando chalés varios días a la semana en la

urbanización del pantano del Cubillas. Siempre hizo todo lo que pudo por sus dos hijos. A mamá, como a Polly y mis compañeros de Trankimazín, le resultaba extraño que Lolo y yo nos hiciéramos de pronto tan amigos, que nos prestásemos cintas y discos o quedásemos para salir. No entendía qué relación había surgido entre el colgao del pueblo y yo, pero que Lolo pasase por casa muchas tardes la tranquilizó. No se parecía a ese demonio que pintaban los demás y se metió a mamá en el bolsillo. Lolo estuvo pendiente de mí hasta que lo jodí todo y acabé en prisión. Nadie se atrevía a humillarme con Lolo al lado. La amargura anterior la fuimos sustituyendo en casa por las ganas de pelear y construirnos un futuro. Dormíamos por las noches sin temor a que un borracho entrase de madrugada en una habitación para golpearnos o destrozar todo solo por joder. Volvíamos a tener dinero para comer o comprarnos unas zapatillas si se nos rompían. Mamá recuperó la sonrisa, aunque se vestía de luto para que no la criticasen.

Me gustaba mi nueva vida. Salía los sábados y ya podía beberme dos o tres cubatas. Antes me limitaba a convencer a Miguel el Vuelcavasos y Rober el Malhecho de que lo mejor era comprar dos litronas, bebérnoslas en la placita detrás de la Cooperativa, al lado del taller del Bujías, y con lo que sobraba pagar las doscientas cincuenta pesetas del cubata que costaba pasar a la discoteca, donde ya entrábamos borrachos y orgullosos. Ahora salía y me apalancaba en la barra con ellos o los albañiles del trabajo. O pillábamos un gramo o gramo y medio entre cuatro y nos dedicábamos a hacer kilómetros en el coche del Potas. Tuvimos una racha en que nuestro ocio nocturno consistía en esnifar rayas, escuchar punk en el Ford Escort L y beber litronas a morro. Sin entrar en discotecas, aunque recorríamos todas las noches tres o cuatro pueblos de los Montes Orientales. Solo parábamos en alguna glorieta o descampao para ir a cagar, porque la coca nos jodía el estómago a veces. Seguía enamorado en secreto de Polly. En mis fantasías éramos la pareja perfecta y solo juntos podríamos huir del pueblo. Nos ponía enfermos el conformismo de los demás. Ella era una amapola en ese campo de espinas donde me crie, la flor que observaba para tapar todo lo feo, turbio y oscuro.

Los meses fueron pasando hasta que un día lo de papá me explotó en la cara. Alguien estaba contando historias más jodidas de lo

normal sobre mí. La gente chismorreaba, por el pueblo volaban los dimes y diretes, los rumores y los chicoleos... Me miraban mal de nuevo por la calle, pero en sus ojos había algo distinto. Joder, decían que yo maté a papá. Empezó a aterrarme una posibilidad que no había contemplado: tal vez alguien pasaba por el anfiteatro aquella noche de San Isidro y vio lo que sucedió. Alguien sabía la puta verdad. No tenía ni idea de quién podría ser ni me entraba en la mollera por qué tardó tanto en irse de la lengua. El Entretenío no podía ser tan tonto. Me enteré de las habladurías por mamá, que una noche antes de salir me sentó en una silla y me preguntó con severidad si yo estaba delante cuando murió papá. Le dije que no y me enfadé, le grité que de dónde se había sacado eso, que quién se lo había dicho. Pero mamá sabía lo mismo que yo. Algo se me escapaba y repasé un millón de veces lo sucedido, le puse rostro a todas las personas con las que nos cruzamos en el pub del Hocicoperro, pensé en quiénes vivían cerca... Pero era incapaz de encontrar a la serpiente. La fantasía de que un greñúo mató a su padre tirándolo por unas escaleras me tuvo durante un tiempo en boca de todos.

Los rumores desembocaron, como siempre, en los oídos de Polly. Y ella me lo decía todo a la cara. Ahora que salía y entraba creyéndome uno más y había dejado el instituto, Polly y yo nos veíamos cada vez menos. Por navidades o así estuvimos viendo un concierto en la Casa Okupa. Tocaban Mokete, Kerida Pulga, Panoramix Doble Gota... Fuimos toda la pandilla y Polly sugirió que nos apartásemos un rato de todos para fumarnos un porro. Le dije que sí, soñando con que en la Casa Okupa empezaría nuestro romance, que podríamos besarnos por fin y escapar juntos, aunque me había cortado el pelo y ella mostrase su disconformidad con mi decisión cada dos por tres. Mientras nos fumábamos un porro, Polly me hizo la misma pregunta que mamá. Le respondí lo mismo, pero ella sabía detalles que mamá ignoraba y algo no le cuadraba.

—Últimamente decías que querías matarlo y que dormías con una navaja bajo la almohada por si entraba a pegarte borracho por la noche. Todo es muy raro, Álex. ¿Por qué la gentuza se iba a inventar tantos meses después esa historia? ¿Y por qué eres ahora tan amigo de Lolo, de Jony y estos? Yo te lo cuento todo, tío. Confía en mí. No voy a decir nada.

Volví a responder lo mismo. Su respuesta fue:

—Pensaba que eras distinto, Álex. Pero eres igual que todos.

Y ese instante fue como si me hubiesen arrancado el corazón del pecho y le hubiesen bailado pogo encima todos los punkis y pies negros de la Casa Okupa. Estaba harto de ser distinto. Solo quería ser como los otros. Anhelaba dejar de ser un panoli para gustarle a Polly, deseaba parecerme a esos tíos con los que ella se liaba. Creía que lo único que me diferenciaba de ellos era que tenían más dinero y más confianza en sí mismos que yo. No podía esperar una vida entera a que ella sintiese lo mismo por mí. No era como todos, pero ansiaba serlo cada día. Podría haberle contado la verdad sobre papá. Podría haberla besado allí, en una esquina de la Casa Okupa, delante de un muro con la A de la anarquía pintada en rojo, sobre un charco de pis, y decirle que la amaba. Pero me limité a callarme y pasarle el porro, esbozando una sonrisa boba. Tras el humo y el reflejo de la noche estrellada, y las luces y farolas de alrededor pude ver el mosqueo y la furia en su cara. Nos volvimos al concierto cuando tocaban Luis Ricardo Borriquero y su amigo El Farfollas.

Polly se convirtió en otra persona más a la que engañar.

Pajarillo

Un rottweiler con un peluche de Pikachu raído en la boca juguetea junto a la puerta del Centro Provincial de Drogodependencias. Impresiona ver su hocico monstruoso dándole dentelladas a un muñeco de trapo e intento no llamar su atención, porque me asustan los perros. Los niñacos que fuman porros en un banco al lado de los columpios no hacen siquiera por silbar al rottweiler. Les resulta gracioso dejarlo suelto y se deben creer rebeldes por ser unos irresponsables. Bueno, también yo era así de chaval. Como para dar lecciones estoy.

Sería apoteósico que me atacase un perro de presa en la puerta del CPD para joderlo todo más, si acaso es posible. La semana pasada Katja ni me preguntó por qué me habían vendado la mano ni de dónde habían salido los arañazos del cuello ni la hinchazón en la cara. Me alivia que Javier no la llamase para contarle que me lie a puñetazos con un desconocido en el CPD. No entiendo cuál es la razón por la que Katja no me ha echado todavía del piso y sospecho que se trata de las súplicas de mamá. Veo claro el plan que ambas tienen para mí: mantenerme allí hasta que acabe la rehabilitación porque son conscientes, tanto ellas como los médicos, de mis progresos. Me he desintoxicado, he recibido tratamiento farmacológico y psicoterapia y ahora estoy con la deshabituación. Este proceso es más difícil de lo que pensaba y cuesta mantener lejos el hábito, algunas rutinas e impulsos. Cada vez que entro a mear a un aseo me echo la mano al bolsillo de una forma inconsciente. Javier dice que todo lo que me dificulte el acceso a la cocaína es positivo, pero la farlopa está por todas partes y trabajar en la hostelería y ver lo enchufaos que vienen algunos clientes es como ponerme delante de un pelotón de fusilamiento. Cuesta mantener la cordura. Aunque no consuma, pienso en la cocaína todo el puto día, la tengo metida en la cabeza y no sale de ahí ni a patadas. Da igual cuántas pastillas tome. Además, mis demonios siguen ahí y son más visibles desde que no me drogo. Mi salud mental es un páramo quemao. Javier me ha dicho que no ha visto a ningún otro paciente tan decidido por dejar la farlopa. Igual es una coletilla que usa con todos para motivarnos.

Si tengo una recaída, Katja me echará a la puta calle, me juzgarán

de nuevo y acabaré entre rejas. Si consigo ser fuerte hasta el final, me curaré y me transformaré en una persona maravillosa, en un ser de luz que ha aprendido de sus errores, Katja me echará a la puta calle. Si vuelvo a equivocarme, me echará a la puta calle y de nada servirá este proceso. Una pistola me apunta en la sien todo el rato. Sé cómo va a terminar. Tendré que apañármelas solo y encontrar otro piso donde residir. Pero me sigo esforzando, porque aunque me alejen de Sarah quiero ser el mejor padre posible y pasar tiempo con ella. No contemplo que Sarah deje de estar a mi lado. Todas las fuerzas las saco del cariño que le tengo a la pequeñaja. Todo lo que deseo es que no me la arrebaten. Lo demás ya me da igual. Y pase lo que pase, no quiero recaer en la coca. Soy un drogadicto, aunque no me meta. Ya me lo ha explicado Javier mil veces. Hay secuelas, conductas y costumbres clavadas con chinchetas en mi cerebro, conflictos y contradicciones que debería haber solucionado en su momento, en lugar de haber mirado para otro lado. Pero juro por mi hija que no voy a tropezar. No quiero volver a ser la persona en la que me convierto cuando me meto rayas. No me gusta esa parte de mí, cada día que pasa la detesto más y la abstinencia no hace más que demostrarme lo imbécil que he sido. Las sensaciones buenas del principio quedan ya lejanas y drogarme ha sido como pretender apagar un incendio con gasolina.

Rachid, el Rencoroso y el Polilla son los únicos en esta ciudad que sabían que había estado en la cárcel, sin contar a mamá y Leonardo. Los conozco desde que me mudé a Málaga. Eran mis camellos, pero nos hicimos buenos amigos. Hemos dado palos juntos. Hemos buscado dinero de cualquier forma cuando nos ha hecho falta. Hemos sido discretos cuando hemos hecho trapicheos. Tenemos una fotografía guapísima de los cuatro, junto a la estatua de Rockberto de Tabletom, en la plaza San Pedro de Alcántara. Lo hemos pasado bien. Rachid me ha negociado la venta de la Kawasaki porque sabe que voy justo de dinero y se lo agradezco. Es un tío de puta madre y está ahí para lo que necesite, sin pedir nada a cambio. Menos para fiar droga, ojo. Eso sí, yo también he dado la cara por él. Como aquella vez que le metimos una paliza en los aparcamientos de una discoteca cerca del puerto a unos merdellones que le robaron. Fuimos Rachid, el Polilla, el Rencoroso y yo y les crujimos. En las malas es cuando sabes quiénes son tus amigos. Ni los imbéciles que he conocido trabajando ni las sanguijuelas que se me han arrimado

para las juergas se pueden comparar con ellos. Además, tenemos el negocio de la yerba. Lo montamos entre los cuatro, en la casa de la difunta abuela del Polilla. Es una plantación de interior potente, que nos da varias cosechas al año. Los beneficios los repartimos al 40 % para Rachid y al 15 % entre los otros tres, dejando otro 15 % para invertir en mejoras del tinglao. El Polilla nos da la murga con que debemos negociar el porcentaje porque él ha puesto la casa, pero Rachid no se baja de la bicicleta: él es quien más dinero ha invertido, el que pagó los focos, los extractores, el termohigrómetro, el riego automático, los temporizadores... El que se ocupó de pinchar la luz y el que tiene contactos para vender la yerba después. Cuando les dije que debía entrar a un CPD me apoyaron. Creía que iban a pasar de mí, pero los tres están más cariñosos conmigo desde que me quité de la coca, porque dicen que estaba desquiciado e inaguantable. Cuando salgo del CPD, mamá y Rachid son los primeros que se interesan por cómo me ha ido. Rachid no suele consumir la farlopa que vende, ni tan siquiera fuma porros. Excepto cuando pone un pie en una discoteca, se bebe cuatro cubatas y suena música latina. Ahí se le va la olla y no hay Dios que le aguante el ritmo. Es la hostia Rachid. Cuando salíamos de fiesta y ligábamos lo hacíamos diciendo que éramos futbolistas del Real Valladolid.

Miro el reloj y llamo al timbre del CPD. Me gusta ser puntual de más, para que vean que me lo tomo en serio. Me abre Paquita, haciéndose la tonta como si no hubiese pasado nada la última vez. Me saluda con mimo y me invita a pasar. Me dice:

—Qué bien te veo, Álex.

Así, en mi puta cara, después del lío en que me metí por su culpa y la del tal Jesús. Me ha ayudado estos meses y no le guardo rencor por mirar por lo suyo, como hacemos todos. Pero ya no me fío de ella y se debe reflejar como un rayito de sol en mi sonrisa fingida. Ella me devuelve una risita y sellamos la farsa. Cuando entro, cierra la puerta, y también la de seguridad. Comprueba que la llave está bien echada. Le ha faltado poner estacas afiladas con fuego, cavar un foso y soltar cocodrilos para que nadie cruce sin permiso. Paquita me pide que pase a su consulta, porque Javier está ocupado y mientras me va a atender ella. Me repanchingo en la silla y

comenzamos la sesión, sin mencionar siquiera el percance de la semana pasada. Charlamos de un modo distendido, simulando la ojeriza. La observo con atención, recordando cada una de las palabras con las que amenazó con expulsarme del CPD y dar parte a la Guardia Civil. Ella debe interpretar la atención desmedida que le presto como que igual he sufrido amnesia, se entusiasma y saca su estuche con rotuladores de colores. En un folio elaboramos un esquema de mis objetivos. Estoy bastante espeso y la medicación me tiene apollardao. Pero me va mejor que al principio de tomarla y noto que las ansias por volver a consumir son menores. Mi día a día lo organizo en torno a las pastillas que engullo. Arrastro un pastillero con la medicación a todas partes, me esmero por tomármelas a la hora acordada y que no se me pase. Pongo hasta alarmas que me avisan en el teléfono y pósits en la nevera. Tragarme más de una decena de pastillas al día me estabiliza, pero concentrarme y ordenar lo que pienso es difícil, pese al frenesí de Paquita con los rotuladores. Aun así, intentamos desenmarañar tanto caos y colaboramos haciendo un esquemita con las metas que deseo alcanzar:

—Solucionar mi situación familiar. Volver a ganarme la confianza de mi mujer, mi hija, mi hermana y mamá.

—Conseguir el dinero para pagar lo del juicio.

—Centrarme en el trabajo, pero con la idea de buscar algo más estable que la hostelería, quizás en la construcción o en el campo.

—Descansar más y dormir mejor.

—Salir a la calle a que me dé el sol y tomar un refresco en alguna terraza.

—Ir con Sarah al Selwo Marina.

—Decir la verdad.

—Visitar a Ángela y mis sobrinos, a Cris y el Potas, y a Lolo.

—Conocer gente nueva que no se drogue (el subrayado es de Paquita) y pensar en el futuro.

—Tener ilusiones.

—Alejarme de personas que no me convienen y me ocasionan problemas.

—Posibilidad de estudiar algo relacionado con el dibujo o el diseño.

—Hacer treinta minutos de ejercicio diario.

—Darme cada día un capricho. Como, por ejemplo, comprar un disco de Melendi que no tenga.

Paquita sonríe e insinúa que estoy obsesionado con Melendi, pero no se pone pesada con el tema. Melendi puede resultar tóxico y retorcido, pero peor es la coca. Me enamoré de Melendi de forma accidental. Salía de fiesta con el Rencoroso y volcábamos la farlopa sobre la carcasa del Mientras no cueste trabajo que tenía en su coche. Cada vez que me metía un lambreazo miraba a ese tipejo con rastas, pensando que era un estúpido. Estuvimos meses usando el mismo compact disc para hacer el guisote. Un día fui con Katja y Sarah a un centro comercial. Por la megafonía sonaba una canción pegadiza, como una rumba con rimas sencillas y graciosas. Le pregunté a Katja si sabía quién cantaba esas patrañas. Me dijo que era «Caminando por la vida», de Melendi. Pensé: hostias, el de la carcasa de las lonchas. Mi cabeza asoció a Melendi con la perica y me hice fan.

La mitad de lo escrito en la lista que hemos hecho Paquita y yo peca de un excesivo entusiasmo y sé que hay imposibles, como recuperar la confianza de Katja, u omisiones, como que me han retirado cuatro años el carné de conducir y encontrar otro trabajo será arduo. Pero Paquita me ha contagiado su positividad y he soltado eso, alelado por los rotuladores de colores y las pastillas. En otro folio, Paquita ha dibujado tres cuadrados, dentro de los cuales ha escrito: PASADO, PRESENTE y FUTURO. Una flechica con un ¡importante! señala al cuadradito del futuro, que es donde debo enfocarme. Debajo del pasado pone CULPABLE, en mayúsculas, junto a una carita triste, como la mía cada vez que echo la vista atrás. El del presente lo ha dejado en blanco para que yo reflexione, como si tuviese opciones para elegir por voluntad propia. Paquita, al igual que Javier, porfía con que debo aceptar el pasado, cerrar

mis heridas, sin reprocharme situaciones que ya no puedo cambiar. Me explica con paciencia las estrategias que tengo que seguir. Le digo que no es fácil no pensar en según qué cosas. Ella responde que para eso estoy ahí, para cambiar. Le suelto que queda bonito en el papel, con los colorines, pero luego la realidad es la que es. En mitad de nuestra cita Merche, la trabajadora social que acaba de regresar de una baja, pasa sin llamar a la consulta. Le ruega a Paquita que salga, que es urgente. Merche gimotea. Paquita sale al pasillo, la abraza y le pregunta, temerosa:

—¿Qué ha ocurrido, Merche? ¿Por qué lloras?

Merche lloriquea tanto que no puede articular una sola palabra. Pienso que igual se le ha muerto alguien y me da pena, porque Merche es buena gente. Mientras Paquita intenta apaciguarla, Merche por fin bisbisea algo:

—¡Dice que me va a clavar un cuchillo en el cuello, Paquita! ¡Que viene a buscarme, que me va a matar! ¡Está loco!

—¿Qué? ¿Quién? ¿Qué pasa, Merche?

—¡Jesús!

Escuchar las dos sílabas de Je-sús me repugna. Todavía tengo pendiente con ese capullo, por más que me esfuerce en no joderla de nuevo, porque me tiró una litrona con la intención de darme en la cabeza. Empiezo a arder, pero caigo en que es un problema del CPD y que no me voy a meter en otro jaleo. Sigo sentado, clavándome las uñas en la palma de las manos, mientras escucho a Merche narrándole a Paquita el nuevo incidente. Javier ha salido de la consulta y están los tres en mitad del pasillo, alarmados. Agarro el teléfono y abro la app de Instagram, para ver si me han dado likes o tengo nuevos followers. Pero de vez en cuando pongo la oreja y alucino con lo que cuenta Merche. El chiflado de Jesús ha montado una buena zapatiesta.

—Pues Paquita, que han llamado desde el Centro de Salud porque Jesús ha ido a recoger los comprimidos de metadona para una semana que le prescribió Javier. Pero ya los había sacado el viernes y los enfermeros se negaban a dárselos. Jesús ha argumentado que

cuando los recogió el viernes se encontró por la calle a su vecino, que iba muy malito, y le pidió que le diera sus comprimidos y que el lunes se pasara por el Centro de Salud a pedir los suyos. Jesús se ha presentado en el Centro de Salud a pedir los comprimidos con los datos de su vecino. ¿Pero en qué cabeza entra que puedas recoger la metadona de otra persona? ¡Ese Jesús no está bien, Dios mío! Ha montado una pelotera. Los del Centro de Salud le han aclarado que debe pasar por el CPD a que le prescribamos la metadona otra vez, pero que hasta dentro de uno o dos días a ellos no les va a llegar. Le han explicado que el programa de mantenimiento con metadona no funciona como él cree y que ellos no pueden hacer más. Jesús ha telefoneado al CPD, me ha soltado la misma perorata y le he dicho que lo que está exigiendo no es posible, tal como ya le habían explicado en el Centro de Salud. Le he comentado que no puede trapichear con ellos, que por eso Javier no le ha dispensado comprimidos para dos semanas o un mes, porque siempre hace lo mismo. Entonces ha comenzado a llamarme puta, gilipollas, malnacida... Ha gritado que me va a dar una puñalada en la garganta y luego ha añadido que viene a buscarme con una lata de gasolina para prenderle fuego al CPD con todos dentro. ¡Está loco! ¡Ay, Dios mío!

Menudo prenda el tal Jesús. Con todos los asuntos judiciales que se supone que tiene pendientes y la amenaza de que lo vuelvan a meter en la cárcel ya hay que ser idiota para montar este follaero. Nos parecemos en lo de ser unos irresponsables. Almas gemelas. Pero mira el tío, que se ha puesto firme con la metadona, pudiendo haber recurrido al revuerto, como haría cuando le dio la metadona a su vecino. A su manera intenta ser un hombre mejor y desengancharse. Los que quieren quitarse del revuerto, tiran mucho del basuco y la farlopa cuando no aguantan el mono. La metadona que le prescribió Javier, si se la tomase con seriedad, sería más efectiva para pasar el síndrome de abstinencia de la heroína del rebujao que pegarle al basuco o la farlopa. La heroína te deja apollardao, pero la base y la coca te espabilan y te ponen como una moto. Eso le pasó a Jesús el otro día en el CPD, cuando le metí los dos puñetazos. Además, como para fiarse de sus palabras. Pero con según qué gente a algunos les funciona lo de ponerse enteraos e intimidar con bravuconadas. No hay más que ver lo asustados que están Merche, Paquita y Javier en el pasillo. Si no hubiese pasado lo

de la cita anterior, me ofrecería como voluntario para dejar sin dientes a Jesús si se acerca a cinco metros del CPD. Lo haría encantado, además. Pero no es asunto mío, al menos entre estas paredes. Aprecio a mi trabajadora social, a mi médico y a ratos a mi psicóloga. Pero que se las apañen ellos y Paquita recite pasajes del Código Penal si asoma Jesús con una lata de gasolina, que se le da de lujo.

Paquita consuela a Merche. Javier baja las persianas y se asegura de que las puertas y ventanas estén bien cerradas. Hasta que enciende las luces, el interior del CPD parece un after. Javier les pide que mantengan la calma y telefonea a la Guardia Civil, insistiendo en que solo será otra calentura de Jesús. Pero se le nota aterrado y me da pena. Me salgo a la sala de espera, no sea que le desaparezca un rotulador o un clip de la consulta a Paquita y me culpe. Me apalanco en la bancada de sillas mientras ellos dan vueltas por los pasillos. Hay otro paciente en la sala de espera, el típico que ni dice «buenos días» cuando te lo cruzas. Sigo mirando el Instagram. Una chica me ha escrito un privado para pedirme presupuesto para dibujarle un mapa y no sé cómo se hace un presupuesto y tampoco es plan de preguntarle ahora a Merche. Pasan los minutos y el pirómano no aparece por el CPD para incendiarlo. Javier comenta que la Guardia Civil se está retrasando porque han ido primero al Centro de Salud a localizar a Jesús. Cuando vuelve a sonar el teléfono del CPD, a Javier se le derrite la cara, como una vela de las que le pone a la Virgen de las Flores. Cuando cuelga, les comunica a Merche y a Paquita que la Guardia Civil no ha encontrado a Jesús en el Centro de Salud y que algunos testigos lo vieron salir hecho una furia y dando patadas a todo lo que se encontraba. Estamos aquí encerrados porque Jesús tiene el mono y no sabe administrarse con la metadona. Javier añade que la Guardia Civil no descarta que se dirija con alguna mala intención al CPD y recomiendan que no se abra la puerta ni salga ni entre nadie. Es como si me dieran una patada en los cojones y vuelvo a arder y perder el control. Miro el reloj. Me toca recoger a Sarah del colegio. Me acerco a donde está Paquita para consultarle si me puedo ir. Dice que no, porque la Guardia Civil ha dado órdenes de que no salga nadie. Estamos en peligro y las órdenes vienen desde arriba, dice montándose una de sus películas. Miro al otro paciente, que ni es capaz de abrir la boca y persisto:

—No me jodas, Paquita, debo irme. La niña va a salir del colegio. Ese Jesús no va a hacer nada. Está con el mono y ya está. Dejadme salir, por favor.

Paquita reitera que no. No, no y no. Javier se acerca y me dice:

—No sabemos si Jesús puede asomar con una lata de gasolina o una escopeta. Esto no es una broma.

La perspectiva de que el imbécil de Jesús se presente con un arma y se cruce conmigo, después de los puñetazos que le metí, no es halagüeña, por lo que me resigno a quedarme sentado, con ganas de darle cabezazos a la pared. Pasan los minutos y todo sigue en una calma tensa. Cada vez que pienso en que Sarah sale de la escuela y no estoy allí, estallo. Si esto se alarga tendré que llamar a mamá para que la recojan ellos y acabaré discutiendo con Katja porque no se va a creer que he dejado tirá a la niña porque un majarón quería incendiar el CPD. Merche sigue lloriqueando. El otro paciente parece un ficus de plástico. Paquita fuma, debajo del cartel de PROHIBIDO FUMAR. Javier de vez en cuando se acerca, me dice algo amable y me pregunta asuntos personales que deberíamos haber abordado en su consulta y no en mitad de un pasillo. No me habla de lo que sucedió en la última cita a pesar de estar encerrados en el CPD por culpa de Jesús para no encabronarme más de lo que estoy. El reloj me quema. Me pongo de pie y doy vueltas por la sala de espera. Miro los murales de las paredes, mis zapatillas, me rasco los brazos de un modo compulsivo. Paquita me da un folleto para un cursillo de control de la ira en una asociación de Málaga y lo tiro a la papelera sin mirarlo por no estrangularla.

Suena el teléfono. La Guardia Civil está fuera y piden que les abran. Respiro aliviado porque estaba a punto de avisar a mamá. La pareja de guardias civiles pasa dentro del CPD y saludan a Javier, haciéndose los misteriosos. Paquita sale a la calle con cautela, para mandar a su casa a los pacientes que estaban esperando, pese a que ya les habían dicho desde una ventana que se fueran a tomar por culo porque nos encontrábamos en riesgo. Cuando los guardias civiles interrogan a Merche en una esquina, me arrimo a Javier y le pregunto si ya me puedo largar, por favor, que he de ir a por mi hija. Javier se acerca a los guardias civiles, dialogan unos segundos y me dan su bendición para pirarme. El paciente ficus de plástico

aprovecha también para marcharse, sin despedirse. Javier me dice que ya me llamarán por teléfono para darme la siguiente cita y que lamenta no haber podido atenderme hoy. Dos semanas perdidas de rehabilitación por el puto Jesús, tócate los cojones. Le doy las gracias a médicos y autoridades y huyo del CPD. Los niñacos de los litros y los porros se han dispersado al ver a los picoletos. Me pongo el casco y los guantes y arranco la moto. No creo que los guardias civiles sean tan dañinos como para salir corriendo del CPD y pedirme los papeles y que me caiga otro follón por conducir con el carné retirado. Miro atrás cuando bajo a la avenida y me alegra que no me sigan. Al parar en el primer semáforo vuelvo a mirar el reloj. Si me doy prisa podré recoger a Sarah en el colegio. Aprieto el acelerador de la moto. El tubo de escape hace un ruido infernal y sigo de mala leche por todo. Voy dejando las casas, los postes telefónicos, los parques, las marquesinas de autobús y los escaparates de los comercios atrás. En la parte baja de Castillo de la Cuesta, donde están los campos de limoneros y la glorieta, veo por el arcén a alguien andando raro, dando voces y cagándose en todo. El pantalón de chándal y la chaqueta militar de camuflaje le delatan. Voy con la hora pegada al culo, pero no puedo desaprovechar esta oportunidad que me ha regalado el universo para desquitarme. Ardo y solo pienso en cómo me tiró una litrona antes de escabullirse como una alimaña. Lo demás deja de preocuparme porque hace rato que perdí el control. Paro la Kawasaki en mitad de la carretera, un par de metros detrás de él. Me bajo de la moto y me quito el casco. Dejo los guantes en el asiento. Jesús mira hacia atrás y se sorprende, mientras fuma en papel de plata. Con tantas movidas que le deben pasar y apaciguado por el rebujao, no me reconoce. Se quedaría con que le metió una paliza un pijo con un traje. Igual hasta se le olvidó. Cuando la violencia en mi cara y los tatuajes le refrescan la memoria, intenta escapar, guardándose el trocito de papel de plata en el bolsillo y trastabillándose. Salgo tras él. Voy tan cegado por la rabia que le endiño un golpe en la cabeza con el casco y cae al suelo. Me horroriza y por unos segundos temo que haya vuelto a suceder, pero Jesús ha empezado a gimotear e insultarme y no puedo apagar el incendio de mi pecho. Intento no volver a golpearlo en la cara ni en la cabeza y todos los leñazos con el casco se los doy en las costillas, en la espalda y en las piernas. Cuando me canso de atizarle con el casco le suelto patadas hasta que se hace una bola e intenta

resguardarse de las hostias bajo el quitamiedos de la carretera, queriendo rodar hasta las zarzas y los limoneros. Pero lo agarro de una pierna y lo devuelvo al arcén. Cada vez que intenta ponerse en pie le estampo el casco en la espalda, por lo que opta por quedarse en el suelo recibiendo patadas. Hay sangre en mis manos y dejo de pegarle. Lo miro tirao en el arcén y busco de dónde sangra. Tiene una brecha aparatosa en la frente. Nada grave, sobrevivirá. No veo a Jesús como la típica persona que va a un hospital o a la Guardia Civil después de una pelea, pero dejo de zurrarle porque me ha rayado lo de pegarle con el casco en la cabeza. Jesús me amenaza, sangrando por la frente, la boca y la nariz. Si pasa un coche me busco otra ruina, pero todas las posibles consecuencias quedan en un segundo plano por la cólera que padezco. Me agacho, le agarro de una oreja y lo pongo en pie. Sus ojos están fuera de orbita y su cara es un manchurrón de polvo, sangre, lágrimas y mocos. Le advierto de que como vuelva a liarla otra vez y me salpique a mí, lo mato. Juro por mi hija que lo mato. La cara de Jesús refleja que no sabe por qué le he metido otra paliza, que no entiende nada. Me observa como cavilando, ¿otra vez el tío este? ¿Qué le he hecho yo para que la tome conmigo? ¿Por qué me ha dado otra tunda en mitad de la carretera sin venir a cuento, si ni siquiera le alcancé con la litrona?

Lo empujo contra el quitamiedos y voy a por la Kawasaki. Me pongo el casco, los guantes, arranco, y al pasar a su lado y tras asegurarme de que no se acerca ningún coche, paro y le vuelvo a avisar de que no me vuelva a tocar los cojones. Balbucea vagas amenazas. Acelero y salgo de Castillo de la Cuesta. Por el retrovisor veo que Jesús sigue tirao en mitad de la carretera. Salgo del término municipal de Castillo de la Cuesta. Al entrar en la A-357 voy lo más rápido que la Ley permite, disfrutando de los últimos días con mi moto, cabreado por perder otra mañana de CPD, pero contento por encontrarme a Jesús y darle los guantazos que merece por importunarme otra vez. Ya en la ciudad, estaciono en doble fila en la misma puerta del colegio, un par de minutos antes de que suene la alarma, tentando a la suerte. Me quedo de pie junto a la moto, con el casco en la mano. Salen los niños en estampida. Sarah sale con sus compañeros y su maestra. Cuando me ve sonríe y me señala con el dedo. Imagino que les dice:

—Ese es Álex y me quiere muchísimo.

Viene corriendo a abrazarme. Mientras busco el otro casco en el portaequipajes, ella le enseña la moto a sus curiosos compañeros y a sus fastidiados padres, a los que caigo mal desde que nos expulsaron del grupo de WhatsApp, pero que les jodan a todos. A Sarah le gusta subirse a la Kawasaki, aunque a Katja no le haga ni puta gracia. Pero no me ha quedado otra y no he podido venir antes y encerrarla en el garaje. Cuando sus compañeros y padres nos dejan solos, le pregunto cómo le ha ido el día, mientras le pongo el casco medio huevo. Sujeto el mío en la mano y Sarah se fija, porque no pierde un detalle, en que está manchado de sangre. Con inocencia, me pregunta:

—¿Qué te ha pasado, Álex? ¡Hay sangre en tu casco! ¿Te has caído de la moto? ¡Uy! ¡Verás como se entere mamá!

Se pone seria, sospechando que me va a caer otra bronca en casa y vamos a discutir. Me agacho y le acaricio el pelo que sobresale del casco medio huevo. Luego añado:

—Sarah, te voy a contar un secreto. Un pajarillo se ha chocado con el casco cuando venía a recogerte. Tranquila, el pajarillo está bien. Aunque he tenido que acompañarlo al hospital de pajarillos. No te preocupes, ya iremos a visitarlo. Pero no le cuentes a nadie lo del pajarillo, ni siquiera a mamá. Porque la policía de los pajarillos puede tomar represalias y encerrar en una jaula al pobre pajarillo por haberse cruzado por mitad de la carretera sin mirar y estamparse contra un casco.

—Vale, Álex. Pobre pajarillo... ¿Puede cantar todavía?

—No lo sé. A mí me parece que es un pajarillo al que no le gusta cantar. Pero no lo olvides, Sarah, hay que mirar a ambos lados antes de cruzar, ¿vale? Y mamá no se puede enterar de lo del pajarillo ni de que he venido a recogerte en la moto, porque si no me va a reñir y tendré que irme al piso de la abuela, y tú no quieres eso, ¿verdad, Sarah?

—No, Álex. Yo quiero que estés con nosotras y juguemos a la consola, me pintes con rotuladores y pongamos discos.

Ver la cara de Sarah iluminada por una sonrisa me apacigua y recompensa el esfuerzo que estoy haciendo por cambiar, aunque siga siendo un capullo.

Serpientes

Mamá se empeñó en acompañarme a la Casa Cuartel. Estaba hasta el coño de los cotilleos y fue cuando empezó a exteriorizar su deseo de largarse de Villa de la Fuente, el agujero en el que se hundió por amor, engañada con versos de canciones italianas. La VPO donde residíamos debía seguir pagándola y no podía venderla hasta no sé cuántos años después de su adquisición y esa era la razón por la que seguíamos en el pueblo. Había conocido a un tal Leonardo en la urbanización del pantano del Cubillas, donde limpiaba chalés. Nos hablaba de él, aunque ni se planteaba presentárnoslo. Leonardo se ocupaba del mantenimiento de piscinas y vivía entre Granada y Málaga. Mamá seguía vistiendo de luto y guardaba las apariencias por el qué dirán. Me jodía cuando se iba al cementerio a limpiar la lápida o ponerle flores a alguien que no se merecía nada más de ella.

Para mamá era un disparate que, más de un año después de morir papá, alguien se inventase patrañas sobre cómo falleció. Yo ni sospechaba quién era la serpiente que escupía el veneno, haciendo cada vez más ruido, pero estaba más acojonao que mamá porque sabía que había algo de verdad en los rumores y que quizás hubo un testigo. Antes de tocar el timbre de la Casa Cuartel mamá me pidió por favor que me comportase y no respondiera de malos modos. A mí estar debajo de la bandera y el cartel de Todo por la patria me daba ganas de meterle fuego a todo. Un perro se follaba a otro junto al quiosco de enfrente y el tonto del pueblo les hacía palmas mientras culeaban, sin importarle el calor que hacía. Abrió uno de los guardias civiles que nos comunicaron el fallecimiento de papá. Nos saludó con amabilidad y educación, y nos estrechó la mano. Debía tener fiebre o algo. Nos invitó a pasar a un despacho, nada más entrar a la derecha. Al fondo se veían los calabozos donde encerraban a los borrachos que la liaban cuando se celebraban verbenas. El guardia civil me dio las gracias por acudir, como si tuviera otra opción, y nos pidió que nos sentáramos.

—Se trata de una mera formalidad. Se rumorea algo por el pueblo, cada vez con más adornos y exageraciones y mi cabo y yo hemos resuelto citarle a declarar. El aciago suceso se zanjó y las investigaciones fueron concluyentes, no tiene de qué preocuparse.

La gente en Villa de la Fuente se aburre mucho.

Mamá cortó su discurso y su simpatía impostada:

—La gente es una sinvergüenza y como me entere de quién es el asqueroso que habla mal de mi hijo, lo voy a denunciar. ¡No hay derecho a esto, ya está bien!

El guardia civil sacó una carpetilla con mi declaración anterior. Yo miraba al cuadro del rey, como si ese puto imbécil pudiese infundirme la calma y la campechanía suficientes para salir del paso. El guardia civil me trataba de usted y me repetía las mismas preguntas de la otra vez. Entre amedrentado y agobiado, reiteré la aventurilla que nos inventamos Lolo y yo. El guardia civil comentó:

—Le voy a dar un consejo. Ese tal Lolo no es trigo limpio y juntarse con él solo va a ocasionarle perjuicios.

—Es su amigo y es muy buen niño. ¡No tiene derecho a inmiscuirse en la vida de mi hijo!

Mamá mostraba su indignación y no se amilanaba con la palabrería del picoleto. Por culpa de los chicoleos habíamos roto ya del todo con la familia paterna, abuelos incluidos. La familia de papá se agarró a ese clavo ardiendo y compartían la versión que iba circulando de boca en boca. Mi tío Avelino el Priscos asomó una noche borracho por nuestra casa, como poseído por el espíritu de papá, pidiendo explicaciones, reclamando justicia, acusándome de homicida y maricón. Las últimas palabras que me dedicó fueron:

—¡Te voy a rebanar el pescuezo, esgraciao, eres un asesino!

Mamá se interpuso con el palo de una escoba y la gresca no acabó en la sección de sucesos del Ideal porque nos auxiliaron nuestros vecinos. Hasta mis abuelos miraban para otro lado cuando me los cruzaba por la calle. También le dieron un chanteo que no se merecía a Ángela en el mercaíllo. Ni al fallecer mi abuela, y meses después mi abuelo, hubo tregua. No nos hemos agregado como amigos en Facebook después de tantos años. Solo conservo lazos con mi primo Antoñico el Priscos, que alguna vez vio cómo me trataba papá y tenía otra perspectiva del asunto, por desgracia para

mí, porque menudo cabronazo y aprovechao que es. El resto de la familia eran más felices pensando que su hermano, hijo o tío era un santo con más poderes que San Isidro Labrador. Y que mamá, Ángela y yo éramos unas alimañas psicópatas, que confabularon contra papá hasta meterlo en un nicho, con la complicidad de médicos, picoletos, el juez de paz y hasta el alcalde. Gracias a mi tío Avelino ya no me llamaban a mis espaldas el hijo del Esmayao, sino el Esnucapaes.

El guardia civil insistía:

—Se insinúa que usted estuvo en el mismo lugar donde falleció su padre y a la misma hora. Necesitamos esclarecer la causa de esa maledicencia. ¿Sospecha usted por qué alguien está relatando eso y quién pudiera ser y por qué razones?

No tenía ni idea de quién podría ser el canalla y poco podía aportar para desenmascararlo. Qué otra cosa podría decir, delante de mamá y un picoleto. No les iba a contar que estuve un par de años follando con hombres casados a cambio de coca, prostituyéndome, siendo menor de edad, y meterme en otro fregao. Con qué cara iba a mirarme mamá si se enterara de que me acostaba con hombres adultos y con familia, como nuestro jefe en las temporadas de aceituna. Si alguien podía demostrar que vi morir a papá en directo, me iban a joder.

Mamá increpó de nuevo al guardia civil y habló de los malos tratos que sufríamos en casa para poner algo de contexto, pero al picoleto se la sudó, para variar. Ya habían estado alguna vez en casa, alertados por el escándalo y las amenazas que oían los vecinos. Todas las peleas de papá acababan con él diciendo a voces que nos pegaría un tiro o nos prendería fuego con una lata de gasolina. Los guardias civiles no hacían nada y ni se planteaban retirarle la escopeta de caza. Los tipejos como papá superan con facilidad los exámenes psicotécnicos para sacarse la licencia de armas.

Acabé de testificar y el guardia civil nos acompañó a la salida. Dimos unos pasos para bajar la cuesta y mamá me ojeó con dureza junto al pilar de agua no potable de la Casa Cuartel, con la certeza de que había mentido todo el rato. La primera vez que declaré estaba solo y aquella vez, con ella presente, algo no le cuadró en

todas las trolas que le conté al guardia civil. Tal vez mentía del mismo modo que papá y mamá sintió pavor por engendrar a una rata idéntica. Una madre sabe cuándo estás mintiendo. Lo huelen. Bajamos la calle y en la esquina de la tienda de Encarnita y Fidel, ya alejados de la Casa Cuartel, mamá me interrogó como si le hubieran regalado un tricornio en lo de los picoletos:

—¿Tú estabas allí, Álex? ¿Es eso verdad? Recuerdo que los pantalones que trajiste no eran tuyos, habías salido con los vaqueros nuevos, los que te compré en el mercaíllo... ¿Qué pasó, Álex? ¿Dónde estuviste esa noche?

Me enfadé, le grité y la solté del brazo. Mamá me pidió perdón, pero las lágrimas que salían de sus ojos eran la evidencia de que su propio hijo la engañaba. Me sentí mal, pero no podía decir la verdad. Lolo no me delataría y yo moriría defendiendo mi coartada. Pero las piezas sueltas en mi mentira me abrasaban. Deseaba dar con el supuesto testigo y estrangularlo si fuese necesario. Todo había cambiado a mejor, pero los chismorreos eran una herida del pasado reciente que supuraba pus y no podíamos desinfectar. Fue un calvario. Me daba pánico salir a la calle y me pasaba más tiempo encerrado de lo habitual. Parecía el de «Autosuficiencia» de Parálisis Permanente. Solo iba al trabajo, a ensayar con Trankimazín y los fines de semana tocaba en la Orquesta Amanecer, sustituyendo a su bajista, que estaba en prisión preventiva por tráfico de drogas. Pude por fin comprarle el bajo al Potas. Era uno eléctrico de la marca Squier, que debía ser el modelo de bajo más barato que se puso a la venta jamás. La mayoría de las noches me confinaba en mi habitación, escuchando cintas. Dejamos de hacer Pueblo Podrido tras sacar el primer número, pero dibujaba mucho porque un lápiz entre los dedos mitigaba mi pesadumbre. Me obsesionaba el posible testigo. Fue en esa época cuando me hice una máquina de tatuar casera y empecé a tatuarme las piernas, el pecho y los brazos, lo que indignó a mamá. Mi primer tatuaje fue el del ataúd, imitando el de Jualma de Eskorbuto, en el brazo izquierdo, por eso tiene esa pinta tan rara. Me costó cogerle el punto. Fabriqué la máquina con un motorcillo de 15V, un regulador de corriente, un botón, una cuerda de guitarra delgada y una canaleta. La monté sobre un soporte rígido con una pistola de silicona y cinta aislante.

Si salía de juerga solo estaba cómodo en el pub del Hocicoperro, con Lolo y Jony, que no eran de irse por ahí a ligar como Dani o el Liendres. Congeniaba con Jony porque trabajábamos juntos en verano y me respetaba, aunque no me fiaba un pelo de él. Polly y yo nos distanciamos y ya nadie nos veía juntos por las calles ni bebiendo litros en los poyetes de la Presa Grande compartiendo los auriculares de mi walkman. Ya no nos contábamos nada ni intercambiábamos cintas y solo coincidíamos de casualidad algún sábado en lo del Hocicoperro. Seguía queriéndola, pero desconfiaba de ella por hacerme tantas preguntas incómodas.

Cuando me miraba en el espejo ya no veía un despojo o una basura, sino a un chico medio normal, guapo y algo más seguro de sí mismo. Trabajar en la obra me hizo más fuerte, sociable y espabilado. El trabajo físico me ponía a tono, estaba más fibroso y empezaba a imponer más respeto, en especial con Lolo a medio metro de mí. Ya ningún gilipollas se atrevía a burlarse, humillarme o ponerse tonto conmigo y, aunque todavía no me había agarrado a los puñetazos con nadie, lo deseaba. Para desquitarme de todos los que me dieron por cobarde.

Los viciosos tenemos muchas taras y defectos. Uno de ellos, el que más detesto, es ese punto en que te pones bocazas, porque la farlopa no casa bien con los silencios, y le cuentas a cualquier idiota asuntos privados de los que, cuando te da la bajona, te arrepientes. Vas a saber de qué pie cojea un adicto por no saber callarse. Lo vas a pillar por la lengua, por relatar lo que no debe a personas que le van a reír las gracias, pero se van a quedar con la copla, por muy colocadas que estén. Y luego lo van a pregonar a los cuatro vientos, dejándote con el culo al aire.

Una tarde de las fiestas de agosto estaba en el pub del Hocicoperro, jugando a los dardos con el Potas, con el Making Movies de Dire Straits de fondo. Parábamos una semana en la obra sin que nos pagasen, porque El Galocho había estudiado en la misma escuela de empresarios que el Entretenío o el Chaquetarremangá, y esas eran nuestras vacaciones. Hacía unas semanas de mi nuevo paso por la Casa Cuartel a prestar declaración. El Potas me daba una paliza a los dardos y yo, angustiado por los chismes de la gentuza, solo encontraba tregua bebiendo, poniéndome ciego de porros y

metiéndome rayas en días señalados.

Lolo entró más serio de lo habitual al pub. Saludó al Hocicoperro, pidió un cubata y se sentó a nuestro lado, junto a la máquina de dardos. Le dijo al Potas que se acercase y le soltó una papelina para que fuera a pintar unas rayas, que convidaba él. El Potas le guiñó un ojo y entró al aseo. Había pocos clientes en el pub, porque en verano el Hocicoperro abría una terraza y la gente se apelotonaba allí. Eusebio el Clenchillas dormía sobre la barra, sujetando un cubata. Juan Miguelete el de los cupones jugaba a la tragaperras, borracho perdido. Santi y Rubén el Cartones zanganeaban en los taburetes al lado de los baños, en los que solían acoplarse. Una vez les dije que si podíamos cambiarnos el sitio y me dijeron que no, porque ese era el lugar táctico para gorronear coca.

Lolo me ofreció un cigarro y me dijo:

—Tenemos que hablar, Álex.

Se me heló la sangre. Supe que Lolo había descubierto quién era el chismoso. Si esa serpiente testificaba en la Casa Cuartel, también Lolo se metería en problemas por encubrirme. Ya teníamos dieciocho años y podíamos acabar en la cárcel los dos. Siguió:

—¿Te has enterado de algo, quinto?

—¿De algo de qué, Lolo?

—No te alteres, porque lo vamos a arreglar, te lo juro por mi mae. Te quedas tranquilico y te callas la puta boca, ¿estamos? Que no lo sepa el Potas ni nadie.

—¿Qué pollas pasa? Me estás asustando.

—Hay que pillar por banda al Entretenío.

—¿Al Entretenío?

No podía ser él, no podía ser tan capullo, no podía ir cuchicheando por el pueblo que yo estuve esa noche de San Isidro en el anfiteatro. La última vez que hablamos fue cuando me dio el pésame en el cementerio tras el entierro de papá. Desde entonces, si yo entraba a

un bar, a un pub o una discoteca y él estaba allí, se esfumaba. Pero si el Entretenío era la rata se descartaba que hubiese un testigo de lo que en realidad sucedió en las escaleras del anfiteatro entre papá y yo. Fue un alivio. El daño ya estaba hecho, me había echao a los leones, como para llenar el vacío de no volver a follarme. Pero no era el peor de los escenarios posibles. Se columpiaba yéndose de la lengua, sabiendo que yo podría contar sus andanzas con un menor de edad. Entendí que era mi palabra contra la suya y que en ese caso yo tenía las de perder. Él era un empresario respetado, con mujer e hijos, y yo un tirao. Lolo gozaba de menos credibilidad que Pepe el Fuguillas, el alcalde, prometiendo arreglar los baches y socavones de las calles del pueblo.

—Álex, la cabecica fría. Me lo ha contado Jony. Estuvieron la otra noche de guisote en el bar del Cilorón. Se les calentó el hocico y empezaron con las pejigueras. Que si esto, que si aquello, que si lo otro. Dice Jony que el Bruce Lee habló de tu viejo, de las peas que agarraba. En plan risas, ya sabes cómo es el puto Juanillo. Pues nada. Ellos desfasando y al otro lado de la barra el Entretenío, con la oreja puesta, de puestazo también. Cuando oyó mentar a tu padre, se les acercó y les soltó a estos sin venir a cuento que la noche que la palmó tu pae te vio a ti merodeando por el anfiteatro. Y que allí apareció muerto el Esmayao. Y que le parecía raro que nadie hubiese visto nada. Luego me pasé por el bar de los Cucaracha y le saqué el tema al hijo, al Ignacio. Me dijo que ya le había escuchado ese chisme al Entretenío, que cada vez que se mete farlopa y se apalanca en el bar cuenta lo mismo a todo el que se le arrima. También me ha confirmado que el Entretenío es un chivato de los guardias civiles. Sí, ¿te sorprende? No pongas esa cara, Álex. Aquí en el pueblo todo el que tenga más dinero que tú y sea fascista, es un chivato de los picoletos. Si te llamaron a declarar otra vez, fijo que fue porque el Entretenío le insinuó algo a los guardias civiles. Vamos a echarnos unos cubatas aquí por si asoma, si no luego lo buscamos y le paramos los pies. Tú le tienes ganas, ¿no? Normal, menudo Judas. Joer, Potas, qué rápido eres, ¡ya vamos! Hocicoperro, compae, ¿no tienes más compact disc que los putos Dire Straits o qué?

Quería matar al Entretenío. Seguimos un rato en el pub, sin quitar ojo a la entrada. El Potas se empeñó en que nos fuésemos a la carpa

que habían montado los Cucaracha para las fiestas en honor al Santísimo Cristo de la Vera Cruz y la Virgen del Milagro en el patio de las escuelas viejas, frente a la Casa Cuartel. A Lolo y a mí nos pareció bien. Salimos del pub. El Potas y Lolo se paraban en todos los puestecillos que habían instalado para las fiestas en la Avenida de Andalucía. El Potas se encaprichó de un peluche de la Pantera Rosa para regalárselo a Cris y estuvo disparando con una escopetilla de plomos hasta que se lo ganó. Cuando entramos a la carpa vimos en una esquina de la barra al Entretenío, con algunos de sus albañiles, de risotadas y cubatas. Cuando me vio, antes de clavar sus ojos en el suelo, sonrió con malicia, sintiéndose protegido por su cuadrilla de empleados. Empecé a arder, con un odio y una rabia que jamás había proyectado hacia alguien que no fuese papá. Lolo me dio una colleja y me arrastró a la otra punta de la barra metálica con logotipos de Mahou. Pedimos unos cubatas. El Potas enseñaba el peluche de la Pantera Rosa a todos con los que se cruzaba. Lolo me dijo:

—Quinto, estamos al lado de la Casa Cuartel y no podemos montar aquí una trifulca de la que se entere todo el pueblo. No quiero joer a los Cucaracha y que les cierren la carpa con las banderitas, las luces y el pedazo de equipo de música que han alquilado.

El Entretenío, de guisote con la gente a la que explotaba, creyéndose a salvo con ellos, ni intentó huir, como hacía cada vez que me veía. Ignacio el Cucaracha se acopló a nosotros, mientras servía cervezas y cubatas. Asomaron Juanillo Bruce Lee y Jony. Juanillo se puso cansino porque quería que El Potas le regalase la Pantera Rosa que había ganado para Cris.

—Potas, no hay mayor fan de la Pantera Rosa que yo. Enróllate, tío.

—Vete a la mierda, Juanillo. Foh, lo jartible que eres cuando quieres.

Lolo vio que el Entretenío iba a mear o a meterse un lambreazo, me dio otra colleja y les dijo a los demás:

—Ahora venimos, que vamos a drogarnos.

Era su frase favorita. Con la que más se reía al pronunciarla: «Ahora

vengo, voy a drogarme». Se la escuché mil veces, en cualquier contexto y de sopetón, sudándole la polla quien estuviese delante. Lolo no era de bromas. Nos fuimos a los baños, situados dentro de las escuelas viejas, donde nos daban las clases de pequeños. El Entretenío estaba en uno de los aseos con pestillo. Lolo volvió a pedirme calma, hablándome bajito, diciendo que lo arreglaría él. Me dio su papelina:

—Vuelca un par de lonchas, quinto.

Me puse a hacerlas encima de un secamanos, que limpié con papel higiénico. Hice un turulo con un billete y se lo iba a pasar a Lolo cuando el Entretenío salió del aseo. Se puso pálido al encontrarnos allí. Parecía Hristo Stoichkov con una pálida. No se esperaba la encerrona y la farlopa no le ayudó a calibrar posibles riesgos. Lolo y yo teníamos dieciocho años, pero el Entretenío se acobardó. Nos plantamos delante de la puerta de salida de los baños y si quería cruzar, tendría que echarle cojones. Podría gritar hasta quedarse mudo. Entre la música electrónica y la distancia que separaba los servicios de la barra no le iba a escuchar ni Dios. Dio un paso hacia atrás. Lolo uno hacia delante. Lo introdujo a empujones en el aseo del que había salido unos segundos antes hurgándose la nariz. Luego le encajó la cabeza en el inodoro, sujetándole del pescuezo, mientras le decía:

—¿Qué pasa, Entretenío? ¿Cómo van las fiestas patronales? Está bonica la carpa de los Cucaracha, ¿eh? Es que los Cucarachas saben montar buenas verbenas, las cosas como son. Los farolillos, las banderitas, la música, el alcohol barato..., todo de diez. Qué te voy a contar yo si Ignacio el Cucaracha es mi amigo, además. Y a los compaes hay que respetarlos. Cuéntanos tú algo, Entretenío. No te cortes, que yo sé que te gusta la cháchara y disfrutas dándole a la lengua. Vamos, Entretenío, dinos algo gracioso, ¡que estamos de feria!

—¡Me estás haciendo daño! ¡Te juro por mis niños que voy a denunciarte a la Guarda Civil como no me sueltes, escoria!

Lolo de un golpe le metió la cabeza hasta el fondo del inodoro. El Entretenío era más grande que Lolo, pero temblaba como la compresa de una coja.

—¿No te da lache jurar por tus niños? Como vuelvas a ponerte el nombre del Álex en la puta boca, juro que te mando a Urgencias. ¿Me estás escuchando? Y si quieres, ve corriendo con tus amiguitos picoletos y les lloras que te he metido la cabeza en el váter. Porque cuando vengan a por mí les voy a contar cómo te follabas a un menor de edad a cambio de coca. ¿Qué? ¿Esa historia ya no te gusta, Stoichkov? ¿Crees que nadie va a creer al Álex? ¿Que nadie sabe tus secretos? ¿Le preguntamos al Juanillo con quién follas, Entretenío? ¿Le avisamos? ¿A que ya no te hace tanta gracia? Vas a salir mal parao como sigas jodiendo al Álex. Juro por la tumba de mi abuelo que te reviento como vuelvas a molestarlo. Así que no inventes gilipolleces y déjalo en paz, que ya ha sufrido bastante. ¿Me oyes, Entretenío?

El Entretenío balbuceó que sí, de acuerdo, suéltame por favor, yo no he dicho nah. Lolo le empujó y lo dejó tirao en el aseo. El Entretenío se incorporó, con la cara empapada de orina, una colilla mojada en el pelo y las venas del cuello hinchadas. Observaba al Entretenío y recordaba todas esas veces en las que follamos. Me gustaba abrazarlo desnudo, después de correrno, porque me daba paz, antes de que me apartase de mala manera. No me lo pensé, le metí un puñetazo en la boca y volvió a caer al suelo. Me hice la mano pedazos y más tarde se me hincharía, pero me envolvió un sosiego nuevo y las brasas que me quemaban se consumieron. Atizarle fue liberador. Me gustó solucionar el asunto de una forma directa y de cara, con violencia, como un hombre de verdad. Ese puñetazo me cambió para mal. Echo de menos al chico inseguro que era, porque agredir a otros solo me ha ocasionado más problemas.

El Entretenío se arrastró por el baño, sangrando por los labios y manchando con refregones de sangre los azulejos blancos. Consiguió escabullirse hacia fuera, se puso en pie y salió corriendo. Estuve a punto de trotar tras él para patearle la cabeza, pero Lolo me sujetó. Esnifamos las rayas que había volcado sobre el secamanos.

—Joer, Álex. No me esperaba lo de la guantá.

Volvimos a la barra. El Entretenío desapareció, sin decir ni adiós a sus albañiles. Entraron a la carpa el Liendres y Dani. El Liendres dijo:

—¿Pues quién le ha endilgao un puñetazo al Stoichkov? Yo qué sé. Pues que va escupiendo sangre por la boca. Nos lo hemos cruzao en las escaleras de la carpintería. Y pues ni nos ha saludao ni nah, el malafollá.

Lolo se descojonó y dijo:

—Enséñales el puño, Álex.

Lo puse en alto, enrojecido y con los nudillos magullados, como si levantara la copa de campeón de las veinticuatro horas de futbito de las fiestas. El Potas me quiso regalar el peluche de la Pantera Rosa para Cris, diciéndome:

—Foh, toma, Álex, te lo has ganado.

Aunque las habladurías, los chismes y los rumores siguieron circulando por el pueblo, la situación se calmó lo suficiente como para dejar de aterrarme. El Entretenío aprendió la lección. Antes de que acabasen las fiestas patronales, un putero pilló a su mujer con otro hombre en la cama, en la casa que compartían, y fue un escándalo. La mujer le tiró al marido la ropa por la ventana. Tuvo que acudir la Guardia Civil. Las serpientes ya tenían ratoncitos nuevos que devorar. Esa infidelidad me salvó. Lo lamento por los implicados, pero ese chicoleo sepultó los anteriores y se fueron olvidando de lo mío.

Solo Polly seguía sospechando de mí. Y entonces Lolo metió la pata.

Solo sé arder

Voy con la lengua fuera desde que entré a hacer el turno de mañana en el restaurante. No doy abasto para recoger platos, vasos y cubiertos y montar y quitar mesas. El encargado no tiene ni puñetera idea de hostelería, y los días de faena y muchos clientes no hace más que desorganizarnos a mis compañeras y a mí. Hay muchas canciones de amor, pero pocas de apuñalar a tu jefe. Correteamos por el restaurante, intentando sortear el desastre en el que suele meternos ese zoquete para dar un buen servicio y hacer bien nuestro trabajo. Mi camisa está empapada de sudor, un cocinero llora en la cocina porque no aguanta la presión y encima el teléfono que guardo en el bolsillo del pantalón de pinzas vibra desde hace media hora y no tengo ni un segundo para mirar quién pollas me está llamando y si ha pasado algo malo. Con cada vibración del teléfono se me hiela la sangre. Ayer se me cruzaron los cables y agredí a Jesús en mitad de la carretera. Temo que las llamadas sean de la Guardia Civil porque Jesús me ha denunciado o del CPD porque se han enterado de lo que hice y quieren expulsarme. A las cinco y pico por fin hemos controlado el caos y recogemos, limpiamos y dejamos montadas las mesas para darnos otra paliza por la noche. Paso la fregona mojada mientras una compañera seca con otra y apagamos las luces. Me salgo al patio a echarme un cigarro antes de acicalarme. Al echar mano al teléfono me sorprende que todas las perdidas sean del Potas. Lo llamo, temiéndome lo peor, pensando en Cris o las niñas. El Potas gimoteando me dice:

—Foh, Álex. Se ha muerto el Lolo.

A Lolo lo ha atropellado una furgoneta esta tarde, delante de su madre, en mitad del Camino de Ronda. Estaba en tratamiento por esquizofrenia y su adicción a las drogas. En el pueblo chismorrean que veía fantasmas. Lo entierran mañana. El Potas me ha preguntado si iba a ir al entierro, le he dicho que sí y me ha invitado a quedarme en su piso.

He buscado al encargado para pedirle que me cambie el día de descanso para tener libre esta noche y mañana porque debo ir al sepelio. Sin darme el pésame siquiera, me pregunta si es un familiar

y le he dicho que se trata de un amigo. Me ha respondido haciéndose el importante y con tecnicismos que por el fallecimiento de un amigo no puedo ausentarme de mis obligaciones laborales, porque es el típico capullo que se cree que va a heredar la empresa y no deja de aprovechar cualquier ocasión para ganar puntos de cretino. Después de dejarme el pellejo en el restaurante, de hacer la faena que deberían hacer tres personas para sacar el servicio adelante, de no faltar ni un puto día, me ha cabreado. Pero no le he rechistado ni he debatido con él. Le he pedido que me prepare la cuenta, que no me coma la oreja y que ya no vuelvo más por el restaurante del hotel. Ha intentado convencerme de que me quedara, pidiendo disculpas por haber sido tan frío. Ha añadido que debía avisar con quince días de antelación y lo he mandado a la mierda. Le he dicho que me da igual, que prepare el dinero y los papeles, que ya me pasaré a ajustar cuentas y que se busque a otro. Me sabe mal por Merche, la trabajadora social, pero ya le dejé claro cómo soy en el trabajo y lo que estoy dispuesto a aguantar y lo que no.

Me doy una ducha en el vestuario de personal, me cambio de ropa, salgo a la calle y me subo en la Kawasaki. De camino al barrio de Las Delicias no dejo de pensar en Lolo. Me reconcomen todas las veces en que quise guasapearle o visitarle, pero por una cosa u otra lo dejaba. De Lolo se cuentan historias muy turbias que nadie sabe con certeza si son verdad.

Ya en el piso he preparado una mochila con ropa, la bolsa de aseo y he recargado mi pastillero con la medicación. Le he dicho a Katja que me iba al entierro de un amigo a Villa de la Fuente. Ni me ha preguntado quién es ni cuándo vuelvo. Le he pedido dinero y ni ha protestado, imagino que deseando que estuviese mintiendo y me puliese esos euros en farlopa para echarme a la calle. Le he dado un beso a Sarah y he paseado hasta la estación de autobuses. He pillado un billete para el autobús que sale a las siete y cuarto. El Potas vendrá a recogerme a las nueve y aprovecharemos para dar un garbeo por la ciudad y tomarnos algo, porque necesita desconectar y sacarse lo que le ha pasado a Lolo, aunque sea por un rato, de la cabeza.

El Potas me espera en el andén de la estación de autobuses de

Granada. Lo saludo desde la ventanilla. Nos fundimos en un abrazo cuando me apeo. Va con el pelo corto, una camisa de cuadros, una camiseta blanca, una chaqueta vaquera con parches de Youth of Today y Dead Kennedys, unos pantalones de pitillo negros y unas Dr. Martens. Sigue igual, los años le han tratado bien y aunque ya no luzca cresta y trabaje en las oficinas de una distribuidora de bebidas, el tufillo a peligro no se le ha borrado de la cara. El Potas dejó la música, hace el tonto ya solo en ocasiones puntuales y tiene dos niñas preciosas, Alba y Noa. Cris y él se largaron de Villa de la Fuente en cuanto pudieron. Le va bien en el trabajo y debe manejar panoja porque conduce un BMW. Sospecho que todavía no tiene carné de conducir, pero ya es que me da hasta corte sacarle el tema. Salimos de la estación de autobuses hablando del accidente de Lolo y paseamos hasta su BMW, aparcado en la calle Polibio. Dejo la mochila en el maletero. Nada más subirnos al BMW el Potas se saca del bolsillo una papelina tocha de cocaína, mientras sonríe. Dice:

—La gasolina.

Me he quedado a cuadros y he agarrado la farlopa. Lo había previsto, pero no imaginaba que me resultaría tan violento. Aunque somos buenos amigos y hablamos por WhatsApp, ni siquiera le he contado que tuve un accidente de coche, que casi acabo de nuevo en la cárcel y que una vez a la semana he de ir a un Centro Provincial de Drogodependencias, mientras espero a que mi esposa y mi hija me abandonen. Cuando arranca el BMW pone la radio y me pide que pinte unas lonchas, porque nos vamos a poner hasta el culo como homenaje a Lolo. Para disimular la ansiedad, me intereso por el grupo que suena.

—Foh, son la polla, ¿a qué sí? Se llaman Suicidas. Ya te meteré música guapa en una USB. Pero chas, vuelca ya, Álex.

Le he respondido con una risita idiota. No sé qué hacer. Tener no sé si cinco o seis gramos de cocaína en roca, así a ojo, en la palma de la mano me hace titubear por unos instantes y pienso que no pasa nada por drogarme un día. Además, así me ahorro darle explicaciones al Potas. Me autoengaño creyendo que ya está todo controlado, que soy lo bastante responsable como para esnifar rayas y no empicarme de nuevo. Saco la carcasa de un compact disc de la guantera y la apoyo en mis rodillas. Abro la papelina con el cierre

quemao con un mechero de un modo chusco y típico del Potas. Parto un trocillo del pedrolo con las uñas, lo vuelco sobre la carcasa y lo cubro con el chivato del tabaco para desmenuzarla con el DNI. Al picarla, en un acto reflejo, chupo el chivato y lo tiro por la ventanilla. Me ha gustado sentir de nuevo la coca en mis labios y mis dientes. Saco un billete de mi cartera y hago un turulo. Estamos parados en un semáforo, suenan Suicidas y gozo el sabor de la farlopa que acabo de lamer. Han salido cuatro buenas lonchas, las tengo en la carcasa, sujetándola con la mano izquierda y con el turulo en la otra. Las rayas brillan tanto como la luna que ilumina el cielo de Granada en esta noche tan oscura. Salivo como un perro, a punto de saltar por el trampolín. Pero pienso en Sarah, en que cuando Javier me haga un test rápido en el CPD todos se van a enterar de que he vuelto a consumir y en que Katja me dará la patada. Si tengo una recaída me tocará pasar por los juzgados. No es lo mismo cinco meses sin consumir cocaína que volver a contar los minutos, las horas, los días, las semanas y los meses. Le paso al Potas la carcasa del compact disc, que apoya en el salpicadero mientras conduce. Cierro la papelina y se la devuelvo. Sorprendido, me suelta:

—Chas, Álex. ¿No quieres?

No me queda otra que ponerle al día de casi todo.

El Potas conduce escuchándome con atención y en cada semáforo en rojo se enchufa una raya. Evita cruzar por Camino de Ronda, por lo de Lolo, y por la calle Pedro Antonio de Alarcón, por mí. Cuando aparcamos en una callejuela al lado de la ribera del Genil solo queda una loncha sobre la carcasa. Nos quedamos dentro del BMW hasta que termino de explicarle algunos de mis líos. El Potas se mosquea por no contar con él cuando estoy en problemas.

—Foh, me toca los cojones, Álex. Joer, eres mi amigo: en las alegrías y las penas.

Le digo que yo qué sé, que todo es difícil y que estoy atontao de tragar tantas pastillas. Pero no se lo toma mal y lo entiende. Se mete la última raya y prepara un nevadito contundente con los restos que quedan sobre la carcasa. Le da unas pasadas con el mechero.

—Te apoyo en lo que necesites. Pero foh, hace tiempo que no desfaso por el trabajo y las niñas. Me apetece guisote esta noche. La coca ya está pagada. Si te agobia, me lo dices y me escondo. Estoy muy jodido por lo del Lolo, joer.

—No te preocupes, David. Tú ve a tu rollo, que yo iré al mío.

Salimos del coche. Al ver el río Genil me envuelven los recuerdos bonitos de cuando residí en Granada y Luci o Adrián me besaban en alguno de los bancos de los Jardines del Paseo del Salón. Cruzan peatones por las aceras mientras las farolas y los neones de los comercios iluminan todos los rincones de esta noche de invierno. El aire hace crujir las ramas de los árboles. Abro el maletero del BMW para sacar las chaquetas y me fijo en que el Potas se ha dejado un ordenador portátil en la bandeja trasera del coche. Se lo comento y le pregunto si lo guardo en el maletero, por si acaso se lo roban.

—Foh, Álex. Cuchi, a mí en Graná me conocen y me respetan, joer.

Paseamos hasta un bar en Callejón de Arenas. El Potas va fumándose el nevadito, que se debe oler desde la cima del Veleta. En el bar nos repanchingamos en unos taburetes junto a un tonel. El Potas pide dos tercios y la carta para papear. Le digo a la camarera que mi cerveza sin alcohol. Mientras el Potas hojea la carta, le confieso que tampoco puedo beber y que tomo Disulfiram, que es un fármaco aversivo para el alcohol, con el que si bebes te pones malo porque bloquea el metabolismo de este a nivel del hígado y te provoca una reacción adversa chunga. Si bebes un poco te pones colorao y te da sudoración, si bebes más te dan náuseas, si sigues bebiendo: vómitos, taquicardia e igual acabas en Urgencias. Javier me dijo que es como una pistola invisible en la sien que dice: «Tú bebe si tienes cojones», pero que, en momentos de esos tontos de duda, de «¿bebo o no bebo?», que son agotadores, corta el rollo de manera efectiva. Javier dice que «yonqui mal curado, borracho asegurado».

Nos echamos unas rondas y cenamos, mientras el Potas me relata la enfermedad de Lolo y cómo se le fue la cabeza. Pagamos y salimos de la cervecería. Callejeamos y cuando vamos por Carrera de la Virgen le pregunto dónde pollas vamos.

—Al Void, en la calle San Matías. Foh, te va a gustar.

El Void es pequeño. La barra hace la forma de una L y solo hay sitio para beber y escuchar música. Las paredes las decoran con vinilos a la venta. Está atestado de gente, dispar entre sí. Suena rock, punk y algo de pop. Nos hacemos un hueco en una esquina, junto al ventanal grande que da a la calle. El Potas pide un cubata de güisqui y una cerveza sin alcohol para mí. En cuanto nos ponen las consumiciones dice que va a mear, aunque sé que se va a meter otra raya y que se pasará toda la noche yendo cada veinte minutos al baño para drogarse. Me salgo a la calle a echarme un cigarro y aplacar mis ansias. Me apoyo contra las barandillas. Todos los bares y pubs de la calle San Matías solía recorrerlos con Luci o Adrián, haciendo eses por el empedrado y puestos de MDMA o coca. Me asfixia la tristeza cuando observo a parejas subiendo la cuesta de San Matías agarrados de la mano, por no haber estado cuando Luci me necesitó. Regreso al Void. No dejo de pensar ni un segundo en el pedrolo de farlopa que esconde mi amigo en su bolsillo. Una chica que conoce al Potas se acerca para invitarme a una loncha porque me ve con el ceño fruncido.

—No me apetece, gracias, apañá.

La chica se larga al aseo. Mi respuesta me ha dado fuerzas. He dicho que no ya dos veces, a un amigo y a una desconocida. Estoy aguantando bien y le pido otra cerveza sin alcohol al camarero con una camiseta de Subterranean Kids que se ocupa además de preparar las tapas. Javier insiste en que no puedo relajarme y debo evitar los ambientes donde se consume. Pero joder, eso es difícil. En todos los sitios donde esté va a haber gente drogándose. Por ejemplo, cuando haga la comunión Noa, la hija pequeña de Cris y el Potas, ¿no voy a poder ir? ¿Tengo que cortar con todo? ¿Romper mis relaciones con otras personas que ocasionalmente esnifan unas rayas? Coca hay en todo mi entorno, no puedo esconderme de ella. El Potas se digna a sentarse a mi lado en el borde del ventanal. Le pide otro cubata al de la camiseta de Subterranean Kids y le pregunta a qué hora cierran el Void. El camarero le dice que chapan a las tres de la mañana, pero que luego hay fiesta en el Paranoid.

—Foh, allí nos vemos, Bola.

Pasamos unas horas así, el Potas de excursiones al aseo y de cháchara con todos, yo apalancao en el ventanal. De vez en cuando me salgo a la calle a fumar. Me trago con disimulo la medicación. Antes del cierre, el Potas y yo hacemos planes para después, aunque estoy cansado y solo quiero dormir, pero al Potas no lo arrastran a la cama ni los antidisturbios. El Potas le pide al camarero de la camiseta de Subterranean Kids otro güisqui y otra cerveza sin alcohol. El camarero nos guiña un ojo y nos recuerda que es la última ronda. Entonces empieza a sonar esa canción:

Un, dos, tres, ¡vamos!

Una serpiente se ha tragado un sombrero o un elefante.

Una flor me ha dicho que hay muchas flores en el universo.

Yo seré el guerrero que clave una espada

en el corazón de todos tus demonios.

Es «Siempre hay un final feliz», de Los Soñadores. Las canciones son los tíquets de autobús para viajar a tus recuerdos, a los buenos y los malos. El Potas me mira enrabietado y encojo los hombros haciendo una mueca de que no pasa nada, que no me importa. Pero se vuelve y le grita al camarero de la camiseta de Subterranean Kids:

—Bola, quita esa puta canción, joer. Foh. ¡Cuchi, no me fastidies la noche!

El camarero cambia la canción sin preguntar por qué y pone una de los Dead Boys. Un tipo con gafas, barba, pelo largo, jersey y camisa que hay en un grupillo de gente a nuestro lado, increpa al Potas.

—Oye, ¿por qué le has dicho que quite «Siempre hay un final feliz»? Los Soñadores son historia de nuestra música. Es la mejor banda que ha surgido en esta ciudad. Eran como Los Planetas, pero en buenos.

Y empieza a canturrear por encima de «Ain't It Fun» de los Dead Boys:

—Nanaranana... ¡Una serpiente se ha tragado un sombrero o un

elefante!

El Potas se enciende:

—Foh, me comen la polla Los Soñadores y me comes la polla tú también. ¿Salimos a debatir sobre música a la calle, enterao?

El fan de Los Soñadores y las personas que lo acompañan nos observan con incredulidad y rabia por ofender a uno de los iconos del pop de Granada. Ultrajados, como si nos hubiésemos cagado en la tumba de Fray Leopoldo o en la fábrica de las Pulevas o la de las Maritoñis. Me horripila que nos agarremos a puñetazos. No quiero enzarzarme en una pelea y regresar a Málaga con un ojo morao y los nudillos reventados. Mi cupo de hacer el tonto y pegarme con desconocidos ya lo he gastado con Jesús y no puedo seguir fastidiándola, aunque se me apareció la virgen con que no se enterase Katja. Le repito al Potas que me la suda que suenen Los Soñadores, que no hacía falta pedir que la quitasen, que no me molesta. Es solo una puta canción y ya está. El Potas me corta:

—Chas, pues a mí sí me incomoda, joer. Foh, odio ese puto disco.

El camarero de la camiseta de Subterranean Kids se acerca a poner paz y dialoga con los acompañantes del fan de Los Soñadores y con nosotros. Agarra una botella de Jägermeister y pone una hilera de chupitos para ellos y nosotros. Nos pide que brindemos todos juntos y dice con cinismo que estamos «de buen rollito». Me callo y me bebo el chupito por no enredar más el asunto, temiendo que con el Disulfiram me siente como una patada en los huevos. El Potas y el fan de Los Soñadores chocan sus chupitos. Se ponen a nombrar grupos de Granada y coinciden en su devoción por algunos. Suspiro, con ganas de echar el corazón por la boca y las mejillas rojas.

Cuando cierran el Void paseamos por San Matías y un par de callejuelas hasta el Paranoid, donde también todos conocen al Potas, desde Mamadou, el portero, hasta la mujer del ropero. En el Paranoid suena música electrónica, que nos envuelve con luces, flases, máquinas de humo y láseres. Pedimos la bebida en la barra y el Potas entra en la pista a dar saltos y perderse entre la gente y se va a hacer sus incursiones al baño. La soledad muerde mis tobillos y se me hace raro estar sobrio en mitad de una discoteca a estas

horas. A mi alrededor veo caras deformadas por el alcohol, el MDMA o la cocaína. Me salgo a la calle a fumarme un cigarro. Me ponen en el dorso de la mano el sello del Paranoid. Apoyo la espalda en una esquina. Hace frío y las chaquetas las hemos dejado en el guardarropa. El jersey de color verde militar y la camiseta de manga corta no impiden que titile como una estrellita en el cielo negro. Mientras fumo pienso en Lolo, en todo lo que compartimos. La pena se me atraviesa en las entrañas, pero estoy orgulloso por ser capaz de salir de noche y no consumir farlopa para quitarme la tristeza. El Potas supera el mazazo a su manera y yo ni siquiera puedo wasapear a Katja para compartir con alguien estas emociones nuevas. Son las cuatro de la mañana cuando me vibra el teléfono. Es un mensaje privado por Instagram.

El mensaje privado es de una tal Vanessa, que me pregunta cómo puede conseguir un dibujo original mío que le hizo gracia para enmarcarlo. Al mirar la conversación anterior veo que es la misma que me pidió presupuesto para que le pintase no sé qué de un mapa, porque ella es geógrafa. Le dije que ya le diría precio, pero no pude consultarlo con Merche por el jaleo que montó Jesús en el CPD. Le respondo haciéndome el gracioso, fumando en una esquina, sin nadie con quien poder hablar y teniendo que enterrar a un amigo al día siguiente. Vanessa me pone un emoticono de llorar de risa y otra broma. Me descojono en mitad de la calle y me intereso por qué hace despierta a esas horas. Ella me dice: «¿Y tú?». Vuelvo a reírme. Le mando el emoji con gorrito de fiesta y matasuegras. Entro al Paranoid. Los gases de tantas cervezas sin alcohol me salen por las orejas. Cada vez que voy a mear al baño me tambaleo pensando en la farlopa. El Potas bailotea en la pista con unos y con otras. Las horas siguientes me las paso en un taburete frente a la barra, tomando cervezas sin alcohol, sujetando el teléfono y con una sonrisa dibujada en el rostro, intercambiando mensajes con Vanessa.

A las siete y pico de la mañana salimos del Paranoid y paseamos hasta donde el Potas dejó aparcado su BMW. Me ruega que conduzca yo, porque él no sabe ni dónde tiene la cara. Le digo que de acuerdo, aunque me han retirado el carné de conducir. Confío en que no nos pare la policía y me busque otra ruina, otra cuenta más para mi rosario de desgracias. El Potas se pone a mear junto a un

contenedor de basura a unos metros de donde aparcamos. Le pido la llave para familiarizarme con el coche. Al subirme el aire frío me golpea la nuca y miro hacia atrás. Le han reventado la luna trasera al BMW para mangarle el portátil.

—¡Me cago en Dios, que era nuevo! ¡Joer, que tengo documentos importantes ahí! ¡Foh, la de chorizos que hay en esta puta ciudad! ¡Cuchi, juro que como los encuentre, los mato!

Me iba a carcajear, pero ya bastante tiene el Potas con lo que le va a costar la broma por no hacerme caso. El Potas rebusca cartones en un contenedor azul, con los que tapa el destrozo del cristal. Salimos para Ogíjares. Se pasa el trayecto maldiciendo y jurando venganza. Intento que se calme y cuando echa mano a la papelina le aconsejo que no se meta más lonchas, que no va a pegar ojo y hay que descansar porque va a ser duro enterrar a Lolo. Ya en su bloque, encierro el BMW en el aparcamiento y saco mi mochila del maletero.

—Foh, mañana le cojo el coche a Cris y ya hablaré con los del seguro. ¡Joer, juro que mato al que me haya robado el portátil!

Entramos al piso con sigilo, intentando no hacer ruido. El Potas me acompaña a un dormitorio y me da dos besos de buenas noches mientras se traga unos diazepames. Me meto en la cama. En el teléfono tengo varios mensajes de Vanessa y nos escribimos hasta que me quedo dormido, luchando contra la Trazodona.

A las doce de la mañana Cris entra al dormitorio para despertarme. Abre la persiana hasta que me deslumbran los rayos de sol y sin darme lugar a salir de la cama me abraza, mientras dice que le da mucha alegría verme, que estoy muy guapo y más repuesto que la última vez, que cómo están Sarah y Katja. Le pido una toalla para darme una ducha. Salgo del cuarto de baño hecho un pincel. En el comedor están Alba y Noa. A las pequeñas les da alegría verme, son cariñosas y me preguntan por Sarah. Cris, con mala cara, dice que va a despertar al vago de su marido, sugiriendo que hemos aprovechado bien nuestro reencuentro. Cuando vuelve al comedor hablamos de Lolo.

—Me da pena por Elenita y sobre todo su madre, porque la

furgoneta lo arrolló delante de ella. Le dio un ataque de pánico a Lolo, según le han contado a David. Veía cosas raras. Lolo tenía también algo así como una novia, ya sabes cómo era... Pobrecillas. David está muy afectado, aunque le cueste expresarlo. Quedaban a veces. Pero bueno, todos los que conocíamos a Lolo sabíamos que esto iba a pasar más tarde o más temprano. Estaba desquiciado. Me sabe mal no poder ir al entierro, pero ¿dónde dejo a las niñas? Mis suegros están ya mayores. Y mi padre sigue siendo un cabronazo y no queremos dejar a las niñas con mi madre y con él. Ya me ha costado que me den el día libre en la farmacia. Estoy jodida, Álex.

Se nota que a Cris no le apetece nada ir a Villa de la Fuente y que no le hace gracia que su marido siga drogándose en ocasiones, que suelen ser cada vez que se topa con algún amigo del pueblo. El Potas entra al comedor, con los ojos enrojecidos, y me saluda con un gruñido. Desayunamos algo juntos y le cae una bronca al contarle a Cris que va a coger su coche porque al BMW le han reventado la luna de atrás para robarle el portátil.

A Lolo lo van a enterrar en Villa de la Fuente. El tanatorio está por el Pago de Tagarete, en el extrarradio de Albolote, a veinticinco minutos del centro penitenciario donde pasé cinco años, cuatro meses y un día. Dejamos el Ford Focus de Cris en el aparcamiento del tanatorio, bajo la sombra de unos cipreses. Al bajarme del coche fantaseo con encontrarme a Polly, aunque ni Cris sabe qué ha sido de ella. Nos acercamos a los soportales y me da vértigo reconocer las caras de personas a las que hacía lustros que no veía. Nos echamos un cigarro fuera antes de pasar al tanatorio. Buscamos la sala donde velan a Lolo. Cruzamos la puerta y nos paramos delante de una cristalera. Es doloroso ver a Lolo dentro de un ataúd, rodeado de un par de coronas de flores. El Potas se quiebra y gimotea. Intento consolarlo, aunque también tengo un nudo en la garganta. Nos acercamos a dar el pésame a la madre de Lolo, que me reconoce y es amable a pesar de lo empastillá que va. Abrazo a Elenita, después de tantos años. Necesito tomarme un Rivotril. Los recuerdos me han agarrado del cuello y me dan hostias con un puño americano. Le ruego al Potas que salgamos a echarnos otro cigarro. Está nublado, hace frío y a ratos chispea. Mi primo Antoñico el Priscos está en el soportal y se sorprende al verme. Se acopla con nosotros y el Potas resopla por la resaca y lo mal que le cae mi

primo, que no ha cambiado ni casándose con Isilla, teniendo dos hijos y trabajando como repartidor. Hay poca gente en el velatorio de Lolo. Se lo comento al Potas, pero mi primo Priscos ya tiene preparada una respuesta que nadie le ha pedido:

—Pri, el Lolo no era de muchos amigos. Estaba chalao.

Nos sentamos en un banco bajo los soportales para resguardarnos del frío. Los conocidos que nos encontramos se arriman para saludar al Potas y a mi primo. Algunos se hacen los tontos, otros se descomponen al verme, a otros les cuesta ubicarme y cuando lo hacen les choca mi aspecto. Los tatuajes de los puños me delatan e intento esconder las manos en los bolsillos de la chaqueta. Me jode que Miguel el Vuelcavasos, mi amigo de juventud, mellizo de Cris y cuñado del Potas, sea tan seco conmigo. Estoy por abofetearle, pero cuento hasta cien. Nunca he estado en un velatorio donde vuele tanta droga y la gente se meta rayas de una forma tan descarada. Cuando voy a mear al aseo veo un par de papelinas vacías en el suelo. Una de las cosas que más me embarullan de mi rehabilitación es entrar a un baño, porque se me hace raro mear y ya está. Todos van a cá instantillo hacia el aseo o sus coches para enchufarse lambreazos. Veo a Jony el Farriao vendiendo farlopa en el velatorio de su supuesto mejor amigo. A Jony se le ha puesto el pelo blanco y se ha dejado barba. Cuando alguien me ofrece una raya o me pasa un porro o un nevadito digo que no me apetece, gracias. Me gusta decirlo en voz alta. Cuando me cargan las conversaciones desquiciadas que me taladran los oídos echo mano al teléfono y chateo con Vanessa. Me apacigua conversar con ella y me evado de donde estoy con sus bromas. Le respondo rápido y guardo el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Cuando vuelvo a la realidad me asombra el deterioro físico y mental de los amigos con los que me crie, como el Liendres, Jony o Dani. He visto muchos enganchaos, yo mismo lo soy, pero es brutal cómo se los ha comido la farlopa. Dani se sienta a mi lado y charlamos, aunque cuesta seguirle la conversación, porque lo mismo te habla de sus padres, que de Romeo Santos o de su trabajo en una sucursal bancaria. Me incomoda cuando se interesa por Polly y se desconcierta al decirle que no sé nada de ella, como todos en el pueblo.

—Esmayao, pensaba que tú y Polly os habíais casado o algo después

de lo que pasó. Parecíais hermanos, siempre juntos y tal, con vuestros litros y compartiendo auriculares.

Aprovechando una de sus continuas escapadas al baño, le comento al Potas:

—Tío, el Dani está jecho peazos, ¿no?

—Foh, ¿a qué sí? Joer, es que el Dani engaña. La gente lo ve muy formal porque es director de un banco. Pero Álex: es el peor de todos. Cuchi, dicen por el pueblo que una madrugada atropelló a alguien por la ciudad y se dio a la fuga porque iba drogado. Lo mató, tío. Murmuran que salió hasta en el periódico. Álex, el Dani tiene el corazón podrido. Foh, no te fíes de él.

—David, ¿se lo has preguntado a él a la cara? Joder, ya te vale hacer caso a los cuchicheos del pueblo.

La cocaína nos ha jodido la vida a la mitad de mi Quinta. A una generación entera, como hizo el alcohol con nuestros padres. Al rato asoman por el tanatorio Ignacio el Cucaracha y Juanillo Bruce Lee y me espanto al verlo. Arrastra unas muletas, con la cara reventada. El Potas me contó en el Void que le habían dado una paliza por follar con una mujer casada y Juanillo va diciendo que no se acuerda de nah. El Bruce Lee se alegra de verme, se interesa por cómo me va y se queda de palique con nosotros. Todo resulta emotivo, hasta que mi primo Priscos le intenta choricear una postura de hachís al Potas. Casi se lían a puñetazos en los soportales del tanatorio, mientras mi primo se justifica:

—Pri, que me la he guardao en el bolsillo sin darme cuenta.

El Cucaracha y yo arrastramos al Potas hasta los aparcamientos para que se calme, mientras jura que lo va a matar. Otra vez. Como los mil millones de veces anteriores en que le sableó alguna droga. El Potas dice que nos piramos a Villa de la Fuente a esperar para el entierro, que si no estrangula a mi primo. Nos despedimos del Cucaracha y nos subimos al Ford Focus. En veinte minutos estamos en el pueblo. Hacía diecisiete años que no pasaba por aquí. Mamá aguantó en Villa de la Fuente hasta poco antes de que yo saliera del Centro Penitenciario de Albolote. Vendió la casa, se fue con

Leonardo a Granada y al final acabaron en Málaga. Villa de la Fuente ha cambiado desde la última vez. Se han construido muchas viviendas, sobre todo en las vegas de la GR-3423, en el Camino del Vado, en las Eras, en el Olivar, en las Erillas... Desde que pasas el Cruce todo es distinto. La carretera es nueva, tiene dos carriles y no hay baches ni socavones. Han puesto algunos badenes porque esta carretera y la que va al pueblo de al lado son donde tienen accidentes los tolais del pueblo por ir a toda velocidad. Han edificado una Cooperativa nueva y una almazara. Todos los barrancos, como el del Hambriento y el del Palo, están encauzados. Me reí al ver una bandera de España enana, raída y comprada en un Todo a cien ondeando sobre una fuente con toneles frente a la casa de los padres de Dani. En una pintada en el portón de una cochera cerca de la estación, al lado de la Casa de Arenas, pone GUISOTE. El río Cubillas está limpio y arreglado para evitar las inundaciones y riadas de antes. El puente lo han ensanchado, hay marquesinas de autobuses, las lindes, zarzas y caminos de alrededor las han saneado, y se nota que el Ayuntamiento se esfuerza por mantener bonito el pueblo. Hay señales de tráfico, vías peatonales con bancos donde sentarse, quitamiedos, pasos de cebra, árboles recién plantados, comercios de todo tipo. Aunque estamos a primeros de enero, huele a yerba por todas partes. Las luces de Navidad dan a todo lo que veo un toque espeluznante, como si este lugar fuese otro, un decorado nuevo que me cuesta reconocer. El Potas dice que vayamos al bar del Entretenío.

—David, ¿eres tonto o qué pollas te pasa?

—Foh, relaja. Cuchi, es buena gente el Entretenío, Álex. Chas, no sé qué historias te pasaron con él ni por qué le endiñaste un puñetazo. Ha envejecido y está muy formal, ¡con la de colocones que se pillaba antes! Foh, ¿te acuerdas? Cuchi, hasta tiene nietos ya.

Hemos dado unas vueltas por el pueblo, antes de dejar el Ford Focus en los aparcamientos del bar de la Chari, al lado del Lavaero. El Potas sabe que no tengo intención alguna de visitar a la poca familia que me queda aquí. Al entrar al bar de la Chari me han venido a la memoria tardes y noches encerrados aquí, bebiendo cervezas y jugando a los dardos o al futbolín. La Chari me ha reconocido, se ha acercado a darme dos besos y me ha preguntado

por mamá. Me sorprende que se acuerde de mí.

—¡Alejandro, cuánto tiempo! ¡Qué guapo estás! ¡Hace años que no asomas por aquí! Me acuerdo de cuando venías por el bar con tu amiga Paula. ¡Otra que a saber dónde se fue! ¿Has venido por lo del hijo del Manolillo? Pobretico, ¡pero qué mala cabeza tenía!

Nos sentamos en la terraza para poder fumar y le pedimos a una de las camareras unas cervezas, la mía sin alcohol. El Potas va al baño cuando se le calienta el hocico. Una de las veces regresa a la terraza sobresaltado y me planta su teléfono en la cara. Le ha llegado una alerta, porque tenía instalada en el portátil una aplicación de seguimiento en caso de robo que le avisa cuando se enciende su ordenador en una ubicación desconocida. Husmeamos el Google Maps y vemos la casa donde se encuentra, en Las Encinas, una pedanía entre Villa de la Fuente y Granada por la autovía. Me horroriza que el Potas quiera ir a buscarlo, pero dice que va a poner una denuncia en la Casa Cuartel. Pienso que menos mal. Entro al bar a pagar las cervezas y saco tabaco de la máquina. Cuando salgo me doy de bruces con un niñaco enclenque, con aretes en las orejas, una gorra con la visera hacia atrás y un plumón que hace más bulto que él. Me suelta, con tonillo de perdonavidas:

—Ten cuidao, follete.

Está esmirriao, pero se queda mirándome, desafiante. Empiezo a arder. Lo agarro de la pechera y se pone pálido. Todos los que beben cervezas en el bar me examinan y cuchichean. El Potas se acerca y aparta al chaval.

—Chas, ¿qué pollas pasa?

El niñaco empieza a soltar una perorata pidiendo disculpas, temiendo los golpes que le pueden caer. Sé que soy un idiota por perder el control una vez más. Después de escuchar todo lo que dice el niñaco, le pregunto al Potas:

—David, ¿quién es este capullo?

—Cuchi, ¿no te suena la cara? Ja, ja, ja. Foh. Es el hijo del Culebras. El Culebrillas le dicen. ¿Te acuerdas cuando el Lolo le

pegó a su pae en San Isidro?

Nos reímos y el niñaco no sabe dónde meterse. Le toco el hombro y se echa para atrás acojonao. Le digo que tranquilo, que no pasa nada, que no se ponga tan chulo cuando no toca y que ojico con los desconocidos, porque no sabes qué papeleta te puede tocar. Se queda obnubilado con los tatuajes de mis puños, intentando ubicarme. Me suelta:

—Hostias, pri, tú eres el satánico, ¿no? El hermano de la Ángela del Esmayao.

Le respondo, por no endiñarle el puñetazo del que se ha librado unos segundos antes:

—Piérdete y no me toques los putos cojones, subnormal.

El Culebrillas entra al bar volando como una pelusilla.

Cuando la policía me registró aquella tarde del 9 de febrero del 2001 en la que se jodió todo y acabé en el Centro Penitenciario de Albolote, encontraron en mi chaqueta un libro de Aleister Crowley que había sacado de la Biblioteca Pública de la calle Profesor Sáinz Cantero. Algo banal y sin importancia, de no ser porque el periodista que escribió sobre el suceso en el Ideal pensó que titular la noticia como: «Un individuo...», no quedaba potente. Que «Un punk satánico...» tenía más gancho. Cuando los vecinos de Villa de la Fuente leyeron el periódico empezaron a vincularme con chaladuras satánicas, como que hacía ouijas y actos vandálicos en el cementerio, incluyendo profanaciones, porque el abuelo de papá era conocido por haber apostado una vez, mientras reformaban el camposanto y echaban huesos a una fosa común, que era capaz de beber coñac usando como vaso una calavera humana y ganó. Mamá, con todo el sufrimiento que causé, lo pasó mal con esas habladurías. Consiguió que Ideal rectificase, pero la breve nota que publicaron ya se la sudó a todos. Podría haber sacado de la biblioteca un libro de Gloria Fuertes aquella mañana, joder.

Subimos al pueblo, aparcamos debajo de la Plaza Nueva y bajamos hasta el cuartel de la Guardia Civil. No me hace ni puta gracia pisar la Casa Cuartel y le digo al Potas que lo espero fuera, pero insiste en

que con mi testimonio le harán más caso. Hago un esfuerzo porque es preferible que se encabezone con poner una denuncia que presentarse en esa ubicación de Google Maps en Las Encinas a recuperarlo a hostias. Nos abre un guardia civil más joven que nosotros. Entramos al despacho donde ya tuve que declarar algunas veces de chaval. Nos sentamos. Hay un cuadro del puto rey nuevo donde estuvo el del puto rey viejo. El Potas le explica al guardia civil lo sucedido. El picoleto le pregunta que por qué no pone la denuncia en Ogíjares, donde reside, o en Granada, donde se lo han robado. El Potas le aclara:

—Disculpe, señor agente. Soy nacido y criado aquí, el hijo mayor del Orejachoped, y le hablo con el máximo respeto y educación. Hemos venido al entierro de Lolo y me enerva que si lo dejo pasar y no pongo la denuncia me quede sin el portátil, que es una herramienta básica para ejercer mi trabajo y guardo documentos importantes en él.

—Nosotros no podemos hacer nada.

—¿Cómo que nada?

—Usted puede poner la denuncia porque le han roto el cristal del coche para robarle el ordenador y ya está. Lo que usted me cuenta acerca de una aplicación que le da una ubicación por GPS no sirve para nada. No es posible ir a Las Encinas para recuperar un portátil sin una orden de registro. La Ley no funciona así.

—Perdone, caballero. ¡Pero si le estoy informando del lugar exacto donde se encuentra! Voy con ustedes, les pedimos con civismo que me lo devuelvan y ya está. Si recupero el portátil me da igual lo del cristal del coche. Para eso pago el seguro. En media hora lo solucionamos.

El guardia civil le pide por favor que deje de divagar y recalca de nuevo que la Ley no se ejecuta con apps. Solo puede tramitar la denuncia y que esta siga los cauces legales correspondientes. El Potas pone la denuncia de mala hostia y a regañadientes. Ni he abierto la boca desde que entré a la Casa Cuartel. Los escucho conversar con una formalidad que me exaspera y me da bajón recordar que el Potas y yo una vez fuimos punkis, que íbamos a

manifestaciones, a asambleas, a conciertos, que tocábamos en Trankimazín y pintábamos la A de la anarquía en las paredes del pueblo, incluso en la Casa Cuartel. Ahora somos dos puretas lloriqueándole a un picoleto por un portátil.

Salimos de la Casa Cuartel y entramos al bar del Cilorón, para esperar al coche de la funeraria. Los que están apalancados en la barra del bar murmuran al verme. El Potas se pasa el rato jurando por su madre que después del entierro va a recuperar su portátil y maldiciendo a los inútiles de los picoletos. Doy sorbos a mi cerveza sin alcohol y no digo ni mu para no alentar sus bravatas, con la esperanza de que se olvide del asunto, pero la cocaína te pone muy monotemático. El coche fúnebre aparca en la puerta de la iglesia, nos salimos a la calle, pasamos junto a la Plaza Nueva y accedemos a la iglesia de San Martín, tan punkis y anticlericales como habíamos sido. Cuando termina la misa salimos y deambulamos detrás del coche de la funeraria hasta el cementerio. Somos pocos los que acompañamos a Lolo. Faltan muchos conocidos, más de la mitad de nuestras Quintas. No están ni Rubén el Cartones, ni Lourdes la del Bienve, ni Belén, ni Lupe la del Larios. Otros solo pasaron por el tanatorio sin hacernos ni puto caso, como Miguel el Vuelcavasos. Vamos por la calle Alante a la altura del pilar y le comento al Potas que me sorprende que nadie se haya unido a la comitiva cuando cruzamos la Plaza Vieja y la Heladería. Los hombres de cháchara en los poyetes de la plaza solo observaban y le daban a la lengua.

—Foh, Álex. Cuchi, la gente cambia, joer. Y el Lolo ya no era como cuando tú lo conocías. Ya escuchaste a la rata de tu primo Priscos. Se había maleao, se envició con el basuco y ha jodido a muchos. Los que estamos somos los que lo queremos. Chas, no te rayes por eso.

Me escuece su respuesta. Me cuesta digerir cómo pudo cambiar tanto alguien que vino a visitarme casi todos los meses durante mi estancia en prisión. Solo él, el Potas, Cris, mamá y Ángela no se olvidaron de mí. Para los demás dejé de existir. Sé que al Potas le molesta, pero no me puedo callar y le comento que se me hace raro que su cuñado Miguel el Vuelcavasos no esté en el entierro y que haya sido tan pasota con nosotros en el tanatorio.

—Foh, Álex. Mi cuñao está muy tocado con lo de la depresión.

Cuchi, ¿no te has fijado en lo hinchado que está? Va muy medicado y le diagnosticaron también agorafobia. No le van bien las cosas, me da lastimica. Cris es la que está pendiente de él. ¿Te acuerdas cómo era de mozuelo? Pues sigue igual. No tiene ni trabajo ni pareja estable. Mis chiquillas, cuando cambia de novia, se marean. Me preguntan: «¿Es otra tita? ¿Y la de antes dónde está? La queríamos». Y foh. Ni sé qué decirles. Toda la vida así, no sabe echar raíces. Cuchi, y todo por la depresión, eh. No le echo la culpa a él. Foh, ¿sabes que una vez lo pillamos Cris y yo a punto de ahorcarse? Mi cuñao dejó una nota de despedida, ¡en versos! Cuchi, porque sigue con la fantasía esa de que quiere ser escritor. Pero sigue dando tumbos, tirao por ahí, en trabajos de mierda, sin poder curarse de esa depresión. Y pegándole a la farlopa además, eh. Foh, imagina los explotíos en su cabeza mezclando la coca con los medicamentos.

Enterramos a Lolo y antes de irnos del cementerio nos acercamos a la tumba de Rober el Malhecho. Ni sabía en qué hilera de nichos lo metieron. Estaba en la cárcel cuando tuvo el accidente. Él tampoco vino a visitarme ni una sola vez, así que supongo que estamos en paz. El Potas me dice que pasemos por el nicho de papá, pero le respondo que ahí no se me ha perdido nada. Los que están en el entierro de Lolo se bajan al bar del Cucaracha. De vuelta a la Plaza Nueva a por el Ford Focus, el Potas insiste en que nos tomamos un par de cervezas con ellos y nos largamos. Dejamos el coche en los aparcamientos del bar del Cucaracha, al lado del río Cubillas. En el bar charlo con Jony y el Liendres. Elenita me presenta a Ramón, su marido, y a María, la chica con la que salía, o algo así, Lolo. María está hecha polvo y le acompaña una amiga a la que se le nota incomodísima en el bar, una tal Lorena.

María me dice:

—Me alegra conocerte por fin, aunque sea en estas circunstancias. Lolo hablaba mucho de ti, te quería. Le dejaste huella, además de ese tatuaje tan raro que le hiciste en el puño.

—¿Sabes que Lolo quería que le tatuase un lobo en la espalda? Pero íbamos tan borrachos que improvisé lo de la calavera y el cuchillo en el puño. Menuda escabechina le hice.

María sonríe y lloriquea al mismo tiempo y me abochorno por contarle lo del tatuaje. Al rato nos despedimos de todos porque según el Potas «tenemos algo pendiente». Salimos del bar del Cucaracha. El Potas se acerca a un contenedor de escombros que hay junto a los aparcamientos. Rebusca entre el cascajo y encuentra una barra de hierro de metro y medio, bastante robusta. Abre el maletero y la guarda dentro. Cuando nos subimos al Ford Focus me dice:

—Joer, foh. Cuchi, ni loco me quedo aquí con estos enganchaos.

Todo eso mientras saca de su bolsillo el pedrolo de coca, lo rasga con una llave y se prepara y esnifa una loncha de un palmo. En el bar también había ido varias veces al baño, sobre todo con Chimo, el hermano de Lorena. Cuando se la enchufa se envalentona:

—Foh, vamos a por el portátil. ¡Como en los viejos tiempos, Álex!

Me paso el trayecto hasta Las Encinas pensando en qué pinto aquí, después de enterrar a Lolo, con un encocao que esconde una barra de hierro en el maletero y que pretende recuperar a mantimplazos un ordenador que le han robado por capullo. El Potas es mi amigo, pero no puedo permitirme más problemas. Estoy angustiado y solo espero que no haya nadie en esa puta casa. A la mihilla de estar vigilando desde el Ford Focus se detiene frente a la casa una furgoneta destartalá y salen tres chavales. Llaman a la puerta y les abre un hombre de unos cincuenta años. Es decir, mínimo hay cuatro. El Potas se baja del coche y abre el maletero para sacar la barra de hierro. Salgo tras él y le ruego:

—David, no puedo hacerlo. Vámonos de aquí, por favor. Que le jodan al puto portátil. Mi mujer me va a dejar, me va a echar del piso y me va a apartar de Sarah. No tengo donde ir. Tengo más jaleos de los que te he contado. No puedo joderla más. He venido por Lolo. He dejado el trabajo en el restaurante porque no me querían cambiar el día libre. La otra mañana le di una paliza en mitad de la calle a un tío del CPD al que voy y Sarah vio la sangre. No quiero más líos, ni acabar magullado otra vez, David. Por favor, no quiero perder a mi hija. ¿Lo entiendes? Cierra el puto maletero y vámonos, joder.

Empiezo a gimotear. El Potas me abraza, saca la barra de hierro del maletero y la arroja a un descampao. Nos subimos al Ford Focus. Me pongo el cinturón mientras hago pucheros y el Potas se prepara otro lambreazo, sin decir nada. Arrancamos y salimos de Las Encinas, con «I'm Not a Loser» de Amyl and the Sniffers en la radio. El Potas me guipa por el rabillo del ojo y dice:

—Álex, tío, no vamos a liarla, te lo prometo. Y foh lo que me está jodiendo no entrar en esa casa a reventarles la cabeza a esos hijoputas. Solo te pido, otra vez, que me cuentes la verdad. Foh, soy tu amigo, joer. Ya no me quedan muchos.

Saco un clínex de la guantera para limpiarme los mocos y secarme las lágrimas. Nos vamos a su piso. Ceno con Cris, Alba y Noa porque el Potas no tiene hambre y va «cansado». Le relato a Cris lo que me pasa. Me da ánimos e insiste en que cuente con ellos para lo que sea. Charlamos también sobre Polly y Lupe la del Larios. Cris me cuenta algunos detalles sobre la depresión de su hermano Miguel el Vuelcavasos. A Álvaro y Sergio, sus otros dos hermanos, les va bien, tienen estabilidad, buenos trabajos, mujer e hijos. Me voy a la cama, cruzando mensajes con Vanessa hasta que me quedo dormido. Por la mañana, mientras nos fumamos un cigarro antes de que me acerque a la estación de autobuses de Granada, al Potas le llega otra alerta al teléfono avisándole de que su portátil se ha vuelto a encender.

Esta vez en Avignon, Francia.

Trankimazín

Si Lolo metió la pata fue porque le sentaban fatal los éxtasis. Jony, el Liendres, Dani y él comenzaron a trapichear con pastillas. Una tarde Lolo estaba con el Liendres, Lupe y Polly en el bar de la Chari, dando la nota, de subidón de pastillas. Entraron Pili y su novio el Sofisticao, que no podía ver a Lolo porque sospechaba que follaba con su novia. Tuvieron un encontronazo y los separaron. Polly sacó a Lolo a la terraza y se tomaron un cubata juntos para que se apaciguara. Lolo empastillao hablaba como una cotorra. Polly le preguntó si era verdad que se liaba con Pili.

—Qué va. Bueno, nos enrollábamos antes. La última vez fue en la noche de San Isidro, cuando la palmó el Esmayao. La Pili me coló en su propia casa con sus padres durmiendo en la habitación de al lado.

—Lolo, ¿ese San Isidro? Álex me dijo que estuvo contigo toda la noche en tu casa.

—Ah bueno, es verdad, Polly. Sería en Las Cruces la última vez que follamos. O en Las Quintas. Yo qué sé. No me acuerdo.

Polly siguió interrogándole y Lolo contradiciéndose lo que le duró el efecto de las pastillas.

Al día siguiente Polly se pasó por casa. Cogí un taleguillo de chocolate y saltamos la valla del patio de las escuelas. Pensé que tal vez todo volvería a ser como antes y que Polly me echaba de menos. Me hice un porro, presumiendo porque ya no me daba vergüenza liarlos delante de nadie, mientras observaba a Polly, iluminada por la farola de la esquina de la calle, sentada en la grada de la pista de futbito, con una chaqueta de chándal, vaqueros y el pelo recogido en una coleta. No tardé en intuir que vino a buscarme para sonsacarme detalles que no le cuadraban. Ya sabía la versión que murmuraba el Entretenío y me contó las paridas que Lolo le dijo en el bar de la Chari. Me pidió explicaciones.

—Estuve con Lolo esa noche de San Isidro, Polly. Se habrá confundido.

Me miró igual que lo hizo mamá cuando salimos de la Casa Cuartel, con la certeza de que mentía. Seguía sin encajar la misteriosa amistad que había surgido entre Lolo y yo. Escuchar a Lolo empastillao la terminó de convencer de que yo ocultaba algo turbio. Mientras le daba una calada a un porro insistió:

—¿Qué pasó con tu padre, Álex? ¿Lo tiraste por las escaleras tú solo o te ayudó Lolo? Lolo está zumbado, Álex, tú no eres como él, aunque ahora vayas de chulito.

Me enfadé.

—¡Deja de comerme la cabeza con eso! ¿Por qué pollas te importa tanto lo que pasó? ¡Estuve con Lolo, joder!

Polly me gritó:

—¡Porque nunca me dices la verdad, Álex! ¡Te lo callas todo! ¡Eres un embustero, pensaba que eras diferente!

Le respondí de mala manera:

—Solo quiero ser como los demás, ¿te enteras o no? Te lo he repetido mil veces.

Entonces Polly me rompió el corazón:

—A ti lo que te pasa es que estás enamorado de Lolo.

Me dolió lo que me dijo, asumiendo que a mí solo me gustaban los tíos y obviando que estaba coladísimo por ella desde niños. Terminamos de fumarnos el porro, saltamos la valla de las escuelas y paseamos sin dirigirnos la palabra hasta los contenedores de basura que había al final de mi calle. Le dije adiós y di unos cuantos pasos.

—¡Espera, Álex!

Polly se acercó y sacó de la chaqueta de chándal una cinta recopilatoria. Era la primera vez que me grababa algo eligiendo ella misma las canciones.

—La primera que he metido ha sido «She» de Green Day, porque me recuerda a ti.

Me dio un beso en la cara y se fue. Entré en casa, me encerré en mi habitación, me tumbé sobre la cama y puse la cinta en el radiocasete. Cogí la carcasa para ver la lista de canciones. Me gustó ver su letra y se me hizo raro que me grabara una cinta personalizada. Soñé que todas las canciones decían cosas bonitas, aunque igual Polly no le echaba cuentas a las letras y solo le interesaba el ruido y la música. Si no, no me habría dicho que me gustaba Lolo y ya se habría dado cuenta de que estaba loco por ella por las cintas que le grababa yo.

Sonaron las canciones, una detrás de otra. «She», de Green Day. «At My Most Beautiful», de R.E.M. «Oceans», de Pearl Jam. «Black Hole Sun», de Soundgarden. «La La Love You», de Pixies. «Disarm», de los Smashing Pumpkins. «Would», de Alice in Chains. «In the Mouth a Desert», de Pavement. «Do You Feel the Same?», de Silverchair. «Swallowed», de Bush. «The World Has Turned and Left Me Here», de Weezer. «Ain't that enough», de Teenage Fanclub. «Connection», de Elástica. «Just Like Heaven», de The Cure. «Creep», de Radiohead. «Plush», de Stone Temple Pilots. «Don't Speak», de No Doubt. «Dear Lover», de Social Distortion. «Drain You», de Nirvana... La volví a poner desde el principio varias veces, analizando cada título, cada detalle, los noventa minutos que duraba, fantaseando con que tal vez Polly quería decirme con canciones lo que sentía por mí, del mismo modo en que yo lo hacía. Todas las canciones eran en inglés y no entendía nada.

Después de su cinta recopilatoria me empeñé en dejarle claro que también podía estar con mujeres. Empecé a enrollarme con chicas en la discoteca de la Chari o en el pub del Hocicoperro. Quería demostrarle a Polly que estaba equivocada. Trabajar en la construcción, ligar con chicas del pueblo y el puñetazo que le endiñé al Entretenío me envalentonaron. Comencé a ser peor persona de lo que ya era y dejé de esconderme tras la máscara de chico raro y sensible. Seguía sintiéndome inseguro la mayor parte del tiempo, pero eso ya no importaba tanto. Estaba hasta la polla de todo y solo quería que Polly supiera lo que sentía por ella, pero no sabía, ni todavía lo sé, cómo decir «te quiero».

Entre el trabajo y las escaramuzas sociales con las que pretendía ser igual que los demás, los días pasaban volando. El único aliciente a tanta rutina eran los ratos que tocaba con la Orquesta Amanecer o los ensayos con Trankimazín. Así, haciendo el tonto, fue pasando el tiempo. Las Castañas, las navidades, Las Candelarias, Las Cruces, el San Isidro... Se predijo que para el año 2000 fallarían las computadoras, pero solo noté la catástrofe en mi cabeza. Los fascistas arrasaron en las elecciones y lograron mayoría absoluta para seguir jodiéndonos. En la televisión empezaron a emitir Gran Hermano. Cuando era niño imaginaba que al cambiar de siglo habría coches voladores, pero solo veía a tontos del culo por todas partes, incluyéndome sobre todo a mí. Cesaron las habladurías sobre lo que pasó con papá. Estaba cómodo en Villa de la Fuente. Lo único bueno de los noventa fue que se terminaron.

A mediados de mayo del año 2000, Trankimazín grabamos nuestra primera y última maqueta. La titulamos: Si hay futuro, aquí no está. En la cara A: «Okupa tu propio nicho» y «A base hostias». En la cara B: «Picoleto subnormal» y «Sin Dios ni novia». Nos reseñaron en la revista Bajo Cuerda:

TRANKIMAZÍN, Si hay futuro, aquí no está. Autoproducción.

Cuarteto de Villa de la Fuente practicando punk en su línea más tradicional. Esta es su primera maqueta y, según nos informan, es el adelanto de lo que esperan que sea su primer CD. Los temas son todos en castellano y hablan de sucesos que ocurren a nuestro alrededor. Sin duda, otra banda a tener en cuenta. Muy guapa la maqueta, que se hace corta y en la que destaca el último tema: Sin Dios ni novia.

Sacamos doscientas copias y yo dibujé en la portada el mismo ataúd que me tatué en el brazo izquierdo. Nos tomamos en serio el grupo durante ese tiempo y pusimos dinero entre todos para alquilar un estudio profesional donde grabar la maqueta y que sonase bien. Lo hicimos en los estudios La Leñera. El técnico no sabía grabar guitarras y en nuestra maqueta la de Miguel el Vuelcavasos sonaba guarrísima. Disfrutábamos ensayando. En el pueblo nos llamaban los minipunkis, porque éramos unos críos. Las Vulpes decían que «ser punki de verdad es ser inconformista a tope, antisocial a tope, saber que esto es una mierda y estar comprometido». Queríamos ser como ellas. Poco después de sacar la maqueta, nos disolvimos.

Miguel el Vuelcavasos se enfadó conmigo porque le choriceé el dinero para una bellota de hachís que quería pillar. Me dio el dinero porque iba a pasarme por el Polígono de Almanjáyar con Lolo y Jony y me lo fundí en coca. Y lo peor es que me reí de él en su cara cuando regresamos a Villa de la Fuente y nos encontramos en mitad de la discoteca. Le dolió, fui un capullo con él y acabamos a las hostias. Le devolví el dinero, pero ya nada volvió a ser igual. Miguel iba siempre a dos velas aunque trabajaba en la aceituna, mamonando olivos o haciendo temporadas en Francia, compaginándolo siempre con los estudios. Lucas, su padre, no le soltaba ni un duro de lo que ganaba. Mi padre, el suyo, el de Jony, el de Lolo..., todos parecían salidos de la misma fábrica de cretinos. Cuando hablábamos de ellos era como si todos tuviésemos el mismo puto padre cabrón, costaba distinguir unos de otros. Las cinco mil pesetas que me dio para pillarle costo eran un regalo de cumpleaños de sus abuelos. Entiendo que se hartase de mí, por tomarle por tonto, comportarme como un imbécil y darle la espalda en cuanto me hice amigo de Lolo. Nos prohibió usar las canciones que había escrito y Trankimazín dejó de existir, porque a ninguno se nos ocurrían letras decentes. Cuando formamos Super Glue-3 como trío fue un desastre.

Pero fue bonito estar en Trankimazín y sonar tan potentes antes de desaparecer. Unos teníamos trabajos precarios, otros estudiaban haciendo muchos sacrificios y los cuatro albergábamos pocas expectativas de futuro, pero la música nos hacía soñar. La maqueta era cañera y le veíamos posibilidades a grabar un disco con alguna compañía independiente de las que nos gustaban, como Discos Suicidas o WC Records. Las letras que escribía Miguel el Vuelcavasos eran distintas a las que escuchábamos en otras bandas punkis y las ilustraciones que yo dibujé en las cubiertas nos daban un toque siniestro que llamaba la atención. Fantaseábamos con poder salir del agujero donde nos pudríamos a través de la música. Mandamos la maqueta a fanzines, revistas, radios libres y concursos, con la esperanza de que el punk nos salvase.

Nos seleccionaron para la XI edición del SalinasRock, un concurso que se celebraba en un pueblo al lado de Villa de la Fuente. Ojalá no hubiésemos ido nunca allí. Enviamos la maqueta para probar suerte, porque las cien mil pesetas del primer premio nos vendrían

de lujo para recuperar la inversión que hicimos con la cinta y darnos algún homenaje. El sábado 1 de julio íbamos a tocar en el campo de fútbol de nuestro antiguo instituto, en el albero donde nos ponían a hacer educación física. Participábamos seis bandas en el concurso de maquetas y María del Mal, como invitados y cabeza de cartel. Las semanas previas ensayamos hasta dejarnos los dedos, las manos y la voz. Nos motivaba la posibilidad de ganar cien mil pesetas y empezar a hacernos un nombre triunfando en nuestra propia comarca.

El día del SalinasRock cargamos los instrumentos y amplificadores en los coches del Potas y Rober el Malhecho. Nos acompañaron algunos amigos para apoyarnos. Cris, por supuesto, la primera. Mi primo Antoñico el Priscos y Juanillo el Bruce Lee, porque no tendrían nada mejor que hacer. Y cómo no, se vino Polly. Solía apalancarse con un litro de cerveza y un porro a ver nuestros ensayos y además le gustaban María del Mal y por nada se lo iba a perder. A pesar de los malos rollos, confiaba en que se podría arreglar nuestra amistad, mientras intentaba reunir el valor para decirle «te quiero». Aparcamos los coches dentro del campo de fútbol, en la zona habilitada para ello. Polly estaba preciosa, con una camiseta de The Smashing Pumpkins, botas y unos vaqueros. Todos los ojos se paraban en ella, porque deslumbraba con su belleza grunge, su pelo rubio, sus ojos marrones y su infinita sonrisa. Mientras hacíamos la prueba de sonido tuvimos una discusión con otro grupo, unos niños pijos de pelillos grasientos. Se pusieron bordes porque no querían que usáramos su material. En ese tipo de concursos la batería la suele poner una banda y luego cada grupo sus platillos y demás. Los de la organización mediaron y la gresca cesó.

Salimos del campo de fútbol y nos sentamos en los bordillos de la acera junto al portón de entrada para hacer botellón, rodeados de contenedores y bajo la sombra de un álamo. En un vaso de cubalitro con ron y refresco desmenuzamos un par de éxtasis, fumábamos porros y de vez en cuando caía alguna loncha. Era una tarde bonita y hacía calor. Los cubitos duraban lo que un suspiro. Polly hizo una broma sobre mi corte de pelo y nos reímos. Luego me dijo:

—Me gustabas con el pelo largo, pero ahora estás más guapo, Álex.

Me ruboricé por la posibilidad de que ella viese algo de belleza en el despojo con patas que solía ser. Aunque había cambiado, con Polly seguía mostrándome inseguro, vulnerable y torpe. En la previa del concurso estuvimos juntos, riendo, tonteando, tirándonos indirectas como nunca. Parecía que volvíamos a ser amigos como antes, pero había algo nuevo en las palabras que cruzábamos, quizá desinhibidos por las pastillas mezcladas con alcohol que nos disparaban la serotonina. Incluso Cris me preguntó durante el botellón que cuándo íbamos Polly y yo a dejarnos de tonterías y liarnos. Estábamos pasándolo bien tiraos en la acera, hasta que mi primo Priscos y Juanillo Bruce Lee se metieron en una pelea de borrachos y tuvimos que interceder. Miguel el Vuelcavasos y yo nos pusimos bravucones y los demás se enojaron por enzarzarnos en otra trifulca, justo antes de un concierto que se suponía importante para nosotros. No dejaba de hacer el gilipollas en cuanto podía para que mis amigos supiesen que ya no era tan parguela.

El campo de fútbol, atestado de punkis, nos cegó de optimismo. Trankimazín tocábamos los últimos del concurso, antes de María del Mal. Nos acomodamos en la barra para ver las actuaciones. El primer grupo subió al escenario. Eran los estiraos con los que discutimos montando el equipo, tres niños pijos de caras pálidas, con camisetas a rayas blancas y negras, como si regresaran de dar la vuelta al mundo en un barco. Rasgaron cuatro notas para afinar los instrumentos. El cantante y guitarra se acercó al micro:

—¡Hola, peña! ¡Somos Los Soñadores y queremos conquistar vuestro corazón!

Desde la barra nos partimos la polla de risa. La marabunta punki los abucheó. Alguno se cagó en sus muertos a voces. Nunca había visto tocar a una banda pop y me sorprendió que lo hacían como desganados, mirando al suelo, sin la rabia con la que nosotros aporreábamos los instrumentos. El bajista le daba la espalda al público. Cris señaló que copiaba a May de Los Planetas, quien lo hacía por timidez. Ozzy Osbourne dijo que si él fuera a un concierto y viera a un músico hacer eso le tiraría una lata de cerveza a la cabeza. La canción era sensiblera, empalagosa e intensa. Los fraseos del estribillo me abochornaban, aunque a Miguel el Vuelcavasos le resultaban poéticos. Su cursilería daba ganas de vomitar y nos

crecimos porque los veíamos fáciles de superar, por muy creído que se lo tuviesen, aunque fuesen mayores que nosotros y tuviesen instrumentos caros. Eso sí, el cantante tenía una planta espectacular y su voz, cuando se le entendía, era bonita. Cuando terminaron el primer tema, Cris vociferó en el corrillo que formábamos en la barra:

—¡El tío que canta se parece a Kurt Cobain!

El doble de Kurt Cobain aguantaba sobre el escenario los insultos, silbidos y escupitajos de los punkis. El Potas gritaba:

—¡Popero muerto, abono pa mi huerto!

Cris le echó una bronca.

Dos canciones más y por fin la última. El Kurt Cobain de pega agarró el micrófono con apatía:

—Esta se titula «Te necesito, pero todavía no lo sé». Quiero dedicársela a esa chica tan hermosa del público a la que no puedo quitar ojo y me tiene aturdido con su sonrisa. ¡Va por ti, nena! ¡Viva The Smashing Pumpkins!

Se había pasado la actuación mirando al suelo, pero debía tener un tercer ojo en la coronilla para fijarse en Polly y su camiseta. Al terminar conquistaron un rapapolvo grandioso, con lanzamiento de objetos incluido. Encabronaron a los punkis. Sus camisetas de marineros daban la misma grima que un tricornio de la Guardia Civil. Los siguientes en subir a las tablas fueron Autopsia, una banda de black metal. La concurrencia no les prestó demasiada atención. Nosotros seguíamos de cachondeo, fumando y bebiendo. El humo de los porros nos envolvía en una nebulosa mientras los gritos guturales del cantante de Autopsia hacían pedazos el atardecer con su cacofonía. Polly y Cris vendían copias de Pueblo Podrido #1. Veíamos a desconocidos hojeando nuestro fanzine en el campo de fútbol, se los pasaban unos a otros entre risas. Nuestra moral flotaba por encima de las nubes.

Un chico se acercó para comprarles un fanzine. Era alto, guapo, transmitía seguridad, con sus ojos negros, el pelo largo, rubio y

churretoso y una camiseta a rayas. Compró un ejemplar mientras conversaba con Cris y Polly. Cris le presentó al Potas diciendo:

—Este era uno de los punkis que te abucheaba.

—¿No serás uno que se ha cagado en mis muertos? Joder, lo he escuchado desde arriba y me he puesto triste.

—No, no. Foh, ese no fui yo. Yo era el de «popero muerto, abono pa mi huerto».

—Ah, vale. Ja, ja, ja.

El tío se lo tomó bien e hizo buenas migas con Cris, Polly y el Potas, que parecía haber olvidado el encontronazo que tuvimos con ellos por no querer que usáramos su batería. Cris me presentó al Kurt Cobain de oferta.

—Álex, este es Toni, de Los Soñadores.

Nos estrechamos la mano.

Se quedó con nosotros. Nos engatusaba con su amabilidad y su simpatía arrolladora. Sostenía el ejemplar que había comprado de nuestro fanzine en la misma garra con la que sujetaba un porro que no era suyo y me preguntó si la portada la había hecho yo, porque Polly acababa de decirle que dibujaba.

—No, la portada es de Polly. Yo pinto chistes y tonterías para rellenar páginas, las entrevistas y ya está.

Se fue corriendo a elogiarle la portada a la autora. Me estaba empezando a tocar los huevos. Había algo en él que me escamaba. Además, me daba celos y envidiaba el encanto, la determinación y la belleza que irradiaba. A su lado yo no valía nada, me sentía poca cosa, con mi pelo rapado, una camiseta vieja, unos pantalones militares de camuflaje reventados y mis tatuajes raros. Por mucho que me esforzase en dar el pego como punki, solo era un niñaco que iba a cumplir diecinueve años en cuatro días. Toni sabía que la naturaleza le había agraciado con un ligero parecido a Kurt Cobain que él potenciaba con una vestimenta desaliñada semejante a la del mismísimo Kurt. Fantaseé con que ojalá se sacara de debajo de su

camiseta de marinero una pistola para volarse los sesos allí mismo. A lo de guapo le añadía una cultura musical impresionante y un carisma irresistible. Sabía camelarse a la gente y hasta ponía atención a las gilipolleces que le contaba Juanillo Bruce Lee, con lo pejigueras que se ponía. Cuando se ganó a todos nos dio la tabarra con su grupo.

Los Soñadores eran una banda indie que ya habían editado un par de maquetas. Acababan de grabar su primer LP, que saldría a la venta en septiembre, con una compañía independiente. Toni dijo que les vendría bien ganar el primer premio del SalinasRock, no por el dinero sino porque los premios daban prestigio y reconocimiento. Insistía en que ponían sus maquetas en Radio 3, significara eso lo que significara. Habían teloneado a un montón de bandas importantes que no ubicábamos. Tenían experiencia y se tomaban en serio la música. Lo escuchábamos con atención porque nos deslumbraban los detalles sobre la industria musical que no conocíamos y nos resultaba lejana. Me resistía a que Toni me cayese bien, a dejarme envenenar del todo por su embrujo, pero me fascinaba oírle. Cuando a tu vida entra una persona que deja una marca tan oscura, lo hace envuelta en un halo de encanto y fantasía.

Uno tras otro tocaron el resto de los grupos: AK-47, La Tribu e Ilíberis. Un tipejo de la organización nos buscó en la barra porque era el turno de Trankimazín. Se hizo el gracioso pidiendo que le enseñásemos los DNI, preguntándonos si nuestros papás sabían que actuábamos, que igual nos castigaban si aparecíamos a deshoras por casa. Toni se carcajeó. Cris nos deseó suerte y besó al Potas, antes de ponerle de punta la cresta. También abrazó a su hermano Miguel. Polly insistió en que tocásemos acelerados como en los ensayos en la cochera del Malhecho. La sanguijuela de Toni nos dio ánimos y nos advirtió que cuidásemos de la batería. Miguel, Rober, el Potas y yo nos subimos al escenario. Toni se quedó con Cris y Polly. Juanillo y mi primo Priscos deambulaban de un lado para otro haciendo el tonto. Me jodía el puto Toni de Los Soñadores. Era más guapo, más mayor, más listo, nos contó que acababa de comprarse un Seat Ibiza GTI rojo, cantaba bien y se parecía al puto Kurt Cobain. No le daba lache mostrar sus sentimientos, sobre el escenario o a un centímetro de tu oreja. No podía sacarme de la

cabeza su voz melosa mientras enchufábamos los instrumentos. Me incomodaba y desarmaba. Yo era incapaz de aceptarme a mí mismo, porque lo que era no le gustaba a nadie. Si estaba más integrado en el pueblo se debía a mi obsesión de imitar a los demás. Las drogas y el alcohol evitaban que me tirase al escenario de rodillas para hincharme a llorar antes de nuestra actuación. Al vernos las pintas, los punkis que eran legión en el campo de fútbol nos ovacionaron. Sin tocar una sola nota nos los habíamos metido en el bolsillo. El Potas nos alentó diciendo que íbamos a ganar, fijo. Yo sujetaba mi bajo Squier. Una chica de la organización me pidió que por favor me quitase el porro de la boca y ni rechisté. Las luces parpadeaban y los instrumentos se acoplaban con un chirrido estridente. El Potas, con su cresta, paseaba desafiante por el escenario, sacando la lengua y haciendo gestos obscenos. Miguel el Vuelcavasos afinaba la guitarra. Rober el Malhecho golpeaba las baquetas con timidez contra los platillos. Me acerqué, le di una patada al bombo de la batería y le lancé un lapo solo por joder a Los Soñadores. Desde la mesa de sonido nos levantaron un dedo para que arrancásemos. Me temblaban las manos. Cuando miraba el albero solo veía a Polly con su camiseta de The Smashing Pumpkins riendo con Toni de Los Soñadores. Las miradas de los asistentes acrecentaban mi desasosiego. Empezamos a meter ruido, pero no daba una con el bajo, entraba tarde, cavilando con que quizá debería haber esnifado más farlopa para ser más valiente. El Potas me gritó que espabilase y algún sonido coherente fue saliendo de mi instrumento barato. Teníamos cuatro temas para tocar y decidimos hacerlo del tirón, sin ninguna pausa. Lo habíamos ensayado cien veces. Los punkis del público nos contagiaron su entusiasmo y nos veíamos capaces de ganar el primer premio. Trankimazín sí iba a por las cien mil pesetas, qué hostias. Por eso estábamos allí. El prestigio solo le importa a quien tiene dinero.

Un tema, otro, el siguiente y «Sin Dios ni novia».

Dimos un concierto brutal. El Potas parecía poseído por Iggy Pop. Miguel freía las cabezas de todos a guitarrazos y Rober aporreaba la batería con rabia. Antes de terminar «Sin Dios ni novia» al Potas se le ocurrió que debíamos darle algo más a la concurrencia, aunque las normas del SalinasRock especificaban que solo podíamos tocar cuatro canciones. Nos dijo en la parte instrumental que

versionaríamos «Cerebros destruidos» de Eskorbuto y que yo me acercase al micro para cantarla, porque él no se la sabía bien. Después de «Sin Dios ni novia» el Potas gritó: «¡Cerebros destruidos!», y comenzamos a interpretarla. La chica de la organización nos quería matar. A los punkis se les fue la cabeza y nos escupían y tiraban vasos de plástico llenos de cerveza, pero de forma más cariñosa que a Los Soñadores. Desde el escenario continuaba viendo a Polly y Toni, levitando en un universo paralelo, intercambiando risitas y gestos cómplices. Era como si los focos del campo de fútbol los iluminasen solo a ellos dos. Me consumía la cólera creyendo que Toni iba a joderlo todo, como si Polly y yo tuviésemos algo. Cuando grité mil veces al micrófono «¡ya estáis muertos, ya estáis muertos!» era como si tragase alfileres. Se rompió una de las tablas del escenario y se me hundió la pierna hasta la ingle, como una metáfora irónica de mi caída al abismo. Me hice peazos, pero pude sacar el pie y tocar hasta el final. Les grité a los demás que tuviesen cuidado, que el escenario cedía, mientras se despollaban de mí.

Con diferencia fuimos los más ovacionados del XI SalinasRock. Mientras recogíamos los instrumentos, el Potas reiteraba que íbamos a ganar y que habíamos tocado mejor que en los ensayos. Guardamos el equipo en los coches, confiando en volver a sacarlo cuando anunciasen el ganador y nos soltasen las cien mil pesetas. Volvimos a la barra para ver la actuación de María del Mal. Polly me abrazó al verme. El pesao de Toni seguía allí.

—¡Ha sido la hostia, tío! ¡Me ha encantado cómo has cantado la de Eskorbuto, Álex! ¡Se te da mejor que canturrear por Triana!

Subidón de adrenalina. Tal vez era el momento de decirle por fin lo que sentía, aunque estuviese peluseando a nuestro lado Toni de Los Soñadores. El Kurt Cobain de corchopán era un imprevisto con el que no contaba, pero necesario para que, de una vez por todas, fuese valiente. Los punkis de alrededor nos daban la enhorabuena y nos felicitaban, interrumpiendo lo de abrirle mi corazón a Polly y dejar de padecer miedo. Todos querían comprar nuestra maqueta y el fanzine. Nos pasaban litronas y porros. Unos heavies nos hicieron una entrevista con bolígrafo y papel para una revista. Se empecinaron en sacarnos una fotografía. No había forma de

quedarme a solas con Polly. Cuando rechinaron los punteos iniciales de «Picadura de escorpión» la miré de lejos. Era la canción que más nos gustaba de María del Mal y esperaba que Polly me buscase para saltarla y cantarla. Pero Toni no la dejaba ni moverse. Le hablaba al oído y ella se tocaba el pelo, mientras sonreía. Odiaba cuando papá sentía celos de mamá y en esos instantes me comportaba como él. Toni era todo lo que yo ansiaba ser, me habría gustado parecerme a él, operarme y trasplantarme su cara, y que esas risas de Polly mientras se manoseaba el pelo fueran conmigo. También podría haberme acercado a ella cuando sonaron los primeros acordes de «Picadura de escorpión», pero no lo hice. Preferí odiarme y autocompadecerme. Estaba despechado y los porros, las rayas, las pastillas y la bebida no hacían más que ponerme estúpido y agresivo. Me notaba insignificante, feo y ridículo. Entonces Juanillo me dio un codazo. Pensé que me iba a invitar a otra loncha.

—Álex, ven a conocer a unas amigas.

Me presentó a dos chicas. Polly dijo antes de una de ellas que era una gilipollas y una falsa que ahora iba de punki, que no la soportaba. Juanillo y yo estuvimos charlando con ellas. Les había encantado Trankimazín, estaban seguras de que íbamos a ganar. Juanillo me dijo:

—Le gustas a la morena, me lo ha dicho. Tírale fichas, a ver si puedo ligarme yo a la amiga.

Estela. La morena. La punki de plástico que le caía mal a Polly. Tonteando con Estela podría llamar la atención de Polly. Estela era guapa, con mechas en el pelo, unos leggins de leopardo, las orejas taladradas de aretes y algunos tatuajes en los brazos. Me preguntó la edad y nos reímos. Nos enseñamos uno a otro los tatuajes y no se creía que los míos me los había hecho yo mismo. Le expliqué cómo funcionaba mi máquina de tatuar casera, mientras miraba de reojo a Polly, que seguía pasando de mí. Debía ponerla todavía más celosa, así que le pregunté a Estela si podía besarla. Me echó sus brazos tatuados al cuello y nos morreamos. Juanillo desapareció con la amiga. Besaba a Estela con los ojos abiertos para ver la reacción de Polly. Le daba igual. Fui a la barra a por más cerveza, Cris se acercó para decirme:

—¿Qué haces, Álex? ¿Y Polly?

—Que le jodan a Polly, ella está bien sin mí con el payaso ese.

—Álex, pareces tonto. Polly te grabó una cinta y tú lo único que haces desde entonces es comportarte como un capullo y liarte con otras.

Me desconcertó que Cris supiese de la existencia de la cinta recopilatoria. Estela volvió a besuquearme, mientras sujetaba dos vasos de plástico con cerveza en mis manos e intentaba digerir las palabras de Cris: Polly sentía algo por mí. Pero al ladear la cabeza hacia donde estaba la vi feliz con Toni, cada vez más cariñosos. Quizá se merecía a alguien mejor que yo. Si esto hubiese sido una película romántica me habría acercado en esos instantes a Polly para decirle que la amaba más que a nada en este puto mundo asqueroso y que nos dejásemos de tonterías. Luego nos besaríamos. Toni y Estela saldrían volando del albero como dos cohetes, estallarían en el cielo y nosotros estaríamos juntos para siempre.

Pero no me arrimé. Me quedé con Estela, viendo a María del Mal. Cuando iban a anunciar al ganador del concurso de maquetas busqué al Potas, Miguel y Rober. Polly y Toni ya no estaban en la barra. La gente gritaba:

—¡TRANKIMAZÍN TRANKIMAZÍN TRANKIMAZÍN TRANKIMAZÍN TRANKIMAZÍN!

El concejal engominado y emperifollao que daba el premio se subió al escenario, agarró el micrófono y soltó un peñazo de discurso antes de anunciar a los ganadores. El público seguía chillando:

—¡TRANKIMAZÍN TRANKIMAZÍN TRANKIMAZÍN TRANKIMAZÍN TRANKIMAZÍN!

El concejal dijo:

—Los ganadores de la XI edición del SalinasRock son, redoble de tambores, tum tucutum pum pum: ¡LOS SOÑADORES!

Los espectadores protestaron. Canturreaban «¡tongo, tongo, tongo!». El concejal esquivaba los escupitajos y los vasos de plástico que le

lanzaban. Nos quedamos sin las cien mil pesetas del primer premio. Nos habían robado el éxito, pero me la sudaba ya todo a esas horas de la noche. Los Soñadores se encaramaron en el escenario entre los silbidos e insultos de la gente. Toni dio las gracias a los miembros del jurado y anunció que tocarían algunas canciones nuevas de su próximo LP. Sonaron dos o tres canciones vomitivas. Mirando al suelo, Toni avisó de que interpretarían el último tema y se lo dedicó a una chica que acababa de conocer, diciendo que si crees en la magia, lo bello ilumina tu vida como un amanecer o alguna patraña así, mientras le llovían lapos y vasos de plástico con cerveza. Se titulaba «Siempre hay un final feliz».

Un, dos, tres, vamos

Una serpiente se ha tragado un sombrero o un elefante.

Una flor me ha dicho que hay muchas flores en el universo.

Yo seré el guerrero que clave una espada

en el corazón de todos tus demonios.

Polly se ruborizó. Le brillaban los ojos. Yo estaba cohibido con la idea de que no valía nada. Que alguien se enamorase de mí y me quisiera era un imposible. Solo era un rollo de una noche para las personas con las que me liaba. Alguien con quien follar y del que olvidarse después de correrse. Un chico de usar y tirar. Un nudo en un condón y ya está. Fin de la magia. Estela se esfumó. Antes me dijo que Los Soñadores eran una copia barata y mala de Los Planetas. Cuando terminaron su actuación de campeones, la fiesta continuó en el campo de fútbol.

Fui con Rober el Malhecho a los vestuarios donde estaban los aseos para meternos una raya. Dentro nos encontramos al Potas con Toni de Los Soñadores.

—¡Foh, qué viciosos los minipunkis! Ja, ja, ja. Es broma, tíos. Chas. Yo estoy aquí de lo mismo con Toni. Cuchi, es buen tío, me va a pasar un contacto pa que pongan nuestra maqueta en Radio 3.

Toni sonrió. Le caía bien a toda la pandilla. Cada vez que Toni abría

la boca nos quedábamos obnubilados y cualquier payasada que soltaba sonaba convincente. Me debatía entre las ganas de follármelo o de partirle la cabeza. Lo que todavía no sabíamos el Potas y yo es que se la sudábamos nosotros dos y se la sudaba nuestro grupo. Se la sudaban las cien mil pesetas que acababan de ganar. Lo único que le interesaba de aquella costra inmensa de punkis borrachos y drogados que merodeaban por el campo de fútbol era Polly.

Polly era una fanática de Nirvana, obsesionada con Kurt Cobain. Encontrar a alguien con ese extraordinario parecido físico y ese carisma fue un flechazo con ballesta en su corazón. Rober el Malhecho se fue con unos tíos que entraron a los vestuarios para presentarles a un heavy colega nuestro que vendía pirulas. El Potas entró en un aseo a cagar y me dejó solo con Toni, que seguía contándome paridas. Veía mi propio reflejo en el espejo sucio y daleao del baño y me daba asco. Al lado del guaperas de Toni era como un grafiti tapado con otro mejor encima. Toni se preparaba una raya, sin poner una para mí después de que el Potas lo invitase. Me molestó que fuera tan rata y le dije:

—Oye, pon otras dos, que mi colega el que está cagando te ha estado conviando toda la noche.

Toni hizo dos lonchas enanas. Seguía dándome coba, a pesar de lo cortante que había sido con él.

—Polly dice que tienes una máquina para tatuar. Joder, quiero que me pintes un Peter Pan en el pecho. El de Disney. ¡Pura magia, tío! Polly me va a hacer el diseño, dibuja muy bien.

¿Un Peter Pan en el pecho? Me cago en tu puta madre, cabrón.

—Polly dice que ya dejasteis de hacer el fanzine que pillé. Podemos hacer uno nosotros, tío. De movidas musicales y tal, que están de moda. Lo podemos mandar a Radio 3 para hacerle publicidad. Tengo contactos importantes en este mundillo.

Solo podía pensar en que me cagaba en sus putos muertos más frescos y que ojalá pusieran una bomba en Radio 3.

—Polly esto, Polly lo otro. Polly. Polly. Polly.

Parecía un disco rayado, así que le provoqué.

—No he escuchado nunca a Los Planetas, pero todos ahí fuera dicen que los copiáis mal.

Mi chiste le sentó a Toni como una patada en los cojones. Cuestionar su originalidad y nombrar a Los Planetas era la kryptonita de su ego y autoestima, la única forma de sacarlo de quicio, de encenderlo. Se trastabilló, se recolocó el flequillo y encendió un cigarro. Entonces me soltó:

—A ver si os pensabais que ibais a ganar. El punk está desfasado y muerto. Es música de piojosos. Por muchos aplausos que os hayan dado esa panda de idiotas, los del jurado son colegas. Sabíamos que el premio era nuestro, ¿si no para qué te crees que hemos venido a este pueblo de catetos? Sonamos en Radio 3, somos casi profesionales. Nos limpiamos el culo con las cien mil pesetas. Jugamos en otra liga. Y menudo bajo roñoso de la marca la pava que tocas, criajo.

Le dije que vale, que me la sudaba. Pero estaba ardiendo. Y me tenía que joder porque la puya de Los Planetas se la solté yo. Toni continuó derrapando.

—Las discográficas y las chicas me quieren a mí. Y me voy a follar a tu amiguita. Espero que no te importe. No es tu novia, ¿no? Porque veo que no le haces ni puto caso.

Me noqueó y no pude articular una respuesta, por lo drogado que iba y porque lo que acababa de escuchar no parecía provenir de los labios de ese ángel cósmico caído sobre los Montes Orientales que era Toni. No salía de mi asombro. Quizás esa retahíla era imaginación mía, una paranoia por mezclar sustancias. Pero no. Toni apostilló:

—Voy a hacerme una paja. Tengo tantas ganas de follarme a esa puta que quiero aguantar todo lo que pueda. Me la voy a follar como no lo ha hecho nadie.

Me atribulé. Si le soltaba un puñetazo todos lo achacarían a un ataque de envidia y celos. Eso era lo único en lo que pensaba. Pero debía hacer algo. Le dije:

—Oye, gilipollas, no hables así de Polly. Es mi amiga ¿vale?

Cuando apreté el puño para hundírselo en la cara, me descolocó y volvió a hundirme diciendo:

—¿A ti que más te da? Si tú eres maricón.

Se lo habría referido Polly, como lo de mi máquina de tatuar. No me entraba en la cabeza que Polly le contase mis secretos a un inútil al que acababa de conocer. ¿Eso valía nuestra amistad? ¿Así de frágil era la confianza que construimos desde pequeños? ¿Se me reflejaba en la cara que era maricón? ¿Había sobre mi cabeza un arco iris con un luminoso que indicaba que a veces me comía una polla o qué? Me bloqueé como cuando papá me hacía daño. Toni esnifó la clenchilla que había puesto para el Potas y se encerró para pajearse en un aseo, donde entró ya sobándose la polla. Cuando el Potas salió del retrete me vio encabronado y preguntó qué me pasaba. Le dije que nos fuéramos ya para el pueblo, que estaba harto de estar allí. Insistió en que si había sucedido algo y le chillé que no. Salimos de los vestuarios. Juanillo se empeñó en invitarnos a unos cubatas y nos quedamos en la barra mientras desmontaban el escenario, la mesa de sonido y los punkis se retiraban. Juanillo me dio las gracias por ligarme a Estela y abrirle así las piernas de su amiga. Me invitó a una loncha allí en medio, sudándole la polla la reprimenda de uno de los camareros. Cuando me la enchufé vi a Polly y Toni en una de las bandas del campo de fútbol, junto a los banquillos. Toni, recién pajeado, la abrazó y la besó con todo su romanticismo y su magia. Me bebí el cubata de un trago y les dije a estos que nos fuésemos de una puta vez. Me puse cabezón. Nos arrastrábamos hacia los coches cuando Cris fue a avisar a Polly de que nos íbamos, pero le habían surgido otros planes.

—Polly dice que se queda, que luego Toni la acerca a Villa de la Fuente.

Si me hubiesen clavado un cuchillo oxidado en el pecho me habría dolido menos. No le conté a los demás lo que me pasó con Toni en

los aseos y dejé a Polly allí, en la boca del lobo. Pensé que ya se daría cuenta por sí misma de cómo era el mamarracho con el que se iba a follar a un descampao. Nos fuimos para Villa de la Fuente, colocaos y fastidiados por no haber ganado las cien mil pesetas del primer premio. Hasta que amaneció seguimos poniéndonos hasta el culo. En el pub de Hocicoperro nos entreteníamos volcando lonchas de esquina a esquina en la portada del vinilo de Paranoid de los Black Sabbath y competíamos para ver quién la esnifaba del tirón. Todos ganábamos. Ojalá esa noche no me hubiese acobardado y le hubiese partido los dientes a Toni. Ojalá hubiese sido capaz de advertir a Polly de que no hay que fiarse de un romántico, como decía mamá, sin que eso hubiera parecido un arrebato caprichoso de celos. Ojalá hubiese sido más valiente. Pero cerré la boca y no dije nada.

Si venden discos de Los Soñadores a 354€ como precio medio en Discogs, me lo deben a mí. Yo los convertí en una banda de culto.

Gatos callejeros

Cuando Katja y yo celebramos nuestro tercer aniversario dejamos a Sarah con mamá y Leonardo y nos fuimos a Barcelona. Nos pasamos más tiempo en la cama que de turismo. Era mi primera vez en un hotel. Una de las noches nos salimos a las tres de la madrugada a la calle a fumarnos un cigarro. Ella con un pantalón corto sin bolsillos y una camiseta de tirantes. Yo con una camiseta de Misfits y un bañador. Salimos solo con un mechero y un paquete de tabaco, sin dinero ni documentación ni los teléfonos. No había nadie en la recepción y para acceder al hotel había que introducir un código en la puerta, que nos olvidamos en la habitación. Nos entró pánico por quedarnos tiraos en la calle a esas horas sin nada y con esas pintas. Nadie entraba ni salía del hotel. Katja me dio el paquete de tabaco y una tarjeta blanca. Mientras ella probaba códigos ojeé la tarjeta y la tiré de mala manera a una alcantarilla, creyendo que era una promoción de la cajetilla del tabaco. Katja me miró espantada y me explicó que esa tarjeta servía para abrir la puerta de la habitación. Tuve que levantar la tapa de la alcantarilla para sacarla. Cuando la recuperé nos desternillamos de risa. Nos sentamos en la puerta del hotel. Pasaron dos horas hasta que unos jóvenes regresaron de juerga y pudimos entrar, aunque se asustaron porque creyeron que los íbamos a atracar. Esas dos horas, tiraos sin nada en la puerta de un hotel de Barcelona, fueron preciosas, resguardándonos del fresquito que hacía apretados uno al otro, acurrucados entre risotadas, caricias y besos. Cuánto nos amábamos, joder. Aunque nunca le dije «te quiero», Katja sabía que ella y Sarah eran lo más importante para mí. Hasta que me empiqué de más con la farlopa y arrasé todo.

He pasado por el trabajo para que me paguen lo que me adeudan y me den los papeles. Ya me he deshecho de la Kawasaki y con ese dinero más el que me deben en el hotel podré saldar mi multa ejemplarizante. Pero me han hecho una encerrona y se han reunido conmigo el inútil del encargado del restaurante y la directora del hotel para convencerme de que me quedase porque valoran cómo sudo como un cabrón para sacar la faena y no iban a encontrar a otro tonto como yo tan fácilmente. El encargado se ha disculpado por su falta de empatía y la directora le ha echado una regañina

delante de mí para que la farsa colase. Cuando he dicho que vale, que me quedaba, el encargado ha salido del despacho y la directora me ha preguntado por el tratamiento de la adicción y se me ha hecho raro hablar con ella sobre eso, aunque sé que Merche la llama todas las semanas para ver cómo voy y si me estoy reinsertando en la sociedad. Deben tener también reducciones fiscales por tenerme aquí. No me he ido por no fastidiarla más con mamá y Katja y porque necesito el dinero.

Mamá se molestó por no avisarla de la muerte de Lolo. Le tenía cariño y lloró. A Katja le daba ya igual lo que hiciera, dejase de hacer o quién se me muriera. Cuando coincidimos en el piso me evita y hablamos lo justo. A veces la veo sonreír con el teléfono en la mano sin que ella se dé cuenta e imagino que es su amante y que está esperando el momento apropiado para pedirme que me vaya, firmar los papeles del divorcio y empezar una vida nueva con alguien mejor que yo, con la vida más resuelta, que no se folle a su compañero de trabajo y que no avergüence a sus padres. Le he fallado. Cómo me va a perdonar y cómo va a olvidar el daño que le he hecho. De últimas, cuando todavía dormíamos juntos antes del accidente, no me dejaba ni abrazarla en la cama porque no quería que la despeinase. A mirar al techo mientras ella roncaba se redujo nuestra relación.

Solo me queda esperar un milagro. Anoche le conté un chiste a Sarah y Katja se tapó la cara para que no la viese carcajeándose. Pero Sarah estaba contenta por vernos reír juntos y la delató:

—¡Mamá se está riendo! ¡Te hemos visto!

Me siento capaz de recuperar a mi familia. Deseo que todo vuelva a ser como antes y que Katja encuentre de nuevo en mí lo que la enamoró.

Sin la moto, hoy me ha tocado coger un autobús desde la estación de autobuses de Málaga para ir a mi cita en el Centro Provincial de Drogodependencias de Castillo de la Cuesta. Media hora para la ida y otra media para la vuelta. He metido un par de discos de La Secte du Futur en el iPod de Katja para que no se me haga pesao el desplazamiento. Pero me he pasado el rato intercambiando mensajes con Vanessa, que se está convirtiendo en mi amiga, en un

punto de apoyo importante, y me hace reír, por muy jecho peazos que esté. Como Katja, me refugio en la pantalla resquebrajada del teléfono con alguien que me dé fuerzas. Vanessa me pregunta qué voy a hacer en mi día libre y casi le confieso que estoy en tratamiento por una adicción a la cocaína, pero he reculado y le he dicho que voy de compras. No quiero estropearlo y que deje de chatear conmigo. En Castillo de la Cuesta he dado un paseo y me he sentado en la terraza de un bar a desayunar porque me sobraba tiempo hasta mi cita. Los rayos de sol en la cara son agradables y me entretengo echándole migas del mollete a los gorriones.

Ya en el CPD, Javier y yo pasamos a su consulta. Suele comenzar las citas hablándome de algo que parece no tener mucha lógica ni importancia, pero acaba construyendo un discurso coherente del que puedes extraer una lección. Le escucho y me apacigua su voz, pero estoy ansioso por contarle que he vuelto a salir de noche a un ambiente donde se consume cocaína y no me metí nada. Quiero decirle que no me lie a puñetazos en los conatos de pelea que hubo. Quiero que se calle y me dé el alta ya. Javier finaliza su discurso y me pregunta qué tal estoy y cómo fue lo de Granada, porque Merche le puso al tanto de que dejé el trabajo para ir a un entierro, aunque luego me han rogado que siga en el restaurante. Le noto un gesto arisco en la cara y le cuento solo algunos detalles, porque me perjudicaría el conjunto, mezclando partes de dramatismo por la muerte de Lolo y otras de entusiasmo desmedido por las sensaciones nuevas que experimenté en el Void, el Paranoid y en los bares de Villa de la Fuente. Javier me escucha con atención y cuando dejo de parlotear lamenta el fallecimiento de mi amigo, pero me riñe por soltarle que tuve un pedrolo de cocaína en mis manos, sin importarle lo de que fui capaz de rechazarla y decir que no a todos los que me ofrecieron una raya, un nevadito o un porro. Ni siquiera valora que me hubiese bebido como diez litros de cerveza sin alcohol. Todo lo que le he contado le ha resultado insensato y peligroso, un exceso de confianza que no podía permitirme todavía. Me explica que quizás estoy en la fase de euforia, en la que tengo la sensación de que el problema ha desaparecido y todo está superado. Ha enfatizado que en esta etapa de la deshabituación existe un gran riesgo de abandono, porque el adicto está demasiado contento y hace planes de futuro alejados de la realidad. Javier insiste en que no es aconsejable, que debo evitar esas situaciones, que no podemos

descartar una recaída. Relajarme en mitad de este proceso, por muchas pastillas que engulla y terapia que haga, puede hacerme tropezar y tirar por la borda todo el trabajo que hemos hecho. Intento justificarme, echarme pesetillas y flores, pero Javier desmonta mis argumentos con sensatez y labia. Después de la reprimenda se interesa por cómo me va con la medicación. Le digo que bien. Genial. Magnífico. Formidable. Estupendo. Maravilloso. Estoy empanao todo el puto día, por lo que intuyo que funciona. Me cuesta concentrarme, soy incapaz de ver una película o leer un libro y confundo comanderos y mesas en el trabajo, pero lo de subirme la dosis de pastillas en una cita anterior me tiene más equilibrado y lo pienso dos veces antes de perder el control. Javier me pregunta si he notado algún problema de índole sexual, porque el Citalopram afecta a la libido y le he dicho que no, todo perfecto. Hace cinco meses que no follo y la polla solo me la saco para mear.

Javier sigue hablándome mientras observo las estanterías de su consulta repletas de libros, sus carteles de Semana Santa, la Virgen de las Flores, los papeles desordenados sobre su mesa.

—¿En qué piensas, Álex? ¿Te aburro? ¿Te has despistado?

—No, nada, Javier. Todo bien con las pastillas.

Me está hablando de algo distinto, por la cara avinagrada que pone.

—¿Álex, has visto por casualidad a Jesús, el paciente con el que tuviste un encontronazo?

Un encontronazo. Ya te vale, Javier. Me hago el tonto, temiendo que sepa que agredí otra vez a Jesús. Estoy por arrodillarme y pedirle que no se lo cuente a Katja ni a mamá. Le respondo con seguridad y autocontrol, porque hace que parezca menos mentira:

—Ni lo he visto ni quiero verlo. Me la suda Jesús. No vengo aquí para hablar de Jesús. He perdido dos semanas de CPD por su culpa.

Javier me otea con sequedad, pero añade en tono amistoso:

—Disculpa, Álex. No debería contártelo, pero quiero que lo sepas. A Jesús le dieron una paliza el día que amenazó con prenderle fuego

al CPD. No lo sé por él, porque no ha vuelto a pasar por aquí y tiene una orden de alejamiento, pero en Castillo de la Cuesta nos conocemos todos y acabas enterándote de lo que pasa. Según dicen alguien le pegó. Se lo encontraron unos vecinos tirado en mitad de la carretera, al lado de la glorieta frente a los limoneros, y lo acercaron a su casa porque se negaba a ir al Centro de Salud después del jaleo que había montado allí. Con las dificultades que ya tiene Jesús no va a poner una denuncia por una agresión. Me preocupa. Es impredecible, egoísta y vengativo, de una forma descerebrada e infantil. No puedes creerte una sola palabra que salga por su boca, pero me horroriza que haga algo que empeore aún más su situación. Lo que más me sorprende es que, según cuentan, va diciendo que no sabe quién le golpeó. ¿Cómo no lo vas a saber, hijo mío? ¿Cómo no vas a fijarte en la cara de quien te está atizando en mitad de la calle a plena luz del día, criatura? Es un caso único, Jesús. He investigado si ha tomado represalias contra alguien pero nadie quiere decirme nada por la mala fama que tiene. Además, la Guardia Civil me ha confirmado que está en paradero desconocido, porque es probable que lo detengan por sus causas pendientes con la Justicia.

—¿Por qué me cuentas esto, Javier? ¿A mí qué pollas me importa? Como si se quiere ahorcar en una farola. Me jode que me hables de ese tío, después de la que me lio aquí.

—Álex, necesito que lo sepas. Para mí todos los pacientes sois igual de importantes y mi vocación es ayudaros en todo lo que sea posible. Me ofusca lo acontecido en las últimas semanas en el CPD. Tuvimos que poner una denuncia contra Jesús para impedir que se acerque aquí. Me duele negarle nuestra ayuda pero no podemos permitir que amenace nuestra integridad física. Jesús se siente acorralado porque va a entrar de nuevo en prisión y es peligroso. No es como tú u otros pacientes, Álex. Las circunstancias en las que se ha desenvuelto han sido difíciles. El entorno, la falta de expectativas, la miseria, las decisiones equivocadas... Sé que tú u otros no lo habéis tenido fácil, pero en Jesús hay algo distinto. Discúlpame la expresión, pero él tiene más hambre. Y cuando alguien tiene hambre, no lo para nada ni nadie. Sus reacciones son caóticas e inesperadas y hay que tener cuidado con quien ya no tiene nada que perder. En fin, disculpa de nuevo, pero necesitaba

desahogarme.

Javier sonríe, pero clava sus ojos en los míos, esperando alguna reacción que me delate. Nos levantamos de las sillas, me da la mano y me acompaña a la consulta de Paquita. Por el pasillo le cuento que ya he vendido la Kawasaki y ahora tengo que venir al CPD en autobús. Me inspecciona como pensando si acaso quiero que me den una medalla por no hacer el gilipollas. Saludo a Paquita y me acomodo en una silla de su consulta. Paquita está simpática. La cita transcurre de la forma habitual. Construimos castillitos en el aire con rotuladores de colores y me lleno la boca de buenos propósitos. Me propone más pautas y estrategias para afrontar los problemas a los que me enfrento. Luego voy tan medicado que se me olvidan todas estas estratagemas, por lo que al acabar la cita le he pedido si me puedo quedar los folios con esquemitas, caritas tristes y alegres, para repasarlos en casa. Antes de salir de su consulta me dice:

—Álex, te veo algo diferente en la cara, como una alegría nueva. En las anteriores visitas no has estado tan risueño y receptivo como hoy.

Bueno, Paquita, no tengo una situación como para venir al CPD a contar chistes. Acabo de enterrar a un amigo, pero agradezco que te hayas dado cuenta. Le digo por no ser borde:

—Tengo una amiga que he conocido por internet.

Paquita se reserva su opinión, pero me lanza una mirada incrédula. Luego insinúa algo sobre Jesús y le paro los pies rápido. Quizás he sido demasiado brusco y Paquita sospecha que oculto algo, por cómo me he puesto a la defensiva. Pero pone carita de emoji alegre y anota la visita de la semana que viene en mi Carné de Citas. En la recepción me encuentro a Merche, que me pide que pase por su consulta, aunque esta mañana no tengamos cita. En este CPD soy la pieza de una cadena de montaje que va pasando de mano en mano y que al final tiran a la basura por defectuosa. En su consulta Merche es atenta y amable y se interesa por el incidente en el trabajo. Se lo comento así por encima y me dice que no me preocupe. Me anima de nuevo a buscar algo que no sea la hostelería y que ponga más empeño en salir de ahí. Imagino que se le ha olvidado que me han castigado cuatro años sin carné de conducir,

pero le cuento que sigo dibujando y tengo ya mil doscientos seguidores en Instagram. Merche, perpleja, no me toma en serio. Me divierto dibujando en los ratos libres, subiendo a Instagram las viñetas y viendo cómo me dan likes. Sé que no es algo consistente y que dibujando es complicado ganarme el jornal, pero me entretiene hacerlo y disfruto cuando hago chistes que consiguen hacer reír a mis followers. Tiene gracia que les parezca divertido un tipo como yo, que me paso los días pensando en que lo mejor que podría hacer sería tirarme por la ventana de un quinto piso o clavarme un cuchillo en las entrañas.

13 de enero de 2018. Hace diez días enterramos a Lolo. Hoy es el cumpleaños de Sarah. Mi pequeñaja cumple ocho años. Sarah es pelirroja, tiene la cara llena de pecas y los ojos verdes. Se parece a Katja. Le gustan los gatos, los dibujos animados, Lana del Rey y golismear. Es aplicada en el colegio y destaca entre sus compañeros porque es viva y espabilada. Es simpática, zalamera y encantadora. El amor por mi hija no me lo puede discutir nadie. La he criado, soy su padre y me estoy esforzando por seguir a su lado. Es imposible enmendar los errores, pero pongo todo de mi parte para arreglar los destrozos. Si su mamá la regaña, acude a mí, porque le resto importancia a la trastada que haya hecho. Ella me engatusa con su sonrisa. Lo que menos le gusta son las clases particulares de alemán que Katja se empeña en que reciba, para aprender a comunicarse con sus abuelos. Sus abuelos no hacen por usar una sola palabra en castellano, ni para dirigirse a su nieta, que todavía no les entiende. A mis suegros les jode que su hija esté casada con un don nadie tatuado. Cuando vienen a veranear a Málaga, Katja me traduce las pamplinas que sueltan, aunque controlo algo de alemán por los trabajos en la hostelería y escuchar bandas como Hans-A-Plast, Die Ärzte, Slime, Dritte Wahl, Feine Sahne Fischfilet o Die Toten Hosen. Katja y Sarah tienen un acento malagueño precioso, que suele sorprender a los demás porque esperan escuchar a unas guiris. Cuando Katja parlotea en su lengua materna parece un oficial de las SS. Si mi esposa me deja, mis suegros harán un Oktoberfest en su puta casa. El odio es mutuo.

Sarah nos ha despertado dando gritos y saltos de alegría desde su cama. El encargado del restaurante me dijo anoche al terminar la faena que me daba el sábado libre para que lo disfrutase con mi

hija. Katja le ha regalado ropa y yo le he comprado una tablet pese a la oposición de Katja, que argumenta que es demasiado pequeña. Pero todos sus amigos tienen una y no soporto la idea de que se sienta rara y distinta a los demás. Al abrir mi regalo se le iluminó la cara. Le he preguntado si le gustaría algo más y me ha dicho que quiere ir a ver Coco en los cines Yelmo de Vialia, porque todos los de su clase la han visto, menos ella. Las navidades fueron complicadas y no pudimos pasarnos por los cines, así que le he prometido que iríamos por la tarde al Vialia. Al mediodía Katja y yo nos esforzamos en hacer algo juntos y le cantamos el cumpleaños feliz. Sarah ha soplado la velita del número ocho sobre su tarta y ha pedido un deseo, mirando a Katja y luego a mí. Le he dicho a Katja que Sarah quiere ver Coco en el cine y que podíamos ir los tres. Nos ha dado permiso para ir, pero ella no vendrá con nosotros. Después de comer salió del piso sin decirnos adónde iba.

Por la tarde Sarah está impaciente. Se ha duchado, le he hecho dos trenzas después de secarle con paciencia el pelo y le he puesto alguna de la ropa nueva de la que le ha regalado Katja. La he obligado a que se cepille los dientes a pesar de sus pucheros. La he dejado arreglada, viendo los dibujos animados en la televisión, pero al ir a cambiarme se ha empeñado en elegirme la ropa, para que vayamos conjuntados. Me ha vestido todo de negro. Los pantalones vaqueros, la camisa, el jersey, las botas. Nos hemos mirado en el espejo y parecemos un dúo afterpunk. Me ha puesto el abrigo gris para ir vestidos igual. Ha pataleado cuando le he pedido que se pusiera el gorrito de lana y la bufanda, pero se ha reído cuando yo me he puesto otro gorrito de lana en solidaridad con ella. Desde el bloque donde residimos de alquiler en el barrio de Las Delicias tenemos menos de media hora a pie hasta el Vialia de la Estación María Zambrano. Necesito andar y despejarme, hace un buen día, y a ella le ha parecido genial darnos un paseo juntos. Agarro su mano y deambulamos por la calle Jorge Guillén, la calle Isla Cristina, la calle Spiteri… hasta Héroe de Sostoa. Entramos al Vialia, subimos las escaleras mecánicas y sacamos las entradas. Nos queda un rato hasta la proyección de Coco y le sugiero a Sarah que compremos unas gominolas mientras esperamos, pero que no se lo diga a mamá. En un puestecillo de la planta baja del Vialia compro chucherías y nos sentamos en un banco. Sarah me cose a preguntas mientras engulle dulces. Está entusiasmada y preciosa. Disfruto

viéndola tan feliz. Le pregunto si le ha gustado la tablet y dice que sí. Después de ver Coco iremos a cenar al piso de mamá y Leonardo y le digo que la abuela tiene una sorpresa para ella. Sarah sonríe e intenta camelarme. Sé lo que viene ahora. Está obsesionada con los gatos y dice que ojalá su otra abuela le regale uno. A Sarah le parece divertido tener tantas abuelas y a mamá se le cae la baba con ella. Añade que, si la otra abuela le regala un gato, lo va a cuidar bien. Le demostrará a su mamá que es una niña seria y responsable, porque se ha leído un libro sobre cuidado de gatos y ha aprendido lo necesario. Y lo que no sepa, se lo preguntará a sus amigos del colegio, porque todos tienen uno, o lo consultará en Google con su nueva tablet. Me río y me da penilla. No podemos adoptar uno porque le salen manchas en la cara por alergia al pelo de los gatos. Cuando era más pequeña intentamos que se conformase con una tortuga, pero se le murió. Se lo conté a Rachid y me dijo que era imposible que una tortuga se muriera tan pronto y que Sarah tuvo algo que ver con su fallecimiento. Quizá pensó que después adoptaríamos el ansiado gato y a saber qué le hizo a la pobre tortuga. Katja y yo nos inventamos excusas y me da rabia mentirle. Cuando estamos tiraos en el sillón del piso, le enseño todos los gifs y memes de gatos que encuentro por internet. O le dibujo Garfields, Don Gatos, Silvestres, Isidoros o Hello Kittys con los que empapela su habitación. Nos pasamos las horas viendo vídeos graciosos de gatos en YouTube. Una vez le enseñé un meme de un gato gordo que se parecía a Hitler. Le acerqué el teléfono a la cara:

—Mira, el abuelo Klaus.

Sarah se revolcó por el sillón partiéndose de risa y no podía dejar de hacerlo, pese a que le rogaba que se calmase. Cuando Katja entró al salón le preguntó qué le hacía tanta gracia, pero Sarah no podía ni hablar. Me hice el tonto, pero Sarah acabó confesando que le enseñé una fotografía del abuelo Klaus. Katja me fulminó con la mirada y me pidió que por favor se la mostrase. Temía una discusión. Pero cuando Katja vio el meme del gato gordo nazi, acabamos a carcajadas los tres.

Le explico a Sarah que no es un buen momento para una mascota, pero que seguro que le va a gustar el regalo de la abuela.

—No puedes tener un gatito por una buena razón, Sarah. Cuando seas más mayor lo entenderás.

Suspira y se pone seria. Pero vuelve a arrancarse:

—Álex, ¿mamá y tú ya no os queréis?

Con ocho años recién cumplidos no es ajena al caos que he montado a su alrededor. Me pregunta si me voy a ir del piso, si nos vamos a separar y si ya no las quiero. Me duele que comprenda que algo falla y me remata diciendo que su mamá y yo ya no nos reímos como antes, que no nos hacemos bromas, ni dormimos juntos, ni nos damos un beso al volver del trabajo.

—Sarah, mi niña. Te prometo que lo vamos a arreglar. Me equivoqué y no me he comportado como debería. Pero voy a hacer todo lo posible para enmendarlo y seguir con vosotras, porque sois mi vida y lo que más me importa en este mundo.

Sarah coge un puñado de gominolas y se las echa a la boca. Mientras las mastica me dice, descolocándome por completo:

—Álex, mamá dice que tienes muchas novias y novios.

Ni sé qué responder. Titubeo y me miro las botas, avergonzado. La gente sale y entra de las tiendas del centro comercial. La música que suena me ahoga. Miro los ojos verdes de Sarah, idénticos a los de su mamá, y me aturde el miedo porque ni puedo hacerme a la idea de que la pequeñaja deje de estar a mi lado. Cojo aire y le digo:

—Sarah, la persona que más quiero y querré eres tú. Eso va a ser siempre así. Pase lo que pase. No lo olvides, ¿vale?

—¿Me quieres más que a la otra abuela, Álex? ¡Eso es muchísimo!

Suspiro mientras Sarah se pone en pie y olvida lo que acabábamos de hablar porque todas sus energías las enfoca en pedirme cien veces que entremos a ver los juguetes de una tienda. Le digo que vale, pero que no podemos entretenernos porque va a empezar Coco. Cuando vamos a entrar a la juguetería el vigilante de seguridad nos indica con malas formas que no podemos pasar

comiendo gominolas. Le pido a Sarah que se tape los oídos antes de decirle al segurata a unos centímetros de su cara:

—Me cago en tus muertos pisaos.

Subimos a los cines Yelmo, compramos un cubo grande de palomitas de colores y unos refrescos y nos sentamos cerca de la pantalla porque Sarah se empeña. Si por ella fuera nos meteríamos dentro de la película. La hora y cuarenta y cinco minutos que dura Coco se la pasa embobada, sin echar mano a las palomitas de colores. Yo no he dejado de darle vueltas a lo de «Álex, tienes muchas novias y novios», en lo distinto que sería todo si me hubiese atrevido a pedir ayuda antes. Termina Coco. Necesito fumarme un cigarro y salimos por la calle Mendívil, frente a la estación de autobuses. Todavía es de día. Nos ponemos los gorros de lana y Sarah se apoya en las barandillas. Le digo que voy a tirar a una papelera el cubo de palomitas de colores, pero me dice que no, que le gustan blandas y tiene hambre. Se echa un puñado de palomitas de colores a la boca. Apago el cigarro y lo tiro a una papelera. Vamos a entrar de nuevo al Vialia para salir por Héroe de Sostoa y coger el autobús urbano hasta la barriada de mamá, pero Sarah ve unos gatos callejeros merodeando en la acera de enfrente y me suplica que nos acerquemos a verlos. La agarró de la mano y cruzamos el paso de peatones. Sarah gimotea:

—Álex, déjame coger a uno, por favor. No se lo diré a mamá.

Le riño y le digo que debemos marcharnos ya. Agarro su mano y me devuelve el cubo de palomitas de colores enfurruñada, después de echarle un puñado a los gatos. Vuelvo a reprenderla porque no es bueno que los gatos coman dulces y añado que si eso no lo pone en el libro sobre cuidado de gatos que se leyó. Estoy deseando cruzar el paso de peatones para tirar el cubo de palomitas de colores a una papelera. Sarah, sin quitar la vista de los gatos callejeros, se interesa por lo que le había dicho al vigilante de seguridad antes de subir a ver Coco y le respondo que le conté un chiste de adultos. Ella se ríe y me dice que no se había tapado los oídos del todo y había oído las palabrotas que le solté, pero que promete que no se lo va a decir a mamá. Sonrío, imaginando la cuchilla de una guillotina sobre mi cuello. Sarah se carcajea y me abstraigo de todo. Por unos instantes sueño que todo se va a arreglar, que es una mala racha y que puedo

empezar de cero con mi hija y mi mujer. Cruzamos el paso de peatones. Llevo el abrigo puesto y el dichoso cubo de palomitas de colores en una mano. Sarah me tiene cogida la otra. Al llegar a la acera Sarah se detiene y balbucea algo que no entiendo. Pienso que quizás ha visto otro gato callejero y que quiere verlo de cerca. Cuando ladeo la cabeza noto que alguien está cerca de mí, casi echado sobre mis hombros, con su aliento dándome en la nuca. Me pilla por sorpresa y no puedo reaccionar. Sarah, asustada, me suelta la mano. Entonces me endiñan un golpe seco en la espalda. Luego otro. Y luego otro. El cubo de palomitas de colores se cae al suelo. Sarah empieza a llorar. No tengo fuerzas para acercarme a ella y tranquilizarla. Las personas que entran y salen del Vialia o pasean por la acera comienzan a dar gritos:

—¡Por ahí va! ¡Paradlo! ¡Que alguien llame a la policía!

Algunos coches se detienen en mitad de la calle. Advierto un hormigueo intenso por todo el cuerpo, los oídos me zumban y me cuesta mantener los ojos abiertos. Estoy a punto de perder el conocimiento, pero no puedo dejar sola a Sarah. Me hinco de rodillas en la acera mientras Sarah, asustada y lloriqueando, me sujeta la cabeza. Fijo la mirada en el bordillo de la acera, tratando de que todo vuelva a la normalidad y los edificios, los vehículos y los peatones que centellean a mi alrededor recuperen su forma. En la acera las palomitas de colores se mezclan con la sangre. Me llevo los dedos a la espalda y advierto cómo chorrea. Me dan náuseas, pesadez en los pies y en las manos. Un señor grita:

—¡Se ha subido en un escúter! ¡Tiene un cuchillo!

Alzo la vista y veo a alguien, con un pantalón de chándal y una chaqueta militar de camuflaje, subido de paquete en un escúter sin chasis. El conductor se da a la fuga por la calle Mendívil en dirección a la calle Edison. No puedo aguantar más de rodillas y me tumbo contra el suelo. El llanto de Sarah es el hilo al que me agarro. Un transeúnte me auxilia y aprieta algo contra mi espalda para intentar parar la hemorragia. El dolor es insoportable. La boca me sabe a sangre y no puedo escupir las babas, que se quedan colgando en mis labios. Se oye la sirena de una ambulancia o un coche policía. Una señora intenta consolar a Sarah y saco energía de donde no la hay para decirle:

—¡Es mi hija! ¡Por favor, no la deje sola!

Desde el suelo, antes de cerrar los ojos, veo a Sarah horrorizada. Esa imagen borrosa me duele más que los golpes que acabo de recibir. Daría mi vida por poder abrazarla y decirle que no llore, que todo va a salir bien. Satanás, tu infierno es demasiado dulce. Pero se derrumban mis párpados y todo se vuelve negro.

El loro mecánico

Lolo solía decirme:

—Quinto, párale los pies a quien te joda la primera vez, porque si no después te come.

Me arrepentí de no pisarle la cabeza a Toni de Los Soñadores en los aseos del campo de fútbol cuando tocamos en el XI SalinasRock. No sospechaba, pese a nuestro encontronazo, qué clase de persona era. Creí que era un pajillero con ínfulas y ya está. No le metí una hostia por temor a que Polly lo interpretase como un ataque de celos. Pero no se trataba de eso, joder. Toni me tomó por gilipollas y se la tenía jurá.

Polly y él iniciaron una relación. Parecían hechos el uno para el otro y en tres meses se enamoraron como si estuviesen dentro de una canción cursi de Los Soñadores, como si fuesen Wendy y Peter Pan o La Dama y El Vagabundo. Iban en serio. Aparentemente ella estaba feliz. Y yo me alegraba. Anteponía su propia dicha a lo que yo sintiera. No eran achares. Si ese tío no hubiese seguido molestándome, habría pasado página. Toni era perfecto a ojos de todos: se parecía a Kurt Cobain, era sociable, encantador, su banda iba a editar un disco, ponían sus maquetas en Radio 3, su familia estaba podrida de dinero y paseaba a Polly por Villa de la Fuente en un flamante Seat Ibiza GTI rojo recién salido del concesionario. Toni tenía un futuro asegurado y yo no. No podía contarles a mis amigos lo que pasó en los aseos del SalinasRock porque no quería estropear el cuento de hadas. El tiempo me ha enseñado que lo fácil con Polly hubiese sido decirle «te quiero», ser sincero con ella, perder el miedo y besarla. Pero me empeñé en ocultar mis emociones, esconder mis temores e inseguridades con alcohol y drogas, follando con cualquiera y alejándola de mí. Con todas las personas que vinieron después me sucedió lo mismo.

Hice las pruebas de acceso a la Universidad y me matriculé en Bellas Artes aunque no podría ir hasta mediados de octubre, cuando se cumplía mi contrato con El Galocho. Estaba desencantado con mi faena de peón de albañil porque no me dejaban poner ladrillos, le traía más cuenta a mi jefe tenerme haciendo hormigoneras,

subiendo materiales y sacando cascajo que enseñarme el oficio. La economía en casa mejoró. Pude ahorrar algo por primera vez y quise invertirlo en estudiar. Me ilusionaba sacarme una carrera, nadie de la familia había podido hacerlo. De hecho, fui el primero que estuvo en el instituto y se sacó el BUP, antes de dejarlo. Con las becas y aprovechando la aceituna, mamonar olivos en verano o alguna chapuza los fines de semana podría lograrlo. Quería salir del pueblo, aunque por razones económicas el primer curso seguiría viviendo con mamá y Ángela. Me jodía cuando me encontraba a alguien por la calle y me hablaba de papá, aunque a mis espaldas me apodasen el Esnucapaes. Se le recordaba como a un borrachín entrañable, que sabía contar chistes. Papá, un alcohólico graciosísimo. El mismo que me robó con once años un cordón de monedas de cinco duros con agujero con el que ahorraba para una bicicleta para fundírselo en bebida. El mismo que me partió un diente de un puñetazo. El culpable de que me diera vergüenza ponerme pantalón corto en verano para que nadie viera los moratones que me hacía en las piernas. Los muertos no pueden contar su historia. He intentado comprender a papá, las razones para actuar de esa forma con su mujer y sus hijos y me angustia haber elegido un camino tan parecido y tropezar con las mismas piedras. Cuando residía en Villa de la Fuente el desempleo en la comarca de los Montes Orientales era del 50 %. Las temporadas en Francia o en la aceituna eran el sustento de la mayoría de las familias. Nacer, crecer y vivir en un lugar donde no hay futuro alguno a no ser que tus padres posean tierras, donde la pobreza te amenaza, donde el paro se traga todas tus ilusiones y donde el alcohol y la droga son el único aliciente para alejar por unos instantes toda la basura y la desesperación que se acumula en tu cabeza, no ayuda a sacar lo mejor de uno mismo. No tener un puto duro determinaba nuestras vidas y engullía las esperanzas de familias de clase baja como la mía.

La desidia nos pudo a muchos. Quisimos reabrir la radio municipal pero los del ayuntamiento preferían que los aparatos se pudrieran en un almacén y que se los comieran las ratas y la humedad antes que permitirnos hacer algo constructivo. En la Biblioteca Municipal no había mucha variedad de libros, pero en los poyetes de la Plaza Nueva podías pillar cuatro o cinco tipos de droga. Intentabas tirar hacia delante como podías. Me aficioné de más a las drogas,

pagadas ya por mi trabajo sin recurrir a algo parecido a la prostitución, porque tapaban todo el vacío y el asco que sentía. Las drogas no jugaban conmigo ni me jodían ni cuchicheaban a mis espaldas como hacían los demás. A las drogas no debía darles explicaciones, no me juzgaban y no les importaba que no tuviese futuro alguno. Tampoco tenían sentimientos. Me obsesioné con las sustancias porque era lo único a lo que podía agarrarme. Quería ahorrar para cuando empezaran las clases y no me compraba ni discos, ni ropa ni me daba caprichos. En drogas, eso sí, mi bellota y mi medio pollo de farlopa todos los fines de semana no podían faltarme en los bolsillos. Al Entretenío, por cierto, le arranqué la insignia del Mercedes 300 y la usaba de llavero, colgada a la vista de todos en mi cinturón, deseando que alguien, o él mismo, me comentase una nimiedad sobre ella para liarla. Si papá hubiese estado vivo, estaría orgulloso del tipo de hombre en que se había convertido su hijo. La violencia se asumía como algo usual en nuestro entorno. No había nadie que te explicase que eso no era normal. Por ejemplo, había peleas con los pitones de las motos en las puertas del instituto y no aparecía la Guardia Civil ni por equivocación. Si te enzarzabas en una pelea en un bar, a nadie se le ocurría poner una denuncia.

Polly y Toni debían de estar ya mirando solares en el Camino del Vado, en el barrio de Corea o en La Charquilla de lo consolidado que tenían su idilio tras esos tres meses y pico. Apenas conversaba con ella porque no se despegaba de su novio. Imaginaba que ya no le caía bien y nos distanciamos. Me sigue doliendo haberla dejado sola cuando más falta le hacía un amigo. Todos notábamos que Polly ya no era la misma, pero suponíamos que estaba madurando. Polly, la rebelde, la grunge, la greñúa, se convirtió en «la novia de». A veces la veía de copiloto en el Seat Ibiza GTI rojo de su Kurt Cobain de todo a cien y me extraviaba en su cara triste, siendo incapaz de evocar cómo era su sonrisa, la que reinaba en nuestras complicidades. Sus tres meses y pico de romance intenso la metamorfosearon en una flor marchita, en un girasol de los que no se abren, aunque les dé el sol. Sus ganas de «hazlo tú mismo», su habitual comernos la cabeza con el Teenage of the year de Frank Black, los piques con chupitos en el pub del Hocicoperro e incluso su luz parecían haberse apagado, pese a que todos los de la pandilla coincidían en «qué suerte la de Polly», que se ha enamorado de un

chico guapo, con dinero y talento. La chica luchadora, insurgente y a la que nadie se atrevía a parar los pies, mutó en una persona callada, tímida, seria y esquiva. Hasta empezó a vestirse de una forma distinta, como si fuese una de las niñas pijas del pueblo y renegase de sus camisetas negras con logos de bandas, sus chapas con la A de la anarquía y sus chaquetas de chándal.

Toni, al contrario que ella, se comportaba de un modo más extrovertido, quería hacerse amigo de todos, acentuaba su estupidez. Si se nos acercaban a la esquina del pub o la discoteca donde estuviésemos apalancaos, Polly apenas abría la boca y Toni nos deleitaba con sus paridas, fantasmadas y fantasías. Le daban puntazos raros en ocasiones, sobre todo si iba drogado o bebido, e igual le hacía algún desprecio a alguien o se ponía plasta exaltando la amistad con cualquier borracho del pueblo que acabase de conocer. Algunos empezaron a cansarse de él, otros ya no le pasaban ni una y si no le partieron la cara antes fue porque la gente respetaba a Polly. Era nuestra amiga, nuestra vecina y nadie quería hacerle daño ni romper la magia en la que estaba inmersa. Proteger y cuidar a los tuyos es algo normal en los pueblos, pero el que asoma con prepotencia y haciéndose persona se piensa que si no le han dado una hostia cuando la merece es porque es más chulo que nadie.

En las fiestas de agosto, a los dos meses de estar juntos, Eusebio el Clenchillas le endiñó una guantá a Toni en la discoteca de la Chari. No se ensañó con él porque Polly se lo rogó y Lolo se metió a separarlos. A mí me molestó enterarme de eso. Deseaba que todos se dieran cuenta de que Toni era un falso, pero debía callarme lo que sabía para no inmiscuirme en el noviazgo de mi mejor amiga. La noche siguiente estábamos en la terraza de verano del Hocicoperro cuando Polly y Toni se nos acoplaron, tan empalagosos y enamorados que daban ganas de vomitar. El pub no era mío y no los iba a echar. Polly parecía contenta, pero apenas participaba en las conversaciones diciendo tonterías, gracias y sobradas como antes. Si encendíamos un porro o un nevadito y lo rulábamos, decía que no le apetecía y nos chocaba, porque le encantaban la yerba y la coca. Toni empezó a comerme la oreja como si nada hubiese pasado entre nosotros, como si aquella conversación en los baños del XI SalinasRock fuese una paranoia mía. No le hacía ni puto

caso, pero Toni seguía ahí, dándole que te pego, dándome una chapa que me la sudaba, intentando ser encantador conmigo. En un momento de la madrugada coincidimos los dos en el aseo. Meábamos uno al lado del otro en los orinales de la pared y me comentó que Eusebio el Clenchillas era un enterao y un yonqui, que cómo podía ese tirao ganarse las habichuelas jugando al fútbol. A mí Eusebio me daba igual, pero me jodió que se tomase confianzas conmigo: entre el más imbécil del pueblo y él no dudaría en defender a muerte al primero. Me subí la bragueta y le agarré del cuello sin que lo esperase, con la picha colgando, le estrujé la espalda contra los azulejos y le dije:

—No vuelvas a tocarme los cojones. Ni a mí ni a ninguno de los míos. La próxima vez que lo hagas juro que te reviento, capullo. A ver si crees que he olvidado lo del SalinasRock, pajillero de mierda.

Lo normal cuando haces eso es que te endilguen una hostia y acabar a puñetazos. Cualquier persona con sangre en las venas, aunque sea más débil, no va a consentirlo. Como mínimo dará un empujón o gritará un «déjame en paz». Pero Toni ni protestó, ni dijo esta boca es mía, ni se enfadó. Solo tiritó de miedo y salió del aseo como una alimaña. Continuamos la juerga. Toni seguía en la barra, a unos metros de mí, pero ya no me miraba a los ojos cuando decía alguna fanfarronada o nos relataba con pelos y señales alguno de sus exitosos conciertos o la inminente salida de su primer LP. No era capaz ni de chivarle a su novia cómo lo había tratado porque era un cobarde, la rata más rastrera y asquerosa. Las siguientes veces que nos encontramos me saludó como si nada, porque iba borracho o drogado o tenía menos memoria que un pez, ignorando que le había dejado claro que tuviese cuidado al pasar a mi lado porque soy una cuchilla andante, como cantaban Kortatu, y no hacía más que decirme:

—¡Vamos a hacer un fanzine musical, tío! ¡Tatúame al Peter Pan de Disney!

Y me quedaba estupefacto, porque no podía ser tan tonto del culo.

Hasta el día del loro mecánico de juguete. El 12 de octubre de 2000, la Fiesta Nacional, el día que los picoletos estaban de paellas, los chavales quemaban gasolina por las calles con sus escúteres con

tubos de escape trucaos y el pueblo era, todavía más de lo habitual, un lugar sin ley. Quedamos casi toda la pandilla en la terraza del bar de la Chari. Juntamos tres o cuatro mesas con la idea de echarnos unas risas, fumar yerba y beber antes de empalmar con la noche. Un vendedor ambulante entró al bar vendiendo pulseras, colgantes, relojes, monederos, gafas de sol, gorras y juguetes. Le compramos un montón de chismes, alentados por el entusiasmo de Lupe la del Larios que se pilló unos aretes muy guapos. El vendedor ambulante nos dijo:

—Os voy a enseñar algo que os va a gustar.

Esperábamos que sacase algún tipo de droga de diseño nueva de la bolsa de deporte, pero agarró un loro mecánico de juguete de color verde y amarillo. El vendedor ambulante se puso serio y nos iba a vender sí o sí ese loro de juguete de por lo menos cuarenta centímetros de alto. Lo dejó sobre una de las mesas mientras reíamos y observábamos con atención. Le dio a un botón y dijo en voz alta:

—¡Viva Villa de la Fuente!

El loro mecánico de juguete escupió, con una voz semejante a la de Robocop, entre pitidos y acoples:

«VIVA VILLA DE LA FUENTE

VIVA VILLA DE LA FUENTE

VIVA VILLA DE LA FUENTE».

Con los cubatas y el THC de los porros el loro mecánico nos pareció la mayor maravilla tecnológica que habíamos visto. El Liendres empezó a decirle al loro payasadas que luego repetía y se nos caían los lagrimones:

«VOY A METERME UNA RAYA

JUANILLO, HAZTE UN PORRO

PUTA GUARDIA CIVIL».

El loro calcaba todas las frases. El vendedor ambulante nos dijo precio y Juanillo le regateó y se lo compró para regalárselo a su mama Eloísa. Juanillo lo dejó sobre la mesa y seguimos con los pelotazos, los canutos y las mamarrachadas, con el loro amenizando nuestra cogorza. A cualquiera que cruzaba la terraza del bar de la Chari le mostrábamos el prodigio. A la mihilla asomaron Polly y Toni, cogidos de la mano. El Potas dijo:

—Foh, ya está aquí el subnormal del Toni.

Cris se puso el dedo en la boca para que se callase y todos lo hicimos, como si nos riñera a nosotros. Al acercarse los enamorados a la mesa, el loro mecánico soltó:

«FOH YA ESTÁ AQUÍ EL SUBNORMAL DEL TONI

FOH YA ESTÁ AQUÍ EL SUBNORMAL DEL TONI

FOH YA ESTÁ AQUÍ EL SUBNORMAL DEL TONI».

Hubo dos o tres segundos de silencio absoluto. Luego nos descuajeringamos, mientras el Potas disimulaba y Toni, con la cara roja de rabia, no sabía dónde meterse. En lugar de reprocharnos a alguno la malicia de ese loro mecánico de juguete, Toni le chilló a Polly, sin ella tener culpa alguna, mientras la zarandeaba y la agarraba del brazo con una violencia inusitada:

—¡Por eso no quiero venir a este puto pueblo de paletos, nos vamos ya!

Las risotadas por el patinazo del loro mecánico se cambiaron por perplejidad. La mayoría no entendíamos qué estaba ocurriendo. Toni arrastró a Polly hacia la cancela de la entrada a la terraza del bar de la Chari. Cris y Lupe la del Larios se pusieron en pie e intentaron separar a la pareja de enamorados, rogándole a Polly que se quedase con nosotros y que le jodieran a su novio. Polly seguía muda, temblorosa, pálida, con la vista fija en las losetas de la terraza. Toni abroncó a Cris y Lupe:

—¡Meteos en vuestros asuntos, putas!

El Potas brincó de la silla y se dirigió a Toni, señalándole con el

dedo índice, advirtiéndole de que le iba a partir la cara por hablarle así a Cris y a Lupe. Cuando el Potas lo increpaba a centímetros de su cara, Toni le atizó un manotazo ridículo y al Potas se le cayó el porro de la boca. Ya todos estábamos en pie y la Chari salió del bar vociferando que no quería peleas en su terraza. Entre cuatro o cinco sujetaban a Lolo, que pedía con mucha educación que lo soltaran. Elenita le suplicaba que no se metiera. El Potas desafiaba a Toni, pero el Kurt Cobain de mercaíllo empujó a Polly hacia los escalones de la entrada. Polly cayó al suelo y ni se quejó, aunque le colgaban lágrimas de los ojos. Lupe y Cris fueron a socorrerla. El Potas arrinconó a Toni y a mí se me cruzaron los cables porque no entendía nada. Aparté al Potas y sin decir una palabra le propiné un puñetazo a Toni, en toda su cara bonita. Le sangró la nariz. Esperaba algún tipo de reacción, pero Toni huyó, agarró a Polly y la empujaba hasta el Canal, donde estaba aparcado su Seat Ibiza GTI rojo. Polly abrió la boca solo para rogarle a Cris y Lupe que los dejasen en paz.

Cris le dijo al Potas:

—¡Que no se vaya con él, David! ¡Por favor!

El Potas respondió:

—Foh, Cris. Es Polly quien debe plantarse y quedarse con nosotros, joer. ¡Os ha dicho que la dejéis tranquila!

Le grité a Cris:

—¿Qué pollas pasa? ¡Dejaos de historias y cuéntamelo!

Toni arrancaba el coche. Polly iba en el asiento de copiloto, sin levantar la vista de los esterillos del Seat Ibiza GTI rojo. Para salir del Canal y coger la carretera en dirección a la ciudad debían dar la vuelta. Cris gimoteaba. El Potas me dijo:

—Álex, tío, que el Toni le pega a Polly.

El dolor al enterarme se me atravesó en el corazón como un hocino. Quise llorar. La rabia me consumía. Me jodió no haberlo sabido antes. Debía hacer algo por mi amiga. Salí de la terraza cuando el

Seat Ibiza GTI rojo daba marcha atrás justo al lado de la Antigua Almazara de San Antonio. Me puse delante del coche. Toni, con la jeta manchada de sangre, me ojeaba a través del cristal, cagándose encima. Polly no levantaba los ojos del esterillo. Comencé a golpear el capó del Seat Ibiza GTI rojo y a desgañitarme:

—¡Bájate del coche, cabrón!

No pintaba nada ahí, nadie había solicitado que intercediera ni Polly me pidió ayuda. Cuando te maltratan, y eso lo sabía bien, te anulan como persona. No quieres que nadie sepa lo que pasa porque te consumen el miedo, la culpa y la vergüenza. No piensas con claridad y todo te supera. Te sientes responsable de la conducta del agresor. A Lolo seguían inmovilizándolo en la terraza. La pandilla, atónita. Los otros clientes del bar, petrificados. Toni insultó a mis amigas, le dio un manotazo al Potas y maltrataba a Polly. Le acababa de soltar el puñetazo que le debía desde el XI SalinasRock, pero no era suficiente. Nadie vino a sujetarme mientras aporreaba el capó de un coche con el motor encendido. Jony hablaba con Cris y salió del bar. Golpeó la ventanilla del Seat Ibiza GTI rojo por el asiento del conductor y le pidió a Toni que se bajase del puto coche. Toni seguía con la vista al frente, como si el jaleo no fuera con él, tembloroso y descompuesto, limpiándose la sangre de la nariz con un clínex. Volví a golpear el capó. Polly ni siquiera me miró. Cuando Toni reaccionó temiendo que lo íbamos a linchar entre todos, metió marcha atrás y luego aceleró hacia delante. Me dio tiempo a apartarme y que no me pasara por encima, pero el golpe que me dio en la cadera hizo que rodara por el suelo y me magullase las palmas de las manos. Algunos en la terraza chillaron creyendo que me había matado. A Lolo lo soltaron y salió rápido hacia fuera. Jony y él me levantaron del suelo, preguntándome si me había roto algo. Lolo avisó al Liendres para que cogiera su Golf GTI negro con las lunas tintadas y perseguir al Seat Ibiza GTI rojo para ajustarle cuentas a Toni y traer a Polly de vuelta con sus amigos. Elenita se encaró con Lolo y le dijo que no iba a permitir que lo hiciéramos, que podíamos estrellarnos por ir colocaos, que pensáramos en Polly y el sufrimiento que padecía, que el primer paso lo debería dar ella y denunciarlo por malos tratos, que nuestras bravuconadas solo empeoraban su situación. Elenita sabía bien de lo que hablaba por su experiencia con el Golosinas.

Entré a la terraza y le grité a Cris y Lupe:

—¡¿Por qué pollas no me habéis dicho nada?!

El Potas me agarró y me rogó que me calmase. La gente en la terraza se dispersó. Nosotros volvimos a sentarnos en las mesas, sin ganas de reírnos. Juanillo apagó el loro mecánico de juguete y lo escondió debajo de su silla. La Chari sacó agua oxigenada y gasas para limpiarme las heridas de las palmas de las manos. Cris me contó lo poco que sabía, mientras todos escuchaban y se cabreaban. Se enteró unos días antes porque Polly llevaba el cuello tapado con un pañuelo para esconder las marcas de dedos que tenía alrededor. Cris se lo quitó y Polly le dijo que se las había hecho al resbalarse en su casa. Además, Toni se follaba a otras delante de Polly y a ella le prohibía que saliese a la calle sola. Le controlaba su forma de vestir. La forzaba a mantener relaciones sexuales en contra de su voluntad. Toni había derruido a Polly en tres meses y pico sin que nadie percibiera los malos tratos y abusos a los que la sometía. No dábamos crédito a lo que nos exponía Cris. No podía ser real. Nadie lo sospechaba.

Esa noche bebí tanto y me enchufé tanta farlopa que no sé cómo no reventé. La Guardia Civil vino a mi casa a la mañana siguiente, porque Juan Miguelete el de los cupones dio parte en la Casa Cuartel de que se produjo un atropello en la puerta del bar de la Chari. Juan Miguelete estaba medio ciego, pero era testigo de todos los altercados que sucedían en Villa de la Fuente. Según me dijo la Guardia Civil se refería a mí como «el loco ese de los brazos tatuados». Les conté lo sucedido y les detallé la situación que padecía mi amiga. Los picoletos ignoraron lo de Polly y sobre el intento de atropello me dijeron que para qué iba a denunciar, que eso no iba a ir a ningún lado, que no había parte médico, que era una pelea de borrachos. Luego me arrepentiría por haberles hecho caso y no haber denunciado.

Unos días después, Cris y el Potas se pasaron por casa. Cris no paraba de lloriquear y tuvo que contármelo él. Toni le había puesto un ojo morao a Polly después de que intentase atropellarme. Los padres de Polly se enteraron de los malos tratos. Pero Los Soñadores habían publicado su primer disco el mes anterior y Polly no quiso poner una denuncia en el cuartel de la Guardia Civil porque no

quería perjudicar la prometedora carrera del que todavía consideraba su novio, a pesar de la insistencia y los ruegos de sus padres y sus amigas. A Polly le costó digerir esos tres meses y pico de relación tóxica con Toni. No salía a la calle, culpaba a los demás por entrometerse en sus asuntos, a sus padres les repitió mil veces que Toni la quería. Lo pasó mal durante los malos tratos, abusos y vejaciones y los meses posteriores. Nunca se recuperó del todo.

Aunque Cris y el Potas insistieron en que los malos tratos ya venían de antes, me sentí culpable y responsable de ese ojo morao. Toni se desquitó con ella. Le pegó por mi culpa. Era mérito mío. Le hice daño a mi amiga. Cuando los padres de Polly se enteraron de la trifulca en el bar también me culparon a mí. Empezaba a ganarme fama de conflictivo y me adueñaba de las maldades de los demás. Y al final mamá tenía razón: no puedes fiarte de un romántico.

Los rotos y los descosidos

Escucho música en el teléfono. Ha saltado «Pints Of Guinness Make You Strong» de Against Me! en el aleatorio de YouTube y la he repetido hasta sacar de quicio a Leonardo:

—¿Álex, quieres hacer el favor de no poner más esa puñetera canción?

No puedo ni ver la televisión, joder.

Cuando abrí los ojos estaba tumbado boca abajo en una cama de hospital. Intenté incorporarme, pero las vías y el dolor no me dejaron. Mamá se acercó lloriqueando a pedirme que no me moviera, mientras avisaba a las enfermeras. Leonardo permanecía serio, sentado al lado, con cara de que ojalá me muriese ya de una vez y dejara de joderle la vida a mamá. Tenía la boca seca y pedí agua, pero mamá me dijo que no podía darme ni un buchito sin consultárselo a las enfermeras. Había varias personas acompañando al paciente de la cama de al lado, pero al verme echaron la cortina. No sabía cuántos días llevaba en esa cama de hospital ni si era de día o de noche hasta que vi el sol a través de la ventana. La medicación de normal más la hospitalaria me tenía apollardao. Me costaba recordar lo que había sucedido. Solo visualizaba en mi memoria la cara de terror de Sarah y sus llantos desconsolados, la gente gritando, las palomitas de colores tiradas por el suelo y la sangre.

Por la habitación había algunas mantas, una maceta de claveles, bolsas con ropa y revistas de mamá y Leonardo. Giraba la cabeza a un lado y otro hasta que me dolía todo y volvía a hundir mi rostro en la almohada. Respiré hondo varias veces, con la esperanza de calmarme y ubicarme. Una enfermera pinchó algún medicamento en una de las botellas de suero, me acomodó en la cama y me pidió que me tranquilizara. En la severidad con la que me trataba veía que fuera lo que fuese que ocurrió, la había liado. Apreté los puños y miré de un lado a otro intentando entender lo acontecido mientras me asfixiaba la ansiedad. Cuando la enfermera se marchó le supliqué a mamá que por favor me dijera qué había pasado. Le pregunté por Sarah y me aterraba su posible respuesta. Recordé al

tío con la chaqueta de camuflaje y el pantalón de chándal dándose a la fuga de paquete en un escúter sin chasis conducido por otro tipejo mientras yo estaba hincado de rodillas en la acera del Vialia. Hervía de rabia, chillaba de impotencia e intentaba incorporarme para ir a por ese tío y matarlo. Mamá sollozaba y yo quería morirme. Alertada por mis gritos otra enfermera entró en la habitación y les pidió a las personas que se ocultaban tras la cortina de la cama de al lado que saliesen. Volvió a inyectar vete a saber qué calmante en otra botella de suero y giró la rosca para que mi cuerpo lo absorbiera rápido. Gritaba el nombre de mi hija mientras la enfermera me sujetaba, pero solo conseguía ponerme más histérico. Leonardo se puso en pie y se abalanzó sobre mí. Me hizo un placaje para que dejase de patalear y no me moviese, mientras me rogaba sosiego. Le faltó endiñarme la bofetada que desea, y que me merezco, desde que me conoció a través de un cristal en el Centro Penitenciario de Albolote.

—¡Cálmate, por favor, Álex! ¡Hazlo por tu madre! ¡No te muevas! ¡Sarah está bien! ¡Te han metido tres puñalás en mitá de la calle!

Un desconocido me apuñaló delante de Sarah y a plena luz del día en la calle Mendívil. Cuando asomó la ambulancia, los enfermeros vieron que presentaba tres heridas penetrantes por arma blanca en la espalda. Según los sanitarios las heridas se encontraban en línea media, en la zona toracolumbar izquierda, y otra en la zona lumbar derecha. Había perdido mucha sangre y me había desmayado, pero estaba estable. Me habían atendido en el mismo lugar y luego me trasladaron a la UCI con pronóstico grave por la ubicación de las heridas, que podrían afectar a órganos internos. Una de las cuchilladas fue profunda y me salvé por un par de centímetros a la izquierda o a la derecha y, según los médicos, gracias al abrigo gris. Ya estoy fuera de peligro, pero debo permanecer algunos días en observación. La policía se ocupó de cuidar a Sarah hasta que pudieron localizar a Katja.

He puesto a mi hija en peligro. Creía que no podía joder más la situación, pero me he superado por ser un egoísta irresponsable. No quiero ni pensar en cómo debe de estar Katja ni qué pudo sentir cuando la llamó la policía. Sarah estuvo en riesgo por mi culpa. Mi esposa no me lo va a perdonar. Asumo que todo ha terminado y no

sucederá el milagro que tanto anhelaba.

La policía ha venido a verme y me han cosido a preguntas. Les insisto en que no recuerdo nada, en que no sé qué ha pasado, que no tengo ni idea de quién me ha hecho esto ni por qué. Solo pienso cada segundo en matar al puto Jesús en cuanto me den el alta y salga del hospital. Voy a ir a por él. Ya me la suda acabar de nuevo en prisión. Prefiero que me traigan tabaco a la cárcel que flores a la tumba. Ese cabrón me ha arrancado de cuajo la esperanza y yo quiero quitarle la vida. Mamá y Leonardo me acompañan en el hospital desde que salí de la UCI y me ingresaron en esta habitación. A mamá se le refleja el calvario en el rostro y ha perdido peso, algo que delatan sus rasgos marcados. Hoy ha ido a su piso a poner lavadoras y traerse ropa limpia para seguir a mi lado. Leonardo se ha quedado vigilándome. Lee un periódico deportivo y conversa con los familiares de mi compañero de habitación, que se ha cortado cuatro dedos con una radial.

Las horas pasan lentas y me jode que la única forma de desconectar sea ver la televisión, porque las heridas van mejorando, me han puesto la camilla inclinada y puedo apoyarme de espaldas, con mucho cuidado, eso sí. Tan desesperado estoy que cuando Leonardo termina de leer el periódico, se lo pido para echarle un vistazo. Ya puedo beber agua y comer algo, aunque es una dieta ligera. Cuando quiero ir al baño, Leonardo me ayuda con paciencia y se porta como ese padre que nunca estuvo. Cuando se acaba una botella de suero viene una enfermera y coloca otra. Ya no me miran con tanta desconfianza y son atentas conmigo y mi familia. Hacen que la situación sea más llevadera y a veces me hacen bromas o comentan mis tatuajes. Cuando los familiares del de la radial van a almorzar, Leonardo se queda echando un ojo a ambos pacientes. O al revés. Se turnan y han establecido un orden casi castrense. Leonardo y el padre del de la radial se pasan el día hablando de la mili. Son como niños cuando se ríen y evocan con orgullo cómo les robaba el Estado su juventud. Leonardo me acaba de soltar, pretendiendo hacerse el gracioso:

—Álex, a ti te habría venido de lujo una buena mili.

Como si una niñez de mierda, una adolescencia traumática, una estancia de cinco años, cuatro meses y un día en el Centro

Penitenciario de Albolote, más tres meses de tercer grado en un Centro de Cumplimiento y un año en libertad condicional y una adicción a la cocaína no me hubiesen curtido ya lo suficiente. Me quedo mirándolo con estupor, advierte que se ha pasado de chistoso y me comenta algo que ha leído en el puto periódico. No digo nada más porque valoro y aprecio el esfuerzo que está haciendo, las fuerzas que le da a mamá. A veces pienso que me ve como a un hijo descarriado y que le hubiese gustado comprometerse más conmigo. A fin de cuentas, soy lo más parecido a un hijo que tiene, pero cada uno ha estado en su sitio. Con Ángela sí congenia. Tal vez ella lo llama papá en secreto y Leonardo se atormenta pensando en cómo puede ser que dos personas que vengan del mismo vientre puedan ser tan distintas. Pero me molesta que se cuele con tantas indirectas.

—Que le jodan a la mili y a ti.

A Leonardo se le borra la sonrisa de la cara. Se acerca a mi cama:

—Álex, no quiero entrometerme en tus asuntos y sé que no soy nadie para hacerlo. Pero me preocupa el sufrimiento que le causas a tu madre. Le prometiste que ibas a dejar las drogas.

Estoy de acuerdo con sus observaciones. Pero me encabrona que insinúe que sigo metiéndome coca.

—Oye, hace cinco putos meses que no consumo. No tienes ni puta idea del esfuerzo que estoy haciendo. Avisa a la enfermera y que me haga una analítica, capullo.

—¡No me hables así, Álex! Ya te hicieron las analíticas y dieron negativo. Pero sigues igual, metiéndote nah más que en líos que no cuentas a nadie. Ni te importa el daño que causas a tu mujer y a tu hija. No hace falta que saques pecho como una tórtola. A mí no me tienes que demostrar nah. Estoy aquí por tu madre y porque tú me importas.

Leonardo gimotea y vuelve a sentarse. Se tapa la cara con las manos. Veo el tatuaje del ancla en su brazo, el que se hizo en la mili y que luce con tanta honra. Soy rastrero por hablarle mal. No tiene necesidad alguna de estar aquí.

—Disculpa, Leonardo. Te juro que estoy esforzándome. No sé qué ha pasado ni por qué, joder. Tengo mala suerte.

Entre sollozos, Leonardo me reprocha:

—La mala suerte te la buscas tú, Álex. Te complicas tú solo.

No puedo hacer más que cerrar la boca y joderme.

Claro que sé con certeza a estas alturas qué pasó y por qué. De hecho, lo sabe toda Málaga. Salió en Canal Sur, en los periódicos pusieron mis iniciales y las de mi hija, recalcando que el percance se produjo el día de su cumpleaños. No es un secreto y de nada sirve que persista en que no recuerdo nada ni sé los motivos. Jesús, mi colega del CPD, está en búsqueda y captura. La policía va con todo a por él y ya ningún papelito que le dé Javier lo va a salvar. Pero deseo que siga libre hasta que salga del hospital y pueda sacarle los ojos con mis manos. Es que ni lo voy a denunciar, porque para qué. Si lo demando vamos a tener juicios. Si me debe indemnizar, le va a tocar pagar a su familia. Mamá me refirió, sin recrearse en los detalles, que a Sarah le dieron fiebres por el miedo y la impresión. Juro que voy a matar a ese puto Jesús.

La policía interrogó a Katja. Ella les comentó que estaba tratándome una adicción en un CPD en un pueblo del Valle del Guadalhorce y telefonearon allí, con la esperanza de hallar pistas que esclarecieran el incidente. En cuanto Paquita, Merche y Javier se enteraron del altercado, resolvieron el misterio del transeúnte enigmático que me apuñaló y pusieron a la policía al tanto de los hechos que salpicaron al CPD las últimas semanas. Me aterra pensar que en el CPD hayan perdido la confianza en mí y no vuelvan a atenderme. Cuando esté mejor y me den el alta tendré que prestar declaración en una comisaría y confesar por mi propio bien que le di una paliza a Jesús en mitad de la calle.

Tras pedirle perdón, Leonardo insiste en que le detalle por qué me había pinchao otro paciente del CPD, que si eran asuntos de dineros o drogas, que sea sincero. Necesita entenderlo para ayudarme, implicarse en mi rehabilitación y darme su apoyo. No puedo oponer resistencia a sus buenos propósitos mientras estoy malherido en una camilla de hospital:

—Leonardo, a ese memo solo lo he visto dos veces. La primera le crucé la cara porque quería agredir a los médicos del CPD y me atacó primero a mí. Quiso arrancar un extintor para golpearme con él. Luego al salir a la calle me esperaba y me arrojó una litrona vacía que por poco me da en la cabeza. ¿Te lo puedes creer? Menos mal que llevaba el casco de la moto. ¿Qué otra cosa podía hacer? La segunda vez le pegué porque quería meterle fuego al CPD y casi dejo tirá a Sarah en el colegio por su culpa.

Leonardo me mira incrédulo, como si endiñarle puñetazos a alguien para solventar un atolladero fuese lo más normal del mundo. Alza la vista hacia el techo de la habitación. Veo sus ojos claros a través de sus dedos. Suspira hondo y me dice:

—Álex, la policía nos ha alertado e informado de quién es ese individuo al que agrediste. Sospechan, pero no lo han podido probar todavía, que mató a un hombre durante un atraco a una gasolinera y tiene antecedentes y varias causas pendientes. Ha estado antes en la cárcel. ¿Tú no te das cuenta de que no puedes actuar así con desconocidos? No sabes quiénes son ni si pueden tomar represalias. Te crees que cualquiera con el que tienes una enganchá es menos que tú y eso no es así, aunque te creas más fuerte. Tú no tienes maldad y das repeluco haciéndote el enterao.

Me guardo mi réplica por respeto y porque no quiero que lloriquee de nuevo. Igual Leonardo supone que me pasé cinco años y pico en prisión por ser un buenazo. Igual ya no se acuerda de que tuvo que ayudarnos a pagar la indemnización y las costas judiciales siendo novio de mamá. Entiendo que mi existencia le produzca hartazgo y que solo vea en mí a un drogadicto jodiéndole la vida a la mujer que ama. No soy capaz de aclararle por qué me comporto así porque ni yo mismo lo sé.

La familia de mi vecino de cama regresa, Leonardo se seca las lágrimas, comenta algo que está saliendo en la televisión y se ponen a parlotear de fútbol. Agarro el teléfono y aprovecho para responder mensajes pendientes de varios días a Vanessa. En uno se interesa por si me ha ocurrido algo y le respondo que se me rompió el móvil y me lo estaban reparando. En otro mensaje dice que me ha echado de menos, que se alegra de volver a tenerme al otro lado de la pantalla y me manda un emoticono rodeado de corazones. Me hace

reír y Leonardo me divisa entre sorprendido e indignado, mientras sigue en su tertulia futbolística. En momentos así pienso que le reza a los Santos Mártires Patronos de Málaga, San Ciriaco y Santa Paula, para que yo estire la pata y mamá y él puedan pasar página.

Por la tarde, mamá vuelve al hospital. Solo trae su bolso. Leonardo va a comerse un bocadillo a la cafetería y le pregunta a mamá si quiere un zumo, un refresco o algo para picotear. Mamá lo acompaña fuera y conversan en el pasillo. Leonardo abraza a mamá con cariño y la besa. Ella se queda en la puerta hasta que Leonardo entra al ascensor. Le manda un beso con la mano y sonríe. Cuando se sienta en la silla al lado de mi camilla me dice:

—Qué bueno es Leonardo, Álex.

Y por unos instantes fantaseo con que debe ser bonito amar a alguien como lo hacen ellos, sin secretos ni mentiras.

Mamá saca una revista de corazón del bolso, se pone las gafas y hace el paripé de que lee, aunque hay algo que me quiere decir y no sabe cómo. No sabe disimular. Está inquieta y me aterroriza interesarme por la razón que la abruma, porque la sé. Pero sin Leonardo en la habitación puedo hacerle chantaje emocional y sonsacarla. Le pregunto por Sarah, para empezar de la forma más neutra posible, pero continúa circunspecta.

—Está bien, Álex. Fue un susto y nadie quería que ocurriera algo así. He pasado a verlas antes de venir aquí y están tranquilas, no te preocupes por eso ahora. Sarah me ha dicho que te dé muchos besos y que te echa de menos. ¡Qué bonita es, por Dios!

—¿Y Katja te ha comentado algo?

—Ya conversaremos sobre eso, Álex. Ahora tienes que recuperarte de lo que te hizo ese desgraciado. Debes mantener reposo y no agobiarte con asuntos que no se pueden resolver desde una camilla. ¿Sabes, mi niño? A pesar de esta calamidad, estoy orgullosa de ti. Tu médico del CPD me telefoneó, qué amable y educado es, y me dijo que no ha tenido otro paciente con la actitud y convicción que muestras para dejar la droga. Dice que lo vas a lograr, pero que nos necesitas a Ángela, a Leonardo y a mí para apoyarte, porque el

camino es nuevo, largo y difícil. Ya sabía yo que lo dijiste de verdad y que vas a escapar de esa droga. Pero debes pensar dos veces antes de hacer tonterías o pelearte con desconocidos.

Katja me va a echar del piso. No hace falta que mamá añada más, le veo el desconsuelo en las pupilas. Esto es imposible de salvar, por muchas esperanzas tontas que tuviese. Lo que nos queríamos, lo que nos reíamos, los días felices que pasamos juntos ya no importan. Mamá nota que me derrumbo, que no lo evita ni saber el orgullo que sintió con las palabras de ánimo de Javier, y cambiando de tema me dice que había un amigo mío en el piso cuando fue a visitar a Katja y a Sarah. Un chico simpático y cariñoso que se ha ofrecido a quedarse esta noche en el hospital para que Leonardo y ella puedan descansar, si a mí me parece bien.

—¿Qué amigo, mamá?

—Ay, no sé. Tiene un nombre raro.

—¿Rachid?

—Sí, ese. Qué muchacho más atento. ¿Por qué nunca me has hablado de él?

Iba a responderle porque es el que me vendía la droga, mamá. Y mi socio en lo de la plantación interior de yerba y otros asuntos. Pero reculo:

—¿Y qué hacía en el piso, mamá?

—No sé, Álex. Pues interesándose por ti. Es un encanto. Me ha visto cansada y ha insistido en que se quedaba contigo. ¿Estás de acuerdo, mi niño? A Leonardo y a mí nos vendrá bien descansar y coger fuerzas, son incómodos estos sillones para dormir.

No entiendo qué hace Rachid en mi piso ni por qué se ha ofrecido a venir al hospital a cuidarme, descuidando su negocio. Ya oscureciendo tocan a la puerta de la habitación. Rachid pasa y me sonríe. Es alto, moreno, fibroso, tiene el pelo corto y una cicatriz en la frente porque le metieron una pedrá jugando de niño. Alguno de los tatuajes que adornan sus brazos se los he pintado yo. Mamá y

Leonardo recogen sus avíos y se acercan a mi camilla para despedirse. Mamá me abraza como puede y Leonardo, sin esperarlo, me planta un beso en la frente que me descoloca. Rachid los acompaña a la puerta:

—No se preocupe, doña Esmeralda. Ustedes descansen. Me quedo pendiente de aquí el amigo. Dende la camilla no puede de hacer rebujinas. Apunte mi número del teléfono por si le hace falta. ¿Lo tiene ya? Deme una perdía y lo guardo.

—Gracias, Yasin. Ay, no. Rachid.

Rachid sonríe mientras salen de la habitación, acompañados por los visitantes del de la radial, que se va a quedar solo esta noche con su padre. Rachid le pregunta al de la radial qué tal va y charlan un rato. Luego se acerca a mi camilla, risueño y relajado. Se acomoda en los sillones, agarra el periódico y lo hojea. Me molesta que ni se interese por lo de que me cosieran a navajazos. Pasa las páginas mientras crece mi ira, hasta que no puedo aguantar más y le digo:

—¿No me vas a preguntar qué pollas me ha pasado o qué? ¿Ahora también eres colega de mi mujer y de mamá? Puedes meterlas de socias en lo de la yerba, igual les parece estupendo.

—Perdona, hermano. Ojú, no te quiero de interrogar, no sea que te dé la vená. Como a ti no te gusta contarnos nah, pues no quisiera fisgonear yo en tus asunticos. ¡Digo! ¡Ni que fuésemos amigos! Álex, el huevúo de los secretos y los misterios. Cucha, otra cosita te digo, tienes contenta a tu mujer. ¿No le habías contao lo del talego, illo? Eres más cortico que el Polilla, hermano.

—¿Y qué pollas quieres que te cuente?

—Illo, deja el avenate. No es de menesté que me aclares nah. Lo supe por el Polilla, hermano. Le boquearon que el huevúo al que le endilgaron unas mojás en el Vialia delante de su hija el día de su cumpleaños y que salió en los papeles y el Andalucía Directo eras tú. ¡Digo! Ya te vale de meter a la chiquilla en mitá de tus enganchás. Estás mú crúo, illo. He estao ancá tu mujer, pa escuchar de su boca lo que te ha ocurrío. Pues pasa que aprecio a Katja y tú y yo somos amigos, aunque te den voluntos y se te olvide. Cucha,

estaba allí tu mamaica y la he visto cansá y le he dicho de hacerle el relevo. Así aprovechaba pa venir pacá y verte, illo. Antes no he venío porque no lo sabía, hermano.

Me jode que lo enfoque así, pero me callo. Me sorprende que no pregunte quién me ha pinchao ni por qué. Cuando viene la enfermera a darme las pastillas y la cena le pido permiso para salir a fumarme un cigarro a la puerta del hospital. Tengo mono de tabaco y aprovechando la ausencia de mamá y Leonardo no puedo resistirme. La enfermera dice que si salgo he de ir con el pie móvil con ruedas de los sueros, pero me da igual, iría arrastrando la camilla por los pasillos. Ceno, me trago las pastillas y me levanto de la camilla sufriendo. Le pido a Rachid que me acerque una chaqueta de chándal y me la eche sobre los hombros.

—¿Illo, quieres un besito también? ¿Te achucho? ¿Necesitas mimicos, hermano?

Salimos al pasillo y bajamos en el ascensor arrastrando el pie móvil con ruedas de los sueros. En los cinco minutos que tardamos en salir a la calle Rachid ha saludado o hablado con cada médico, enfermera o vigilante de seguridad que nos hemos encontrado. En la calle hace un frío que pela. Las ambulancias entran y salen. Nos quedamos junto a un banco, donde me apalanco con dificultad, intentando resguardarme, porque ni me puedo abrochar la chaqueta de chándal. Rachid se quita su abrigo y me lo echa encima. Le doy las gracias. Él se queda apoyado contra las barandillas, saca un paquete de tabaco y me da un cigarro. Me acerca el mechero y doy unas caladas nerviosas. Echo el humo por la nariz y toso como veinte veces. Rachid sigue jovial. Cuando me fumo el cigarro le pido otro.

—Sé quién me ha metido las puñalás, Rachid. Voy a matar a ese tío, lo juro. Me la suda que me encierren otra vez. Ya no tengo nada más que perder.

Rachid se mofa.

—Cucha, ¿yendo ajín? ¿Vas a ir a morder con el aparato ese y la bata del hospital, illo? ¡Se te ve el culo si te das la vuerta, hermano! ¿Le vas a meter una esnuapalos con las vías de los sueros?

—No tiene ni puta gracia, Rachid.

—Illo, cierra el pico, de por favor. Cucha, no te encabezones ni vayas soltando juplas con esas pintas, que como te escuche alguien se va a despollar, hermano. Sé quién es el maharón que te endiñó las mojás y por qué, huevúo. Tengo bocones por tós laos, illo. ¿Qué esperabas, Álex? ¿Que ibas a acoquinar a ese engurrinao porque llevas calavericas en los brazos? Ojú, no digas más payasás, illo. No vas a matar a nadie. Hermano, para con el nublao. Te vas a recuperar, luego ancá tu mujer y a seguir con lo de tus médicos. ¡Que no me entere que te vuelves a empicar con la coca! Illo, estás tó perita desde que no te endrogas. ¡Digo! Dejuro que venías a pillar la farlopa con una pala, hermano. Illo, ¿tú no sabes que el Rencoroso se crio en Castillo de la Cuesta ancá su abuela?

—¿Y qué me soluciona a mí eso, Rachid?

—Hermano, eres mú cortico. Illo, perdona que te lo diga de así. No piensas, te dan venás y voluntos nah más. Cucha, otra cosita te digo, dejuro que no me entra en la almendra por qué vas dándotelas de chungo, cuando eres el pavo más bueno y noble que me he echao a la cara. Estuviste ancá la cárcel por un accidente, illo. Supéralo ya. A cualquiera le podría de pasar. Y esta buchanga en la que te has metío te la vamos a apañar tus amigos, los mismos a los que tú no les echas cuentas nah más que cuando te conviene, a los que no les haces ni puto caso cuando ponemos memes tó graciosos en nuestro grupo del guachap. Por eso he venío ancá el hospital y me he tomao noche libre con los negocietes, para que no me salpique. Y por eso no han venío el Polilla y el Rencoroso.

No entiendo nada. Rachid me da otro cigarro y sigue hablando:

—Cucha, el Rencoroso sabe quién es ese maharón. Pues pasa, eso lo sabes tú, lo que pasa en tós laos, illo. Estuvo en los bares, puso la oreja y le hizo preguntas a los que no hablan. El andarríos que te endilgó las mojás está en búsqueda y captura y se largó del pueblucho ese. Está escondío en el piso de un tío suyo en La Palmilla. Hasta un papelico con la dirección apuntá le dieron al Rencoroso. Cucha, ¡qué buen picoleto se perdió, qué detective, más apañao que un jarrillo lata! El Polilla y el Rencoroso están haciéndole el aguardo. Pero cucha, no lo vayas a boquear. ¿Ta

queao claro? Ese perla tiene más primos que las infantas y pueden de venir con desquites. Pero ojú, ha montao tantas que ni va a saber de dónde le viene la rebujina que le va a caer.

Ni sé qué decir. Deseo ajustarle yo mismo las cuentas a Jesús. ¿Qué van a hacer ellos? ¿Lo van a matar y enterrar en cal viva? ¿Han visto alguna serie en la televisión y se creen que en Málaga pueden hacer esos disparates o qué? Nos subimos a la habitación. Me meto en la cama y cascurreamos de otros temas hasta que Rachid se duerme. Mientras me hacen efecto los somníferos lo oigo roncar, con mis ojos clavados en la pared de los sillones.

Por la mañana, después de que las enfermeras me traigan el desayuno, pasan sin llamar a la habitación la misma pareja de policías nacionales que ya han venido otras veces. Después de las formalidades me preguntan si sé algo de mi agresor. Me temo lo peor.

—No ha venido a traerme flores, yo qué pollas sé. Ni siquiera sé quién ha sido.

Me cortan rápido:

—¿Usted tiene amigos o conocidos que hayan podido tomar represalias contra ese individuo?

Les señalo a Rachid y les digo que es mi único amigo en Málaga. Ha pasado aquí la noche, pueden dar fe los de la camilla de al lado y medio hospital. Añado que no veo a mamá o mi padrastro dándole un escarmiento a un desconocido. Iba a decirles que el encargado del restaurante donde trabajo es imbécil y vengativo, que igual ha sido él, que vayan al hotel y le pregunten. Pero no tenían cara de escuchar chistes.

—El individuo que le apuñaló ha salido de Urgencias y en estos momentos se encuentra detenido en los juzgados, a la espera de entrar en prisión provisional. Usted y su familia pueden estar tranquilos, no volverá a acercársele.

—¿Lo han detenido?

—Sí.

—¿Cómo?

—Esa información es confidencial, caballero.

Cuando salen de la habitación, miro a Rachid, que me guiña un ojo.

—Cucha, voy a de bajar a por café. ¿Quieres un zumico o una madalena, hermano? Hay una máquina expendeora tó perita, illo.

Los Soñadores

Creo que ninguna de las bandas indies que tuvo éxito ganó nunca un concurso, quedaban segundas o terceras. La excepción fueron Los Soñadores. Por circunstancias de la vida solo grabaron un LP: Me acuesto con todas, pero te quiero a ti. En la cara A: 1) Siempre hay un final feliz 2) Peter Pan exiliado 3) 16 horas pensando en ti y las otras 8 soñándote 4) Piedra. Papel. As de corazones 5) Seré tu cielo si aleteas. En la cara B: 6) Fújur, el dragón blanco 7) Lo esencial es invisible a los ojos 8) Polvos mágicos 9) Mami y 10) Te necesito, pero todavía no lo sé.

Las canciones las escribía y componía Toni. Trataban sobre el amor, la magia de enamorarse, la literatura juvenil, las películas de Disney, la belleza de las emociones y los pequeños detalles, la nostalgia de vete a saber qué. Luego había alguna oscura, gamberrilla, con un toque o justificación literaria. Por aquella época estaba de moda el tema así tipo Henry: Retrato de un asesino, rollo antihéroe cabrón. «Mami», por ejemplo, era rara. En el estribillo insinuaba que deseaba follarse a su madre y luego decapitarla. Había otras que parecían de amor, pero los versos eran referencias a pillar farlopa en el Polígono («Fújur, el dragón blanco») o metáforas de una mamada («Polvos mágicos»). Las de la cara A eran las más pegadizas, las que pinchaban en Radio 3. En general sus composiciones eran frases de autoayuda para lerdos que invitaban a autolesionarte. Sus estrofas se podrían imprimir en una taza para desayunar un Cola Cao. Si El principito de Saint-Exupéry le hubiese pegado al basuco habría sido el letrista de Los Soñadores. Amélie podría ser Wendy O. Williams comparada con lo pastelosos que eran. Es la seducción del pop y el artisteo, que con poesía, melodías y narcisismo puedes darte un barniz de intensidad para disimular lo rastrero que eres y engañar a los incautos. Si te compras en Discos Candilejas la reedición con extras y temas inéditos en vinilo de 180 gramos amarillo, azul o verde que sacan cada año de Me acuesto con todas, pero te quiero a ti, y lees en la carpetilla interior las patrañas que firmaba Toni, es como si durante los miles de años de existencia humana en el planeta Tierra todas las personas hubieran estado muertas por dentro hasta que Los Soñadores nos enseñaron qué era el amor, y que había que entrar por la puerta pequeña del

Imaginarium.

La primera edición de su único LP, el que les editó una compañía independiente antes de que los fichase una multinacional, se vende en Discogs a 354 € de media, como mínimo a 220 € y como máximo a 494 €. En Rockdelux lo ponen en el Top 10 de los mejores discos nacionales de todos los tiempos. Pero sigo convencido de que, de no ser por mi estupidez, nadie los recordaría. Toni fue inteligente para dejar tirá a su banda en cuanto les llegó el éxito por mi campaña de promoción accidental y volar por su cuenta, como un Peter Pan cuyo polvo de hadas eran los billetes, la fama y la cocaína. Sabía que esos dos panolis de pelo graso que lo acompañaban eran un lastre. En la actualidad le va bien. Toca la guitarra y compone en otro grupo de éxito, porque cantar ya no se le da como antes. Con su nueva banda son cabezas de cartel en todos los festivales de verano, de punta a punta de la península. En una ocasión lo acusaron públicamente de malos tratos y seguí con interés el asunto, con la esperanza de que Polly apareciera en la movida, como un fantasma del pasado, para contar su historia. Añoro saber qué fue de ella. Lo más chocante del escándalo de @Toni_Soñador en las redes sociales fue que sus fanes lo defendían a muerte y decían que la mujer que lo denunció era una arpía, una feminazi financiada por la izquierda radical que le quería sacar los cuartos y aprovecharse de su popularidad.

Cuando me enteré de que Toni maltrataba a Polly no comprendía sus motivaciones. No parecía un alcohólico crónico como lo era papá, tenía dinero, era guapo, lideraba una banda y conducía un Seat Ibiza GTI rojo. Si no quería estar con Polly, podría haber estado con todas las mujeres que le hubiera dado la gana. De hecho, así lo hacía mientras salían juntos. Durante unas semanas en Villa de la Fuente todas las conversaciones giraban en torno a las palizas que le íbamos a meter a Toni de Los Soñadores. Le odiábamos y no hay nada que te envalentone más cuando estás bebido o drogado que fantasear con tomarte la justicia por tu mano. Luego todas esas azotainas que se pegan con la boca se quedan ahí, en bravuconadas con las que hacer gracia y que no sirven más que para desahogarte y soltar la rabia que te consume. Toni, eso sí, no volvió a asomar por el pueblo. Y que ni se le ocurra. Mi error se fraguó por callarme y no desahogarme dando hostias imaginarias como los demás. En

mi interior explotaba todos los días una y mil veces. El asunto no iba a quedar así. Vale que para muchas personas fui el culpable de lo que pasó. Vale que yo no pintaba nada en los asuntos de Polly con su pareja. Pero joder, ese asqueroso intentó atropellarme en la puerta del bar de la Chari. No podía olvidarlo todo y ya.

A veces me iba de fiesta a Granada con el Potas, Lolo, Jony, Dani y el Liendres, con la esperanza de tropezarnos con él y su banda en algún pub e inflarlos a puñetazos. Íbamos al Peatón en la calle Sócrates y nos sentábamos en la acera que había en mitad del pub, debajo del semáforo, todo petao con un cartel de AFORO MÁXIMO 27 PERSONAS, y nos poníamos a fumar porros, deseando liarla, hasta que nos echaban amenazando con llamar a la policía. Los pubs poperos eran pequeños. Entrabas a uno, preguntabas por Los Soñadores y te decían que se acababan de ir a otro pub. Llegabas a La Percha y se habían ido al Peatón, pasabas por el Peatón y se habían largado al Planta Baja o al Segunda Edición. Increpábamos a desconocidos con camisetas de The Smiths, Joy Division o Teenage Fanclub. El Liendres agarró por la calle Sol a un tolai de la pechera porque iba con una camiseta con un logo anglosajón y el tipo se echó a llorar, jurando por sus muertos que la camiseta era de su peña de futbito. Aprendimos a distinguir grupos indies y a aficionarnos a algunos de tanto escucharlos en los garitos donde nos metíamos. Nos pasábamos las horas muertas en el Music Club, La Percha, el Segunda Edición o cualquier antro indie, en interminables fiestas temáticas chorras como «La noche de Depeche Mode», «La noche de Mercury Rev», «La noche de The Jesus and Mary Chain». Si hubiesen tenido alquilado un local de ensayo como una banda normal, podríamos haber ido a incendiarlo, pero Los Soñadores ensayaban en el chalé de los padres de Toni, en una urbanización con seguridad privada. Suspendieron un concierto en Planta Baja porque los organizadores temían que se desatase una batalla campal. A Los Soñadores les costaría más dinero garantizar su seguridad e integridad física en un concierto en Granada que lo que les pagasen por darlo. Al final se aprovecharon de todas estas historias para construir su leyenda, para automitificarse, para montar su propio relato. Lo que más nos dolía era que Toni nunca pagó ni lo denunciaron por lo que hizo.

Pero, en fin, la vida sigue. Por muy jecho peazos que estés, el

mundo continúa dando vueltas. A finales de octubre se me cumplió el contrato de peón de albañil con El Galocho y empecé a estudiar Bellas Artes. Al contrario que Lolo, Jony, Dani o el Liendres, que ya estudiaban o trabajaban instalados en Granada, seguía residiendo en Villa de la Fuente. Me desplazaba a la ciudad con Cris y Miguel el Vuelcavasos, que no me dirigía la palabra, en un Citroën AX que se compró Cris, su primer coche. El Citroën AX se caía a cachos y cuando por la autovía adelantábamos a un camión bajábamos las ventanillas para no meternos debajo. Ellos estudiaban en el campus de Cartuja y yo en La Chana, en un edificio que antes había sido un manicomio. Cris se enrollaba y me dejaba y recogía en la misma puerta, por mucho que le jodiera a su hermano Miguel.

Fue bonito entrar en la Universidad, aunque no me gustaban ni las clases ni los profesores. Me encantaba conocer a gente distinta, abierta de mente y con inquietudes parecidas a las mías. Fue acceder a una nueva dimensión, llena de posibilidades, que no olía tan a cerrado como mi pueblo. Veías a chicas fumando porros sudándoles el coño si las miraban, a personas que follaban con quien querían sin que nadie los juzgase o tuvieran que dar explicaciones, o anarquistas que no lo eran de boquilla, sino de acción. Me fascinaba todo lo que descubría. Los meses que estuve en Bellas Artes solía llevar encima buena yerba y eso me permitió hacer amistades rápido. Ya estaba acostumbrado a trabajar y a buscarme las castañas, estaba más resabiao que nadie. En Villa de la Fuente para los demás solo era un bicho raro, pero en Bellas Artes pasaba por el típico tío con el que mejor no tener problemas. Hasta que entré en Bellas Artes lo único que me hacía ser creativo era follar y drogarme. En la facultad agarraba un tebeo y me tumbaba sobre el césped con un porro en la boca y me embriagaba de emociones inéditas. Dibujaba e iba a todas partes con un cuaderno donde apuntaba las payasadas que me hacían reír o que se me ocurrían fumao y luego hacía viñetas humorísticas, copiando a los autores del TMEO. Pensé que podría juntar todos mis dibujos en un fanzine, sin depender de otros como en Pueblo Podrido #1, y luego venderlo en tiendas, intercambiarlo con otras personas...

La gente no iba tan tatuada como ahora y a todos les chocaban los tatuajes con un estilo crudo, punk y primitivo de mis brazos, puños o piernas. Me preguntaban en qué local me los había hecho y no me

creían cuando les decía que me los pintaba yo, incluso con la mano izquierda. Un día asomé por clase con mi máquina de tatuar casera y todos alucinaron. Hasta nuestro profesor enrollao se interesó por ella. Me salieron encargos y algunas tardes me quedaba en la ciudad tatuando después de las clases. Me venía de lujo para ganar dinero, aprender y darme caprichos. Cuando había botellón o alguna fiesta me hospedaba en el sofá del apartamento de Lolo. Soñaba que al año siguiente, con el dinero que me dieran de beca al final de curso y con lo que fuera ganando en la aceituna, mamonando olivos, haciendo chapuzas y tatuajes, podría alquilar una habitación e independizarme. Vaya si lo conseguí.

Tenía amigos, aunque más tarde entendí que igual de mí solo les gustaba la yerba, porque no volví a saber de ellos. Entre mis nuevas amistades me camuflaba de persona normal, aquello que tanto ansiaba. Ya no me daba pánico mostrarme tal cual era, no me avergonzaba mi aspecto físico, no me importaba la opinión que sobre mí tuviesen los otros ni me sentía tan inseguro. Me sudaba la polla todo y me arrepentí de haber tardado tanto en salir del pueblo. De Polly no sabía nada. Suponía que me odiaba por entrometerme en su relación. Seguía en Villa de la Fuente, no salía a la calle y aplazó los estudios para recuperarse de las secuelas de su relación con Toni. Sus padres se esforzaron por sacar a su hija de aquel nido de ratas. No podía hacer mucho por ella si no quería verme ni hablar conmigo y si me culpaba a mí de su fracaso amoroso. Cris, cuando íbamos o veníamos de Granada en su Citroën AX, me hablaba de ella, sin que yo le preguntase. Polly fue asimilando que había sido víctima de malos tratos y empezó a ir al psicólogo y tomar medicación. Cris me contaba los abusos y humillaciones que Toni le hizo y me comía la rabia y la impotencia por no haberlo evitado. Desde sacarla del coche desnuda por una discusión follando y dejarla tirá en mitad de un olivar en el pueblo de madrugada, hasta abofetearla en algún pub o encerrarse en un aseo a follar con otras mientras ella lloraba. No reconocía a mi amiga Polly, la greñúa echá palante, en las salvajadas que me relataba Cris. Pero tenía presente lo que nos hizo papá y entendía que cuando estás atrapado en una situación de abusos y malos tratos no es fácil pedir ayuda o escapar. Quien te maltrata sabe cómo manipularte, aislarte, chantajearte, hacerte sentir culpable o esconder a ojos de los demás el daño que te producen.

Conocí a otras personas y el amor que sentía por Polly lo fui dejando de lado. Al entrar a la Universidad comencé a quedar con una compañera de clase, Aroah. Una heavy siniestra, que vestía como le daba la gana y era dulce, cariñosa y atenta conmigo. Fue mi primera novia, aunque a los tres meses juntos desapareció para siempre, espantada por lo que hice. Esas navidades vino a Villa de la Fuente con sus amigos para verme tocar el bajo con Super Glue-3 en el pub del Hocicoperro. Fue la primera pareja que le presenté a mamá y porque insistió al vernos juntos y acaramelaos en el pub. Mamá nunca había asistido a un concierto de su niño y se presentó con todas mis vecinas para la actuación. Super Glue-3 era una calamidad y nuestras letras una basura, pero el Hocicoperro nos dejó sitio y fecha para dar nuestro primer concierto como trío. Solo teníamos dos temas y rellenamos la media hora que nos permitieron tocar a cambio de cubatas con versiones de Eskorbuto, RIP y Cicatriz.

De Aroah no conservo apenas recuerdos. Estaba desengañado de todo, desconfiaba del amor, pese a no haber tenido nunca una relación estable, y no le contaba nada sobre mí. Cuando conoció a mamá me preguntó:

—¿Y tu padre? ¿No le gusta el punk?

Le dije:

—Está muerto.

Le impactó que no se lo hubiese contado antes y la frialdad con la que se lo dije mientras fumábamos un porro en la terraza del pub. Y se enfadó. Tampoco ella me había preguntado antes, pero bueno. Roces que surgen en todas las relaciones. Si no era capaz de decirle que papá se desnucó en unas escaleras y que por el pueblo cuchicheaban que lo maté yo, o que un cantante de una banda indie emergente intentó atropellarme con su coche, cómo iba a funcionar lo nuestro. El concierto de Super Glue-3 fue un estropicio. Los treinta y pico espectadores, incluidas mamá y mis vecinas, se alegraron cuando terminamos y el Hocicoperro puso en bucle a los Dire Straits y al Bob Marley. Sin Miguel el Vuelcavasos perdíamos como banda y esa actuación nos desanimó. Pero bueno, Aroah y sus amigos disfrutaron en Villa de la Fuente. A mi pandilla le

sorprendía que saliera con una chica tan guapa y simpática, con las historias que se contaban sobre mí. Aroah era el centro de atención y yo aprovechaba que encajase bien con todos para escaquearme y enchufarme lonchas en el baño. No porque ella no consumiera cocaína o no le gustase que yo lo hiciera, sino porque solía ir justo de farlopa y pasaba de invitarla. A las tres de la madrugada entraron al pub Lupe la del Larios, Elenita y Polly. Polly no me hizo ni puto caso y ni me saludó al pasar a medio metro de mí. Me mosqueé. Antes era la primera que venía a ver nuestros ensayos o conciertos. Se fue diez minutos después, incómoda. Cuando se marcharon para Granada Aroah y sus amigos, nos quedamos ya los cuatro gatos habituales en el pub. Cris se acercó y se tomó un cubata conmigo. Me veía rayado y me contó que Polly había estado enamorada de mí desde pequeña y esperó durante años a que yo fuese capaz de decirle algo, pero nunca me atreví. Mi amiga era miedosa, tímida e insegura como yo. Escuché a Cris perplejo. Hubiera preferido no haberlo sabido nunca. De niños y adolescentes compartimos todo y fuimos incapaces de confesarnos lo que sentíamos el uno por el otro. Me dio vértigo. Me dolía que Polly ya no me hablase. Con el paso de los años comprendí que aquella noche no me saludó ni me dijo nada por la vergüenza y humillación que cargaba sobre sus hombros. Esa noche acabé bailando villancicos rumberos sobre la barra del Hocicoperro, bebiendo chupitos de tequila con vodka, mientras Juanillo Bruce Lee y el Potas me jaleaban. Quería escapar de Villa de la Fuente. Romper con todo. Quién me iba a decir que esas serían mis últimas navidades en mucho tiempo.

Me sigue doliendo y no me resulta fácil contar lo que viene ahora.

Me quedaban cinco meses para cumplir veinte años. El 9 de febrero los de mi clase de Bellas Artes montaron un barril en un pub en la calle Pedro Antonio de Alarcón para sacar dinero y lanzar una revista cultural anarquista. Me apetecía irme de fiesta por la tarde con mis nuevos amigos y empalmar luego con la noche. Aroah vivía con sus padres y me quedaba a dormir en el apartamento de Lolo, que trabajaba en un almacén de materiales de construcción y hasta las siete o las ocho de la tarde no podría pasarse por el barril. Era un plan bonito: Lolo y yo en Granada con mis compañeros de clase. El barril empezaba a las dos de la tarde. Iba ya perjudicao por los

porros y la cerveza, porque desde las doce nos liamos de bares. Me acoplé con unos chavales a los que acababa de conocer que nunca supe siquiera qué relación tenían con mis compañeros de clase. A uno le gustaba el punk y hablamos de los Discharge y Dbeat. Me recomendó una banda japonesa parecida que sonaban potentes, Disclose. Con el THC y el alcohol parecíamos amigos desde chiquiticos y nos echamos unas risas. En cuanto empezó el barril entramos al pub y nos apalancamos en la barra para seguir bebiendo. Al poco, nos salimos a fumarnos otro porro a la calle. Hacía frío, pero el día era despejado, luminoso y bonito. Los chavales comentaron que les apetecía coca y me apunté al plan. Me preguntaron que dónde podíamos pillar a esas horas y les dije que en el piso del Tranchetes. Uno me preguntó si no me importaba ir con él en su escúter, que tenía otro casco. Me salió la vena villafonteña y pensé que bien, yo iría. Pero si entraba en el Polígono lo haría solo. No los conocía de nada y no me apetecía meterme en ningún marronazo por culpa de unos pavos a los que acababa de conocer, aunque mi motivación era pillar la coca y ratearles toda la que pudiera para mí. Era lo que solíamos hacer en el pueblo. Cuando alguien iba al Polígono y traía cocaína para otro, el impuesto revolucionario era que se podía quedar con una mihilla de farlopa de la suya. Quería que ese paseo al Polígono me diera algún beneficio. Hicimos un mocho para comprar un gramo entre los tres. El dueño del escúter me lo trajo a la misma puerta del pub, sacó un casco y me dio las llaves. Me subí y tiré para el Polígono. Ojalá me hubiese parado la policía por conducir una moto que no era mía, ciego de porros y cerveza. Ya en el Polígono aparqué frente al bloque del Tranchetes, me acerqué al portal y llamé al telefonillo. Al otro lado de la reja de seguridad del piso estaba la hija pequeña del Tranchetes, que solía saludarme con cariño y hacerme bromas. Le pregunté por su padre y me dijo que había salido, que si quería algo. Pagué un gramo con el dinero del mocho y otro medio para mí. La Tranchetillas me los dio en dos papelinas y me dijo que la bolsa verde era el entero y el amarillo el medio, aunque se notaba a la legua. Me despedí, salí del bloque y me subí en el escúter. Al ponerme el casco pensé en que podría colársela a esos tíos que estaban ya borrachos y quedarme yo con el pollo entero y soltarles el medio para los tres. Era un buen plan y seguro que aun así era más coca y más rica que la de un camello a domicilio al que uno quería avisar. Arranqué la moto y salí en dirección a Carretera de

Jaén por el Ferial. Llevaba una sudadera negra de Social Distortion con capucha, unos pantalones negros, zapatillas y una chaqueta vaquera con parches de Black Flag y Eskorbuto y un bolsillo interior donde guardaba El Libro de la Ley de Aleister Crowley que había sacado a primera hora de la Biblioteca Pública. Pasé por el Alcampo, por Traumatología, por la Avenida de Madrid y me metí por la calle Rector Martín Ocete, en dirección a calle Pedro Antonio de Alarcón. Iba cavilando cómo hacerles el lío con la farlopa. Cuando llegué al pub del barril había mucha pelotera en la acera, por lo que aparqué más lejos de la entrada, por si acaso había follón, asomaba la policía y me sorprendían con la farlopa encima. Cogí el casco para dárselo al dueño del escúter y que ya él aparcase donde le diera la gana, porque me daba corte hurgar en su portaequipajes. Además, sería una muestra de que yo era legal, antes de hacerles la pirueta de la cabra con la coca. Conforme me acercaba al pub oía más voces: se había desatado alguna pelea. Al acoplarme al barullo no vi a los tíos con los que hice el mocho. Aroah estaba enojada en la acera. Me acerqué y le di un beso. Me preguntó dónde había estado y le dije que haciendo un recao a un amigo. Me interesé por el jaleo.

—Joer, Álex. Han venío al barril unos tíos pasaísimos. Uno de ellos se ha acercao a la chica esa de clase, la del pelo azul, la ha incordiao y le ha metío mano. La chica del pelo azul le ha pegao un empujón, lo ha mandao a tomar por culo y el tío se ha puesto agresivo y ha empezao a llamarla puta. Se largaban de rositas, pero la chica del pelo azul ha salío tras ellos y están discutiendo ahí en la esquina. El tío está acojonao y la chica del pelo azul le va a calzar una bofetá. Nadie de clase la está defendiendo, tío.

Pensé que podía separar de la pelea a la chica del pelo azul y que los payasos que la estaban liando viesen que no estaba sola, aunque ella se bastaba para pararles los pies. Era la hostia la chica del pelo azul. Miré a un lado y a otro, pero no vi ni al dueño de la moto ni al otro tío. Todavía arrastraba el casco en la mano, un armatoste que parecía más de conducir una 1500 que un escúter. Pesaba un quintal. Ni siquiera me importó ir con cocaína encima e interceder en una discusión que no iba conmigo, porque los porros, las cervezas y el olor a gresca no ayudaban a mi autocontrol. Fui apartando a unos y otros hasta plantarme frente a la chica del pelo

azul, dándoles la espalda a los individuos con los que discutía. Le dije que nos fuésemos a nuestro barril pero que, si prefería zurrar a esos tipejos, yo la acompañaba. La chica del pelo azul sonrió y me dijo:

—Pero si son unos mierdas. Mucho lirili y poco lerele. Mira el cabrón que me manoseó cómo se ha apartado y tiembla. Le doy miedo a ese gilipollas.

Estábamos en una esquina que daba a un callejón sin salida. Me di la vuelta para verles las caras. Cuando vi a Toni de Los Soñadores a unos metros de mí, junto al resto de su banda, no me lo podía creer. Por fin lo tenía delante, temblequeando como la rata que era, con su pelo suelto y grasiento, un jersey roñoso y un abrigo como sacado de un contenedor de basura. Debía ir ese día disfrazado de Kurt Cobain triste.

Temblaba. Tiritaba muchísimo. Se oían rechinar sus dientes, y sus ojos saltones delataban que iba hasta el culo de farlopa. Dio dos pasos hacia atrás y su culo chocó con la pared. Estaba acorralado en un callejón sin salida. La chica del pelo azul se reía. Toni sabía que le iban a caer porrazos por todos lados a no ser que se le apareciera la Virgen de las Angustias. Me acerqué a él. Uno de sus compañeros poperos se metió por medio, pero le di un empujón y cayó contra el suelo. El otro popero no hizo ni por abrir la boca. La chica del pelo azul me preguntó qué era lo que pasaba, la ignoré y luego le dijo a alguien:

—No sé. Había venido a separar.

El popero se quedó tirao en la acera. Toni volvió a mirarme con las pupilas dilatadas y los ojos enrojecidos, acobardado. Olía su miedo. Lo único que fue capaz de hacer fue morderse la lengua, como para sacar fuerzas de donde no las había, como para imponer miedo o respeto con ese gesto. No le duró mucho el efecto. El casco que sujetaba en la mano se lo hundí en la mandíbula. De abajo arriba. Un porrazo seco e inesperado. Cayó al pavimento, retorciéndose de dolor y echándose las manos a la boca. Supuse que fingía y exageraba. No se iba a ir de allí con un solo golpe. Seguía en el suelo cuando le aticé por segunda vez con el casco en la espalda. Luego le metí otro golpe.

Y otro.

Y otro.

Teníamos una deuda pendiente y me la estaba cobrando con intereses. Toni sangraba por la boca y ni siquiera pedía socorro o que parase. Me la sudaba. Lo iba a reventar. Alguna gente chillaba. Uno de los poperos se abalanzó sobre Toni, pidiéndome con lágrimas en los ojos que dejase de pegarle. Aroah intentó sacarme de ahí, pero la aparté de mala manera porque mi plan era partirle la cara también al otro popero que lloraba. La chica del pelo azul se echó las manos a la cabeza y se puso blanca como la farlopa que yo escondía en el bolsillo. No entendía qué pasaba ni por qué las personas de alrededor se asustaron tanto. Me daba igual.

Unos tíos grandes como armarios empotraos me empujaron hacia los coches aparcados en el callejón, mientras me resistía porque ansiaba seguir zurrándole a Los Soñadores. Pensé que eran amigos de Toni que me iban a devolver la tunda. Les grité que me dejasen en paz. Se me cayó el casco al suelo. Uno de los tíos grandes consiguió reducirme. No podía soltarme. Vi su plaquita de identificación como portero de un pub de al lado. Me agarraba del cuello. Algunos testigos lloriqueaban alrededor. Intenté darle un puñetazo en los riñones, pero me apretó contra un coche, inmovilizando mis brazos, sin hacer por molerme a palos. El portero vociferó:

—¡Puto loco! ¡¿No has visto lo que le has hecho?! ¡La has cagado, tío! ¡Ya han avisado a la ambulancia y a la policía! ¡Quédate quieto, coño!

Dejé de oponer resistencia. El portero me soltó y pude incorporarme, apoyando la espalda en la puerta del coche. Quería quitarme la chaqueta vaquera porque estaba ardiendo. Miré la acera. Toni se arrastraba con las manos cubiertas de sangre sobre la boca, mientras intentaban socorrerlo. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos negros y gemía como un animal. Oí las sirenas de la ambulancia o de la policía. Ni caí en tirar la farlopa, porque seguía planeando mi jugada maestra de colarles medio gramo como si fuese uno entero a los pavos que acababa de conocer y a los que no había devuelto ni el casco ni las llaves del escúter. A un metro de

donde estaba tirao Toni vi un trozo de algo sobre un charco de sangre.

Me costó un rato entender que era un pedazo de su propia lengua.

Papá

Los dos últimos años se desdibujan en mi memoria. Todo es una maraña confusa que no sabría situar cronológicamente y que, cuando pretendo ordenarla, acaba mezclándose como si lanzara al aire negativos de fotografía borrosos. Ni recuerdo con nitidez los conciertos que he visto, a las personas con las que he follado, los trabajos que he tenido, los trapicheos con Rachid, el Polilla o el Rencoroso, las fiestas en las que he desfasado hasta desconectar por unos instantes de la realidad. La única certeza, lo inamovible mientras me hacía pedazos, ha sido ver crecer a Sarah, su cariño y su sonrisa.

Acabamos de guardar la última caja en la Citroën C15. Nos hemos dado una buena paliza empaquetando y trasladando mis pertenencias. Los puntos de la espalda me escuecen, pero el Rencoroso no me ha dejado coger los bultos que más pesaban.

El Rencoroso me pregunta:

—¿Illo, pa qué quieres tantos discos? ¿No es mejor un pendrai?

No quiero responderle una bordería por lo bien que se está portando y sonrío. Mis pertenencias de toda una vida entran en la parte de atrás de una Citroën C15. Todo lo que poseo está ahí. Con suerte me darían 1000€ por toda la basura que he acumulado. El Rencoroso viste un chándal Adidas con una camiseta de tirantes y su cordón de oro. Es buen tío, pero es la típica persona que te daría miedo encontrarte en mitad de la calle en una noche oscura. Es reservado y esquivo, pero leal. Si se la juegas te la devuelve, haciendo honor a su mote. Le he vuelto a preguntar de quién es la Citroën C15 y dice que de su padre. De camino al piso, esperando a que se pusiera en verde un semáforo, me había dicho que se la había prestado un colega. A saber de dónde la ha sacado.

Han sido unos días horribles. En cuanto me dieron el alta mamá me dijo que debía instalarme con ellos porque Katja no quería verme. Lo esperaba, pero me costó aceptarlo. No quería que esto acabase así. Al final no nos ha quedado más remedio que vernos para solucionar nuestros asuntos, hablar de dineros y firmar los papeles

del divorcio, que ya tenía preparados desde que me estampé contra el escaparate de una floristería con el Peugeot 308 de Óscar. Hemos solventado las cuestiones pendientes como matrimonio de la mejor forma posible. Ni ella ha querido apretarme más de lo oportuno ni yo hacerle más daño del que ya le he hecho.

De las puñalás me he recuperado más o menos. Me quedan unos días para que me quiten los puntos y tengo algunas molestias ocasionales, pero demasiado bien he escapado. Por unos centímetros no estoy en un nicho e intento tomarme todo esto como otra oportunidad que no merezco. Me quedarán unas bonitas cicatrices cortesía de Jesús, que taparé pronto yendo a que me tatúen algo encima. A Jesús le han caído diez años por sus asuntillos pendientes y espero que en la cárcel reflexione sobre lo que me hizo y se convierta en una mejor persona. No quise denunciarlo por no joder más a su familia y todo se arregló en un juicio. No quiero darle más vueltas. He aprendido la lección y en julio cumplo treinta y siete años. Mamá y Leonardo se indignaron porque no exigiera justicia con más saña, pero les dije que no estaba seguro de que hubiese sido él y que no quería tener más problemas ni ser responsable de que aumenten su condena. La cárcel no se la deseo a nadie y a mi familia parece que se le olvida por qué estuve yo encerrado. No me veo con derecho para dar lecciones a nadie. A mí un tío me da una paliza dos veces y lo coso a navajazos.

Me han vuelto a subir la medicación con la esperanza de aplacar mis impulsos y dejarme bajo mínimos para que sea capaz de controlarme y no arder más. Lo que no sale de mi pecho es la tristeza por perder a mi hija. También estoy tocado por lo que ha sucedido en Villa de la Fuente. A las pocas semanas de morir Lolo, le metieron cuatro tiros a Jony el Farriao, y Juanillo Bruce Lee, al que le había saltado un ojo Jose el Maricón en otra tunda que le dieron, se ahorcó porque andaba entrometido en el jaleo de Jony y además se destapó que había abusado de niños y niñas del pueblo. Me quedé helado. Pedazo de cabrón el Juanillo. Se me hace raro que amigos con los que me he criado estén muertos. Han caído como moscas. En las noticias ponían imágenes de Villa de la Fuente cada cinco minutos. Hubo disturbios. Al Entretenío le fracturaron un brazo durante las cargas policiales. El desencadenante de la

desgracia fue el intento de robo de una docena de plantas de marihuana, o eso chismorrean. Intenté contactar con Dani al enterarme, pero estaba ingresado en un hospital por sobredosis. El Liendres estaba medio ido y tampoco pude hablar con él. Sin Lolo todo estalló. Mamá lloró muchísimo porque los conocía a todos. Me rayé porque, según me contó el Potas, el niñaco que se cargó a Jony fue el tirillas al que agarré de la pechera en el bar de la Chari cuando estuvimos en el entierro de Lolo. Igual si ese día le hubiese estampado los dientes contra la máquina de tabaco me habría pegado los tiros a mí.

Sarah está en el colegio. En un rato acompañaré a Katja para recogerla y despedirme de ella. Saco el tabaco y me fumo un cigarro con el Rencoroso, sentados en el bordillo de la acera, junto a la Citroën C15.

—Me sabe mal que te quedes solo, Juanma. Vamos a ir a por la niña, no tardaremos.

—Tranquilo, illo. Arregla lo tuyo, yo me tomo algo de mientras en el bar. Así vigilo la C15. No te agobies, illo, nadie te va a chorar tus discos.

Sonrío y tiro la colilla contra el asfalto. Le digo al Rencoroso que nos vemos en una chispitilla. Me pongo en pie, y saco las llaves del bolsillo para abrir el portal. Mientras subo las escaleras las quito de la anilla para devolvérselas a Katja. Toco a la puerta y ella me abre.

—¿Has olvidado algo? Si te falta alguna cosa ya te la enviaré, no te preocupes por eso.

—Gracias, Katja. Está ya todo guardado. Te quería dar las llaves y estar contigo antes de ir a por Sarah.

Suelto las llaves, le doy las gracias por todo y vuelvo a pedirle perdón. Katja está preciosa, con su melena pelirroja recogida en un moño, una camisa estampada y unos vaqueros. El rojo intenso en los labios y las rayas negras bajo sus ojos verdes evocan a cuando empezamos a juntarnos y quedar. Necesitábamos vernos cada día y al poco tiempo acabamos conviviendo. Fueron días felices y no estaba tan perdido como lo he estado estos dos últimos años.

Confiaba en estar con Katja para siempre, hasta que se volvió a meter por medio la cocaína, perdí el control y me di cuenta de que me refugiaba en su cariño en los momentos en que necesitaba calma, estabilidad y orden. A un metro de ella era el hombre del que se enamoró. Todo se estropeaba cuando ponía un pie en la calle. Quería que Katja me salvase, pero esa responsabilidad no se la puedes exigir a nadie, porque es problema tuyo. Primero has de solucionar los estropicios de tu cabeza y salir por tu propio pie de la adicción. Y después, ya si eso, amar de verdad a alguien y ser la mejor persona posible para las personas que te quieren, sin mentiras ni secretos. Ojalá pudiera pulsar un botón mágico para volver atrás, al día que Katja y yo nos encontramos de casualidad paseando por la playa de la Malagueta, y evitar el sufrimiento que he causado. Empezar de cero con la actitud, la convicción y la consciencia de mi enfermedad que tengo ahora. Quererlas, cuidarlas y darles todo lo bueno que merecen. Me avergüenza mi egoísmo. Me queda el consuelo de que el punto final lo hemos puesto de pleno acuerdo, anteponiendo el bienestar de Sarah a todo lo demás, y de que no le guarda rencor a mamá, que podrá visitarlas cuando quiera.

—¿Y tu amigo? ¿Por qué no ha subido? No he querido decirle nada cuando empaquetabais, pero ese es el que vino una vez a traerte la droga al portal, ¿verdad? El de las «camisetas». Mira que parecen tirados tus amigos, pero tú debes ser el peor de todos. Álex, du siehst schrecklich aus. Pero en fin... ¿Quieres tomar algo?

Le pido un refresco y le digo:

—El Rencoroso es buena gente.

—Él, Rachid y el otro pintillas con el que te juntas fueron los que buscaron al tío que te apuñaló, le dieron una paliza y lo ataron a la reja de una comisaría, ¿verdad?

—Sí. Te juro que yo no sabía nada. Lo hicieron para que no me tomase la justicia por mi mano. Rachid estuvo esa noche conmigo en el hospital. Por favor, no se lo digas a mamá.

—Oh, um Himmels willen. ¿Crees que tu madre es tonta y no lo sabe?

Katja va a la cocina, abre la nevera y trae dos latas de refresco. Me acomodo en el sofá y ella elige quedarse en una silla. Sigue marcando las distancias, pero se esfuerza en hacerlo todo sencillo. Entiende la situación en la que estoy. Ya no me quiere, pero le sigo importando. He cuidado de Sarah lo mejor que he podido durante estos casi ocho años juntos.

—¿Has avisado a tu hermana para decirle a qué hora llegas? Escríbele algún wasap, que ya sabes que se preocupa, Álex. Y no te olvides de avisarnos a nosotras ni a tu madre, ¿vale?

Me voy a vivir a un pueblo de Sevilla. Ángela vino a verme cuando estuve ingresado en el hospital y se obsesionó con sacarme de Málaga, por temor a posibles venganzas por parte de los primos de Jesús. En Mairena de San Juan hay un Centro de Tratamiento de Adicciones donde puedo continuar mi tratamiento y me han convencido para residir una temporada allí. Me expulsaron del CPD de Castillo de la Cuesta, pero Javier me dio su teléfono para que lo llamase cuando lo necesitara. Ha estado pendiente de mí y sigue implicado en mi rehabilitación. Suele bromear con que, cuando me den el alta, el mérito se lo va a adjudicar otro médico. Pero le insisto en que lo que ha hecho por mí no lo olvidaré jamás.

Ha sido complicado encontrar piso. Como he dejado el trabajo en el restaurante y no tengo nómina nadie quería alquilarme, aun teniendo el dinero. He vivido siempre de alquiler y he pagado con puntualidad las mensualidades, pero eso ya no vale. Menuda escoria son los caseros. Trabajas para ellos, te chupan la sangre y te piden no sé cuántos papeles, documentos y fianzas para alquilarte un agujero que han heredado de algún pariente muerto. Si lo han heredado de sus padres, igual los envenenan ellos mismos para que la diñen y tener ingresos extras sin dar un palo al agua, tocándose los huevos. Mi cuñado encontró un apartamento minúsculo, con un baño y una sola habitación gracias a un conocido que penca en una inmobiliaria. Se parece a un chabolo de la cárcel por las fotografías que me ha enviado por WhatsApp y tiene más terraza que espacio dentro. Apuesto a que lo alquilaban como picaero. No había posibilidad de elegir y me han obligado a pagar alquiler, agua y luz por adelantado. Lo he alquilado hasta el 31 de diciembre de 2018. Katja se ha portado bien y me ha quedado un dinero que me va a

permitir estar tranquilo un tiempo y centrarme en acabar mi rehabilitación. También ingresaré pronto mi último 15 % de beneficios en lo de la yerba con Rachid, el Polilla y el Rencoroso y me retiro del negocio. Y vendo mis dibujos por Instagram. Huyo de Málaga dolido pero, al menos, desahogado económicamente.

—¿Tú qué planes tienes, Katja?

—No sé, Álex. Solo quiero pasar página. Es war schwer, das mit dir zu durchleben. Has sido bueno con nosotras y me cuesta asimilar lo que has hecho y dónde te has metido. ¿Por qué no me contaste lo de la cárcel? Tu madre se muere de la vergüenza cada vez que hablamos.

—No quería asustarte.

—Ya, claro...

Podría rogarle que se tome un respiro, que descanse de mí y que volvamos a intentarlo más adelante, cuando esté recuperado. Pero no funcionaría, porque sé que ya no nos queremos y que permanecimos juntos por Sarah.

—Voy a añorar a Sarah.

—Álex, prefiero decírtelo ahora que estás aquí y que no sea por teléfono. Me estoy planteando dejar el piso, el trabajo en la inmobiliaria y mudarme a Essen para estar cerca de mis padres. Hör zu, ich muss sofort raus hier.

Temía esto, pero escucharlo de sus labios rojos ha sido un rodillazo en la sien. Mi única esperanza es que el hombre con el que sale la enamore y la quiera como nunca lo ha hecho nadie. Entiendo que Katja esté cansada, desencantada por todo el dolor que le ha causado esta ciudad. Quizá se arrepiente de no haber huido hace ocho años. Pero para mí no será lo mismo tenerlas a dos mil kilómetros que a doscientos. Intento replicar de la forma más pausada posible, pensándolo dos veces antes de pronunciar una palabra, concentrando toda la sensatez que sea posible en la punta de mi lengua.

—Katja, no puedes alejarme tanto de Sarah. La quiero mucho, necesito poder verla.

—Bitte, Álex. No lo compliques más. Solo quería que lo supieses antes de irte porque prefiero decírtelo a la cara.

Vuelvo a protestar, intento razonar, dar buenos argumentos, convencerla de algo que sé que es imposible. Le hablo de lo complicado que le resultará a Sarah sacarla de su colegio y alejarla de sus amigos. Insisto en que Sarah desconoce el idioma, que espere unos años hasta que lo aprenda bien con sus clases particulares. Soy rastrero cuando le comento que si ha encontrado a otro que la quiera debería darle una oportunidad y no cerrarse al amor. Sé que me estoy columpiando. Pero Katja me corta, con una expresión de disgusto. Sé lo que va a decir. Sé que me va a doler escucharlo. Sé que tendré que tragarme la insolencia para no estropear lo que nos queda juntos. Sé que me va a dar un golpe bajo que me resisto a aceptar.

—Álex, no es tu hija. No puedes pedirme eso.

Es como si me apuñalasen otra vez, como si me hundiesen mil cuchillos en la espalda. Todo vuelve a estallar, la sangre se agolpa en mi nuca y empiezo a arder. Intento controlarme. Respiro hondo. Cuento hasta diez. Un nudo en la garganta me impide articular una respuesta. Aunque Sarah no sea mi hija biológica, es mi niña. Entré en sus vidas cuando Sarah tenía pocos meses y la he querido, cuidado y protegido como si fuese mía. Ha crecido a mi lado. Sus primeros pasos los dio junto a mí. Amo a Sarah y no puedo digerir la idea de perderla. Nunca quise tener hijos por lo que le pasó a Luci y por no convertirme en papá de nadie porque me aterraba parecerme al mío. Cuando Katja y Sarah se cruzaron en mi camino lo di todo por ellas y quise hacerlas felices. Mi mala cabeza lo ha echado todo a perder y solo he causado amargura los últimos dos años. El padre de Sarah murió haciendo deporte mientras Katja estaba embarazada de tres meses. Iba con una bicicleta, con su maillot de ciclista y un coche lo arrolló y se dio a la fuga. La muerte no hace distinciones ni valora más la vida sana de un deportista que la de un drogadicto. Los padres del fallecido le dieron la espalda a Kata, insinuando que el responsable del embarazo no fue su hijo fallecido, aunque con los años su abuela biológica se ablandó, pidió

perdón y aceptó a la chiquilla. Katja salió adelante sola, mantuvo su residencia y su trabajo en Málaga y sin desearlo ni esperarlo aparecí yo, que supe ganarme su corazón roto y devolverle la alegría. Cuando conocí a Sarah y agarró mi mano entre sus dedos desde su carrito de bebé, no quise separarme de ella. Si le hubiese dicho a Katja que estuve en la cárcel cuando ella me contó que tenía una hija y que el romance que surgió entre nosotros era una locura, habría salido corriendo. Por eso no le dije nada. La veía tan ilusionada a mi lado que me asustaba volver a romperle el corazón. El hombre que se lo rompió la primera vez era la razón de que Katja echara raíces en Málaga. Ese difunto deportista era la vida que Katja había elegido. Yo solo he sido un parche que ha salido defectuoso.

Sentado en el que era mi sofá, sujetando una lata de refresco y sintiendo molestias en las heridas de la espalda, comienzo a gimotear. Me abochorna haber olvidado la promesa que me hice de cuidar a mis dos niñas. Me atormenta no haber sido honesto y joderlo todo por engancharme tanto a la cocaína. Katja se levanta de la silla y me abraza.

—Todo va a salir bien, Álex. Du wirst sehen. Y vas a estar ahí de una u otra forma, porque Sarah te quiere mucho. Pero debemos ir ya al colegio a por ella, se está haciendo tarde.

Me seco las lágrimas, brinco del sofá y voy a la cocina para tirar las latas de refresco a la papelera. Hecho una ojeada al piso y suspiro. Salimos y bajamos por el ascensor. Katja ha agarrado mi mano con cariño. Huelo su perfume, miro lo preciosa que está y acaricio el calor de sus dedos. Se interesa por cómo van las heridas y cuándo me quitan los puntos. Le digo que bien, aunque mi corazón chille que ojalá Jesús se hubiese esmerado con las puñalás.

Hacía tiempo que Katja y yo no íbamos juntos hasta el colegio. Los edificios, los comercios, las señales de tráfico se van quedando atrás y los bordillos de la acera se convierten en los raíles hasta nuestra penúltima estación. Los pajarillos revolotean entre los árboles. Nos detenemos bajo la sombra de un eucalipto en la puerta del colegio, camuflados como si fuésemos una pareja feliz y normal entre el resto de los padres. Al sonar la alarma los niños salen en estampida, como si fuesen ñus. El alboroto es considerable. A Sarah se le

iluminan las mejillas al vernos. Trota con una enorme mochila en la espalda y me abraza. Solo me suelta cuando su mamá reclama un beso. Sarah me pregunta si ya estoy curado. Añade:

—Álex, ¿ya han detenido al hombre malo que te pegó?

Ella sigue convencida, y así se lo contó a la policía, a su mamá y a su otra abuela, de que me agredió un vigilante de seguridad porque le dije palabrotas por no dejarnos pasar comiendo gominolas a una tienda de juguetes. Interrogaron a ese pobre hombre y cuando lo supe me sofoqué.

—Sí, Sarah, ya lo han castigado en el rincón de pensar.

Echamos a andar hacia el piso. Nuestra última parada. Por el camino le cuento a Sarah que me iré con la tita Ángela y los primos a Mairena de San Juan, para terminar de curarme. Ella no lo acepta y se agarra a mí, suplicándome que no me vaya. Vuelvo a llorar y así me paso el trecho que nos separa del piso. Katja tiene los ojos rojos como su pelo. Solo parlotea Sarah, intentando llamar la atención cada segundo, protestando y poniéndose de morros mientras su mamá la agarra de una mano y yo de otra. Ya en el portal, le doy un beso a Katja y me agacho con dificultad para despedirme de mi pequeña. Me cuesta asumir que la he perdido. Ella gimotea y patalea mientras le aclaro, sabiendo que no es verdad, que cuando me ponga bien regresaré con ellas. Ojalá se quede con el recuerdo de que la quise a rabiar y conforme crezca olvide que ese mismo padre que tanto la amaba lo fastidió todo, hasta el punto de que lo apuñalasen delante de ella, a plena luz del día. Espero que no le queden secuelas de todo eso.

—Sarah, prométeme que te vas a portar bien. Hablaremos cuando quieras por la tablet, ¿vale? La abuela y Leonardo vendrán a verte. Si sacas buenas notas, mamá ha prometido que me visitaréis en Sevilla y podrás jugar con los primos. Y no olvides que nunca podré querer tanto a nadie como a ti. ¿Vale, bonita?

Sarah solloza y me abraza con todas sus fuerzas. Me dice:

—Te quiero mucho, papá.

Es la primera vez que me llama papá desde que empezó a balbucear. Katja la corregía cuando pronunciaba esas dos sílabas e insistía en que yo era Álex. Á-LEX. Papá era el misterioso hombre sonriente de las fotografías en el salón por las que no protesté en casi ocho años. El fallecido que desde el más allá me ponía una navaja en el cuello cada vez que me equivocaba. No me importó ser Álex, ni las fotografías, ni que la niña no tuviese mi apellido. Pero cuando Sarah ha dicho «papá» me he transformado en un muñeco al que le han arrancado la cabeza y las extremidades para darle patadas por el suelo. Ardo de amor como si estuviese en un caldero en el mismísimo infierno. El corazón ha saltado por mi boca y ha corrido a lanzarse por el tobogán del parque de enfrente mientras yo me tiro de los pelos por separarme de la persona que más he querido. Los rayos del sol son como pedradas en mis párpados y mis piernas tiemblan como una jenga a la que han quitado las piezas de la base. Los gorriones, los mirlos, las cornejas y las tórtolas pían que soy un desgraciao y en todos los coches que cruzan por la carretera suenan canciones tristes.

No puedo hacer más que llorar y estrujarla entre mis brazos.

Nos decimos adiós y temo que esta sea la última vez que nos veamos. No entiendo este mundo sin Sarah. Ni con todos los tatuajes en los brazos, en los puños, en el cuello, en la espalda y en las piernas se podría tapar el dolor y la vergüenza que me incendia. Camino hasta la furgoneta. El Rencoroso me da un abrazo y gimoteo sobre su hombro. Nos subimos a la Citroën C15, ponemos el GPS y salimos para Mairena de San Juan, tomando la A-357 para meternos en la A-92. 183 kilómetros. Dos horas y seis minutos. Reventaría el GPS de un puñetazo. Vamos en silencio, mientras moqueo y me quiebro cada vez que pienso en mi hija. El Rencoroso me pide que le haga un trócolo con la yerba que esconde en la guantera. Le lio un porro y se lo paso. Baja la ventanilla y con el porro en la boca me dice:

—Todo va a salir bien, illo. Ya verás.

—Gracias por ayudarme, Juanma.

—Pa eso estamos, illo. Pobrecilla tu niña, cómo lloraba. Me ha dado penilla.

Vuelvo a sollozar.

—Tranquilo, Álex. ¿Saes, illo? Estás mejor desde que no te enchufas coca, pareces otro. Ibas mu volao, pero ninguno nos atrevíamos a decirte nah. Al Polilla le das miedo, illo. Ja, ja, ja. Desde que le cogiste del cuello en la discoteca aquella por mancharte la camisa con un cubalibre.

Pongo a Estopa y escuchamos música y charlamos durante el resto del trayecto. Cuando vibra el teléfono intercambio mensajes con Vanessa. Le cuento al Rencoroso la desgracia que ha sucedido en Villa de la Fuente, que ha desembocado en que tres de mis amigos estén enterrados, en la misma fila de nichos. El Rencoroso alucina cuando le hablo de Lolo, mientras canturrea la que está sonando de Estopa.

—Güena hente ese Lolo. Descanse en paz.

Mi cuñado nos espera en la gasolinera de la entrada a Mairena de San Juan para darme las llaves del apartamento que me ha buscado. Nos saludamos, le doy las gracias por gestionarme lo del alquiler y pregunta si se viene con nosotros a ayudar. Le digo que no hace falta, hay pocas cajas y mejor que nos espere en su casa y le diga a Ángela que ya estoy aquí. Es la primera vez que vengo a Mairena de San Juan, jamás fui capaz de visitar a Ángela y a mis sobrinos, solían venir ellos a vernos. Desde la Citroën C15 el pueblo parece tranquilo. Estacionamos frente al portal de mi nuevo hogar, abro la puerta del bloque e introduzco un trozo de cartón debajo para que no se cierre mientras metemos cajas. El Rencoroso se mofa del tamaño del apartamento. No tardamos en sacar mis pertenencias y subirlas al tercer piso. El Rencoroso insiste en que me acerca a casa de Ángela, que va bien de tiempo y tiene ganas de conocerla. Arrancamos y el GPS nos orienta hasta que reconozco a mis sobrinos jugando al fútbol en mitad de la calle. Cuando bajamos de la Citroën C15 me hacen muchas fiestas, pero se asustan al ver al Rencoroso, hasta que este se los gana con bromas y toques a la pelota. Mi cuñado nos dice que pasemos dentro, mientras charla con el Rencoroso sobre la ruta que hemos cogido hasta aquí. Ángela me da un abrazo que hace que se me salten las lágrimas otra vez. Tomamos unos refrescos. Cuando el Rencoroso dice que se marcha, Ángela se pone cabezona para que se quede a cenar, pero él se

justifica en que tiene faena esta noche, un buen negociete entre manos, y debe marcharse. Lo acompaño a la Citroën C15. Le voy a dar dinero por ayudarme con la mudanza, pero lo rechaza:

—¿Qué haces, illo? ¿Estás tontico o qué? Ya vendré a traerte tu parte de lo de la yerba con mi chavala y nos invitas a papear algo. Es mu guapa tu hermana, illo. Cuídate, Álex.

Le obligo a que se quede al menos con algo para llenar el depósito. La Citroën C15 enfila la calle y desaparece, tocando tres o cuatro veces el claxon. El más pequeño de mis sobrinos ha salido a la calle para preguntarme si echo unos FIFA con ellos. Le digo que sí, aunque estoy roto por dentro y mi corazón arde como un contenedor quemao.

Enterrado vivo

Si lo hubiésemos ensayado un millón de veces no habría salido bien. Le pediría a Toni de Los Soñadores que se mordiese la lengua, tal como hacía cuando iba encocao y calmaba los arrebatos de rabia apretando la lengua entre los dientes, con la boca pastosa y seca y la mandíbula bailando como el parche de una batería. Luego agarraría el casco de una moto y le atizaría un millón de veces la cabeza, desde abajo y por sorpresa. Un golpe, otro golpe, un millón de golpes. Después del golpe de prueba un millón, la lengua de Toni seguiría entera en su sitio. Porque hay cosas que pasan una vez entre un millón y a nosotros dos nos tocó una lotería chunga. Si pones en el buscador de Google: «Arrancar lengua accidente», ni siquiera te da otros resultados. Es imposible que suceda. Solo aparecen noticias de hemeroteca del Ideal donde se relata el incidente, donde todavía no han borrado la alusión satanista al agresor solo por llevar encima un libro de Aleister Crowley que había sacado de la Biblioteca Pública.

Lolo me decía que si le metía a alguien una tunda saliese corriendo, porque si me pillaban me crujirían. Pero cuando agredí a Toni había cien testigos. ¿Dónde pollas iba a esconderme? Me quedé retenido por un par de porteros de pub que me gritaban «puto loco». Fue un accidente. No justifico mis acciones ni quiero restarles importancia, pero no quería que eso pasara. Nadie podrá convencerme de lo contrario. Solo ansiaba darle una lección, sin sospechar ni por asomo que nos joderíamos la vida los dos, aunque a él le tocó la peor parte. El universo nos puso allí uno frente a otro, en el momento menos oportuno y en las circunstancias menos apropiadas, pero tampoco le podemos poner una querella al puto universo. Mientras un trozo de su lengua ensangrentada estaba en el suelo me embriagaba la extrañeza, como si fuese una comedia donde yo era la estrella involuntaria. Como si estuviese en el chiste de:

—Oiga, su hijo le ha sacado la lengua al mío.

—Bueno, eso son cosas de críos.

—Sí, pero es que no podemos cortar la hemorragia.

Sabía que ya nada volvería a ser igual, pero no imaginaba hasta qué punto. Recuerdo a algunas personas conocidas que estaban cerca, con el miedo y el espanto reflejados en las facciones de sus caras, los sudores chorreando por las frentes de los seguratas que me redujeron, a desconocidos aterrados en la calle, a personas asomadas a las ventanas y balcones que gritaban estupideces, los coches que cruzaban la carretera y reducían la velocidad para contemplar el espectáculo, la señora que gritó desde uno, mientras señalaba a la acera:

—¡Le ha arrancado la lengua!

Y en esos instantes de confusión y caos esperas un milagro, que la lengua serpentee por el suelo y de un salto vuelva a introducirse en la boca de Toni y este se ponga en pie diciendo algo así como aquí no ha pasado nada, os voy a cantar una canción moñas y el mundo siguiese dando sus putas vueltas. Solo perdí el control durante treinta segundos y lo jodí todo.

La policía nacional me trasladó esposado a los juzgados, donde se me fue quitando el colocón dentro de un calabozo. Me hicieron preguntas, me metieron miedo. En los test rápidos di positivo en alcohol y THC. A Toni le encontraron coca en los análisis y tomaron declaración a algunos testigos. Con eso el fiscal hizo un informe y pidió una pena. Pasé tres noches en el calabozo de los juzgados y solo pude ver a la abogada de oficio que me asignaron. Mamá se quiso morir cuando se enteró. Al pasar los tres días me ingresaron como preventivo en el Centro Penitenciario de Albolote. El juicio salió varios meses después, fue esperpéntico y no entendía nada. La legislación establece el ingreso obligatorio en prisión a los condenados cuya pena sea superior a dos años y desde el primer encuentro mi abogada me lo dejó claro, sin endulzarlo: podrían caerme de dos años a doce. De la cárcel solo me libraría que un asteroide partiera en cuatro cachos el planeta.

Mi abogada buscaba un juicio rápido y un acuerdo de conformidad, en el que yo admitía los hechos y la pena propuesta por el fiscal se reduciría en un tercio. Le propuso al juez y al fiscal cerrar un acuerdo económico y de pena a cambio de no ir a juicio, con la esperanza de que el castigo fuese menor. Pero el abogado pijo de Toni de Los Soñadores se negó a aceptar un acuerdo. Los padres de

Toni pagaron al abogado más caro que había en Granada, el que más gomina se ponía en el pelo, miembro de la misma secta ultracatólica que los jueces y fiscales y que ellos mismos, para que me jodieran lo máximo posible. Se ensañaron conmigo y no se conformaban con quitarme la juventud. Solo si me hubiesen prendido fuego en una pira en mitad de la Plaza de Bib-Rambla se habrían dado por satisfechos. Me querían cobrar también lo de acabar con la carrera musical imaginaria de Toni de Los Soñadores, como si todo lo que asumí no significase nada. La secta ultracatólica quería más sangre. En el juicio el fiscal me interpelaba con cuestiones concretas, que yo respondía con frases cortas o monosílabos, sin decir nada que me perjudicase más. Después el abogado de Toni me cosía a preguntas dañinas y golpes bajos. Mi abogada podría haber interrogado a Toni si hubiese tenido la lengua entera, pero eso que nos ahorramos. Después, el fiscal propuso una pena y el juez decidió y comunicó la resolución.

El abogado engominao insistía en que la agresión se produjo por los celos que me producía el éxito musical de su cliente y la relación amorosa que mantenía con mi amiga. Dijo que Los Soñadores sonaban en Radio 3 y que eso me producía pataletas y deseos de venganza, sin yo saber siquiera cómo se sintonizaba. El pobre Toni, según él, solo estaba interesado en su faceta creativa y se limitaba a hacer obras artísticas con mayúscula que provocaban envidias y resentimientos en psicópatas malnacidos como yo. Me pidió que enseñase el puño izquierdo donde me había tatuado odio con letras góticas para que en la sala se hicieran una idea del tipo de persona que yo era. Pintó un retrato de mí que me abochornó y cuando hacía sus alegatos para joderme pensé en levantarme del banquillo de los acusados y tirarme al suelo frente a sus pies, para llorar y pedirle por favor que no fuese tan duro conmigo, que ya estaba sufriendo bastante. Además de una persona conflictiva, añadió lo de que según las habladurías de la gente también era sospechoso de acabar con la vida de papá. Y eso me escoció, porque intuía que fue mi amiga Polly quien se lo contó a Toni. La cocaína que me encontraron en los bolsillos la utilizaban como agravante en mi contra, y querían que fuese considerada el móvil de la pelea, para que la agresión pasara a ser robo con violencia, pero no coló. Lo de que Toni fuese hasta el culo de farlopa no le importó a nadie.

El Artículo 149 del Código Penal dice:

1. El que causara a otro, por cualquier medio o procedimiento, la pérdida o la inutilidad de un órgano o miembro principal, o de un sentido, la impotencia, la esterilidad, una grave deformidad, o una grave enfermedad somática o psíquica, será castigado con la pena de prisión de seis a doce años.

La discusión se centró en si la lengua de Toni, el Jeff Buckley español según su abogado, con la que cantaba como los ángeles versos tipo:

Puedes apagar el sol,

puedes convertir el universo en cenizas

pero en la oscuridad brillará mi amor.

era órgano principal o no. Y todas las conjeturas a partir de ahí son ya subjetivas y caprichosas. Los Soñadores no eran nada, solo otra banda indie, calcada de otras. Su LP recién editado no se vendía ni entre sus allegados. De no haber perdido de un modo accidental un trozo de su lengua y la campaña involuntaria de promoción que les hice, nadie se acordaría de ellos. Ese trozo de carne inútil que tenía por lengua lo convertí en órgano principal, lo alcé hasta el cielo, lo hice mítico. Los hice famosos y he de convivir con esa idea cada vez que escucho alguna de sus canciones. Lo transformé en una estrella del pop a hostias. Y eso lo sabe Toni, por mucho de artista maldito que se las dé. Los Soñadores aprovecharon la desgracia para suplir con él su falta de talento. Su disco se convirtió en un objeto de culto desde que la noticia de la agresión apareció en la prensa. Luego compraría los derechos del LP una multinacional. No tuvieron una mejor promoción que la que yo les hice, mejor que sonar en Radio 3 o salir en Mondosonoro o Rockdelux, dónde va a parar. Vale que ya no puede hablar bien y se comunica con lenguaje de signos. Pero así no volverá a llamar «puta» a nadie mientras le mete palizas.

El abogado de Toni hizo todo lo que pudo para que la lengua fuese considerada órgano principal y la pena se fuera de los seis a los doce años. Aunque quisiera magnificar el asunto, en ese momento la lengua de Toni no era la de Morrissey. No eran profesionales y

solo habían grabado varias maquetas y un disco cutre que no les iba a dar de comer, aunque los pusieran en Radio 3 todos los días. Joder, Toni hablaba siempre de un tal Julio Ruiz y todos creíamos que se refería a su padre. En el libro que escribió Toni, Memorias de un Peter Pan sin voz, pasa de puntillas sobre el asunto y achaca la pelea que causó su mutilación a las envidias y celos de unos «punkis sin sueños de un pueblo de paletos» que arreglaban todo con violencia. Cuando lo leí, porque me lo compré, tapa dura: 18'95 €, me sentí decepcionado porque no me diese demasiada importancia. Me dolía que se refiriese a mí de una forma tan difusa como «los punkis». Estuve por escribirle y manifestar mi indignación, pero no era plan. En la librería tampoco quisieron devolverme el importe del libro.

Por mi culpa son una banda de culto.

El juez se limitó a ver el parte de lesiones y el atestado policial, hizo una cuantificación de daños y me condenó. Toni tenía su parte del forense, aunque las secuelas eran visibles a simple vista. Daban igual los testigos, que alegásemos unos y otros las motivaciones que provocaron aquella pelea, que añadiésemos atenuantes o quitásemos agravantes. Daba igual que Toni intentase atropellarme y que, aunque no hubo denuncia, los guardias civiles de mi pueblo fueran avisados por el Juan Miguelete que vendía cupones. No importaba que Toni abusara de su novia y la maltratase, porque ni siquiera Polly lo denunció. Daba igual que mi intención inicial fuese separar a una compañera de clase de una discusión con un imbécil que la había manoseado e insultado, porque la chica del pelo azul iba borracha y qué persona en su sensato juicio no se iba a sentir halagada y dichosa por que un artista indie emergente sucumbiera a sus encantos. Ni siquiera se me pasó por la cabeza alegar enajenación o que cometí la agresión en un acto de delirio transitorio u otra patraña. El fiscal era un disco rayado con la murga de que la violencia no se puede tolerar, la violencia esto, la puta violencia lo otro. Como si en esos meses de prisión preventiva no hubiese reflexionado sobre qué está bien y mal. Toni era agresivo con mujeres a las que aislaba, intimidaba y maltrataba, creyendo que no suponían una amenaza para él y sabiendo que contaba con el dinero y los contactos de sus papás ultracatólicos para tapar sus patinazos. A mí no me quedaba otra que asumir las

culpas para no sumar más años a la condena.

El Juzgado Penal Número 2 de Granada dictó una sentencia por la que me condenaba a nueve años de prisión y al pago de una millonada de indemnización en concepto de responsabilidad civil, lesiones y secuelas, más las costas judiciales. Toni perdió un trozo de lengua y sus facultades de habla quedaron mermadas. Me cayó encima el Código Penal como un pepito de cemento que se suelta de un montacargas. Me declaré insolvente, ni vendiendo mis órganos en el mercado negro habría reunido el dinero. Aun así, tuvimos que soltar muchísima pasta, por suerte muy alejada de la cantidad propuesta. En el momento en que pasó todo muchos vecinos nos prestaron dinero, algunos vendieron papeletas para rifas solidarias, la Orquesta Amanecer me donó el importe íntegro de una actuación en una boda, el novio de mamá contribuyó con su propio patrimonio a saldar parte de la deuda. No teníamos medios para recurrir la sentencia, donde a todas luces hubo prevaricación por las presiones de una puta secta ultracatólica. Nunca me podré perdonar el sufrimiento, el dolor y el daño económico que le causé a mamá. Devolví hasta el último céntimo cuando volví a ser libre, pero podrían haberme enchironado otra vez por la forma en que casi siempre conseguí el dinero.

No volví a saber nada de Polly y ni quería preguntar por ella porque me sentía herido, traicionado y confuso. Sus padres y ella se mudaron poco después a un pueblo de la Vega de Granada. Pasados unos años me enteré por Cris de que estuvo jodida, con una depresión dura y temas de autolesiones. El sufrimiento, la culpa y la vergüenza se los guardó para ella. Sus sentimientos o reproches respecto a mí no los supe ni quiero saberlos. Me habría gustado recibir una carta suya mientras estuve en la cárcel, pero entiendo que se quitase de en medio para lamerse las heridas y olvidarse de Toni y de mí, que no éramos más que dos idiotas cegados por nuestra testosterona de machitos.

Tras los tres días que pasé en los calabozos después de la agresión, la Guardia Civil me trasladó de los juzgados al Centro Penitenciario de Albolote como preventivo. Al entrar al módulo de ingresos iba asustado porque creía que la cárcel era como en Fuga de Alcatraz, de Clint Eastwood. Solo llevaba lo puesto y mamá me tuvo que

traer ropa en cuanto vino a verme. Conocí al que sería mi padrastro tras un cristal, mientras mamá preguntaba si debería bordarme las iniciales en los calzoncillos. Los dos primeros días al entrar en prisión estuve en el módulo de ingresos, donde pasé los chequeos médicos y los funcionarios me evaluaron para concederme el segundo grado de tratamiento penitenciario. Iba tan roto que me pusieron un protocolo antisuicidio y me asignaron a un preso de confianza que estaba las veinticuatro horas conmigo para evitar que me ahorcase con una sábana. Digerir dónde estaba fue difícil. Cuando entras como preventivo todavía no has tenido juicio y desconoces los años que te van a caer y te angustia esa incertidumbre. Los meses como preventivo fueron los peores con diferencia. Estuve tomando antidepresivos durante toda la condena y solo pude dejarlos cuando al recuperar la libertad me metía tanta coca que me sentaban mal. La cárcel es algo que piensas que no va contigo y que solo les pasa a otros que algo habrán hecho para acabar ahí. Pero acabar enjaulado, según quien seas, está más cerca de lo que uno se piensa. Es fácil cometer un error o tener un accidente.

Luego me asignaron un módulo de delincuentes primarios, me dieron chabolo, me explicaron las normas... Mi primer compañero de chabolo fue el que debía evitar que me ahorcase. Era buen tío. Iba muerto de miedo la primera vez que me tocó salir al patio, pero Carlillos me arropó, estuvo pendiente de mí y al rato ya estaba dando patadas a una pelota. Charlaba con unos y con otros y pronto hice mis amistades de patio. Al principio todas surgieron en mi equipo de futbito. Jugaba bien al fútbol y eso me facilitó las cosas. Me trataban mejor en el patio de la cárcel que cuando jugaba de niño y el entrenador no me ponía en los partidos porque le caía mal y papá le rompió la nariz de un puñetazo en una pelea de bar.

El sistema penitenciario deshumaniza y te marca. Todo es más complejo de lo que solemos creer y estando encerrado en mitad de ninguna parte con otros mil y pico reclusos y funcionarios de prisiones no distingues bien quiénes son los malvados y quiénes se supone que son los virtuosos. Las desigualdades, la falta de oportunidades, el no tener futuro, el abandono institucional, la clase social... es para muchas personas el tíquet para una celda desde el instante en el que nacen. Pagas por tus errores con la esperanza de

reinsertarte en una sociedad que no tiene sitio para ti. Con los días te vas adaptando a estar encerrado e intentas hacer más soportable el día a día. Disfrutas las horas de patio, aunque cuando vuelves a tu chabolo y te tumbas en tu litera todo se derrumba. El tiempo pasa lento, intentas no pensar y distraerte con cualquier chuminá, el sol parece atascarse en el cielo y las horas con luz se hacen cuesta arriba. Por las noches ni puedes dormir porque la culpa te corroe las entrañas. Las que duermes de un tirón son las mejores, porque las horas que estás durmiendo no son condena, como solía decirme Carlillos.

Villa de la Fuente limita al oeste con el Centro Penitenciario de Albolote. En el pueblo por las noches se ve más el brillo de las luces de la cárcel que el de las estrellas. Mi abogada peleó para que los hooligans de la puñetera secta ultracatólica no me mandasen lejos. Mamá no me dio la espalda y me apoyó, a pesar de la ruina que le causé. Venía a verme, me ingresaba dinero en el peculio y me gestionaba desde fuera los temas judiciales. Se sacrificó, echaba todas las horas que podía limpiando chalés y en cuanto pudo se sacó el permiso de conducir y compró un coche de octava mano para visitarme sin depender de otros, acompañada por Ángela. Nos comunicábamos a través de los cristales y usando un telefonillo. Le daba un petate con mi ropa para que me la lavase y me la traía limpia. Pese a que los registros eran inevitables, mamá les inspiraba confianza a los funcionarios. Me traía libros, revistas, fanzines y cintas que me grababa el Potas. Ángela y ella se preocupaban por mí y debía esforzarme en mostrar que todo iba bien, que era fuerte, les decía que era el pichichi de la liga de futbito para sacarles una sonrisa... Hacía el papelón en cada visita para que no sospecharan que solo encontraba consuelo pensando en clavarme un cepillo de dientes afilado en la aorta y volver a ser libre. Si no lo hice fue por no hacerles más daño. No se merecían pasarlo tan mal. Era duro verlas sufrir por mi culpa a través de un cristal mientras intentaban hacer vida normal y yo me pudría allí dentro.

En total me comí tres meses de prisión preventiva, cinco años, un mes y un día de condena en segundo grado y tres meses en tercer grado durmiendo en un Centro de Cumplimiento y el resto —un año — en libertad condicional, con la prohibición de aproximarme a la víctima o sus familiares y la obligación de comparecer

periódicamente ante un juez. Me rebajaron lo que me faltaba para cumplir de los nueve años por buen comportamiento, participar en actividades, sacarme una carrera por la UNED, trabajar en cocina y hacer tareas de limpieza. Los días como preventivo también me restaron condena. Lo primero que te pregunta todo quisqui es por qué estás allí. Al principio me llamaban desde otra esquina del patio y me decían:

—Niño, cuéntale a este por qué te han encerrado.

Y lo contaba por no quedar mal, aunque me dolía. Y se descojonaban y no daban crédito a lo de la mutilación de la lengua de Toni. Y supongo que todos pensaban que era un pringao y un gilipollas. Pero me trataban bien. Durante el tiempo que cumplí de condena intenté no meterme en líos, comportarme y respetar las normas, a los funcionarios y a los demás presos para no decepcionar más a mamá. La rutina era insoportable. Patio, partidas de cartas o parchís, ver volar a los pajarillos, charlar con la gente o ponerme a dibujar eran mis diversiones. Me gustaba entintar mis dibujos tumbado en la litera, mientras escuchaba cintas punkis en mi radiocasete y miraba los barrotes de la ventana hasta quedarme dormido. Así un día tras otro. Así cinco años y pico. Todavía me dan escalofríos cuando oigo abrirse y cerrarse una puerta. El tiempo de patio en que no jugaba al fútbol me lo pasaba tirao en una esquina al sol, haciendo dibujos en una libreta. Cuando junté muchos me encabezoné en hacer un fanzine, como el Pueblo Podrido #1 que sacamos en el pueblo. Pedí permiso al juez de vigilancia penitenciaria para poder fotocopiarlos, maquetarlos con pegamento y unas tijeras de punta redonda y tener algunas copias. Hice tres fanzines mientras estuve encerrado. Me carteaba con punkis de todas partes. Mi edad, mi inocencia pese a que me las daba de lo que no era y mi buena conducta jugaron a mi favor y los funcionarios no solían poner trabas a mis inquietudes. Todos me llamaban Niño porque durante meses fui el más joven del módulo.

Saber dibujar me vino bien. Solo me he sentido artista allí dentro. Los compañeros de patio me pedían que les dibujase una mujer desnuda, un tigre, a Camarón de la Isla... y con esos dibujos en folios A4 decoraban sus chabolos. Cuando se enteraron de que mis tatuajes me los hice yo mismo, me presionaron para que me

fabricase una máquina de tatuar. Pero era imposible encontrar los materiales, de vez en cuando había registros sorpresa, y me la podrían requisar y sancionarme al estar prohibidas. Aun así, empecé a tatuar a gente con agujas y tinta de bolígrafo. Los dibujos y los tatuajes talegueros me los pagaban con tabaco, tarjetas telefónicas o productos del economato. Aliviaba así un poco las penurias económicas de mamá.

Con el tiempo y tras asimilar la condena definitiva después del juicio, ya no me quería ahorcar, quería resistir, salir de ahí y vivir todo lo que me estaba perdiendo. Hice buenas migas con otro chaval joven y pedimos que nos cambiasen de chabolo para compartir uno juntos. Era un heavy con delito de sangre que murió hace un par de años en un accidente de coche. Josué, que así se llamaba, se empeñó en que le tatuase el perro de Motörhead en la espalda, y ese fue el más loco y complicado que pinté allí. Me daba igual tatuar a quien fuese a cambio de algo. Los módulos eran grandes y había lugares que los funcionarios no podían controlar, porque no salían de sus garitas acristaladas y además había déficit de carceleros y no tenían ojos para todos.

Hay algunas formas de trabajar dentro de la cárcel, pero es complicado encontrar algo porque todos quieren estar ocupados. Entré en cocina casi al final de la condena y aunque no era mucho dinero me gustó poder mandárselo a mamá, que no se lo gastó y me lo dio cuando salí para poder rehacer mi vida. Estudié Historia del Arte por la UNED para entretenerme. Me ayudó para que me rebajasen la condena, pero después ni me planteé hacer unas oposiciones, porque no quería ni podía ser maestro, tenía deudas que me urgía pagar y la droga está muy cara. Aun así, fui el primero en la familia que estudió, que se sacó el BUP y terminó una carrera. El hijo del Esmayao con un título universitario fue como echar ácido en la cara de los fascistas de mi pueblo.

Se nota la diferencia entre quienes tienen apoyo económico desde fuera y quienes no. Si dispones de peculio estás más desahogado. Había productos que te podían traer bajo pedido. Me agencié un radiocasete, porque necesitaba escuchar punk para no perder del todo la puta cabeza. Fue de los pocos caprichos que me di y lo pasé mal. Hasta se lo consulté a mamá, avergonzado por gastar dinero

con la quiebra a la que arrastré a mi familia. El alcohol en la cárcel está prohibido. Droga estuve tiempo sin consumir, porque allí dentro era difícil de conseguir y los precios a los que podías pillarla eran un disparate. Me hice donante de sangre y hasta me enviaron un carné. Estuve limpio y sobrio hasta que me dieron el primer permiso al cumplir un cuarto de mi condena.

Mis amigos, para visitarme, debían echar una instancia solicitando permiso. Si le pedía algún casete al Potas, este se lo pasaba a mamá, porque con ella los funcionarios no eran tan estrictos y severos. El Potas y Lolo me visitaban a menudo, a veces con mamá y Ángela, y estas citas conjuntas una vez cada tres meses se podían alargar varias horas. Había un máximo de cuatro visitantes en los vis a vis familiares. A veces el Potas venía con Cris, que me escribía cartas contándome los sucesos que acaecían en Villa de la Fuente para mantenerme informado y hacerme reír, aunque también me enteré en una de esas cartas del accidente de Rober el Malhecho y fue duro. Mi primo Antoñico el Priscos vino alguna vez con su novia Isilla, sobre todo al principio. Luego ya me convertí en algo así como un disco que sabes que tienes pero que olvidas dónde lo has puesto.

Nunca tuve un vis a vis íntimo. Había que demostrar con papeles que tenías pareja y a Aroah no la volví a ver. Follé menos que un perro atao durante los cinco años, cuatro meses y un día de prisión. Cuando me dieron el primer permiso convencí al Potas para que me acercara al Paradise. Con un día o dos de permiso cada cierto tiempo no era fácil iniciar una relación. No podía conocer a mi media naranja, enamorarnos y luego desaparecer como Cenicienta durante tres o cuatro meses sin dar explicaciones. Las chicas y los chicos no suelen enamorarse de personas así. Luego al salir me follaba a todo lo que podía, sin hacer distinciones. La primera vez que dormí una noche entera abrazado a alguien tenía veinticinco años. Se llamaba Adrián. Conservo con cariño muchos recuerdos suyos.

Hay que cumplir un cuarto de tu condena hasta que te dan, con suerte y dependiendo del delito, el primer permiso. Pasada la mitad de la condena puedes aspirar a que te den el tercer grado y a los tres cuartos, la libertad condicional. Pero depende de tu

comportamiento, de cómo de estructurada sería tu vida fuera, de tu entorno social y familiar, expectativas laborales, antecedentes, el tipo de formación que tienes... y del punto que le dé a la Junta de Régimen. Cuando volví del primer permiso me pasé una semana lloriqueando por el patio, echando de menos todo lo que me perdí por ser un capullo. Creí que la cárcel me estaba haciendo más sensato, pero la responsabilidad me duró hasta que acabé el tercer grado en un Centro de Cumplimiento y me dieron la libertad condicional. Con el tercer grado sentí vértigo. Para que me lo dieran, Leonardo me encontró trabajo en la bodega de un amigo suyo en el centro de Granada.

El Centro de Cumplimiento que me asignaron con el tercer grado y donde debía ir a dormir, mínimo ocho horas de cada veinticuatro, estaba en Granada. Tenía turno partido en la bodega y pasaba las tardes y el día libre en el piso de Leonardo y mamá, por la zona de la calle Alhamar. Como tenía mi nómina de camarero no solicité el paro carcelario. Los tres meses que estuve en tercer grado me porté bien, trabajando y aprendiendo en la bodega, sin despendolarme con la droga y haciendo malabares para follar, con más tiempo durante mi día libre y en plan aquí te pillo aquí te mato el resto del tiempo. A la una de la noche debía estar en el Centro de Cumplimiento y la carroza dorada volvía a convertirse en una calabaza. Salía corriendo a toda prisa y perdía uno de mis zapatitos de cristal, pero nadie hacía por buscarme. Al menos los informes judiciales eran positivos. Para poder realizar mis labores de camarero me dieron la libertad condicional, porque era difícil compaginar la hostelería con el tercer grado. Ya con la libertad condicional, cada vez actuaba de un modo más irresponsable y que mamá se mudase con Leonardo a Málaga me maleó: sin ella no debía rendir cuentas a nadie. A primeros de 2007 encontré un apartamento donde residir. Solo quería drogarme y follar. No me importaba el futuro y exprimía el presente todo lo que podía. Me costaba establecer vínculos afectivos con las personas. Siempre me ha dado miedo que me quieran porque no sé estar a la altura.

Durante mi estancia en prisión perdoné a papá por el daño que me hizo, intenté empatizar con la dureza y la miseria en la que se crio y solo me asaltaban buenos recuerdos de él. Me habría gustado que siguiese vivo. Seguro que estaría orgulloso de que su hijo fuera un

psicópata que repartía puñetazos como hacía él. A menudo pensaba en las canciones melódicas italianas que ponía papá en su Seat 127, esas en las que tanto decían «te quiero», cuando íbamos al pantano del Cubillas. Mientras él pescaba y bebía güisqui de la botella, Ángela y yo echábamos migas de pan a los peces, con el agua del pantano cubriéndonos hasta las rodillas.

En ningún trabajo me han solicitado una historia de antecedentes. A los cinco años del cumplimiento de la condena, incluida libertad condicional, se cancelan y solo quedan antecedentes policiales. Esos no desaparecen. Algunos amigos me olvidaron, otros se preocuparon por mí. No le he contado a nadie por voluntad propia que estuve preso. No es algo de lo que me apetezca hablar. Katja no lo supo hasta escucharlo de boca de un puto policía después de estamparme en el escaparate de una floristería. No es un asunto que le cuentes a alguien el día que lo conoces y crees enamorarte. Luego esperas el momento apropiado, pero van pasando los días. Y ya cuando convives unos cuantos años con esa persona no es oportuno parar una película que estáis viendo en la televisión y decirle:

—Oye, cari, ¿sabes que estuve en el Centro Penitenciario de Albolote? Se me ha pasado contártelo.

De la gente que conocí en Málaga solo lo sabían Rachid, el Rencoroso y el Polilla, porque un conocido exconvicto se lo comentó a Rachid después de verme con él. Empezó a tirarme indirectas hasta que me sonsacó.

Cuando me dieron el tercer grado me devolvieron las cosas que portaba en el momento de la detención, porque las guardan, y de las que ni me acordaba: mi cartera con una entrada para un concierto de El Último Ke Zierre en Planta Baja al que no pude ir, tres mil pesetas en efectivo que debería cambiar porque entró el euro, las llaves de un escúter que no era mío, un paquete de tabaco, un mechero y el puto libro de Aleister Crowley y del que menos mal que no me pasaron la multa de la Biblioteca Pública por un retraso de cinco años y pico en la devolución. El gramo y medio de cocaína que me quitaron cuando me detuvieron ya no estaba. Estuve por comentarles a los funcionarios que me faltaba la farlopa. Me recogieron mamá y Leonardo. Fuimos al piso donde residían. Me di una ducha. Llamé al Potas y a Lolo y nos fuimos de cervezas. Por la

tarde mamá y Leonardo me acompañaron a comprarme pantalones de pinzas negros y unos zapatos antideslizantes. Por la noche fuimos los tres a cenar a la bodega donde empezaría a trabajar al día siguiente. Mi futuro jefe fue encantador y me dio un par de mudas de camisas. Antes de las doce me fui paseando hasta el Centro de Cumplimiento para dormir. El tercer grado fueron tres meses de camarero, descansando solo un día a la semana, y sobando en el Centro de Cumplimiento por las noches. Los informes positivos, las evaluaciones, mi buena conducta y echar más horas que un tonto en la bodega fueron fundamentales para que me dieran la libertad condicional tan pronto.

Años después, paseando por Málaga con Katja, nos cruzamos con dos heroinómanos muy acabados y terminales. Uno arrastraba una botella de butano y otro una bicicleta de plástico de niño pequeño. Uno de ellos, al verme, me reconoció. Se acercó, me dio dos besos y me dijo:

—¡Niño! ¡Cuánto tiempo! ¡Qué guaperas estás!

Katja no entendía nada. Estuve charlando con él, con discreción y confianza, sabiendo ambos que mejor no sacar el tema de la cárcel. Me enseñó un tatuaje que le hice encima de una teta del nombre de la mujer que amaba. Se subió la camiseta sucia y sobre las llagas y unas costillas esqueléticas, me señaló el nombre que le tatué.

Le pregunté qué tal estaba su novia.

Me dijo mientras sonreía que debería haberle tatuado una polla, porque ya ni se acordaba de su cara.

Le di todo el dinero que llevaba encima y nos despedimos. Katja me preguntó de qué conocía a ese tipo y le dije que de cuando tocaba el bajo en Trankimazín, que era técnico de sonido o algo así. Fue la primera vez que vi la sombra de la desconfianza en la mirada de Katja. Fue el pistoletazo de salida para los embustes sin tregua. Pensé que la mentira haría que todo funcionase mejor.

Cicatrices

La enfermera del Centro de Salud me pidió que me quitase el jersey y la camiseta y me sentara en la camilla. Se colocó guantes de goma y puso sobre una bandeja metálica suero, pinzas y unas tijeras. Me veía tenso y me advirtió que lo podría soportar, que solo percibiría una molestia leve en la zona de las heridas, pero que sobreviviría. Lo dijo haciéndose la graciosa, como si después de que me hubiesen metido tres puñalás en la espalda hacía unas semanas o llevase medio cuerpo tatuado me asustara retirarme los puntos. Debería haberle dicho:

—Señora, que me estoy muriendo de lache, joder.

Pero le sonreí, porque ella no tenía la culpa de que yo fuese medio idiota y me buscase nada más que ruinas.

Oí el sonido de las tijeras al cortar los puntos y noté cómo iba sacándolos con las pinzas. Ojalá el pasado te lo pudieran sacar de encima así, a pellizquitos.

—La piel ha tenido una cicatrización adecuada, pero no te voy a retirar todos los puntos todavía. Vuelve a pedir cita para enfermería y te pasas por aquí la semana que viene. La limpieza de la herida la puedes realizar con normalidad durante el baño, con agua y jabón. Debes mantener la zona hidratada. No será necesario utilizar una pomada cicatrizante, pero si notas alguna molestia o las heridas sangran, pásate por aquí, ¿de acuerdo?

Le di las gracias y volví a ponerme la camiseta y el jersey.

Eran mis primeros días en Mairena de San Juan, confiaba en empezar de cero otra vez, aunque me quedaban demasiadas cicatrices, la mayoría invisibles. Cuando salí del Centro de Salud, Vanessa me propuso por WhatsApp que la siguiente vez hablásemos por teléfono, en lugar de escribirnos mensajes. Todo ha cambiado desde esa mañana.

Son ya cinco meses en Mairena de San Juan. Mi periplo aquí, sacado a la fuerza del entorno donde me hacía peazos, me está

sentando bien. Me he tomado un respiro de los trabajos precarios. Mis interacciones con otras personas se limitan a las enfermeras del Centro de Salud, la psicóloga y la trabajadora social de mi nuevo Centro Provincial de Drogodependencias, los funcionarios de la oficina de Correos, la mujer del estanco y las del supermercado. Ángela, mis sobrinos y Vanessa se han convertido en el centro sobre el que giro. Echo de menos a Sarah, pero hablamos varias veces a la semana a través de la tablet. Puse dibujos suyos y algunas fotografías decorando el apartamento. Sarah suele pedirme que vuelva a casa. Cuando lo hace le digo que primero tengo que curarme, porque me he puesto malito y tardaré un tiempo. Un día dejará de extrañarme y de llamarme por la tablet. Temo que suceda, pero sé que es inevitable.

Con Vanessa converso todos los días tres o cuatro horas por videollamadas del WhatsApp o Skype. A veces más. Disfruto charlando con ella y fuimos abriéndonos el corazón y desnudando nuestra alma, quitando capas como cuando pelas una cebolla. Me ilusiona poder contar con alguien a quien nunca he decepcionado o fallado y que solo me puede juzgar por el presente. La primera vez que nos vimos las caras en movimiento fue rarísima. Me preguntó por qué estaba todo el día encerrado y me dijo que debería aprovechar para conocer el pueblo nuevo donde residía. Ella suponía que todo el lío en el que andaba metido se debía a mi ruptura amorosa, que era lo único que le había contado sobre mí. Y que yo estaba triste y llorando por las esquinas como se quedan las personas tras un desengaño amoroso. Le respondí que no podía salir mucho y ella se interesó, en broma, si acaso estaba en arresto domiciliario y me habían puesto un dispositivo de vigilancia en el tobillo, que le enseñase el pie. Me hizo gracia, le mostré los dos pies y a partir de ahí comencé a contarle cosas, a dejarle caer qué había detrás de esa persona cuyos dibujos tanto le gustaban y que había conocido por internet. Ella también sufría una tesitura complicada y que los dos estuviésemos tan perdidos hizo que creciera una extraña confianza. No estábamos cerca, no podíamos herirnos y nos dejamos llevar. Tengo miedo de que deje de estar ahí por los detalles que en pequeñas dosis le voy relatando, pero me comprende y no me da la razón ni me sigue el juego para que caiga en la autocomplacencia. Sabe qué decirme en cada momento. Le fui contando casi todo, excepto ese asunto que creo que no seré capaz de confesar jamás,

repartiendo entre una tontería y otra los sucesos más desagradables. Me aliviaba soltarlos, me liberaba y me parecían cada vez más lejanos a la persona que soy en Mairena de San Juan. Vanessa nunca me colgó y siempre volvió a llamarme. Daba igual que le hubiese contado que era drogadicto e intentaba recuperarme, o que me empotré con un coche en una floristería o que decepcioné tanto a mi esposa que acabó echándome de casa o que siendo joven pasé cinco años y pico en el Centro Penitenciario de Albolote o que follaba con tías y tíos o que me apuñalaron delante de mi hija.

Vanessa escuchaba e insistía en mi esfuerzo por cambiar, que debería quedarme con eso, porque el aquí y ahora es lo que importa. Con ella todo es sencillo y natural e igual de todas las desgracias que le he contado lo que más le ha chocado de mí es que sea fan de Melendi. Nos hemos hecho buenos amigos. Todo es puro y honesto, no tenemos ya nada más que perder y vamos de cara. Ella padecía una situación difícil y aprendí a prestarle atención, a ponerme en su lugar e intentar entenderla. Los días giran en torno a nuestras conversaciones, nos necesitamos y nos cuidamos uno al otro a través del dispositivo que elijamos para comunicarnos. Queda esa duda ahí, mariposeando en el corazón, de si todo es real, porque nos separan seiscientos kilómetros. Vanessa es preciosa. Tiene mi edad, el pelo largo y oscuro, es delgada y sus ojos marrones me ponen muy tonto. Nos reíamos contándonos nuestros dramas. Solo somos amigos, que por azar y estar desubicados hemos encontrado apoyo mutuo. Pero me asfixian emociones que no sentía desde hace años, como un pinchazo en el estómago cuando no está al otro lado de la pantalla resquebrajada del teléfono, que me hace dudar de si esto es amor o qué pollas. Solo tengo claro que el amor es pasajero, que trabajar es una mierda y que ojalá caiga el capitalismo, pero estoy atontao con Vanessa.

No sé si estoy preparado para querer a alguien o si me queda algo para dar en mi corazón magullado. Nunca ha salido bien y me atormenta estropearlo todo de nuevo. No sé amar y me cuesta dejarme querer. No sé si es bueno empezar algo nuevo, sin mentiras ni secretos, con las cartas sobre la mesa desde el primer momento. Quizás estoy acostumbrado a sobrevivir al día y cuesta encarrilar ese nihilismo. Los ratos en los que no estoy empanao por la medicación me como la cabeza. Hay algo entre Vanessa y yo. No sé

lo que es. Tengo la certeza porque solo le he mentido una vez.

Sarah, con la tablet que le regalé para su cumpleaños, me alegra los días contándome sus ocurrencias, lo que hace en el colegio o durante las vacaciones. Katja y ella están mejor sin mí. Les podría haber dado más, pero si me hubiese quedado con ellas hubiera vuelto a tropezar y empicarme con la cocaína, porque sabía cómo manipular y mentir a la que fue mi esposa. La única forma de curarme del todo era cortar de raíz, por más que doliese. Alejarme de mi entorno y de todo lo que mi cerebro asocia al consumo. Prefiero echarlas de menos a que me tuviesen que enterrar. Es el precio que tengo que pagar. Es jodido, pero es así y ya está. Las añoro cada día. Pero no hay centros de rehabilitación para egoístas y mentirosos.

Ángela, mi cuñado y mis sobrinos se esfuerzan para que esté cómodo e integrado en su núcleo familiar y me abochorna haberme separado tanto de mi hermana. Pero no me reprocha mi dejadez. Me quiere y ha confiado en mí cuando más difícil era. Antes almorzaba varias veces a la semana con ellos porque Ángela, como si fuese mamá, se empeñaba en que debía comer caliente. Me preparaba táperes con guisos y pucheros para que no muriese, según ella, de inanición. Nos tronchábamos y le recordaba de un modo socarrón que el hermano mayor era yo, y que no me iba a morir de hambre con casi treinta y siete años. Pero con ella no había negociación posible: quería cuidarme y darme todo su amor y apoyo para sacarme de mis abismos. Es algo que uno debe hacer por su propio pie, pero como mamá, insistía en que si ella se hubiese metido en la droga yo hubiera hecho lo mismo.

Cuando voy a su casa mis sobrinos sacan un balón y nos ponemos a dar pelotazos en mitad de la calle. Son pequeños para entender qué pinto aquí y su tito les debe parecer el mejor, dispuesto a jugar con ellos, sin más preocupaciones. Mi cuñado me sorprendió. Pensaba que era un imbécil, pero tiene buen corazón y se puede estar con él, a no ser que te saque como tema de conversación la política. Lo corto cuando intenta darme alguna chapa. Le ayudé en unas obras de reforma que hizo en su casa. Me sentaba bien el trabajo físico. Su padre era el albañil y echaba buenos ratos con ese hombre. Cuando me ponía a picar una pared con una espiocha o a echar blanquillo

en la fachada, me abstraía de todo. Tal vez si el rollo de artista con el que voy ahora no sale bien me busque algo en la construcción, aunque me toque pillar un automóvil de segunda mano y conducir sin carné. Es duro y las condiciones no son buenas, pero al menos no tratas con tanta gente y me quema menos que la maldita hostelería.

El apartamento donde resido parece el chabolo donde estuve cinco años y unos meses, solo que sin barrotes y con todos mis discos y wifi. Para cocinar hay una especie de microondas viejo que no calienta nada, con dos hornillos eléctricos arriba en los que tardo diez minutos en freír un triste huevo, así que suelo tirar de ensaladas o comida ya preparada que compro en un asadero de pollos, lo que fastidia a Ángela. Vivo cerca del ayuntamiento, la oficina de Correos está a diez minutos andando y a unos veinte, la casa de Ángela. Al lado tengo un supermercado, una farmacia, y un estanco donde puedo comprar tabaco y echar el Euromillones, y a eso se limitan mis salidas. La terraza del apartamento es inmensa. Ahí está la lavadora, metida en un cajón de plástico para resguardarla de la lluvia, y un par de armarios para acumular herramientas, trastos viejos y productos de limpieza. Nada más instalarme en Mairena de San Juan acoplé en la terraza el sofá-cama de la habitación, lo monté y le puse una sábana y algunos cojines. Saco los altavoces del equipo de música, me pongo a Melendi y me paso los atardeceres y las noches, cuando el calor infernal lo permite, tumbado ahí. Además, me sobra espacio para hacer ejercicio.

Compré una mesa de dibujo por Wallapop y la coloqué junto a la cama, que uso como sillón. Es la única mesa que hay, no queda hueco para más. Por las noches ceno en la terraza y pongo la comida sobre una caja de cartón. También me entretengo jugando a una consola portátil que me prestaron mis sobrinos. Me vicié con el Need for Speed para desconectar y cuando me duermo sueño que me persiguen coches de la policía. Compré un saco de tierra y tiestos para plantar las semillas que regalan en el supermercado al hacer la compra. Disfruto cuidando las macetas y viendo cómo crecen, cambiándolas de sitio para que les dé el sol. No tomo una gota de alcohol, no tengo relaciones sexuales desde ya ni me acuerdo cuándo, intento mantener la calma y aprender a controlar

mi ira. Me cuesta, porque cuando alguien me importuna, lo primero en lo que pienso es en liarme a puñetazos. Tuve una enganchada en un bar que hay al final de la calle, una tarde que fui a por tabaco, con un inútil con fachaleco que comentó en voz alta su opinión sobre mis tatuajes. De normal le habría hundido la nariz de un cabezazo, pero un camarero se metió a poner paz, dialogamos, lo solucionamos como personas responsables y el capullo me pidió perdón. Se me hizo raro salir de una situación tensa con respeto y educación. Vanessa se partió de risa cuando le conté el incidente.

La cocaína no me la puedo quitar de la cabeza. Pero sigo convencido de que tomé la mejor decisión posible alejándome de ella. Cuando consumía no tenía control alguno sobre la farlopa y era inmanejable. Pretendía solucionar mis problemas, mis miedos e inseguridades refugiándome en lonchas. Hay cosas que no podré cambiar y jamás encontraré un trabajo estable, pero estoy bien sobrio, aunque mi futuro siga igual de negro. Este mes de junio hizo diez meses desde que me enchufé la última raya, pero puedo fastidiarla y tirar todo por alto si no permanezco alerta. Claro, eso sin contar que entre medias me endiñaron tres navajazos por ser un insensato. Las fronteras son difusas y un adicto lo voy a ser hasta que muera: caer y destruir lo que has construido con tanto esfuerzo es sencillo. Pillar, volcar, picar, turulo y esnifar una raya. Unos segundos y a tomar por culo todo.

Ya no miento (excepto la mentira necesaria que he tenido que contarle a Vanessa), no me relaciono con otras personas fuera de mi círculo y me esfuerzo por no manipular a mis seres queridos con chantajes emocionales. Mamá está orgullosa de mí. No quiero volver a decepcionarla. No sé cómo todavía es capaz de quererme.

El Centro Provincial de Drogodependencias donde sigo haciendo la rehabilitación es diferente al de Castillo de la Cuesta. De hecho, no hay ni médico, porque está de baja indefinida. La psicóloga y la trabajadora social asumen todo el trabajo. El primer día que fui les chocó mi aparente buen aspecto, pero al ver en mi historial que me apuñalaron hacía unas semanas volví a la casilla de inicio. Al principio me notaba fuera de lugar, me encerraba en mi cascarón y echaba de menos a Javier, Paquita y Merche. Sigo yendo todas las semanas y me lo tomo en serio. Apunto las horas de las citas en

pósits y los pego en la nevera. En la pared colgué un tablón para apuntar las tomas de la medicación. Vanessa me pone wasaps a la hora que toca para que no me olvide de tomarme las pastillas. Podría haber pasado de ir a un CPD después de mudarme, pero no quería dejarlo. Lo sigo necesitando y mi objetivo es conseguir que me den el alta, tener ese papelito, porque esto se ha convertido en una cuestión de orgullo: el día que suceda telefonearé a mamá. Esa es mi ambición. Como si ese papel fuera el fin de los líos. Me olvido, porque escuece, de que una vez telefoneé a mamá para comunicarle que me habían dado el tercer grado, que podía recogerme en la cárcel y que tenía la esperanza de que no volvería a cagarla. Pero luego todo salió de esa manera.

Coincido con mujeres y hombres en el CPD, pero después de mis aventurillas con Jesús restrinjo mis encuentros a un «buenos días, buenas tardes» y si te he visto no me acuerdo. Es tentador conocer a personas que me faciliten contactos para pillar farlopa en Mairena de San Juan y lo mejor es no hacer amistades. Aunque bueno, no hay que ser un lince para saber dónde pillar en cualquier lugar en el que te encuentres. Pero cada día me agobia más la gente. Como el médico está de baja, me rayé porque consideraba que tomaba mucha medicación y que en algún momento debían bajarla. Estaba empanao y me pasaba el día tragando pastillas. La psicóloga ahí no podía hacer nada, así que tiré de Javier. Pese a sus reticencias, me apoyó y me ayudó. Bajamos la medicación y he conseguido no estar tan esnortao y que mi capacidad de atención mejore.

La rutina es sanadora. Es distinta a la que me comía por dentro en el Centro Penitenciario de Albolote, porque soy yo quien me pongo los horarios. Los primeros días aquí busqué empleo, pero no me salió nada. Ni siquiera en la hostelería, porque también los años pesan en mi contra y ya no es tan fácil como lo era antes encontrar un trabajo de mierda. Y sin carné y sin coche estoy limitado. Me paso las horas dibujando. En Instagram tengo ya dos mil seguidores. Vendo originales, láminas, camisetas y bolsos serigrafiados para sacarme un dinerillo y comparto mis viñetas por las redes sociales. A mis followers les gusta lo que sale de mis entrañas. Ganar dinero dibujando, aunque no es mucho, me parece mágico. Disfruto al cobrar por un dibujo que ha salido usando mis manos y mi cabeza, sin jefes que me exploten ni me chupen la sangre, sin horarios que

me despeñen en la ansiedad, sin tener que aguantar a nadie. Es maravilloso. Con la trabajadora social investigamos sobre cómo podría hacerme autónomo y enfocar algo medio profesional y en serio con ese lado artístico. Mi sueño es poder darme de alta como autónomo algún día, pero sé que es complicado. No me salen las cuentas y tal vez aspirar a comer de esto es una ilusión tonta. El Rencoroso ya vino a visitarme con su novia para darme mi 15 % de la yerba, no tengo urgencias económicas y tengo pagado el apartamento hasta navidades, así que voy a dibujar todo lo que pueda, porque es la única forma de escapar de los trabajos precarios, por muy precario en sí que sea lo de dibujar.

Volví a editar un fanzine. Desde la cárcel no los hacía. Los fotocopié en la papelería de mi calle y los grapé yo mismo. Uno a uno. Se vende bien, he despachao unas trescientas copias y a mis followers de Instagram les gustó. Como debo mantener mi identidad a un lado, el rollito enigmático y underground conectaba con los lectores. Algunas chicas y chicos se tatúan mis monigotes, sobre todo las ratillas que meto en cada viñeta. Cuando me compran algo, mis followers suben fotografías para las redes sociales posando con las camisetas, bolsos, láminas, pegatinas, chapas, el fanzine... Es una pasada. Un puto lápiz y un puto papel me dan fuerzas e ilusiones. Una editorial está interesada en publicarme todo el material que conservo y me pellizco los brazos, porque me cuesta creérmelo.

Solo me agobié con mis fantasías artísticas cuando me invitaron a primeros de este mes de junio a presentar el fanzine en Subterránea, una librería de Granada. Debía aprovechar todas las oportunidades para embaucar a más lectores. Pero era jodido y delicado presentarme en la ciudad, dándomelas de artista con mi historial. No sabía qué hacer. Me aterraba pensar en estar en la tienda, haciéndome el importante y sonriendo, mientras dibujaba dedicatorias y que apareciera algún antiguo integrante de Los Soñadores. Con total seguridad mi breve carrera artística se iría a tomar por culo. El Potas me hablaba maravillas de la tienda e insistía en que fuera, que ya habían pasado muchos años y pagué mis cuentas con la Justicia. A mí me daba mala espina. Como iba de artista misterioso, le exigí al dueño de la tienda que mi única condición era que el aforo fuese limitado y por invitación en Facebook. Solo me tranquilizaría sabiendo de antemano las caras de

los posibles asistentes. He cambiado y costaría reconocerme, pero no podía confiarme. Los tatuajes me podrían delatar. Pensé en maquillarme la cara al estilo black metal, pero al final opté por tintarme el pelo de amarillo. Tarde o temprano tenía que pasar por una situación así y decidí asistir. Salió todo de puta madre, a pesar del desasosiego que sufría cada vez que alguien me miraba y de que parecía tonto con el pelo pintado. Firmé un montón de fanzines y vendí muchísimo material. Me propusieron algunos encargos para hacer portadas de discos. Me negué a sacarme fotografías, hasta para una entrevista en el Ideal, y creo que los asistentes creían que era un estirao y un creído. Pero nadie me reconoció y valió la pena. Si todo esto sale mal igual acabo haciendo malabares o tocando la flauta en un semáforo. Pero lo estoy disfrutando como un niño chico.

En Subterránea, durante la presentación, me tropecé con un escalón y me di un trastazo en el pie derecho. Se me hinchó y ni podía apoyarlo en el suelo. El Potas y Jorge, un chico que escribía poesía y que conocí por internet, insistieron en que debía ir al hospital, pero la idea me horrorizaba. Era ya media noche y me rayé porque si me presentaba en Urgencias con ese tipo de lesión, parecía que había agredido a alguien. Me daba vergüenza volver a pasar por ahí, que me juzgaran los médicos y luego me hicieran un hilo viral en Twitter. Me fui a dormir al piso de Cris y el Potas, lo dejé y todavía arrastro la cojera. Mi cuñado me acercó al hospital unos días después porque el dolor no remitía, pero las radiografías descartaron que hubiese fractura. Me volví a hacer daño saltando un muro camino del CPD. Probé a pasear por unas calles distintas y me topé con un muro de metro y medio. Pasaba de rodearlo porque iba justo de tiempo, así que salté. Al escalar apoyé mal el pie y sentí un dolor punzante. Vanessa preguntó qué me había pasado y le dije que fue saltando un escaloncillo. Cuando después de mil preguntas y sospechas por mi habitual dejadez confesé que el escalón medía metro y pico y que me hice daño, me suplicó que fuese con mi cuñado otra vez al hospital.

No tenía muchos amigos en Málaga, pero algunas personas que consideré como tales me wasapeaban a veces. Me ilusionaba creer que quizá sí eran amigos de verdad y me echaban de menos, pero solo lo hacían cuando necesitaban pillar droga en cantidades

grandes. Ese era el papel que jugaba en sus vidas. Como el amigo informático, el que sabe de jardinería o el que controla de música. Solo era el amigo de la farlopa. Rachid, el Rencoroso y el Polilla sí se portan bien y se interesan por cómo me va. Disfruto la tranquilidad, a ratos feliz e ilusionado. La psicóloga se sorprende por encontrarme así, porque debería estar en la fase pared, donde un adicto no encuentra sentido a nada, todo lo ve negativo y no encuentra aspectos positivos en haber dejado de consumir. Es una etapa clave en la que se necesita apoyo. Lo tengo en Ángela, en mamá y Vanessa. Le suelo decir a la psicóloga que yo qué sé, que dibujar me da alas. Ella me pone los pies en el suelo, temiendo los arrebatos de euforia e insiste en que maneje con calma los estímulos nuevos, que puede haber riesgo de abandono, que no me venga tan arriba y que no baje la guardia.

Ya he asumido que lo mejor es no dar tantas vueltas a lo que sucedió y que solo puedo apretar los dientes y tirar pa'lante como sea. Piotr Kropotkin escribió que «los días claros y soleados se pierden de vista entre las descripciones de las tempestades y de los terremotos». El pasado, aunque todavía escuece, no me aporta nada para resolver los problemas a los que ahora me enfrento. Pero el pasado sigue ahí, no puedes borrarlo y ya. Terminé de hacer mi web en Mairena de San Juan y desde ahí vendo por internet. Me entran los pedidos, los empaqueto y me paso por Correos. A mediados de mayo me hicieron una compra de todos los productos de mi tienda online desde Brisbane, ¡Australia! Pero eso no fue lo que más me impactó. Ese nombre y esos apellidos me eran muy familiares. Paula añadió una nota en su pedido:

Antes de nada, quería darte la enhorabuena por tu trabajo, me encanta. Me gustaría que el fanzine me lo mandases dedicado. Muchas gracias.

P.D.: Me fijé en tus dibujos porque me pasaron por Instagram tus viñetas sobre La Polla Records y empecé a seguirte por tu letra. Me recuerda a la de un buen amigo mío del que hace años no sé nada, al que tengo mucho cariño. No sé si eres ese buen amigo, pero me gusta pensar que sí. Disculpa por soltarte el rollo y por tomarme demasiadas confianzas. Espero que no te moleste. ¡Besos!

Estuve por devolverle el importe de su pedido y pasar de ella, por eliminar mi web y mis cuentas en redes sociales. Me asustaba que

me reprochase lo que hice, que me dijera que fui un imbécil por inmiscuirme en sus asuntos. Aunque esa era la verdad, no le perdoné que desapareciera y no me escribiera una carta cuando estuve en prisión. Se lo conté a Vanessa y me animó a que hablase con Polly, porque sería bueno para los dos. Tras darle vueltas a la cabeza, le envié su pedido y le escribí un e-mail. Fui escueto, pero confesé que era yo. Polly replicó rápido. Cruzamos varios correos electrónicos y fue precioso. Nos agregamos como amigos en las redes sociales, solemos wasapear, liándonos con la diferencia horaria, pasando de puntillas por lo malo y recreándonos en los buenos recuerdos de Villa de la Fuente, sepultados por abusos, carencias e inseguridades. Colocarnos juntos, los ensayos de Trankimazín, nuestro fanzine, cuando dedicábamos algunas tardes a rescatar perros de las balsas de riego. Fui yo quien le dio la noticia del fallecimiento de Lolo, Jony y Juanillo.

Le pedí perdón, sin justificarme y asumiendo mis errores, uno a uno. Lo hice con vértigo, pero no con nostalgia. No añoro el pasado ni puedo idealizar nada de mi puta mierda de juventud. Pero tengo memoria y cojones. Polly también se disculpó, sin necesidad alguna de hacerlo. Se sintió culpable de lo que me pasó. Le dije que no fue así, que no era la responsable de mis actos. Lloramos juntos. Necesitábamos cerrar esa herida, enfrentarnos a nuestros fantasmas y sacarnos del pecho la culpa. Nos confesamos el amor que sentíamos, asumiendo que fuimos unos panolis. Nos reímos juntos. Me contó que intentó suicidarse cuando sus padres se enteraron de las palizas que le daba Toni y que estuvo años con depresión, que sigue ahí porque la enfermedad no se va, pero que pudo rehacer su vida. Conoció a alguien y se fueron lo más lejos posible juntos, para empezar de cero. Polly es feliz, ha encontrado su sitio en este mundo asqueroso. Y yo lo estoy intentando.

Ya solo falta que Toni de Los Soñadores me escriba una carta aceptando mi perdón. O que cuando hable con Leonardo por teléfono le diga «papá» y él se emocione y llore, como me pasó a mí con Sarah.

Bitxo raro

A Luci la mantuve años escondida en lo más profundo de mi pecho, como un nenúfar en el pulmón, hasta que le hablé de ella a Paquita, la psicóloga del CPD de Castillo de la Cuesta, y le conté lo del aborto. Al soltarlo en voz alta comprendí el daño que le hice.

En abril de 2007 entré a Urgencias arrastrándome con una intoxicación de cocaína y MDMA de la que por poco me muero. Me tuvieron que atender las enfermeras en el mismo pasillo porque no podía respirar. Salí del hospital hecho una ruina. Luci me llamó y le conté lo que me había pasado. Vino a buscarme y me convenció para salir a dar un paseo y despejarme. Acabamos sentados en un banco al lado de la Facultad de Medicina. Estuvimos hablando de nosotros, de que se me estaba yendo la mano con la cocaína, que debía frenarme y descansar de vez en cuando. Asentía a todo y le daba la razón a cada palabra que me decía. Pero saqué una papelina del bolsillo y me puse una loncha de un palmo allí mismo, en mitad de la calle. Ella se quedó espantada y preguntó:

—¿Después de casi morirte anoche, te metes una raya ahora?

Quizá nunca he sido el típico chico con el que construir un futuro y que alguien quiera tener como pareja.

Luci me devolvió una pulsera con pinchos. La había comprado en un puestecillo de la Marcha Verde unos meses antes. No me la quitaba, aunque ya no me vestía de punki y me cortaba el pelo como una persona normal. Mi jefe me dijo que no me la podía poner, que no daba buena imagen con el uniforme de la bodega, que ya con los tatuajes era suficiente y le dije que, si se atrevía, probase a quitármela de la muñeca. Le tenía cariño a la pulserita, pero Luci me la pidió antes de marcharse en mayo de 2007, porque desapareció un tiempo sin despedirse, y no supe decirle que no, como siempre. Me gustaba pensar que quería tener algo que le recordase a mí. Estuvimos, no sé si llamarlo «juntos», entre 2007 y 2008. Nos conocimos en febrero en un concierto en el Planta Baja, donde iba tan pedo que ni recuerdo qué grupos tocaban. A primeros de 2007 me dieron la libertad condicional y busqué un apartamento barato donde vivir detrás del Hospital de Traumatología, en la calle

San Basilio, cerca de Lolo. Cuando conocí a Luci acababa de romper con Adrián y añoraba la paz que me daba cuando dormíamos abrazados por las noches. Me gustaba mucho Adrián, pero no funcionamos y me refugié de su ausencia en la farlopa y las juergas. Lo primero que hacía al entrar a la bodega y ponerme la ropa de camarero, cuando ya no dormía en el Centro de Cumplimiento, era echarme colirio en los ojos. Roxana, la cocinera, me veía tan perjudicado que empezó a traerme un cuenco de sopa de castaña antes de que abriéramos las persianas. Me pasé meses intentando convencerla para que montásemos un negocio juntos, vendiendo sopa de castaña de madrugada a la salida de las discotecas, arguyendo que nos haríamos de oro. Ella se partía de la risa. Intentaba rehacer mi vida, pero no era fácil. Solo quería recuperar todo lo que me había perdido. Vivía de alquiler en un apartamento y trabajaba de camarero en una bodega, pero no paraba de ponerme zancadillas a mí mismo. Administraba el dinero que ganaba de la peor forma posible.

Ya ni tan siquiera dibujaba o tatuaba, porque mi labor en la bodega en el centro de Granada me absorbía todo el tiempo y me organizaba peor que con el tercer grado. Apenas hablaba en el trabajo ni me relacionaba con otros empleados que no fuesen Roxana o mi jefe, solo lo justo. Me incomodaba que los demás descubrieran lo que había hecho. Debía tener cuidado según a qué sitios iba. Aunque Toni continuó su carrera fuera y se asentó en Madrid, alguien de su familia ultracatólica podía cruzarse conmigo en alguna esquina. A veces fantaseaba con la idea de encontrármelo y rematar la faena. Seguía aborreciéndole. El odio nunca prescribe, pero aprendes a convivir con él.

Me juntaba con Lolo y el Potas. Mi jefe en la bodega, al que apreciaba por el cariño con el que me trataba, mantuvo en secreto de dónde venía. Si asomaba por la bodega alguien que me incomodase tratar o ver, mi jefe me cubría las espaldas. Eso sí, me exprimían bien. Entraba a las once de la mañana y teníamos turno partido. A las cuatro y pico de la tarde, si los clientes no se ponían cansinos, podía volver al apartamento, a descansar un rato, hasta las ocho que arrancábamos otra vez hasta las doce o la una de la noche. Cada vez que iba o volvía al trabajo perdía media hora andando o yendo en las líneas 3, 8 o 33 del autobús urbano. Dos

horas al día desplazándome a la bodega daban como resultado que dedicaba más de trece horas, seis días a la semana, a mantener un empleo que me permitiera integrarme en la sociedad. En lugar de hacer algo de provecho con el poco tiempo que me sobraba o reposar, salía de fiesta y me drogaba. No dormía más de dos o tres horas, cuando podía, y esnifar coca, emborracharme y fumar porros era lo que me posibilitaba soportar y aguantar la angustia en que me metían el trabajo, los propios porros, el alcohol y la farlopa. Lo que ganaba se me iba en pagar el alquiler y las facturas y el resto en vicios. No me sentó bien la libertad condicional y no supe gestionarla con un mínimo de cabeza. La libertad completa me la dieron a primeros de 2008 y estuve en Granada hasta la Semana Santa de 2009, cuando asalté con Carlillos una joyería con una pistola de juguete porque me faltaba el dinero. Tuve que largarme cuando pasé el síndrome de abstinencia y fui consciente de que si seguía por esa verea acabaría de nuevo en el Centro Penitenciario de Albolote. Mamá y Leonardo me ofrecieron alojarme con ellos y Ángela en Málaga, pensando que mi decisión se debía a que añoraba a mi familia.

Cuando Luci me devolvió la pulsera de pinchos, el 7 de septiembre de 2007, tocaban los Piperrak en las fiestas del Zaidín, en un descampao con un olivo central vallado. Era mi jornada de descanso y me sudaba la polla ir sin dormir a la bodega al día siguiente. Quedé con el Potas, que todavía residía en el pueblo, y luego en el ferial del Zaidín nos encontraríamos con Lolo y Jony. Me pasé la mayor parte de mi día libre tirao en la cama y me desperté a las cuatro o las cinco de la tarde, porque Luci me llamó por teléfono. El Potas me recogía en los aparcamientos que había enfrente del apartamento y le dije a Luci que nos veíamos antes ahí. Me aterraba volver a verla después de cuatro meses sin saber nada de ella, pero no podía dejarlo pasar. Puse un disco de Anti-Nowhere League. Me di una ducha, me planté unos vaqueros, las Converse y una camiseta color verde pistacho con unas calaveras que compré en una tienda donde hace años no habría puesto un pie, me eché colonia y cogí dinero y un chivato con yerba. Salí a la calle y me apalanqué en el bordillo de una acera. No había acabado de liarme un porro cuando llegó Luci. Estaba preciosa, con una camiseta de Bershka, unos leggins, un corte de pelo distinto y muy maqueada. Al verme sonrió como si nada y se sentó a mi lado. Me dio dos

besos. Se mostraba más simpática que de costumbre y no tardó en echarle mano al porro que sujetaba en mi mano y darle unas caladas, mientras decía:

—Qué yerba más buena, la de Villa de la Fuente es la más rica que he probado.

Insistió en que quería comprar y me fastidió, porque cuando se interesaba por drogas acababa pagándolas yo. Ni siquiera sabía qué decir cuando se arrancó a hablar. La observaba, se me olvidaba para qué habíamos quedado y solo pensaba en que deseaba meternos en el apartamento, tirarnos en la cama, arrancarle los leggins con la boca y follar. Sin que le preguntase, me relató cómo le había ido en Cuenca con su familia y sus amigas. La notaba contenta y ella sabía que no podía quitarle los ojos de encima porque vino con el guapo subío. Me preguntó si quería ir con ella al concierto de Piperrak, pero le dije que no, que había quedado con un colega para irnos al pueblo, porque abrían una discoteca nueva. Luci seguía parloteando e intenté centrarme en el asunto que teníamos pendiente, sin que me distrajera su belleza y esforzándome por parecer serio. Cada frase distinta a lo que quería escuchar que soltaba hacía que la ira y la rabia me nublasen la mente. Ella seguía sin sacar el tema. Y aunque su barriga estaba igual que la última vez que nos vimos, se lo pregunté:

—¿Te ha bajado la regla, Luci?

Me dijo que estaba embarazada antes de desaparecer. Yo me drogaba en exceso y cuando lo escuché me lo tomé a broma. Se suponía que tomaba la píldora y esas eran todas nuestras precauciones. Cuando caí en que me lo decía en serio casi me vomito encima. Reaccioné de un modo estúpido, pero cuando fui consciente de la situación le dije que estaría a su lado, pasase lo que pasase, y que podía contar conmigo, aunque no fuésemos pareja. Eso le dolió, aunque ella jamás consideró que fuéramos nada. Me reprochó que follaba con otras y otros. Le reproché que se follaba a otros y otras. No teníamos ningún papel firmado, y no sé qué hostias le pasó por la cabeza para dejarme tirao en el bar. No salí tras ella, que es lo que debería haber hecho. Pensaba que era otra de nuestras discusiones habituales y que se arreglaría con unos SMS cuando cada uno estuviese en su cama y nos echásemos de menos.

Pero no volví a saber nada de ella en cuatro meses. Ignoraba mis mensajes y mis llamadas. Me pasé por el piso donde vivía y le pregunté a sus compañeras si me podían decir dónde estaba. Me confirmaron que andaba por Cuenca, que había dejado su trabajo en una peluquería, pero que su habitación seguía tal como la dejó y se comprometió a seguir pagando su parte del alquiler, por lo que suponían que volvería pronto. Sospeché que iba a tener al bebé sin contar conmigo y me angustié. Nunca me había planteado lo de ser padre, pero me dolía no estar en sus planes. Lo fui asimilando y confiaba en que regresaría y nos enfrentaríamos juntos a lo que había pasado. Ya encontraríamos la forma de criar a ese bebé. Me ilusioné con lo de ser papá, aunque Luci y yo nos conocíamos desde hacía solo tres meses. Empecé a ahorrar, cortándome con la coca y sustituyendo las juergas en pubs y discotecas por beber en casa y fumar porros, para que hubiera algo de dinero para tirar adelante, aunque no conviviéramos. Sé que yo era una persona terrible y que no estuve a la altura, pero estaba dispuesto a hacer todo lo posible para garantizar el bienestar de Luci y nuestro hipotético retoño. Conseguí ahorrar dinero durante esos cuatro meses sin noticias suyas. Además del trabajo en la bodega, le vendía yerba a idiotas que me la pagaban como cinco veces por encima de su precio. También empecé a hacer trapicheos con Carlillos, mi primer amigo en el Centro Penitenciario de Albolote, estando con la condicional. No estoy orgulloso de todo lo que hice mientras estuve con Luci y viví en Granada.

Ni tan siquiera nos caíamos bien. Solo conectábamos follando y nuestra relación se sustentaba en buscarnos cuando nos apetecía acostarnos juntos. El tiempo que pasaba entre polvo y polvo y que pretendíamos llenar como lo hacía cualquier pareja normal, lo convertíamos en un infierno. Solo sabíamos discutir y pelearnos. Luci me montaba escenas en los pubs donde solíamos ir, porque me veía tonteando con cualquiera y se resolvía con varios días sin vernos. Yo le montaba dramas lastimeros de los que me avergüenzo, aunque no fui capaz de contarle que había pasado cinco años, cuatro meses y un día en el Centro Penitenciario de Albolote, más tres meses de tercer grado en un Centro de Cumplimiento y estaba en libertad condicional. Nos hacíamos daño el uno al otro porque no encajábamos de ninguna forma, pese a la atracción física. Había buenos momentos de vez en cuando, pero duraban nah, y se los

debíamos a la coca o a ponernos hasta el culo de MDMA. Juntos éramos un desastre.

—Sí, me bajó la regla. Perdona por no decírtelo.

—Luci, ¿crees que no me preocupo por ti? ¿Que no eres nadie para mí? Hace cuatro putos meses que no sé nada de ti, joder.

—No sé, Álex... Necesitaba irme un tiempo y aclararme. Tengo mis problemas también. No estamos bien juntos y todo me desbordó. Me asusté.

Me lie otro porro, mirándome las zapatillas. Mucho después me enteraría por otras personas de que Luci quería tener al bebé, pero sufrió un aborto natural a los tres meses. Estuvo sola.

No supe qué decir. Supuse que era nuestro final, que cuando nos levantásemos del bordillo de la acera de los aparcamientos no nos volveríamos a ver, que la relación tóxica o lo que sea que fuese que teníamos se acababa en ese instante. Me comporté de nuevo como un imbécil, confiando en que me había contado la verdad. Le pedí que me devolviese mi pulsera de pinchos. Lo hizo a regañadientes y sorprendida porque en esos instantes le pidiera esa chorrada. Me la puse en la muñeca derecha. Le di unas caladas al porro y se lo pasé. Nos quedamos mirando el atardecer como dos idiotas que entendiesen mejor el cielo, las nubes o a los pajarillos que a ellos mismos. Luci daba caladas profundas y le dio tos. Cuando se recuperó se puso en pie, se señaló y me preguntó:

—¿No te has dado cuenta de lo guapa que estoy?

Nos reímos juntos. Ella se calló la verdad. Yo no dije lo que sentía ni que había empezado a ahorrar y robar para poder darle algo a nuestro bebé. El mundo seguía dando vueltas y las heridas debíamos curárnoslas solos, cada uno por su lado. Hablamos de otros asuntos. Cada vez que nos mirábamos a los ojos saltaban las chispas de siempre, esas que nos hacían olvidarnos de la calamidad con patas que éramos y de todas las peleas, y nos llevaban a follar y permanecer atados el uno al otro. No hubo nada parecido al amor, al menos no del modo en que cada uno lo buscaba. Tal vez Luci necesitaba algo más estable y seguro que yo no era capaz de

mostrarle o darle. Cuando me abrazó y me besó el cuello, sonó el claxon de un coche a unos metros. El Potas venía con los Piperrak a todo volumen en el radiocasete de su Ford Escort L y me gritó, sacando medio cuerpo por la ventanilla:

—¡Vamos, Álex! ¡Foh, que nos esperan en el Zaidín!

Luci se puso de morros por mentirle sobre lo del concierto. Luego sonrió. Me pidió algo de yerba y le di el chivato entero. Saludó al Potas, me dio dos besos y se fue. No podía dejar de observar sus piernas y su culo moviéndose por la acera. Estaba guapísima y volví a pensar que ya no nos volveríamos a ver. Pero nos encontraríamos esa misma noche, arrastraríamos nuestra relación durante algunos meses más, se le escaparía un «te quiero» una mañana al despertarnos y luego se haría la tonta diciendo que eso no había salido de su boca, se convertiría en mi mejor amiga y en la persona que más odiaba. Nos seguiríamos acostando juntos cada vez que nos viéramos, aunque hubieran pasado meses y saliéramos con otras personas. Hasta que un día desapareciera, sin despedirse ni contarme lo del aborto y jamás nos echáramos de menos.

Me acerqué al Ford Escort L del Potas para decirle que iba a por más yerba. Me metió prisa. Antes del concierto teníamos que pasar por el Polígono a pillar coca. Entré al apartamento, cogí marihuana y aproveché para acercarme al cajón donde guardaba el dinero que había ahorrado y robado por si acaso era padre y me eché sin contarlo un puñado de billetes al bolsillo. El dinero para nuestro bebé no me duró mucho, porque volví a coger el ritmo habitual. Me subí al automóvil y nos plantamos en mitad del Polígono. Subimos al piso del Tranchetes, que desde la reja de seguridad nos dijo que no le quedaba nada y nos mandó a otro portal de su mismo bloque, donde vivía el Chachi. Lo apodaban el Chachi porque después de pillarle farlopa te invitaba a una raya. Le pillamos dos gramos, que nos dio en cuatro papelinas de medio, aunque los preferíamos enteros para no perderlos y porque estaban más buenos, pero no era plan de pedir una hoja de reclamaciones. Antes de salir del piso del Chachi me escondí las papelinas en los calzoncillos por si nos paraban en algún control y como si a la yerba que llevábamos encima nadie le fuera a echar cuentas, mientras el Potas le preguntaba al Chachi dónde conseguía los DVD, porque tenía como

un millón en mitad del salón. Salimos, nos subimos al coche, callejeamos y nos metimos en la autovía en dirección Ronda Sur. Lolo me llamó para decirme que había sitio para aparcar en un descampao frente al Nuevo Los Cármenes si nos dábamos bulla. En el Ford Escort L seguían sonando Piperrak. El Potas canturreaba todas las canciones, mientras conducía y yo preparaba lonchas, que esnifábamos con rapidez, él sin soltar el volante. Dimos unas vueltas por el Zaidín hasta encontrar aparcamiento.

El Potas se puso la cresta de las grandes ocasiones, un cinturón de balas, pantalones de pitillo con las rodillas rotas, una camiseta de Minor Threat y unas botas militares. A su lado, yo parecía un niño pijo con una pulsera de pinchos, pero me gustaba pasar desapercibido y vestido de punki llamaba más la atención de la policía. Los tatuajes que me cubrían los puños y los brazos eran cantosos, pero estaban de moda y todo quisqui iba con algo pintado en la piel. Entramos al ferial, saturado de punkis llegados desde todos los rincones de Andalucía. Olía por todas partes a spiz mojao. Le puse a Lolo un SMS para saber dónde estaban. Nos encontramos frente a un puesto de papas asás. Lolo iba borracho y Jony estaba de mala baba porque según él habíamos tardado.

—¡No son horas! ¿Dónde vas dando el canteo con la puta cresta, Potas? Nos vamos a quedar sin pillar un buen sitio, joder.

Nadie le hizo ni puto caso.

Unas punkis nos informaron de que quedaba como una hora para que empezara el concierto, que todavía daban la chapa los grupos indies del concurso de maquetas del Instituto Andaluz de la Juventud. El Potas y Jony se empeñaron en comerse una papa asá. Me quedé con Lolo, fumando porros al lado de los coches de choque. Cuando terminaron de comerse su papa asá caminamos hasta el escenario. En el lateral había una unidad de antidisturbios. A pesar de la aglomeración, encontramos un buen lugar más o menos cerca de la barra, desde donde suponíamos que se vería bien el concierto y tendríamos la bebida a mano. Pedimos unas cervezas. El Potas pintó unas rayas sobre su cartera. Jony estaba molesto porque no se la pillamos a él y nos dijo que se metía una para probarla, pero que él esa noche iba de MDMA, que ni tenía encima nada para vender, porque aquello iba a estar lleno de policías

secretas, los antidisturbios estaban en una esquina y además odiaba a los punkis, tanto como a los secretas o los antidisturbios. Me tiró la indirecta de si se me había olvidado que estaba en libertad condicional. Cuando nos las enchufamos dijo:

—La coca del Chachi es una puta mierda. Parecéis nuevos.

Sin haberle dicho dónde la habíamos comprado.

Nos dio por reírnos.

Un punki se acercó para preguntarnos si vendíamos cocaína. Jony miró para otro lado. El Potas le dio un empujón y se cagó en sus muertos. Pronto nos cansamos de las cervezas y nos liamos con los cubalitros. Sacamos un puñado de tíquets para luego no hacer dos colas. Jony nos invitó a MDMA y nos advirtió que ni se nos ocurriera sacar la perica para que los punkis no nos rodeasen como moscas. Estábamos impacientes por ver a los Piperrak. Teníamos al lado unas columnas de altavoces que hacían que nos vibrase todo el cuerpo por la potencia. El MDMA nos subió y nos atolondró. Jony nos parecía hasta gracioso cuando abría la boca. La muchedumbre junto al escenario agobiaba. Jony nos hacía introducir el dedo en la papelina del MDMA y sin haber empezado el concierto ya veía el escenario triple. Me temblaban las piernas, pensaba en Luci, en el bebé que no tendríamos, y daba tragos al cubalitro de ron.

Piperrak estaban a punto de salir. Los punkis, expectantes, coreaban al grupo. Josetxu se acercó al micro mientras rasgaban unos punteos y dijo:

—¡Buenas noches, Granada!

Comenzaron a sonar los pitos de carnaval de su tema homónimo. Nos parecía irreal. Habían vuelto a juntarse para salir de gira después de separarse y tocaban en nuestra ciudad. Los punkis se movían como los muñecos de un futbolín de un lado a otro. Una neblina de humo de porros flotaba por encima de nuestras cabezas y las luces. Todos los punkis chillaban:

—¡Lorororololooooooooo loroloolooooooooo!

El suelo parecía moverse. Se formaban nubarrones de polvo. Había charcos de derramarse las bebidas y de que los punkis mearan en cualquier sitio. Las luces de colores nos volvían locos. Al segundo tema algunos punkis asaltaron el escenario, previa destrucción de una barrera antiavalancha más endeble que un papelillo de OCB. Con cada canción de Piperrak me estremecían los recuerdos de cuando escuchaba de un modo enfermizo una cinta pirata de 90 minutos con sus dos discos en mi walkman. Añoraba al chico tímido e inseguro que solía ser, pero disfrutaba por poder compartir ese concierto con mis amigos del pueblo. Era libre. No iba a tener un hijo. Los decibelios y la droga me fundían la puta cabeza.

Cada vez que me chupaba el dedo impregnado en MDMA advertía que se me salía el alma del cuerpo, que se me derretían las extremidades y toda la energía del universo se concentraba en mi polla. Cuando tocaron «Odio», nos empujamos unos a otros como si fuésemos adolescentes de nuevo. Intentábamos mantener a Lolo con la espalda pegada a los altavoces, para que no se chocara con algún punki y montase una de las suyas. Lolo se descojonaba. Jony no paraba de mover su cabezón y dar saltos. El Potas se metió en un pogo, saltando sin pensarlo dos veces al barullo y se dio de hostias con todos, mientras sudaba y le derramaban alcohol encima. Los demás mirábamos al escenario y tarareamos en alto cada canción, sabiéndonos de memoria cada verso y levantando los puños al aire. Cuando los Piperrak chillaban y repetían lo de Odio a la Guardia Civil estallábamos por los aires, coreando los versos a la esquina de los antidisturbios.

Me gustaba el MDMA, pero me aburría y encansinaba cuando te pegabas unos días dándole chupetones y aquello ya no subía igual. Cuando pasaba un tiempo sin consumir, con tres o cuatro toques ya pillaba un puestazo guapo, pero cuando consumía de seguido un tiempo, me comía medio gramo y no me enteraba. Bueno, solía mezclarlo con farlopa y luego me subía el MDMA mientras llenaba jarras de cerveza o cortaba jamón en la bodega. Esa noche en el Zaidín me sentó bien, sobre todo por la compañía de mis amigos. El pum pum pum de las columnas de altavoces se me metía dentro, deslizándose por los músculos y los huesos, flotando por mi sangre, y me sentía parte de la música que sonaba, como si fuese un do, re, mi, fa, sol, la, si. Lo estaba pasando de puta madre.

Lolo y yo aprovechamos una pausa de los Piperrak, en la que Txitxarro no dejaba de hablar ronco perdido, dándole tragos a palo seco a una botella de J&B, para ir a mear. Me hice un nevadito mientras meábamos contra una furgoneta no muy lejos del escenario. De vuelta a nuestro rincón sonaba «Gora Sartaguda». Alguien me abrazó, me quitó el nevadito de la boca y me besó. Tenía los ojos cerrados y esos labios eran una supernova que había estallado en alguna parte del cosmos. Cuando abrí los ojos Luci me sonreía, apurando el nevadito.

—¡Creía que no te iba a ver! ¡No hay nadie vestido de un modo más pijo que tú en el concierto, Álex!

Nos reímos y volvimos a besarnos. Lolo me dijo que se iba con los demás. Luci y yo nos olvidamos de todo. Nos pusimos a saltar juntos y a canturrear las canciones. Pronto se dio cuenta de que iba de MDMA y me preguntó si le podía dar. La agarré de la mano y nos fuimos hacia los altavoces donde estaban mis amigos. Al Potas ya lo conocía, y le presenté a los otros dos. Le pregunté a Jony si me podía vender algo de MDMA porque quería invitar a mi amiga, pero Jony dijo que ni de coña: si era mi amiga, convidaba él. Jony generoso. Todos puestísimos. Luci me besaba y se me erizaba la piel. Me abrazaba con fuerza, como si de verdad nos quisiéramos, como si nada hubiese pasado. Lolo me miraba y se reía, viéndonos tan cariñosos. Sudábamos, nos dejábamos la voz con cada canción. Cuando tocaron «Kualkier día» el escenario y todo lo que había alrededor fue un caos que rodaba sin frenos y cuesta abajo. El MDMA y los Piperrak nos inducían una euforia absoluta. Al terminar la canción noté que me mareaba, estaba deshidratándome y necesitaba beber. No quería acabar otra vez gateando en Urgencias. Las amigas de Luci se acoplaron con nosotros y aproveché para escaparme. Le dije a mis amigos que iba a llenar y que pasaba de traer bebida para todos, porque con lo puesto que iba la desparramaría por el suelo. A todos les pareció bien. Si esa noche un desconocido nos hubiera pedido un riñón a cada uno nos habría parecido estupendo. Abriéndome paso entre la multitud alcancé la barra, que cada vez estaba más lejos.

Sonó «Julián» y me dio rabia perderme ese momento con mis amigos. Los camareros, desbordados, no daban abasto. Me moría de

sed, pero podía respirar sin estar apretujado entre tanta gente. Tarareaba pasaran una vida entera currando sin parar pa' pagar sus letras, con los tíquets en la mano y usando la barra metálica portátil como si fuese una batería. El MDMA me pegaba fuerte y andorreaba fuera de órbita. Un camarero me atendió, le di los tíquets y le pedí dos cubalitros. Me bebí medio de un trago. Txitxarro se puso al borde del escenario de rodillas y empezó a puntear «Bitxo raro» con el bajo. A cada nota los punkis gritaban lolololololololo. Los aledaños del escenario iban a explotar. Esos punteos me trasladaban a Villa de la Fuente, antes de que todo se complicase. Al autobús que nos acercaba al IES Montes Orientales, donde solíamos poner la cinta. A muchas borracheras en el Nacimiento. A tocar esas mismas notas con el bajo Squier en la cochera donde ensayábamos con Trankimazín. Decidí quedarme en la barra mientras sonaba el tema, para disfrutar la canción y el colocón solo, sin que nadie me estropease esos minutos que quería para mí. Rufo aporreó la batería y Jabitxo con la guitarra acompañaba a Txitxarro. Josetxu hacía palmas debajo de los bombos. El MDMA me sacudía como si estuviese montado en el Tirachinas de una feria. Cuando Josetxu empezó a cantar me dio un subidón que por poco salgo disparado hacia la noche estrellada como un cohete. Cerraba los ojos cuando el MDMA me pinzaba el corazón, los abría con los coros, movía la cabeza y me empujaba con unos y otros mientras la cantaba a viva voz. Le metí otro trago a uno de los cubalitros. Alguien me zarandeó mientras estaba de espaldas al escenario y casi me caigo al suelo. Me puse agresivo, pero me calmé cuando vi que era Luci. Ya le había subido el MDMA y sus labios parecían alargarse y burbujear hasta el infinito. Me buscaba.

—¿Dónde estabas? ¡Te lo estás perdiendo! ¡Es la canción que tanto te gusta! ¿Te acuerdas de cuando me la pusiste la primera vez en tu piso?

Acabamos follando en el suelo del salón esa noche que le puse «Bitxo raro». Luego nos peleamos y estuvimos varios días sin hablarnos.

Pegué mi nariz con la suya a modo de respuesta. Su piel provocaba calambres en la mía. La besé y al terminar ella me mordió en la cara. Le pedí que nos quedásemos en la barra hasta que terminase

la canción. Le pasé uno de los cubalitros. Veía a la gente borrosa, mi cerebro recibía una sucesión de descargas eléctricas, como si me lo hubiesen pillado con unas pinzas a la batería de un coche. Me apoyé contra la tarima metálica de la barra, a punto de caerme de nuevo. Luci pogueaba con unos punkis. Mi cuerpo se tambaleaba en el carrito de una montaña rusa que había perdido el control. Giré los ojos hacia una de las esquinas. Conforme fijaba la vista las personas iban recuperando la forma que debían tener. Los ojos en su sitio. Las orejas en el suyo. La nariz donde corresponde. Todo dejó de moverse. Por unos segundos me envolvió una armonía absoluta. Luci se salió del pogo, se acercó y me abrazó, preguntando si me ocurría lo mismo que la vez que acabé en Urgencias. La apartaba para poder respirar y recuperar el control sobre mí mismo.

Entonces vi a Polly entre la maraña de gente, a treinta metros de mí, rodeada de personas nuevas. Nuestras miradas se cruzaron, sin importar la multitud, el humo de los porros, el ruido o las luces. Sus ojos marrones parecían cansados y los míos debían brillar como las bombillas de colores que iluminaban el recinto. Le sonreí y ella agachó la mirada, con una risita dibujada en su rostro. Entendí que no se sentía capaz de hablar conmigo, que todavía no estaba preparada. Había cambiado: una camiseta de Mayhem, los labios pintados oscuros, un montón de piercings y tatuajes, el pelo corto y teñido de negro. Esa fue la última vez que nos vimos y no volví a saber nada de ella hasta muchos años después.

Terminó «Bitxo raro» y regresamos con nuestros amigos. El concierto estaba siendo la puta hostia. Encontrarme a Polly me noqueó. El MDMA lo enmarañaba todo. Luci me besó y preguntó:

—¿Qué te pasa, Álex? ¿Has visto un fantasma?

En mayo de 2009 me mudé a Málaga. Intenté alejarme de Villa de la Fuente, de Granada y de casi todas las personas que conocía. Viví unos meses con mamá y empecé a trabajar en un restaurante de la calle Larios. Tuve una relación con un chico, pero no funcionó. En el restaurante conocí a una guiri con el pelo rojo, en la primavera de 2010. Venía a almorzar en la pausa del trabajo y ocupaba la misma mesa cada día. Parecía triste e intentaba ser amable cuando le ponía y quitaba los platos. Una mañana nos encontramos paseando por la playa de la Malagueta. Nos saludamos, charlamos y

nos tomamos unas cervezas juntos. Cuando unos días después nos enrollamos, empezó a llorar y me contó que tenía una hija de pocos meses. Había perdido a su pareja en un accidente antes de dar a luz. No dije nada y la abracé con todas mis fuerzas. Los tres estuvimos casi ocho años juntos.

Selfi

El asiento del tren es un cepo del que no quiero salir. Ojalá fuese un agujero negro que me engullera. A ratos deseo que no lleguemos a nuestro destino. Fantaseo con un accidente mortal sin supervivientes mientras los paisajes son diapositivas borrosas que pasan a través de la ventanilla a toda velocidad. Si arde el AVE sería la excusa perfecta para no enfrentarme a la realidad. Si nos presentamos sanos y salvos en la Estación Joaquín Sorolla de Valencia, estará esperándome Vanessa. Los días previos estuve ilusionado, pero ahora me noquea el miedo. Ni atiborrado de pastillas he podido calmarme. Si vives al día no puedes ni permitirte soñar despierto. Al menos yo no sé cómo se hace.

Metí en el iPod que me ha regalado Ángela por mi cumpleaños toda la discografía de Jay Reatard y no me he sacado los auriculares de las orejas ni un segundo desde que salimos de Sevilla. Leo un libro sobre Ozzy Osbourne que me recomendó Vanessa, pero se me hace difícil concentrarme en la lectura por culpa del Topiramato. Cuando la ansiedad me bloquea, busco fotografías de Sarah en el teléfono. En una de ellas Sarah me rodea el cuello con sus brazos. Yo sonrío, con unas ojeras espantosas y la mandíbula tensa. Sarah me quería como a un papá de verdad mientras yo me autosaboteaba. Y le fallé. Tal como mi padre me falló. Tal como he fallado a todas las personas que se cruzaron en mi vida. Suena «I know a place» y vuelvo a mirar por la ventanilla, con un nudo en el pecho y lágrimas en los ojos. Quizá sería una persona mejor si nos estrelláramos y acabara en una bolsa mortuoria.

Lo más difícil de este proceso son las noches. A veces, cuando consigo descansar, me despierto gritando, angustiado, sudando frío, sintiendo que esas pesadillas horribles que me acompañan desde que comencé a medicarme son reales. Envidio a las personas que duermen de un tirón, sin que sus errores prendan fuego a su espíritu cuando todo está oscuro. Vanessa me acompaña al otro lado de la pantalla del ordenador portátil o del teléfono, e intenta calmarme, hablar hasta que nos quedamos dormidos, cuando la Trazodona hace su magia. Al despertar estoy tan desubicado que ni sé quién soy o dónde estoy y esos instantes de confusión se asemejan al lugar donde desearía quedarme, con la cabeza formateada y los recuerdos

ausentes, olvidando por completo a la persona terrible que he sido. Luego los rayos del sol que entran por la persiana de la habitación donde resido evocan todo aquello que no podré olvidar, y el Citalopram, la Pregabalina y un vaso de leche fría con una magdalena son el combustible que arranca este motor roto que tengo escondido en las entrañas. Desayuno mirando los dibujos de Sarah que cuelgan en las paredes, imaginando cómo sería todo si pudiese volver atrás y empezar de nuevo.

Salí del apartamento a las seis y media de la mañana. Me subí en el autobús para Sevilla y a las nueve he cogido el AVE para Valencia. Mi equipaje se reduce a una maleta pequeña con algo de ropa y un bolso de mano deportivo con una bolsa de aseo, una libretilla para dibujar, un lápiz y el pastillero de la medicación. La cabeza me va a estallar y me pesan los párpados porque he pasado la noche en vela. Sigo cojeando. Me pican las cicatrices de la espalda. Ángela me escribe wasaps cada quince minutos. Anoche cené en su casa, nos despedimos y ella, mi cuñado y mis sobrinos me desearon suerte. Se me hizo raro. Suerte me hace falta para el Euromillones o cuando echo una moneda en una máquina tragaperras. No necesito suerte porque crea estar enamorado. Pero que haya vuelto a sentir algo por otra persona entusiasma a Ángela, a veces creo que más que a mí. Al principio quería emparejarme con todas sus amigas, solteras o divorciadas. Hasta que, para que no me machacase, le conté que había conocido a una chica por internet, que hablábamos desde hacía meses, y que así me dejase en paz con sus rollos de Celestina. Ese nuevo horizonte amoroso la puso hiperactiva e inquieta y no paró hasta conseguir el teléfono de Vanessa, porque quería conocer a esa mujer misteriosa y asegurarse de que no era una mala persona, una enganchá, alguien que no me convenía o que ni siquiera existía. Normal. Mi historial de mentiroso sigue pesando en cómo me ven los demás, por más que esté convencido con lo de mi propósito de enmienda. Sé que Vanessa y Ángela suelen hablar por WhatsApp a mis espaldas, pero ni pregunto. Solo sé que mi hermana está ilusionadísima y que Vanessa forma parte de mi familia sin ni siquiera haberse conocido. No tengo duda alguna de que Vanessa les cae a todos mejor que yo. De que, si lo mío con ella no funciona, mi familia va a dejar de dirigirme la palabra. Hasta mi cuñado, cuando me paso a ayudarle en cualquier chapuza que ande haciendo en su casa, me suelta en mitad de las conversaciones

apuntes tontos sobre la actualidad que les ha comentado Vanessa, ni sé cómo ni cuándo. Hasta mamá y Leonardo preguntan por Vanessa. Igual Leonardo le cuenta sus anécdotas de la mili, yo qué sé. Están todos esperanzados con esto. Para ellos, mi rehabilitación y Vanessa son la ruptura con todo lo anterior. Me sorprende que después de treinta y siete años haya gente que me siga queriendo o confiando en mí.

Extraño a Sarah. Se hace difícil no verla cada mañana, que no me busque para darme un beso, que no me pida tener un gatito o no ayudarla a hacer los deberes. A veces deseo mandar todo a tomar por culo para no complicarme más. Hoy es 5 de julio de 2018. Cumplo treinta y siete años. En agosto hará un año desde mi última raya. Según la psicóloga del CPD, empezará mi fase de mantenimiento e irá desapareciendo la perspectiva decepcionante de la vida para dar paso a una visión más realista y equilibrada. En un año mi mundo entero se ha tambaleado y me cuesta reconocer al idiota que solía ser en este presente medicado en el que me arrastro. Es como si las cicatrices de mi espalda las hubiesen puesto como el punto final a quien era. El cosquilleo en el estómago es nuevo y distinto. Cuando creí amar a alguien repartía mi corazón al 50% con la cocaína y ahora tengo un montón de hueco libre por ahí. Sí tengo claro en qué fallé con Polly, con Adrián, con Luci o con Katja y me esfuerzo en no trastabillar en el mismo sitio con Vanessa. Las mentiras son lo que me han alejado de las personas que se supone debía querer. Las cosas que callo son como masticar una cuchilla. Con Vanessa procuro no mentir y no esconder nada. Hemos conversado hasta la extenuación. Solo le he mentido una vez, porque ese último secreto que escondo es el lastre que más me cuesta soltar y no he sido capaz de contárselo a nadie. Espero el momento oportuno para decírselo y quitarme de encima ese peso que tanto me ha jodido la vida, pero me aterra que huya, que deje de quererme, que me delate a mi familia, con la que congenia tan bien. De lo demás está al tanto de todo. Nadie ha sabido tanto sobre mí que haya salido de mi propia boca. Ella también me ha contado lo suyo y la he escuchado con atención. Nos gustamos y nos necesitamos. Nos hemos hecho más fuertes teniéndonos el uno al otro a través del teléfono o de Skype. Es complicado explicar cómo ha ido creciendo este fuego, pero ya no podemos pararlo. Hemos decidido que es el momento de conocernos en persona y ya no hay

marcha atrás, aunque en mi cerebro salten chispazos y surjan excusas geniales para escaquearme, porque me da miedo decepcionarla y que deje de estar ahí.

Esperando al autobús para Sevilla, sentado en unas escaleras, me hice un selfi. Miré hacia un lado, como si fuese una fotografía casual, y apreté el botón. El flash estaba encendido, me deslumbró y muchos ojos se volvieron hacia mí. Cuando observé la pantalla me vi guapo y sano, con las gafas de sol colgadas al cuello de la camiseta. En estos meses me he recuperado, tengo menos ojeras, he cogido peso, hago ejercicio de fuerza y cardio y luzco una expresión distinta en la cara. Solo se me hace raro el pelo pintado de amarillo, pero ya volverá a su color natural. Una señora interrumpió mi momento selfiy mi narcisismo comentándome, para que la escuchasen todos los que había alrededor de la parada:

—Los jóvenes estáis agilipollaos, mi arma.

Debería haberme molestado, pero me agradó que me llamase joven y le sonreí. Tampoco le iba a responder que tengo más años que una palmera. Luego me subí al autobús, que me dejó en San Bernardo. De ahí caminé hasta la estación de Santa Justa. Vi un grafiti en el muro de una fábrica donde ponía TE KIERO, y pensé que quizás había durado más esa pintada que lo que se querían. Paseaba por Sevilla, buscando la sombra, porque desde tan temprano la luz del día quemaba como ascuas. La ciudad es bonita y no he hecho por conocerla, porque es más saludable no salir de mi chabolo. No puedo bajar la guardia y confiarme. Volver a enviciarme con la cocaína es un riesgo que está ahí y he de convivir con eso hasta que estire la pata.

Me calmaba contemplando los edificios, las aceras, la gente. Los pájaros se posaban en los cables del tendido eléctrico, mientras el ruido del tráfico era cada vez más estridente. A pesar de mi cojera no tardé en llegar a Santa Justa. Necesitaba pasear para sacarme la ansiedad de encima. Me senté en los escalones de fuera a fumarme un cigarro. Solo veía piernas y zapatillas que se desplazaban rápido. El sonido de las suelas sobre las losetas se asemejaba a la forma en que me latía el corazón. Después entré a la estación y busqué mi andén. Los vigilantes de seguridad en el control de acceso husmeaban los equipajes con el mismo ahínco que lo hacían los

funcionarios de prisiones, pero con menos educación, si acaso era posible. Me puse tenso. Me costaba mantener la calma porque llevo encima mi pastillero con la medicación. Como soy previsor, eché la receta en la bolsa de aseo. Sentí alivio cuando me subí al AVE sin que esos patanes de seguridad me confundieran con un camello y me requisaran el pastillero para analizarlo en un laboratorio solo por joder y hacerme perder el tren.

Las canciones de Jay Reatard van sonando una tras otra. A veces repito alguna, como «An Ugly Death», porque me seduce la furia con la que cantaba y aporreaba la guitarra. Al poco de parar en la estación de Córdoba comenzaron las arcadas, los retortijones en la barriga y los sudores fríos. Me tomé un Rivotril, pero no me ha servido. Los nervios que me atenazan no me los quitaría ni fumándome una papela de revuerto, son un cuchillo perpetuo que me aprieta el cuello y no puedo apartar. He tenido que ir un par de veces a vomitar al aseo. Tomo tantas pastillas que cuando me da el punto suprimo el Omeprazol y no debería. Si las ventanas del AVE se pudiesen abrir, no dudaría en saltar por una de ellas mientras el tren está en marcha.

He tenido suerte de que ningún pasajero ocupe el asiento de al lado, pero una pareja de ancianos, sentados a mi izquierda, no me quitan ojo. Los veo cuchichear y señalarme con el dedo. Le bajo la voz a Jay Reatard para escuchar qué dicen. Ellos se dan cuenta, pero les da igual. El señor me suelta, sin venir a cuento:

—Hijo, si te quitas la camiseta pareces un periódico.

Me río y me la levanto a la altura de los pezones. La señora se pone las manos en la cabeza al ver otro puñado de tatuajes.

—Por Dios bendito, ¡eso tiene que doler!

—No. Te acostumbras. Las primeras veces sí me hacía daño, pero luego cuando me pinto algo en el cuerpo me gusta ese dolor. Los recuerdos son así.

El señor apostilla:

—Pero eso ya no se puede borrar. ¡Son para toda la vida! ¿Por qué

no te has tatuado una flor, la sonrisa de un niño o el escudo de la Legión?

Sonrío y vuelvo a darle voz a Jay Reatard. Todas las cosas son para toda la vida. Todos los golpes, los malos momentos y los buenos, dejan marcas y heridas, algunas de las cuales nunca cicatrizan. Pero esas, al contrario que los tatuajes, no se ven. Puedes esconderlas y que nadie las descubra, mientras te gangrenan por dentro.

Siguen dándome arcadas. El olor a bocadillo que inunda el vagón las acrecienta. No paro de ir al aseo. Vomito, me echo agua en la cara, me lavo los dientes, hago gárgaras con enjuague bucal, meto chicles en mi boca, me hundo en el asiento, con ganas de desaparecer. Estar tan cerca de Vanessa me desarma. Cada estación es un paso adelante que no puedo deshacer. Cada vez que dejamos atrás una provincia es una bofetada en la cara con la mano abierta y no puedo sacarme de la cabeza el ¿qué pinto yo aquí?

Es como si tuviese otra vez dieciséis años y temo tartamudear, andar torcido o quedar como un bobo delante de ella. Me dice por WhatsApp que estará esperándome a la salida de las vías y me pregunta, de broma, si la reconoceré. Le respondo con un emoticono de llorar de risa. De tantas videollamadas he memorizado cada rincón de su cuerpo y, pese a que tengo la libido por los suelos, los días previos a subirme en este puto AVE no dejaba de pensar en lo bonito que sería follar, abrazarla y quedarme dormido a su lado. Los últimos kilómetros los dedico a rayarme por si acaso con tantas pastillas la polla no se me levanta. Cuando paramos en la Estación de Joaquín Sorolla me quiero morir.

Todos los pasajeros quieren bajarse los primeros y se forma un caos en mitad del pasillo. Sigo apalancado en mi asiento, sin moverme, con los auriculares puestos. Estoy angustiado, mis tripas rugen y temo vomitarme encima. Por mi frente chorrea el sudor helado y me pongo otro Rivotril bajo la lengua. Agarro mi equipaje y salgo del tren cuando se despeja el pasillo, haciéndome el chulo en cuanto pongo un pie en el andén, con mi pelo amarillo, mis tatuajes, una camiseta negra, vaqueros y las Converse. Camino hacia la salida de los andenes, intentando aparentar normalidad para encubrir los nervios y el pavor que me asfixian. La gente se da besos y abrazos. Cuando alzo la cabeza no localizo a Vanessa y por

un instante pienso que a ella también le han entrado las dudas y ha decidido huir y acabar con esta historia tonta. No había contemplado esa posibilidad y me hundo más, aunque si pudiera haber saltado del tren en marcha yo habría hecho lo mismo. Mi corazón vuelve a latir como las suelas de zapatillas que pisan el suelo de la estación.

Entonces unas manos pequeñas tapan mis ojos y percibo alivio. Ya no doy vueltas en el tambor de una lavadora. El mundo se para y deja de moverse. Las náuseas desaparecen y por unos segundos conjeturo que ha valido la pena pasarme cuatro horas y media en un tren. Los quinientos treinta y nueve kilómetros de zozobra se han transformado en una emoción extraña. Las manos desconocidas que me cubren la cara lo han transformado todo en una oscuridad donde me aturden la paz y la calma, donde no hay rastro del pánico. Ojalá pudiera quedarme en este trance. Deseo no volver a abrir los ojos.

Escucho la voz de Vanessa, más cerca que nunca, y las palabras y cada una de sus letras rebotan en mi espalda, como fichas del scrabble. Cuando sus labios rozan mi cuello el universo entero estalla y ya nada más importa. Al apartar sus manos me giro y la veo a unos centímetros de mí: morena, delgada, con los ojos marrones, tan inquieta como yo, con un peto de color gris claro y el pelo recogido. Su sonrisa es un medio limón que se le pone a un cubata. Tocarla me descoloca y vuelvo a temblar. Le doy un beso en la mejilla, pero ella busca mis labios. Trastabillo, con cuatro o cinco chicles en la boca, pero cuando nos besamos se confirman mis sospechas: estoy enamorado de una chica a la que acabo de ver por primera vez cara a cara y que he conocido por internet. Me dejo caer, cierro los ojos y experimento el mismo sosiego que si me hubiese tragado una caja de benzodiacepinas con ginebra de camino aquí. Con Vanessa he sido honesto en todo, menos en una cosa, y esa casi ausencia de secretos me hace distinto. No busco en ella lo que en otros y otras: placer rápido, sentirme deseado para tapar el asco que me doy, algo que me dé estabilidad cuando todo a mi alrededor se hace pedazos. Esto no va de una redención, de buscar un final feliz, de que alguien te salve de tus demonios con su amor. Se trata de otra cosa. De la adicción estoy saliendo por mí mismo. Quizá necesito dejarme querer, aprender a hacerlo, confiar

en alguien. Sus labios encajan con los míos, son piezas de un mismo puzle y no quiero que este beso se acabe. Noto una erección y sonrío porque me alegra comprobar que mi polla todavía está conectada con mis emociones. Estoy a punto de salir correteando y dando brincos por la estación de tren gritando:

—¡Me funciona la polla, me funciona la polla!

Vanessa pregunta por qué me río y se lo cuento. Suelta una carcajada y me agarra fuerte del culo, mientras su lengua vuelve a clavarse en mí con la precisión de una navaja. Me encanta cuando me besa y me cuesta despegarme de ella. Hemos reservado una habitación de hotel y pensamos que sería buena idea soltar las maletas, y ya veremos qué hacemos. Hemos hablado tanto que ahora paseamos por la estación de tren en silencio, parándonos repetidas veces para darnos cariño, porque nos apetece tocarnos, abrazarnos, besarnos y descubrirnos. Ya no me extraño cuando sus dedos se entrelazan con los míos. Los primeros instantes juntos son hermosos. Tal vez todo este tiempo recuperándome me ha servido además para dejar de reprocharme de un modo obsesivo todo lo que hice. Es el principio de algo nuevo y voy a dar todo lo bueno que pueda haber en mí, si queda algo, para que funcione. Solo me queda una mentira dentro y quema más que nunca.

Nos dirigimos hacia la salida. Vanessa me agarra de la cintura, se interesa por cómo va mi cojera. La estación está atestada de gente. Nos cruzamos con dos tipos. Uno es gordo y fuerte. El otro, escuálido y con cara de flipado, debe ser su perrito faldero, el que le ríe las gracias. Al pasar a mi lado el gordo se queda mirándome. Me fijo en un tatuaje de simbología nazi en su cuello que haría que un nazi de los de verdad se arrancase los ojos con sus propias manos. Dice en voz alta:

—¡Maricón de mierda!

Imagino que el pelo de color amarillo pollo ha hecho estallar su detector gay. Debería ignorarlo, hace meses que reprimo con éxito la agresividad, la última vez que pegué a alguien acabaron apuñalándome por la espalda delante de mi hija, no puedo fastidiar todo otra vez y menos ni quince minutos después de conocer en carne y hueso a Vanessa. No puedo liarla en la Estación de Joaquín

Sorolla. Sé que no puedo arder. Pero hay algo en esos tipejos que me exaspera. Me da asco la gentuza así. No puedo evitar voltearme para encararme con él, que no se lo espera.

—¿Qué pollas dices, pedazo de subnormal?

Se pone tenso. Me mira de arriba abajo, intentando medir las fuerzas. La desconfianza se dibuja en su cara por no haber reparado en mis brazos, mis nudillos desgastados o mi cara de colgado, cegado por el tinte amarillo de mi pelo. No sé qué me responde, pero me río. Vanessa dice que nos vayamos. Estoy a punto de hacerle caso y pasar del asunto, pero el gordo vuelve a abrir su bocaza:

—¡Sí, maricón de mierda, vete con tu puta!

Entonces empiezo a arder de nuevo.

Todo se desmorona.

Me quedo en blanco.

Olvido a Sarah y a Vanessa. Las cicatrices de mi espalda. Los cinco años, cuatro meses y un día en el Centro Penitenciario de Albolote. Vuelvo a ser el hombre que no me gusta ser, el que pretende solucionarlo todo a puñetazos. Las llamas lo empantanan todo y ardo como una cerilla. La rabia me convierte en un animal enjaulado que muerde los barrotes metálicos, sin importarle el daño que se haga. Solo deseo que me ponga la mano encima, todo lo grande que es, para liarla. Solo deseo que se atreva, que ataque primero, que le eche cojones. El tirillas alienta al gordo y la muchedumbre que pasa a nuestro lado se queda mirando. Estos dos memos se deben creer importantes jodiendo a la gente porque sí. El gordo dice payasadas que no entiendo, pero me acerco desafiante. Me paro a un palmo de él.

Me gustaría soltarle un cabezazo en la cara y hundirle la nariz.

Me gustaría darle una patada en las rodillas y meterle golpes cuando caiga al suelo, hasta que deje de respirar.

Me gustaría pegarle una patada al banco que tenemos al lado, sacar

un trozo afilado de madera, clavárselo en la yugular y ver cómo se desangra.

Me gustaría zurrarle hasta que sus dientes se quedaran clavados en mis nudillos.

Me gustaría matarlos.

No hay nada que me apetezca más en este momento. Estoy ardiendo dentro de un horno crematorio y me van a quemar vivo con el ataúd.

Pero entonces Vanessa, a quien había olvidado por completo, dice mi nombre:

—ÁLEX.

Solo eso. Y me agarra del brazo. Y vuelvo a recordar por qué estoy aquí. Y miro sus ojos marrones y me lamento por tener menos luces que una carretilla. Ni siquiera he caído en decirle que, pase lo que pase, no se meta. Ni siquiera he tenido en cuenta que se escape una hostia y acabe lastimada. Ella está a mi lado, sujetándome del brazo con el que arrastro la maleta. Se podría haber marchado asqueada, pero sigue ahí. ¿Tanto me quiere esta mujer que he conocido por internet? Ojalá cada vez que me he enzarzado en una pelea alguien me hubiera agarrado del brazo antes, mientras pronunciaba mi nombre del mismo modo en que lo ha hecho Vanessa:

—ÁLEX.

Y miro al gordo y al tolai que lo acompaña. Y en mi cabeza se enciende una bombilla de dibujos animados y digo en voz alta:

—Que os jodan a los dos.

Y Vanessa y yo nos damos la mano y salimos de la estación, tranquilos y riendo, yo cojeando, sin mirar atrás, como si no hubiese ocurrido nada. Y me la suda que el puto gordo siga murmurando baladronadas. Porque los perros que solo ladran no me asustan y este no va a venir detrás de mí para que hunda su pecho a patadas. Nos paramos al lado de una marquesina, esperando a un taxi. Vuelvo a besar a Vanessa. La abrazo con

firmeza, sintiéndome más fuerte por no acabar a guantazos con un puto desconocido. Enciendo un cigarro y le doy unas caladas. Vanessa me dice:

—Pareces tonto, Álex.

Y yo me río porque he sido capaz de controlar mis impulsos.

Y Vanessa se ríe porque sabe que he sido capaz de controlar mis impulsos.

Mientras fumo le cuento que estaba angustiado, que no pude dormir anoche, que he vomitado varias veces en el tren, que lloré mirando fotografías de Sarah, que me ha gustado cuando ha dicho mi nombre y el mundo entero se ha parado y he dejado de arder. Le digo que si vuelvo a perder el control solo hará falta que me agarre del brazo y me diga:

—ÁLEX.

Porque cada vez que la escuche decir mi nombre prometo que me calmaré, contaré hasta cien, respiraré hondo y me zamparé un Rivotril.

Nos subimos al taxi.

Vanessa me mira y se ríe. Le pregunto por qué:

—Espero que no te apuñalen mientras estés aquí, Álex.

Sonrío una vez más. Hemos dialogado tanto que sé que nos comprendemos el uno al otro. Debe haber algo bueno en mí si, a pesar de todo, no ha salido corriendo. Todavía estoy con la medicación y me queda mucho para estar recuperado y que me den el alta. Mi enfermedad no se cura de un día para otro, pero sé que estoy en buena verea porque ella me agarra con energía de un brazo y vuelve a besarme. Vamos dejando atrás edificios, calles y personas. Todo es nuevo, el escenario es distinto y aquí nadie me conoce. Tal vez sea un buen sitio para empezar una nueva vida. Tal vez en Valencia podría empezar de cero. Tal vez sea el momento de decirle la última cosa que escondo y abrirme el pecho del todo. El taxi se detiene en un semáforo y Vanessa pasa sus dedos por la

palma de mi mano. Me acerco, vuelvo a besarla y le digo:

—Hay algo en todo lo que te he contado en lo que he mentido.

Vanessa hunde sus ojos marrones en los míos, con su sonrisa anegando hasta el aire que entra y sale de mis pulmones.

—Ya lo sé, Álex.

La miro extrañado.

—¿Cómo que lo sabes?

—Se te nota cuando mientes.

—No puede ser, Vanessa. Nadie lo sabe, joder. A ver, dime en qué te he mentido, tan lista que te crees.

Espero su respuesta. Ni sospecho en qué puede estar tan segura de que la he engañado. Tal vez piensa que echo de menos a Katja. O intuye que sigo consumiendo cocaína a escondidas. O no se ha creído que me he pasado el trayecto en tren vomitando. O quizá me he liado con las fechas, los lugares, los hechos y las personas en nuestras conversaciones. Vanessa, con sus labios casi en mi oído para que no la escuche el taxista, me suelta:

—Tú le empujaste por las escaleras, Álex.

Y todo da un vuelco y por un instante creo que me voy a vomitar encima, otra vez. No esperaba esa respuesta. He temblado al escucharlo de unos labios que no fuesen los míos. Lo he escondido toda la vida y me ha jodido. Ha sido mi palo en la rueda de una bicicleta. La rata que mordisquea los despojos de mi salud mental. Si no le hubiese empujado por las escaleras cuando intentó pegarme nos habría matado él esa madrugada. Juró que iba a hacerlo. Solo quise defenderme y proteger a mamá y Ángela.

Me miro las zapatillas. Mis mejillas se enrojecen. Las piedras que me han sepultado desde aquella noche de San Isidro de 1998 levitan y se evaporan. Ya no queda máscara alguna entre Vanessa y yo. Vuelvo a tener dieciséis años y soy vulnerable, inseguro y torpe.

—¿Te ha molestado que te lo diga?

—No, se me ha hecho raro.

Vanessa me vuelve a besar. En la radio del taxi suena «Autofotos», de Melendi y empiezo a tararearla para cambiar de tema, porque me incomoda, palmeando mis rodillas con las manos, musitando el estribillo. El taxista me examina por el espejo retrovisor, antes de subir el volumen:

—No tienes aspecto de que te guste Melendi, chaval.

—Joder, me vuelve loco. Me sé todas sus canciones.

Los tres sonreímos. Vuelvo la cara hacia la ventanilla. Me abstraigo durante unos segundos y pienso en todo lo que ha pasado hasta deambular por las calles de esta ciudad que no conozco. Por primera vez no escondo secretos a otra persona. El pasado es muy cabrón y todos lo usan para joderte y hacerte daño. Pero Vanessa ya lo sabe todo de mí. Sabe las tonterías que he hecho. Sabe que estuve en la cárcel. Sabe que soy drogadicto. Sabe que me han apuñalado delante de mi hija. Sabe el daño que he causado a otras personas. Sabe que atraqué una joyería con una pistola de juguete. Sabe que tengo todos los discos de Melendi. Sabe que empujé a papá por unas escaleras y se desnucó.

Solo quiero estar bien. Pero como no sé lo que es estar bien y jamás he estado bien, cuesta mucho, porque lo desconozco, es una isla utópica. El estado de WhatsApp de Rachid es: «Lo importante no es cuántas veces te caes, sino cuántas te levantas». Y en este taxi, el día que cumplo treinta y siete años, he conseguido ponerme en pie. Para poder erguirme y sacar fuerzas para dar un paso hacia delante he tenido que romper con todo, escapar de mi entorno, dejar atrás a las personas a las que quiero. Quizás irme lejos es la única forma de curarme, por más que me duela o añore a Sarah. Uno nunca deja de querer, sino de estar.

Vanessa sigue a mi lado. Pasa sus dedos por los dibujos que me adornan la piel, como si los estuviese pintando de nuevo. Cuando me los hice experimentaba dolor, pero ahora las cosquillas me erizan la piel. Me dice:

—Cuando me cuentas tus historias me asustas, pero tú me escuchas también y no me juzgas. Intento entenderte. Me gusta cómo eres ahora. Me da igual lo que hayas hecho antes. Eso ya no se puede cambiar.

No sé qué decir y vuelvo a mirar por la ventanilla del taxi. El tráfico es un asco y pillamos todos los semáforos en rojo. Vanessa apoya su cabeza sobre mi hombro. No le importa lo que he sido, sino lo que soy ahora. Solo Sarah me ha visto así. Quiero poder imaginar un futuro, solo eso. Vanessa confía en mí aun sabiendo que no estoy curado. Aun sabiendo que no soy muy de fiar. Aun sabiendo que el día que vuelva a caer y me meta una raya, esnifaré trescientas después porque, aunque dejes la cocaína, el abejorro seguirá zumbando en tu oreja.

Me pregunta:

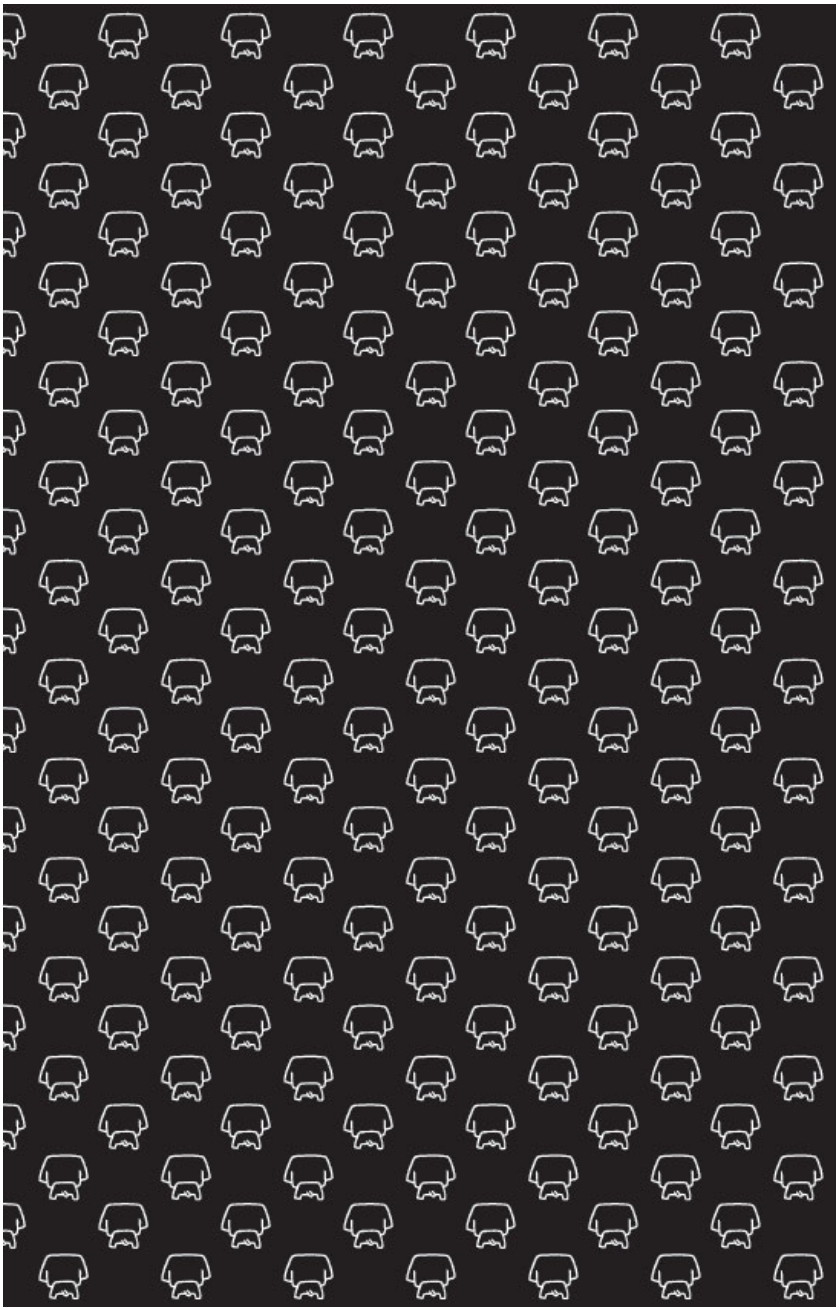
—¿En qué piensas, Álex?

Y le respondo:

—Creo que te quiero.

Agradecimientos

Empecé a escribir Punki en diciembre de 2017 y cerré la historia durante el verano de 2020.

Vanessa Beltrán, Javier Esquivias, Edén López, Jorge B. Ortiz, María Morales, Alvaro M. Benvenuty, Antonio López y Rebeca González leyeron versiones previas de este texto y me ayudaron a encajar las piezas, a refrescarme la memoria o a regalarme pedacitos de sus vidas.

Juani Bonal, Enrique Rodríguez, Laura Garrido, Isaac de Bellavista, Mige Reguero y Javier Moreno me ayudaron en momentos puntuales a desenmarañar algunos detalles.